RACHEL AMAT



# La noche de los cristales rotos

# la noche de los cristales rotos

Primera edición digital

Enero 2025

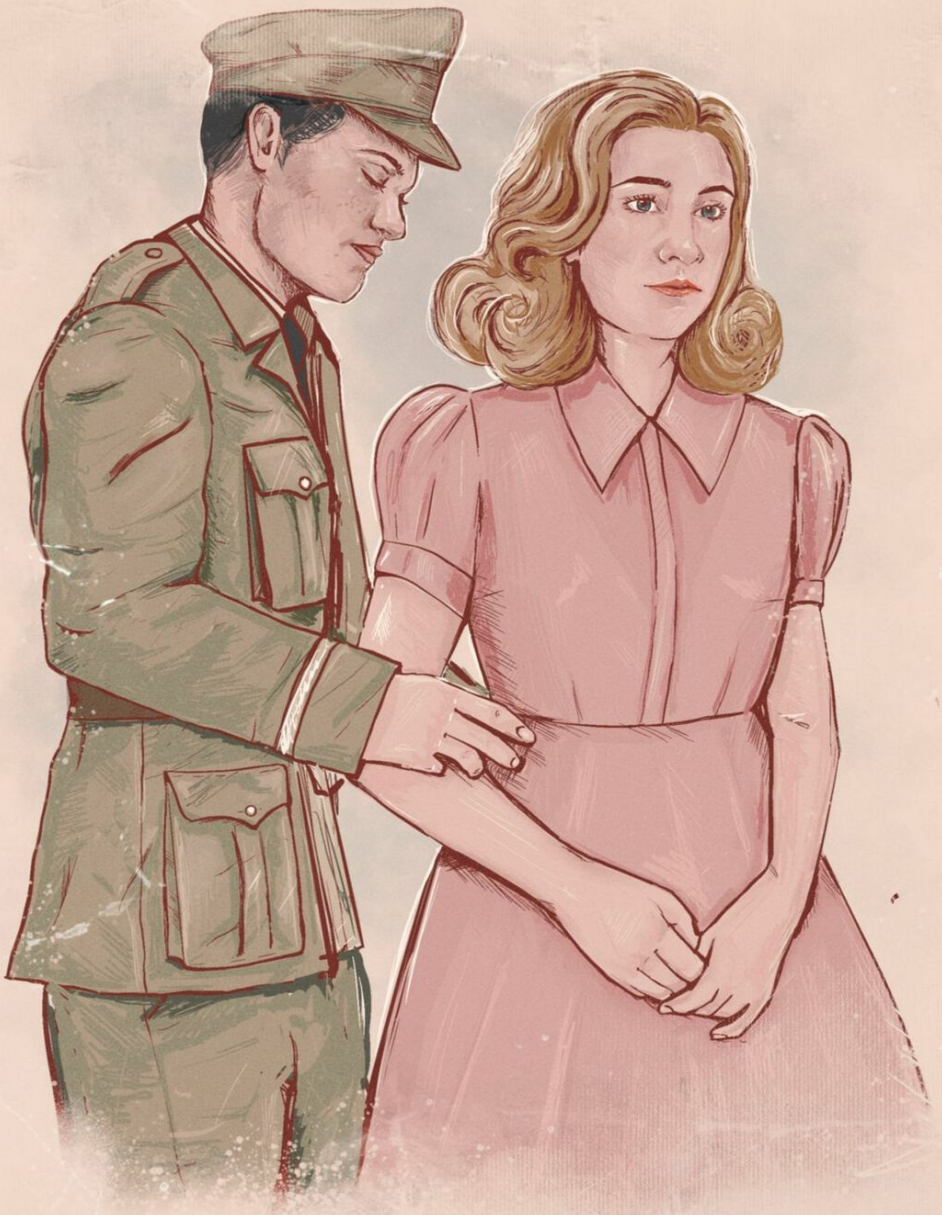
© Rachel Amat

*rachelamat_escritora*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.*

# la noche de los cristales rotos

Rachel Amat



« Solo en las peores batallas se encuentra el amor más grande »

Todos los personajes que aparecen en la novela son ficticios, fruto de la imaginación de la autora, incluso aquellos cuyos nombres coinciden con personajes conocidos de la historia.

*Si no callas, si luchas cada día. Si las injusticias te carcomen las entrañas.*
*Si a pesar de todo, sigues creyendo en el amor y la honestidad. Esta novela es para ti, siéntela.*

*Nadie como tú ha confiado en mí.*
*Gracias por existir, R.*

*Cuando entiendes que la vida se decide en despachos, en las cloacas más oscuras e inmensas del planeta...*

*Ahí es cuando te das cuenta de que eres un simple número más para ellos. Y únicamente te salva del abismo quien te recuerda que para él eres algo más.*

*Un alma herida, un corazón marchito, pero con un espíritu lleno de ilusión por una vida justa y tranquila. Y es que...*

*¿Qué hay más bonito que la simple tranquilidad de vivir?*

*La noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, en la ciudad de Berlín, tuvo lugar el evento fatídico Kristallnacht, conocido como la Noche de los Cristales Rotos.*

*Miles de negocios, hogares y sinagogas judíos fueron atacados y más de un centenar de judíos fueron asesinados durante esa noche. Cerca de treinta mil fueron enviados a campos de concentración.*

*Una noche que cambiaría la historia del resto de la humanidad y la vida de los protagonistas de esta novela.*

**Lista de reproducción**

1. Ghosts, BANNERS
2. Grace (Acoustic), Lewis Capaldi
3. Promise, Ben Howard
4. Another Love, Tom Odell
5. At Last, Etta James
6. People Help the People, Birdy
7. Disfigured, Rag’n’Bone Man
8. Dream a Little Dream of Me; Ella Fitzgerald, Louis Amstrong
9. Blame`s on me, Alexander Stewart
10. Break My Heart Again, FINNEAS
11. God I Hope This Year Is Better Than The Last, SYML
12. Extra – Heaven, Cian Ducrot



# Capítulo 1

## ¿Por qué?

La zapatería estaba llena de polvo, sabía que tenía que limpiarla o si no papá podría volver a sermonearme como solía hacer. Era cierto, me daba mucha pereza limpiar zapato por zapato, estantería por estantería. Y siempre intentaba que la limpieza superficial que realizaba no se notara demasiado. Coloqué un zapato al lado de otro, tras pasarle un pequeño trapo para disimular la cantidad de suciedad que había en el viejo estante que tanto le había costado a mi padre colocar. Sonreí, parecía que era una obra de fácil engaño y tonta de mí, creí que mi padre no se daba cuenta de ello. Pero al menos de esa forma mi mente estaba tranquila y mi conciencia en paz por hacer feliz al hombre más importante de mi vida. Era un viernes oscuro, lluvioso y apenas habían pasado clientes por nuestro negocio familiar. En la radio únicamente se escuchaban noticias horribles y los locutores informaban sobre los hechos que estaban ocurriendo en la que era nuestra ciudad, nuestra casa. Berlín se estaba convirtiendo en un lugar inseguro, la cantidad de peleas en las calles eran constantes y un tal Hitler; del cual apenas me interesaba saber, se había hecho con el poder desde hacía meses. Incluso desde hacía unos años nos había obligado a tener una tarjeta de residencia por nuestra religión, o eso me había contado papá. Algo que me parecía cuanto menos insensible y descabellado. Nuestra vida en la capital alemana era tranquila, trabajábamos para poder
vivir bien. Sin lujos. Pero las tensiones políticas habían hecho que nuestros paseos al atardecer se suprimieran y de la zapatería nos marcháramos directamente a nuestro pequeño piso cerca del conocido Cementerio de los Inválidos. Un lugar que a pesar de su nombre estaba rodeado de edificios tranquilos, con gente trabajadora y humilde. Una zona tranquila hasta al menos hace unos meses.

Decidí apagar la radio, me ponía de mal humor escuchar tantas noticias negativas y en mis pensamientos siempre creía que estaba escuchando una película, aún no lograba comprender como la violencia se podía anteponer ante la solidaridad o ante la comunidad tan bonita que habíamos creado en la capital. Siempre le decía a mi padre e incluso a Emma, mi mejor amiga, que Berlín era la ciudad más bonita del mundo. Era relajante, sus canales llenos de agua le deban a la ciudad un toque armónico y las grandes edificaciones se anteponían para mostrar que la historia alemana era impresionante. Y me fascinaba. Echaba tanto de menos poder pasear por la ciudad de forma tranquila que en esos momentos solté un suspiro y apenas me di cuenta de haberlo hecho.

—¿Qué ocurre Alissa?

Mi padre estaba detrás de mí y mi mente desconectó rápidamente, los nervios que sentía al temer que él se diera cuenta de mi falsa forma de limpiar los estantes; hizo que el zapato que sostenía en la mano cayera al suelo y soltara un suave grito.

—Nada, nada. Mis pensamientos me juegan una mala pasada —murmuré colocando de forma disimu-lada la pieza de calzado de nuevo sobre el estante. Con el dedo limpié levemente el polvo que seguía viéndose en su costado y sonreí, sabedora que mi pobre padre no se daría cuenta. Noté como él posaba sus manos sobre mis delgados hombros y sonreí, girando mi rostro hacia él.

—Deberías dejar de darle tantas vueltas a esa cabecita. ¿Hoy no estudias?

Suspiré. Él y su manía de creer que lo que hacía era estudiar, no tenía esa suerte. No podíamos permitirnos una educación oficial y menos poder ir a la conocida universidad Friedrich-Wilhelm. Una de las más reconocidas y, por lo tanto, más caras de todo el país.

—Papá, leer libros de historia, de arte, ciencia y filosofía no significa que estudie. Simplemente me entretengo.

—Lo sé, cariño. Quería decir eso, exactamente. Puedo quedarme yo hoy, así pongo en orden un poco la zapatería, ¿no crees? Entrecerré los ojos, ¿se habría dado cuenta de que no había limpiado como tenía que hacerlo? Negué con la cabeza. Mi padre era un hombre fuerte, tenía cincuenta y cinco años, aunque aparen- taba muchos menos. Su buen aspecto con pelo negro y un rostro marcado, hacía que pareciera mucho más joven. Pero eso no impedía que se cansara. La edad no le perdonaba a pesar de sus esfuerzos y por eso mismo me negué a que él se quedara en la tienda hasta tarde.

—No te preocupes, papá. Me quedo yo y prometo ordenar la tienda como debe ser —dije de forma suave y con un tono que él enseguida entendió. Acercó su mano hasta mi pelo para acariciarlo con cariño y sonrió, le había convencido.

—De acuerdo, pero cierra la puerta por dentro. A estas horas es mejor evitar cualquier altercado, la ciudad parece que vaya a estallar en cualquier momento.

—Sí, papá. No te preocupes —dije empujándole por la espalda con una suave sonrisa. Quería que se marchara ya o si no acabaría por la noche de tanto limpiar el polvo de los zapatos. Porque sí, esta vez iba a hacerlo bien; no tenía escapatoria —. Venga, ve a casa.

—De acuerdo, Alissa. Ciérrate, por favor.

Tuve que empujarle por la puerta acristalada y de marcos de madera oscuros hasta poder cerrarla finalmente. Mijael Hershlag me maldijo con su mirada, pero esbozó una sonrisa antes de marcharse definitivamente con la cabeza algo gacha y mirando a todos lados para comprobar que la calle seguía tranquila. La lluvia seguía siendo persistente, las altas horas de la tarde y el otoño hacían que la luz del día se fuera rápido y únicamente las tenues farolas de las calles hacían que la iluminación fuera prácticamente nula. Miré por la cristalera y cerré bien la puerta. Mi padre, muy a mi pesar, tenía razón. Era mejor cerrar y evitar cualquier susto innecesario. Aunque no tenía muchas ganas, lo justo era terminar con la limpieza de los estantes de una vez. Busqué el trapo marrón que había utilizado anteriormente y me dispuse a limpiar cada uno de los zapatos que estaban en los estantes más altos. Lo tenía que hacer de puntillas porque a pesar de mi alta estatura, no llegaba dema- siado bien para dejar las prendas de una forma óptima. De esa forma pude ir limpiando cada uno de los zapatos hasta que llegué a la mitad de los estantes dónde podía alcanzar de mejor forma. En ese instante escuché un leve ruido en el exterior de la tienda, parecía ser un toque en la vieja puerta por lo que supuse que era mi padre y giré mi cabeza. Pero no era él, no era Mijael. No tuve esa suerte o esa desgracia.

Ante la puerta de la zapatería estaba él. Juraría que estaba más alto que cuando lo vi la última vez en la pequeña cafetería situada cerca de la catedral a la que siempre asistía con Emma. Habían pasado meses de esa última vez y pensaba que no volvería a verlo. Pero allí

estaba, Scott Bader, delante de la puerta con su negro pelo más corto de lo habitual. Llevaba la barba afeitada y una leve sonrisa en el rostro mientras me miraba.

Mis nervios se volvieron a concentrar en mis manos y de forma torpe dejé el par de zapatos que aún estaba limpiando, lo había hecho varias veces mientras le observaba. Si seguía así les sacaría brillo. Sin más, limpié mis manos en el delantal negro que solía llevar en mi tiempo de trabajo y me acerqué con paso dubitativo a la puerta. Con algo de temblor en mi mano abrí la puerta para dejarle pasar.

—Alissa, no sabía que teníais cerrado.

Su profunda voz hizo que mi cuerpo diera un respingo que únicamente noté yo. Sonreí y negué con la cabeza sin apenas hablar, era algo que únicamente provocaba él.

—Hola Scott, no tenemos cerrado. ¿En qué puedo ayudarte?—dije en modo autómata.

Me coloqué directamente detrás del viejo mostrador lleno de zapatos por limpiar que ordené de forma rápida para que pareciera un lugar acogedor y ordenado, algo que en ese instante no lo parecía en absoluto. Alcé mi mirada tragando saliva de forma costosa para mirarle, no podía hacerlo. Desde que lo conocí hacía más de diez años jamás había sido capaz de mirar sus ojos más de unos segundos. Su suave sonrisa de lado volvió a dejarme una vez más sin habla.

—Vengo a recoger unos zapatos de mi madre, se los encargó a Mijael hace unos días —dijo él.

Asentí y de uno de los cajones marrones y estropeados saqué la libreta de encargos. Mi padre era un zapatero experto, sabía realizar piezas de calzado cómodas, elegantes o de cualquier forma que pudiera satisfacer las necesidades de nuestros clientes. Y por suerte, nuestro negocio era uno de los que mejor funcionaban del barrio. Busqué en las hojas intentando concentrarme hasta encontrar el nombre de su madre; Helga Bader, una mujer tan tierna como bonita.

La belleza venía de familia.

—Aquí está, discúlpame un momento. Voy a buscarlos.

—Sí claro, Alissa. No te preocupes.

Su voz la escuché una vez ya estaba en el interior del pequeño almacén que teníamos en el interior del negocio. Cada vez que queríamos pasar hasta allí teníamos que traspasar un largo y estrecho pasillo, de hecho, mi padre que era más fornido que yo y mucho más ancho de estatura, le costaba horrores moverse por esa estancia de la tienda. Con dificultad entré al almacén y busqué la caja de zapatos que mi padre había preparado para Helga, sonreí al abrirla y ver esas maravillosas piezas. Zapatos negros, elegantes. Con algo de tacón y cerrados. Sabía que le quedarían preciosos en las esbeltas piernas de la madre de Scott. De nuevo hice el mismo trayecto con la caja en mis manos y respiré profundamente para calmar mis nervios al saber que iba a encontrarme de nuevo con él, frente a frente.

—Aquí están, déjame revisarlos. No quisiera que Helga se molestara.

—Nunca podría molestarse contigo, Alissa—contestó de forma grave y al segundo percibí que cambiaba de tono—. Te manda saludos.

Sonreí con sinceridad y alcé la mirada hasta sus ojos durante unos segundos, pero rápidamente volví a bajarla para sacar las protecciones de papel que mi padre introducía en cada pieza de calzado.

—Espero que estéis todos muy bien. Llevo mucho tiempo sin verlos, ya no vienen por aquí.

Mientras comprobaba como era habitual el maravilloso trabajo que hacía mi padre con

los zapatos, vislumbré como la mano de Scott toqueteaba varios accesorios que teníamos dispuestos sobre el mostrador. Desde pequeños brillantes en diminutas cajas, trozos de tela de diversos colores; no dejó ningún objeto sin tocar. Y eso me molestaba, no porque fuera él; si no porque era una manía horrible que yo solía tener. No me gustaba que nadie metiera las manos en lo que era mío.

—Bueno, ahora las cosas han cambiado un poco. Pero es cierto, llevo tiempo sin verte —dijo él para mi sorpresa.

—¿Tú? Bueno, ni siquiera recuerdo el último día que nos vimos.

Mentí como si yo misma pensara que al decirlo podría creer las palabras que estaba soltando por mi boca, todo ello sin apenas mirarle mientras colocaba bien los zapatos sobre la caja y les pasaba un trapo para darles brillo.

—Yo sí.

Alcé mi mirada sin poderlo evitar y mis ojos verdes se clavaron en los suyos por más de unos segundos, su negra mirada me traspasó de tal forma que yo supe en ese momento que ya no podría escapar de esa manera en la que tenía de mirarme. Me sorprendí enormemente con su respuesta, en mi cabeza no cabía el pensamiento de que pudiera saber de mi existencia más allá de ser compañera del barrio desde la infancia y de algunos momentos que habíamos pasado en en el barrio o en la cafetería junto con otros amigos.

—¿Ah sí?

—Sí, fue hace unos meses en el Astoria. Estabas con Emma, esa amiga tuya tan parlanchina —contestó él esbozando una sonrisa.

Cierto, tenía toda la razón del mundo. Esa era la última vez que ambos nos habíamos visto. Y después de más de tres meses ya no lo había vuelto a ver, parecía que había desaparecido de la faz de la tierra tanto su familia como él. De hecho, cada vez que pasaba por la puerta de su casa situada en una de las zonas más bonitas de la capital, en los enclaves de *Willhemstrasse*; observaba el lugar, pero nunca estaba por sus calles. Eso sí, sus edificios con estilos recargados y arquitectura propia de los libros que siempre leía me tenían fascinada. Volví a centrarme en Scott y lo que acababa de decirme.

—Sí, cierto. Llevo tiempo sin ir, últimamente la ciudad se ha vuelto un poco insegura —dije mientras terminaba de colocar bien las piezas de calzado en su correspondiente caja y la empujaba levemente hacia él, como gesto de que ya los tenía listos para que pudiera llevárselos y hacer feliz a su madre.

—No te creas. No es todo como parece, créeme.

Su sonrisa amplia hizo que mi mente se nublara y no pensara demasiado en lo que había dicho. Nadie era tonto en la ciudad para no darse cuenta de que la situación política y el ambiente en las calles era terrorífico en muchas ocasiones. Conocía casos de vecinos que vivían muy cerca de mí a los cuales habían acorralado por la noche para darles un «escarmiento» como en muchos periódicos y en canales de radio locales decían. Yo no comprendía el por qué lo hacían, simplemente pensaba que la ciudad más bonita del mundo se estaba volviendo un horror constante.

—No sé, Scott. Tampoco salgo mucho de la zapatería para darme cuenta de las cosas —dije alzando los hombros—. Aquí tienes. Son 1 marco y 20 céntimos.

Rápidamente dejó las monedas sobre el mostrador y como una auténtica autómata que estaba acostumbrada a trabajar día y noche, alargué la mano para coger las monedas y darle el cambio que procedía. Sin embargo, su mano evitó que pudiera coger cualquier céntimo del

mostrador. Fruncí el ceño y alcé la mirada, no comprendía nada.

—El próximo miércoles hacen una fiesta especial en el Astoria. Ven conmigo —dijo mirándome de forma fija sin apartar la mano de las monedas. Carraspeé sin entender demasiado. ¿Me lo decía a mí? Mis nervios se dispararon y respiré varias veces de forma rápida e imprecisa para que mis pulmones tuvieran el suficiente oxígeno y pudiera respirar de forma óptima. Sus negros ojos me miraban y me di cuenta de que llevaba más de diez segundos mirándole sin decir nada —. ¿Y bien? ¿Qué dices? De esta forma podrás comprobar que la ciudad sigue siendo igual de bonita y segura que siempre. Y me tendrás de acompañante, no te pasará nada. Lo pensé una milésima de segundo, mi mente viajó hasta las frases que diría mi padre si supiera que iba a ir al Astoria en esa temporada tan extraña y violenta que estaba aconteciendo en Berlín. Pero me atreví, por vez primera, dije que sí. Con mis veintiséis años si no disfrutaba y me atrevía a vivir nuevas aventuras, ¿cuándo lo haría?

—Está bien, iré contigo —contesté casi en un susurro.

Su mano se levantó del mostrador y pude coger sin problema el dinero del trabajo que mi padre había hecho. La sonrisa en su rostro lo decía todo y no hubo más palabras entre ambos, agarró la caja de los zapatos y tras mirarme unos segundos antes de salir de la zapatería; me miró con una amplia sonrisa al abrir la puerta.

—El miércoles vendré a por ti a las cuatro de la tarde, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Scott. Hasta el miércoles.

# Capítulo 2

## El Astoria

Después de la experiencia única e inusual que tuve en la zapatería con Scott, no volvió a ocurrir nada nuevo o extraordinario en los siguientes días. Ese día cerré la zapatería con tranquilidad tras haber asimilado la vi-sita y la invitación que él me había hecho. El domingo fue un día más tranquilo, era la única jornada en la que tanto mi padre como yo podíamos descansar y dedicar tiempo entre los dos. Usualmente íbamos a pasear por las mañanas y posteriormente comíamos en uno de sus restaurantes favoritos situado cerca del mercado; sin embargo, la situación actual que se vivía en la ciudad hacía que esa tradición se hubiese aplazado hasta nueva orden. Ese día preparamos col y patatas asadas que degustamos con tranquilidad mientras escuchábamos música clásica en la radio. Tuvimos suerte de poder disfrutar de *El Barbero de Sevilla* de *Rossini* y otras tantas composiciones de ese estilo que a ambos nos apasionaban. Era nuestra forma de disfrutar del tiempo libre hasta que cada uno nos poníamos a hacer las tareas de casa. Cuando nos dimos cuenta, la noche se hizo presente y estábamos exhaustos, mi padre especialmente. Mientras él recogía todos los trastos de la cocina escuché un suave suspiro de su boca, éramos tan parecidos.

—Papá, por favor siéntate ya. Déjame hacerlo a mí —dije acercándome hasta él, le quité con cuidado los platos que tenía en la mano.

—Alissa, puedo hacerlo.

—No lo dudo, pero necesitas descansar. Tú siéntate o ve a la cama, yo me ocupo.

—Que tozuda eres —contestó él escondiendo una sonrisa, pero por suerte ya lo decía sentado en nuestro viejo sillón amarronado frente a la ventana de madera por la que se podía ver la oscura y silenciosa calle.

—¿A quién me pareceré?

Sonreí pensando en el gran parecido que teníamos Mijael y yo. Desde que era pequeña éramos como uña y carne, ambos cabezotas, trabajadores y responsables. Pero sobre todo con los mismos gustos. La música clásica, las ganas de aprender sobre arquitectura o li-teratura provenía de los genes que él me había dejado. Y yo me sentía realmente orgullosa de ello. La muerte de mamá había sido horrible para ambos, hacía ya más de doce años desde que se había ido. Aún no conocíamos la causa de su fallecimiento, pero un día cuando subimos de la zapatería, en la que ya con catorce años les ayudaba; ella estaba sobre el suelo sin vida. Su delgado cuerpo yacía sobre la madera de nuestro modesto y humilde piso. Su pelo de color propio de los campos de trigo estaba alborotado, tenía el rostro pálido y los ojos verdes cerrados. Aquella imagen se clavó tan a fondo en mi interior que estuve durante meses y años sin poder dormir más de dos horas seguidas por las constantes pesadillas que sufría. Los médicos no pudieron darnos una respuesta convincente sobre lo ocurrido, simplemente dijeron que había sido una infección que se había extendido por todo el cuerpo. Pero yo nunca creí en eso, ella era una mujer energética y sonriente; de hecho, eso era lo que había heredado yo de ella junto con el aspecto físico. Estaba bien de salud y su muerte fue un duro varapalo para nuestras emociones y para nuestra rutina diaria que con el tiempo pudimos aprender a vivir con

ese suceso en nuestras vidas.

Terminé finalmente de colocar todos los trastos de la cocina y sonreí al girarme al ver la imagen de mi padre, leyendo su libro favorito: «Grandes esperanzas» de *Charles Dickens*. Una idea pasó por mi mente, ahora que él estaba tranquilo y podía hablar de forma pausada y con precaución; era el momento ideal para poder mencionar la invitación de Scott de ir al Astoria en los próximos días. Carraspeé levemente para que él alzara la vista y su sonrisa inmensa me puso nerviosa, no quería molestarle y menos que se preocupara; pero ¿qué podría ocurrir por ir unas horas a esa cafetería junto con un compañero que conocía de años?

—Papá, quiero comentarte algo. No quería interrumpir tu lectura, pero...

—No te preocupes, Alissa. Dime. ¿Es sobre la limpieza de la zapatería?

Apartó el libro y lo colocó sobre sus piernas.

No sabía dónde meterme, estaba claro que él sabía la forma tan «efectiva» con la que limpiaba el lugar, pero nunca me lo decía. Sin embargo, que sacara el tema, me puso mucho más nerviosa de lo que ya estaba. Me sequé por vigésima vez las manos con el trapo de cocina que tenía en las manos y negué con la cabeza.

—No, no es sobre eso. Ayer vino Scott a la zapatería, Scott Bader —dije en un pequeño murmuro. La mirada de mi padre se clavó en mis ojos con interés.

—¿El hijo de Helga y Lukas Bader?

—Así es, vino a por los zapatos de su madre. Que, por cierto, estaban geniales...—dije para intentar preparar el terreno con una suave sonrisa.

—Alissa...

—Dime papá.

—¿A dónde quieres llegar? Cuéntame, te conozco lo suficiente para saber que hay algo que no me dices.

—Verás... ¿Recuerdas cuando salía hace unos meses con Emma e íbamos al Astoria? La cafetería junto a la Catedral.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Pues verás, Scott me ha invitado a una pequeña fiesta que se realizará el próximo miércoles...—murmuré dejando el trapo en la encimera de la cocina, observando el rostro de mi padre.

El sonido de las hojas plegándose me hizo adivinar su opinión sobre ello, cerró el libro con algo de fuerza y me miró con seriedad.

—Alissa, la ciudad está en llamas. No puedes ir, lo siento mucho. Sabes que confío en ti, pero no es momento para salir a la calle.

Aquello me molestó levemente y repliqué, aunque no solía hacerlo, suspiré. El saber que esa invitación que-daría en vano me hizo ponerme de mal humor. Llevaba semanas y semanas sin poder apenas salir a la calle, únicamente me dedicaba a trabajar en el negocio familiar y de ahí a casa. Necesitaba distraerme y la visita de Scott era lo único interesante que me había pasado en meses. Entendía la posición de mi padre, pero eso no podía evitar que me molestara.

—Pero papá...

Fue lo único que pude decir antes de que Mijael se incorporara del viejo sillón y se acercara con lentitud hacia mí, con seriedad, pero con una mirada de dulzura propia de un padre que adora a su hija. Lo miré con pesar y suspiré.

—Alissa, no hay más discusión. No vas a ir, ¿queda claro?

Asentí molesta, pero entendiendo la preocupación de un padre que había perdido al amor

de su vida y no quería perder a quién más quería en esos momentos. Berlín se encontraba en una situación muy complicada, las peleas y los altercados cada vez eran más frecuentes y todo ello era suficiente para que prácticamente estuviéramos confinados y solo pudiéramos dedicarnos a trabajar. Me abracé a él, entendiendo sus pensamientos y no dije nada más. Mi idea seguía siendo el asistir a esa cafetería, pero intentaría realizarlo sin que él se enterara. No sabía cómo lo haría, pero si yo podía disfrutar y ahorrar su preocupación, era una buena forma de que ambos ganáramos y pudiéramos conseguir lo que queríamos.

El inicio de la semana fue tranquilo, cada día abría y cerraba la zapatería como siempre. Sin ningún tipo de novedad. Según clientes que entraban en la tienda, la revolución política que estaba viviendo la capital estaba siendo ya muy fuerte. El mismo miércoles por la mañana, en el que tenía la invitación pendiente de Scott, una de nuestras clientas más recurrentes; la señora Fitzgerald nos dijo en palabras textuales: «Esto acabará en guerra, veréis». Tanto mi padre y yo negamos con la cabeza y aguantamos los comentarios hasta que la mujer salió del lugar con su caja de zapatos negros desgastados que arreglaba una y otra vez sin apenas éxito. Mi padre me miró y sonrió suavemente.

—Esta mujer es muy catastrófica.

—Tienes razón, siempre lo ha sido —dije sonriendo mientras continuaba escribiendo en el documento que teníamos para realizar pedidos. La tienda era modesta y últimamente había bajado mucho la clientela, pero teníamos que seguir realizando pedidos de material para que aquellos clientes que vinieran pudieran disfrutar de nuestros servicios sin problema. Desde ceras abrillantadoras, botones de decoración, suelas de dife-rentes tamaños y mis favoritos, los brillantes que poníamos en los zapatos más elegantes que traían nuestros clientes. Siempre me había gustado observar la gran ca- pacidad que tenía mi padre de colocar cada brillante, uno al lado de otro y creando así formas realmente preciosas. Mijael estaba conmigo durante todo el día en la tienda, comíamos juntos en el pequeño almacén en una diminuta mesa gris y por la tarde, yo me quedaba sola trabajando.

Y ese era mi momento para poder salir de la tienda, cerrarla durante unas horas y volver para comprobar que todo estaba bien y entonces marcharme a casa con mi padre, el cual estaría durmiendo tranquilamente y sin preocuparse por mí. De hecho, en la pequeña bolsa que siempre bajaba con la comida que hacía bien temprano todos los días; había metido mi vestido rojo. Los zapatos por suerte no los necesitaba; los tenía en la tienda y si no quería ponerme los que siempre usaba, podía elegir entre los que teníamos guardados de cualquiera de las clientas. Siempre teníamos decenas de piezas de calzado femeninos que luego nadie recogía, no sabía por qué, pero ocurría de forma constante.

Comprobé que no parecía venir ningún cliente y con cautela cerré la puerta con la llave, de esa forma podría cambiarme sin ningún problema. Me adentré en el diminuto y viejo baño que teníamos, observé mi rostro en el espejo redondeado, con fisuras por todos lados y suspiré; no estaba en mi mejor momento. Mi tez siempre había sido muy clara, pero el hecho de no salir a pasear y salir de la tienda para ir a casa; había producido en mi rostro una palidez constante y unas pequeñas ojeras pronunciadas. Sin embargo, lo pude solucionar levemente con los pocos productos de belleza que tenía en mi bolsa. Un poco de colorete en el pómulo y pintalabios en mi boca, ambas cosas hicieron que esas pequeñas imperfecciones se disimularan. Procedí a cambiarme, me quité el delantal negro de trabajo junto con el vestido gris que solía llevar en la tienda y lo cambié por mi estupendo vestido rojo. Era precioso, el pequeño vuelo que tenía en la zona inferior le daba un toque de feminidad que me encantaba. Y sin pensar mucho en la opinión que mi padre tendría sobre ello, elegí los zapatos elegantes que la señora Macfield se

había dejado hacía ya más de tres meses, negros y con tacón ancho, pero lo suficientemente alto para estilizar mis piernas y sorprender a Scott. Porque sí, eso era lo que quería o al menos deseaba.

Desde que tenía uso de razón siempre me había parecido el chico más guapo de todo Berlín, su sonrisa inundaba de color el lugar donde se encontraba y eso hacía que mi razón y serenidad, tan propios de mí, se perdieran por el camino. Alisé mi vestido con las manos y me miré en el espejo, sonriendo contenta con el resultado. Al menos podía ir parecida a mi amiga Emma que estaría en el Astoria, ella era mucho más exagerada que yo. En realidad, su posición económica se lo permitía porque posiblemente tendría más de diez vestidos elegantes distintos; mientras que yo tenía que subsistir con uno y por suerte. Me peiné con los dedos levemente y fue entonces cuando escuché ruido en la zona exterior de la zapatería. Era él, estaba segura. Mis nervios se aceleraron e hicieron que la bolsa donde había guardado toda la ropa ante-rior se derramara por el suelo. Suspiré, pero no lo recogí, preferí ir a recibir a Scott y es que en realidad; estaba ansiosa por verle.

Con prisas aceleré mi paso por el pasillo y aparecí nerviosa en la zona exterior de la zapatería, allí estaba él. Sonriendo detrás de la puerta de cristal, con traje negro y una corbata oscura algo desgastada. Su pelo corto y los hoyuelos que se marcaban en su rostro al sonreír, hicieron que perdiera los nervios y me quedara paralizada en medio de la tienda. No supe si avanzar y abrirle la puerta o quedarme ahí, observándole. Estaba demasiado guapo y elegante para ser real; y lo mejor de todo, iba a ser mi compañía esa noche.

—Alissa, ¿me abres? —su voz se escuchó tras la puerta en la que había insistido tocando con el nudillo para que le abriera. Su sonrisa, sin embargo, no se marchó nunca de su rostro. Miré a todos lados como si alguien estuviera observando y asentí rápidamente, acercándome de forma torpe hasta la puerta para abrir-la. Él entró, mirándome desde arriba por culpa de su enorme estatura y yo tuve que alzar la cabeza para observarle.

—Hola Scott —me atreví a decir.

—Hola Alissa, bonito vestido.

Me miré avergonzada y bajé la mirada, no sabía cómo procesar ese pequeño halago, aunque hubiese preferido otro tipo de frase. En ese momento en el que mi mente comenzó a pensar rápido y de forma errónea para variar, el gesto que realizó me hizo sonreír como una niña pequeña. Su brazo se colocó en jarra y me miró, con una especie de dulzura en el rostro.

—¿Nos vamos, señorita? —preguntó sonriente.

Me había ofrecido su brazo para poder ir agarrada a él por el camino, eso hizo que mi cuerpo se pusiera aún más tenso y no pudiera asimilarlo hasta que volvió a hablar.

—¿Alissa? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Perdona, déjame que apague todo y nos vamos. ¿De acuerdo?

En menos de dos minutos tenía todas las luces apagadas y la caja de dinero guardada en el lugar seguro donde siempre la colocábamos, bajo el mostrador en un cajón enorme con una cerradura. Introduje las llaves en mi pequeño bolso negro de piel que llevaría en la mano y me acerqué hasta la puerta donde Scott estaba espe- rándome. Ambos salimos de la tienda y con cierta preocupación en mi cuerpo por mi padre, cerré la puerta de la zapatería con llave. Quería asegurarme de que nadie nos pudiera robar y comprobé que estaba cerrada.

—Vamos, Alissa. La fiesta habrá comenzado ya —dijo Scott. Yo ni siquiera me di cuenta del tiempo que llevaba observando la tienda pensando en la posibilidad de que mi padre se enterara de lo que iba a hacer, pero la voz grave y risueña de ese hombre me distrajo.

—Sí, vamos, vamos.

—No te preocupes, en unas horas volveremos juntos y la tienda seguirá aquí. No se va a ir a ninguna parte.

Me giré sonriendo a modo de disculpa y agarré su brazo, del cual no querría soltarme jamás.

—Tienes razón, vamos.

Nos fuimos de allí dejando el negocio de mi familia apagado, oscuro y por suerte, protegido y cerrado para que nadie pudiera robarnos.

El camino hasta el Astoria era largo, se encontraba junto a los jardines frente a la catedral y eso hizo que tuviéramos que estar más de treinta minutos andando agarrados. Sí, para mí eso fue un detalle importante. Scott no soltó mi brazo en ningún momento, íbamos paseando por las calles oscuras de Berlín como si fuéramos una pareja, pero sin serlo. Y aunque no lo fuéramos, imaginármelo me hizo feliz durante ese breve instante de tiempo. Su conversación me sorprendió gratamente, habló de su hermana y su madre. Le había preguntado por ellas ya que llevaba tiempo sin verlas y él habló con un cariño inmenso de su familia. Su padre, sin embargo, no fue nombrado en ningún momento, lo cual me extrañó. Y la conversación siguió por esos derroteros hasta que llegó el momento. A apenas unos cinco minutos del lugar al que nos dirigíamos, me preguntó por Emma. Y entonces me di cuenta de lo que ocurría.

Scott no estaba interesado en mí ni mucho menos, esa invitación la había hecho para que mi amiga pudiera asistir y él pudiera disfrutar de su presencia. No quise darle demasiada información, mi humor cambió ra-dicalmente lo cual hizo que quitara mi brazo del suyo y mi sonrisa se borrara del rostro.

—No lo sé, Scott. Supongo que ya estará allí.

—¿Pero va sola? —preguntó insistente mientras me observaba.

—Lo descubrirás ahora, ¿no? ¿Por qué tanta prisa? —pregunté molesta a su lado. Al cabo de unos metros y al adentrarnos en la zona de jardines frente a la catedral, vislumbré el Astoria a lo lejos y aceleré mi paso dejándole algo rezagado. No tenía ganas de estar con él en ese instante, quería llegar y hablar con Emma. Ella sabía acerca de mis pensamientos sobre él, nunca me haría daño emparejándose con él y por eso mismo, necesitaba entablar conversación con ella y porque no, tomarnos unas copas de whisky, aunque no lo hiciéramos normalmente.

Scott siguió mis pasos llamándome, pero lo ignoré. No me apetecía hablar con él, no quería verle. Había sido una ilusa. Me había utilizado para ir a esa fiesta y poder acercarse a Emma y me dolía horrores, sentía unas ganas inmensas de llorar, pero no iba a permitirlo. Durante esos metros que anduve hasta llegar a la puerta del Astoria pude observar el lugar, los jardines iluminados estaban preciosos de noche y recordé que llevaba mucho tiempo sin pasear por esa maravillosa ciudad. Los símbolos políticos del partido de Hitler inundaban las calles, las esvásticas estaban presentes en cualquier pilar de arquitectura clásica de ese espacio. No me gustaba nada, esos símbolos le daban a Berlín un toque oscuro, pero en realidad, no tenía ningún tipo de decisión sobre ello. No quedaba más remedio que aceptarlos como mera decoración y un objeto más de la ciudad. Mi vista se centró en la puerta de madera oscura del Astoria que estaba a pocos metros de mí y escuché un gran barullo de gente en el interior, mientras que oía como Scott andaba detrás de mí y a cada segundo insistía en que le esperara.

Sabía que, si abría la puerta sola, sin acompañante y con la gran cantidad de gente que seguramente habría en el lugar; todos se girarían hacia mí. Pero no lo dudé, preferí hacerlo que esperar a Scott. Alisé mi vestido y con una respiración honda y profunda; abrí la puerta para

adentrarme en la cafetería más famosa de toda la ciudad. La música del lugar, las paredes oscuras de madera llenas de fotografías en blanco y negro y la gente hablando y riendo; fue lo primero en que me fijé. Pero después mi mente fue analizando el lugar y pude observar cómo decenas de hombres y mujeres me miraban de arriba abajo, unos con rostros de disgusto por haber entrado sola y pocos, por decir casi ninguno, me miraban con una suave sonrisa. Como si me hubiesen felicitado de esa forma por haberme atrevido a ir al lugar sola, sin acompañante y siendo mujer. Me importaba muy poco, mis nervios se disiparon cuando noté como la rabia y las ganas de molestar a todos esos que me juzgaban aumentaban.

Sin pensarlo me adentré en la cafetería sorteando las distintas personas que me encontraba, el lugar estaba lleno. Posiblemente más de un centenar. Mi mirada buscaba a Emma, quería encontrarla y si no lo hacía, me marcharía de allí porque no había nada que me hiciera quedarme. La música que sonaba con cierta fuera, el barullo de la gente y el no saber hacia dónde avanzar hizo que me agobiara levemente, intentando alzar mi cabeza para vislumbrar dónde podía estar mi amiga. Mi cuerpo se tensó cuando noté como unas manos fuertes, enormes y masculinas se posaron en la zona baja de mi espalda y giré mi rostro de forma rápida para saber de quién se trataba; aunque en mis adentros lo sabía antes de haber hecho ese gesto. Scott me había alcanzado.

—Eres muy rápida, ven. Es por aquí —murmuró detrás de mí, cerca de mi oído para que le escuchara. Supuse que lo hizo por la música, era complicado oírse en un tono normal en ese lugar. Sin embargo, su mano no se apartó de mi espalda en ningún momento y yo intenté concentrarme mientras avanzaba hacia el lugar que él había indicado. Pasamos diversas salas dónde había gran cantidad de gente hasta que nos adentramos en una más pequeña, donde la misma música que sonaba en el Astoria era más suave y había mucha menos gente. En una de las mesas de madera oscuras pude ver a Emma junto a Nathan, uno de los amigos de Scott que personalmente yo no soportaba. Maldije que estuviera con él, no me gustaba nada ese chico. Era engreído, prepotente y muchas veces; maleducado. Con ella era todo lo contrario, sin embargo, a mí me tenía enfilada desde bien pequeña.

—¡Alissa!

Emma se acercó hasta mí sonriendo y me abrazó con ganas, suspiré de alivio al sentir que estaba allí. De esa forma la noche podría ir un poco mejor porque había comenzado bien, pero los derroteros habían ido por donde yo pensaba que jamás podría ir. Sonreí y ambas nos acercamos acompañadas por Scott hasta donde se encontraba Nathan. No se me escapó que su rostro había cambiado al verme y suspiré, sin darle mayor importancia. Lo que sí pude observar es que Scott y Emma se saludaron con una sonrisa amable, pero poco más. No comprendía nada, ¿por qué entonces él me preguntaba por ella si ni siquiera le había saludado cómo debía? Me centré en saludar al fastidioso amigo de Scott.

—Hola Nathan.

—Hola Alissa, no sabía que tú venías por aquí —dijo en tono de disgusto. Fruncí el ceño y me senté en uno de los taburetes bajos de madera alrededor de esa mesa. Me quité el abrigo y sentí que rápidamente Scott lo agarraba con delicadeza para dejarlo en el perchero que teníamos a la espalda colocado en la pared.

—Ya ves, no sabía que el Astoria tuviera asistencia no permitida para mí. ¿Te molesta?

—Sí, me molesta.

—Nathan, ya basta —dijo Scott con tono serio. Emma me miró sin comprender y yo hice lo mismo, ambas miramos a los dos hombres que se observaban de forma fija y seria. El amigo de Scott decidió marcharse a la barra para disfrutar de quizás, su cuarta copa de whisky.

Conocía a Nathan desde bien pequeña, era borde y prepotente, pero no solía hablar de esa forma tan directa y era probable que la bebida fuese el motivo de ser tan sincero y borde conmigo. Mi acompañante de esa noche se marchó disculpándose por la actitud de su amigo y nos dejó a Emma y a mí solas. La sonrisa amplia de ella hizo que la mirara con cariño, comprobé que llevaba un vestido precioso azul marino, el vuelo que tenía su prenda de vestir era mucho más exagerado que el mío y sonreí; no era una chica de medias tintas. De hecho, su vestido era más corto y el maquillaje que llevaba en su rostro era más pronunciado; la envidiaba. Yo nunca me atrevería a ir así, además que mi tez clara haría que pareciese un verdadero payaso.

—¿Y bien, Aliss? — preguntó ampliando la sonrisa de su ros- tro. *Así me llamaba ella.*

—¿Qué pasa?

—Has venido con Scott, te ha invitado ¿no?

—Sí, eso parece. Aunque no creo que sus intenciones sean las que yo esperaba —dije observándole de lejos. Pude ver como ambos amigos bebían en la barra y pedían en esos momentos varias copas; supuse que eran para nosotras.

—¿No? ¿Crees que se presentaría aquí en el Astoria contigo si no fuese porque está interesado en ti?

—No lo está Emma, créeme. Estoy segura.

Nuestra conversación terminó cuando ambos amigos volvieron a sentarse en la mesa, Emma les sonreía y yo en realidad me sentía fuera de lugar. No sabía por qué razón, pero sentía que no encajaba en esa cafetería tan sofisticada y conocida. Había ido en otras ocasiones, pero el ambiente esa noche era distinto y en ese instante, no sabía por qué era. Un breve carraspeo por parte de Nathan hizo que mis pensamientos volvieran a la mesa donde nos encontrábamos, lo observé. Sentía que ese gesto era por mí.

—Alissa, te pido disculpas por mi comentario.

—¿Me dices a mí? —pregunté incrédula. De reojo pude ver como Emma y Scott sonreían observándonos, aunque la mirada de él era mucho más intensa sobre mí que la de mi amiga. Me estaba observando fijamente.

—¿Hay alguien más que se llame Alissa en esta mesa? —preguntó molesto.

Alcé la ceja y sonreí levemente, no iba a achacarme frente a ese chico rubio y de ojos azules. Posiblemente otra chica lo vería atractivo, sabía que Emma siempre había tenido debilidad por él, pero no me gustaba. Ni física, ni personalmente. Así que disfruté con el momento de debilidad de ese hombre que sabía había sido fruto de una conversación con su amigo y no salía realmente de su interior.

—No sé, con tanta rabia que tienes en tu interior pensaba que te estabas envenenando y nunca serías capaz de pedir disculpas a nadie —dije aguantando una sonrisa.

—Mira, no me provoques —dijo él con seriedad. Observé su rostro, pude comprobar como ese gesto se trasladaba a sus ojos. Fue el primer momento en el que sentí miedo por una persona, su rostro se transformó y pareció mirarme con odio. No sabía por qué, de verdad que no. En esos momentos pensaba que no era de su agrado, pero sentí que eso iba mucho más allá de un simple desacuerdo entre nuestras personalidades. Ahí había algo más fuerte e intenso. Pero no me achaqué, entrecerré los ojos aguantando su mirada hasta que Emma interrumpió el momento y la mano de Scott se puso en medio de la mesa.

—Ya basta, chicos —dijo Emma.

—Nathan, o te tranquilizas o te largas —advirtió Scott.

—Me largo —afirmó él. Acto seguido cogió su chaqueta y pasó por el lado de la mesa como si no quisiera saber nada más sobre nosotros tres. Emma me miró apenada y después observó a Scott que hizo una especie de gesto de asentimiento, en apenas segundos mi amiga había cogido su abrigo negro y pasó junto a la mesa para seguir los pasos de Nathan. No comprendía nada, ¿qué ocurría esa noche ahí? Se suponía que íbamos a una fiesta, a divertirnos y no habíamos podido ni comenzar a hacerlo. Sentía como Scott me observaba en silencio mientras bebía de su copa de whisky, mi mirada seguía la cabeza de mi amiga que se perdía entre tanta gente hasta que salió de esa sala y perdí su rastro. En ese instante me di cuenta de algo, Emma estaba con Nathan. No sabía desde cuándo, pero sentí en esos momentos que estaban juntos. Si no... ¿por qué razón había salido detrás de ese idiota?

—Están juntos, ¿verdad?

Giré mi rostro para mirar a Scott quién me observaba con cautela, sus ojos negros me miraban con cierta preocupación y lástima. Y lo odié en esos momentos, ese sentimiento no me gustaba y mucho menos en alguien por quién había soñado despierta durante mucho tiempo; quizás desde mi infancia o adolescencia.

—Sí, Alissa. Llevan meses juntos.

Y en ese momento fue cuando me di cuenta de que no comprendía absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo ¿Por qué entonces Scott me había preguntado por ella? Fruncí el ceño y eso hizo que él se incorporara del taburete, la música de Ella Fitzgerald con *Dream a Little Dream of Me* comenzó a sonar en la sala y no pude evitar sonreír levemente. Las manos del enorme hombre que tenía a mi lado tiraron de mí levemente hasta que nos movimos al centro de la sala más pequeña del Astoria.

—¿Qué haces Scott?

—¿Bailar? Olvídate de Nathan y de todo y disfruta.

Me quedé algo paralizada al escucharle, mis nervios se dispararon al instante.

—¿Qué? ¿Bailar ahora?

—Sí, déjate llevar. Confía en mí.

Sus manos se posaron en mis caderas con suavidad, mirándome en todo momento para pedirme permiso para ello. Durante unos segundos valoré la posibilidad de irme de allí, pero la música de esa mujer afroamericana tan exitosa y los acordes de la canción, hicieron que posara mis manos en los hombros de Scott y me dejara llevar durante los pocos minutos que duró la melodía. Su suave sonrisa me encandiló y lo observé en silencio mientras bailamos a una velocidad lenta y siguiendo el ritmo de esa fantástica canción. Pude observar al mirar unos segundos hacia los lados, que todos los presentes nos observaban. El dedo que Scott posó sobre mi barbilla hizo que girara mi rostro y le miré, sorprendida.

—Olvídate de todos los demás —murmuró observándome, parecía que estudiaba mi rostro centímetro a centímetro y su mirada se paraba unos segundos más largos sobre mis labios rojos. Suspiré, estaba nerviosa y no sabía ni siquiera dónde poner mis manos que no dejaban de tocarle la solapa del traje... Sus manos agarraron las mías y las besó con suavidad para después colocarlas de nuevo sobre su pecho. ¿Era eso un sueño? Aunque no comprendía nada. ¿Qué hacía bailando conmigo si su interés en realidad era por Emma? Decidí que era el momento de preguntarle.

—Scott, ¿qué haces bailando conmigo? —pregunté. Su rostro cambió de mostrar una sonrisa a sorpresa e incomprensión, mientras seguíamos bailando.

—¿Cómo? ¿Por qué no tendría que bailar contigo?

—Porque prefieres bailar con Emma, ¿por qué no vas tras ella? —pregunté intentando no parecer una novia celosa, porque no era ni novia, ni celosa. O eso creía, hasta ese momento.

—¿Quién ha dicho que quiera bailar con Emma?

Sus manos posadas sobre mi cadera hicieron que mi cuerpo fuera guiado hasta estar más cerca del suyo, lo cual provocó que mis sentidos se perdieran. Su perfume intenso y el ver su rostro más cerca generó en mí un efecto confuso. Quería marcharme, quería dejarle las cosas claras, pero mi cuerpo pedía otra cosa; quería afe- rrarme ahí, a ese momento por el resto de la eternidad.

Intenté concentrarme para seguir con la conversación.

—Tú. Viniendo preguntaste por ella.

Su sonrisa hizo que me enfadara y frunciera el ceño. Me moví para intentar separarme, pero él volvió a clavar sus manos en mis caderas hasta que nuestros cuerpos ya no tenían ni un milímetro de distancia. Respiré profundamente y lo miré con seriedad.

—¿Por qué sonríes? No estoy bromeando, ni diciendo nada divertido, Scott —comenté enfadada de forma clara. Su sonrisa no se borró de su rostro y con su mano, retiró con lentitud y una suavidad ínfima, una de las mechas de mi pelo castaño con tonos rubios. Cerré los ojos disfrutando de ese roce y los abrí rápidamente. No quería que él notara lo completamente atontada que estaba por su persona.

—Te pregunté por ella porque no quería que estuvieras sola. Sabía que estaría con Nathan y es un gran apoyo para ti, ¿no?

—Sí, claro que lo es. Pero...

—¿Pensaste que estaba interesado en ella? —preguntó con sinceridad. Su mirada me observaba de forma fija y sin un atisbo de dudas. No sabía qué contestar, ¿le decía que sí? Que me había muerto de celos sin tener ningún sentido. No éramos nada, de hecho, apenas habíamos entablado mucha conversación a lo largo de todos esos años y la situación era muy confusa. Insistió mirándome—. Alissa, ¿pensabas que Emma era quién me interesaba?

—¿Acaso te interesa alguien? —pregunté de forma rápida. A los segundos me arrepentí de haber hecho la pregunta, su rostro se convirtió en una sonrisa perma-nente y asintió. No tenía dudas, me observaba a mí y mis ilusiones de que yo fuera esa persona por la que estaba interesado se instauraron en mi cuerpo. Me aparté rápi- damente de su cercanía y puse distancia entre ambos —. Perdona, no es de mi incumbencia. No debí preguntarte.

La música se convirtió en un festín, el ritmo lento de las anteriores canciones había finalizado y eso acompañaba al momento en el que ahora mismo estaba inmersa. Quería marcharme, me acerqué hasta el ropero de la pared para coger mi abrigo y lo agarré con fuerza. Me lo pondría en la puerta al salir porque en el lugar el ca- lor era horroroso debido a la calefacción. Me giré para marcharme, pero me topé con el torso de Scott, fijo ante mí y tan enorme como una montaña. Alcé mi rostro para mirarle sin entender.

—Quiero irme Scott, ¿me dejas por favor? —dije. Quería que se apartara y dejara paso para poder irme a casa, con mi padre y dormir tranquila. Sin preocupaciones tontas y estupideces como el hecho de pensar que ese hombre podía sentir algo por mí.

—No, no te dejo Alissa. Dame eso.

Sin pedirme permiso volvió a colocar el abrigo en el perchero y yo lo miré seria, confundida y frunciendo el ceño. Su sonrisa volvió a provocar en mí sentimientos contrarios.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque no quiero que te vayas ¿Acaso no te das cuenta?

—¿De qué? —dije mirando a todos lados, pensando en que quizás había ocurrido algo de lo que yo no me había percatado. No vi nada, pero sí escuché una risa de esa boca tan enorme y bonita que él tenía. Giré mi rostro hacia él.

—Eres tan bonita.

—¿Yo?

—No veo a nadie aquí cerca que tenga unos ojos tan increíbles, una cara tan bonita y un carácter tan inso-portable como el tuyo, Alissa.

Fruncí el ceño de nuevo, ¿insoportable? No comprendía nada, mi falta de experiencia con un hombre hacía que no supiera si estaba insultándome o diciéndome que le gustaba. Tonta de mí alcé mi rostro con orgullo para mirarle con el ceño fruncido y confusa.

—Si soy tan insoportable, ¿por qué me has traído?

—Porque me gusta ver este ceño fruncido.

Su dedo se acercó hasta esa zona de mi rostro y aca-rició entre mis ojos, haciendo que mi ceño se relajara y le mirara durante unos largos segundos. Sentí como si su cuerpo me engullera, su rostro se acercó hasta el mío con una lentitud que no había visto en ningún lugar y que seguro no existía ni en las métricas de movimiento. Respiré con profundidad, mis nervios se dispararon e hicieron que mi boca hablara antes de pensar lo que decía.

—Tú también lo frunces muy bien.

¿Qué acababa de decir? Scott soltó una risa que provocó en mi cierta relajación, sentí como sus manos agarraban mis mejillas y como las acariciaba con lentitud. Ni en los mejores sueños de mis cortas noches sobre la dura cama en la que dormía hubiese imaginado que ese momento estaba a punto de ocurrir. Sus labios estaban cada vez más cerca de los míos, mis manos no existían; las tenía a los lados de mi cuerpo.

—Déjame besarte —dijo él en un susurro. Había agarrado mi rostro para que yo no me apartara, pero me miraba a los ojos esperando una confirmación. No quería hacer algo que yo no deseara, pero es que sí que lo hacía. Ansiaba que me besara, que posara esos labios carnosos sobre mi fina boca. Tragué saliva y asentí con un movimiento que apenas era apreciable, pero él sí se dio cuenta porque su nariz ya rozaba la mía. Sus ojos no dejaban de mirarme, mis nervios hicieron que ce-rrara los míos y esperase el momento con el que había soñado desde hacía años. Iba a ser besada por Scott Bader, por el chico con el que discutía por no saber cómo tratar con él y por quién había sido protagonista de mis historias imaginarias en las tardes aburridas en la zapatería o en las noches interminables en las que no podía dormir. Me dejé llevar, dejé que fuera él quién llevara la iniciativa porque yo era una inexperta en esos temas.

El roce de su nariz con la mía y la cercanía de ambas bocas disparó mis nervios. Cuando sus labios comenzaron a rozar los míos de una forma lenta, tan lenta que era insoportable y desesperante; un ruido espantoso se escuchó en el interior del Astoria.

Nos costó asimilar ese instante hasta que los presentes más cercanos a nosotros comenzaron a moverse nerviosos. Giré mi rostro muy a mi pesar, el suspiro de ambos se hizo sonoro, pero la situación lo pedía.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté sin separarme apenas de su cuerpo.

Allí había pasado algo importante porque todo el mundo cogía sus enseres y salía de la sala en la que nos encontrábamos. Yo no sabía qué hacer, si quedarme allí en modo prevención o si seguir a todas las personas que se marchaban.

—Alissa, vamos.

La mano de Scott agarró la mira y tiró de mi cuerpo para marcharnos. Busqué con la mirada mi bolso y mi chaqueta, pero no lo encontré; los nervios y la rapidez con la que él pretendía que nos marcháramos hizo que no viera dónde estaban mis cosas.

—Espera, mis cosas.

—Déjalas, tenemos que irnos. Vamos —dijo con se-riedad. Tiró de nuevo de mí hasta que cedí y anduve tras él con prisas. Sentía que mis pies se salían de los zapatos que llevaba, portar una talla más grande que la mía influía, pero el ajetreo y la velocidad con la que pasábamos por las salas del Astoria eran un motivo de mayor peso.

Pasamos por varias salas de la famosa cafetería, los invitados de la fiesta se habían marchado; apenas quedaban personas sueltas que no sabían qué hacer. Los comprendí, me sentía exactamente igual. Mi mirada se centraba en la mano de Scott que tiraba de la mía haciendo que avanzáramos por el vacío lugar. Llegamos a la sala principal en la que se encontraba la barra de madera oscura y la entrada, y lo que vi me dejó sorprendida y aterrorizada. Personas heridas estaban en el interior sentadas en el suelo, sus conocidos les ayudaban a curar las heridas que tenían en el rostro, la pierna y demás zonas del cuerpo que no pude ver con claridad. Mi mente se ofuscó y no comprendía lo que estaba pasando; posiblemente sería una pelea entre los clientes del Astoria, pero no, algo en mi interior me decía que no era así.

—Madre mía.

Era lo único que decía a cada paso que daba con los pequeños tirones que daba Scott de mi cuerpo. Fuimos avanzando hasta la puerta y en ese instante una chica rubia, elegante y realmente bonita; entró en la cafetería con la cabeza ensangrentada. Aquello me asustó, me quedé en medio de la puerta parada, observando como rápidamente en el interior del bar la ayudaban a curarle la herida. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Alissa, tenemos que marcharnos, ya.

Scott tiró de mí, pero esta vez lo hizo agarrando mi cadera para que cediera, mi cuerpo se había clavado bajo el marco de la puerta de la entrada observándolo todo. El shock que tenía en esos momentos no me dejaba reaccionar hasta que sentí sus manos y finalmente pudimos salir del lugar. La escena en el exterior era in- cluso más grotesca que la que había en el interior de la cafetería, de hecho; era horrorosa. Decenas de hombres corrían por las calles frente a la preciosa y silenciosa catedral, con banderas rojas y símbolos de la esvástica en color negro. Las ondeaban y corrían felices; mi mente entró en cortocircuito mientras andaba con prisas junto a Scott. Me dejaba guiar y de esa forma podía observarlo todo. En medio de la carretera había una enorme hoguera en la que parecía haber trozos de madera, quizás de muebles, incluso pude divisar libros o documentos que se quemaban al instante con las llamas. Había gente horrorizada, pero otros estaban felices y yo no lo podía entender.

*En ese momento no lo entendía, quizás leyendo esto pienses que era una inocente chica que vivía aislada de todo. Pero no era así. En mi mente no podía concebir que, ante una situación tan horrorosa, con heridos y personas atemorizadas; hubiese una gran multitud gritando eufóricos y felices. Con el tiempo he llegado a entenderlo, pero no a respetarlo. Jamás podré respetar que personas se alegren de las atrocidades de otros; pero bueno, en realidad esto es solo el comienzo de este horroroso viaje que quiero contarte.*

*Y seguro que cuando llegues al final de todo comprendas lo que te digo.*

# Capítulo 3

# Horror

Mientras Scott seguía tirando de mí, atisbé una especie de saludo por su parte a uno de los chicos que portaba una de las banderas. Quizás fue la confusión y el temor del momento, así que lo dejé pasar. A lo lejos vi a Emma, andaba por delante de nosotros y estaba igual de asustada que yo. Lo vi en su forma de andar y mirar a todos lados sin saber qué hacer.

—¡Emma! —grité. Quería que estuviera a salvo con nosotros y que no la hirieran. Acto seguido vi que se giraba y entonces me percaté de que no estaba sola, Nathan estaba junto a ella e intentaba hacerle comprender que tenía que marcharse a casa. Mi rostro cambió al ver al amigo de Scott que se sorprendió al vernos en el mismo lugar que ellos.

—¿Qué hacéis aún aquí? Scott, tienes que llevártela —dijo el amigo una vez estábamos junto a ellos. Yo los miré sin comprender, nadie me dijo nada, pero todos me miraron. Aceptaban lo que decía ese estúpido, porque para mí eso era. Yo, sin embargo, proseguí con mi preocupación por mi amiga acercándome hasta ella y soltándome de la mano de mi acompañante.

—Emma, ¿qué haces aquí aún?

—Te estaba buscando, Alissa. Tienes que irte de aquí.

—¿Cómo? ¿Y vosotros? —pregunté sin entender.

—Nosotros estamos a salvo, estúpida —dijo Nathan con tono arrogante. Scott se puso detrás de mí observando a su amigo con una mirada de advertencia y yo los observé en silencio. Me sentía perdida, ¿por qué yo tenía que irme y ellos no?

—No me voy si Emma no se viene. No me importa lo que digas, Nathan —contesté.

No quería achacarme por las palabras de ese rubio insolente, sin embargo, la mano de Scott se posó en mi cadera y con un pequeño gesto hizo que le mirara. Sus ojos lo decían todo, su insoportable amigo tenía razón. Tenía que marcharme de allí.

—¡¿Qué haces que no te la llevas, Scott?! —alzó la voz Nathan hacia su amigo —. Están arrasando la zona del Mitte.

Mi cuerpo se heló, lo miré de forma seria. Mis impulsos en esos momentos pudieron con mi conocida paciencia y me vi a mí misma agarrando la camisa azul clara que llevaba ese arrogante hombre, con la suficiente fuerza para que se sorprendiera.

—¿Qué estás diciendo estúpido? —pregunté con rabia. Pensar en mi vecindario afectado por esas batallas campales hizo que perdiera mi paciencia. Los allí presentes se sorprendieron tanto que no supieron qué hacer durante unos largos segundos. Sin embargo, las manos de Scott agarraron mis costados y me separaron de su amigo que me miraba con los ojos encendidos en odio. A mi acompañante no le hizo falta ni hacer fuerza, mi cuerpo diminuto al lado del suyo fue separado de su amigo con facilidad. Nathan por su parte, me miraba con un rostro entre

repugnancia y enfado.

—Estoy diciendo que ahora mismo tu preciosa casa estará destruida, estúpida. Más vale que te marches de Berlín si no quieres acabar en una hoguera como la que hay ahí en medio —dijo Nathan con tono claro, ácido y sin pensarlo apenas unos segundos.

—¡Nathan! Lárgate, ahora. Si no quieres acabar con la cara molida a golpes—alertó Scott.

Mi cuerpo no respondía ante lo que acababa de decir ese odioso hombre, ni siquiera me di cuenta como este se marchaba tras varios encaramientos con su amigo. Emma me miró, no la observé demasiado porque mis pensamientos estaban en lo que estaba ocurriendo. Tenía que volver a mi casa, tenía que asegurarme de que la zapatería estaba bien y, sobre todo, saber que mi padre estaba a salvo y no estaba herido.

Mi amiga y su acompañante se marcharon, en cierta parte sentí alivio al no ver más la cara de odio que Nathan ponía cada vez que me miraba y el único que seguía a mi lado era él, Scott Bader. No recuerdo si fueron minutos, segundos o quizás milésimas de segundos hasta que sentí de nuevo la mano de él tirar de la mía en dirección contraria a la que yo quería ir.

—Vamos, Alissa. Tenemos que irnos de aquí.

Miré su mano y la dirección que pretendía seguir. Quería alejarse de la zona de la catedral y de la zona dónde yo vivía. No, me negué con la cabeza y tiré de su mano hacia mi cuerpo para evitar andar.

—No, no pienso irme. Tengo que volver a la zapatería, Scott.

—No puedes, Alissa. Tengo que sacarte de Berlín cuanto antes—indicó con alerta y con un tono serio y preocupado.

Negué con la cabeza varias veces, ¿qué estaba diciendo? No podía irme de la ciudad, mi vida estaba allí. Había crecido y vivido en las preciosas calles de la capital alemana, mi padre seguía allí y no podía abandonarle. Nuestros ahorros, nuestra vida y nuestras experiencias estaban en esa maravillosa ciudad y no pensaba irme. No dejaría la ciudad más bonita del mundo por una pequeña batalla campal. Tiré de mi mano de nuevo soltándome de su amarre para su sorpresa.

—No puedo, está mi padre. Está todo aquí, no voy a irme. Si quieres acompañarme, hazlo. Pero no pienso marcharme de la ciudad —dije volviendo a dirigirme hacia la dirección que creía correcta.

Di varios pasos hasta que sentí las manos de Scott cogerme por las caderas, alzándome como si fuera un saco de patatas. Grité con todas mis fuerzas al sentir que volvía a alejarme de la zona a la que quería ir y donde estaba mi vida entera.

—¡No Scott! ¡Por favor! Mi vida está aquí, no puedo irme. ¡Bájame por favor!

—Alissa, lo hago por ti. Tienes que estar a salvo, Berlín ya no es seguro para ti —indicó mientras andaba conmigo sobre sus hombros.

El agobio, la tristeza y la decepción que sentí por ese hombre que no comprendía mi situación; hizo que sintiera como las lágrimas caían sobre mis mejillas. Me sentía horrible, abandonada y aunque él quería salvarme de lo que yo desconocía; no podía comprender que me separara del hombre más importante de mi vida. Estaba desesperada, alterada y no sabía qué hacer para poder escapar de sus brazos. Era demasiado enorme para poder retorcerme y bajarme de su hombro con facilidad. Dejé mi cuerpo caer sobre su hombro, derrotada, pero mi mente trabajó a un ritmo frenético hasta que llegué a una conclusión. Si Scott realmente quería ponerme a salvo era porque sentía algo o al menos tenía cierto cariño hacia mí. Me había protegido frente

a Nathan con vehemencia. Tal vez existía un resquicio de esperanza entre tanta atrocidad. Sorbí mis lágrimas y me aventuré.

—Scott, por favor. Si realmente sientes algo por mí o te importo algo, no me hagas esto. No me separes de mi padre... Lo es todo para mí —dije con derrotismo. En realidad, lo pensaba, sentía todo lo que estaba diciendo. Mi corazón no podía soportar alejarme de quién me había cuidado y del que ahora yo tenía que cuidar y, sobre todo, saber si realmente estaba bien.

Scott me había escuchado, pero seguía andando, sin embargo, su paso fue haciéndose más lento. En la calle dónde estábamos ya no se veían altercados, estaba oscura y quedaba a las espaldas del Astoria. La suficiente luz del lugar hizo que viéramos como una pareja corría por la calle huyendo de lo que estaba ocurriendo a apenas metros de donde nos encontrábamos. Escuché un largo suspiro de Scott, el cual ya estaba quieto y sorprendida, sentí como con cuidado me bajaba de sus hombros hasta colocarme en el suelo. En ese instante no supe si sentir alegría porque acababa de confirmarme con ese gesto que sentía algo hacía mí o le importaba; o ganas de levantar mi mano para estamparla sobre su precioso rostro.

—Escúchame, Alissa. Puede que lo que veas sea horroroso, ¿estás segura? —preguntó. Sus manos se acercaron a mi rostro y las posó en mis mejillas. Sentí una especie de calidez en mi piel, había limpiado las lágrimas de mi cara que ni siquiera yo misma notaba. Me miraba fijamente a los ojos, esperando una contestación.

—Necesito ir, no puedo irme de Berlín. Mi padre está aquí y no puedo dejarle solo —dije mirándole con sinceridad. Sus manos seguían en mi rostro, observándome.

—De acuerdo, pero...os sacaré de aquí. A partir de ahora tienes que hacerme caso, aunque no quieras. Yo sé cómo sacaros de Alemania, tenéis que marcharos.

Sus manos seguían agarrando mi cara, pero yo no me había fijado en nada, únicamente me había centrado en sus palabras. ¿Por qué sabía cómo sacarnos de allí? O, mejor dicho, ¿por qué a nosotros? ¿Por qué él no corría peligro? Asentí, sin más. No supe qué más decir en ese momento. Tenía demasiadas dudas y muchas preguntas que hacerle, pero ahora mismo eso no importaba. Tenía que comprobar que mi padre se encontraba bien y que la zapatería estuviese a salvo. Aunque en mis adentros estaba segura de que eso último no sería así.

Mientras avanzábamos por las calles de Berlín, el silencio entre los dos cada vez era más denso y ninguno queríamos romper ese momento. No por nosotros, si no por todo lo que veíamos a nuestro paso. Cuando salimos de esa calle oscura tuvimos suerte de no enfrentarnos a la realidad que estaba viviendo Berlín durante largas avenidas y callejuelas, sin embargo, se escuchaban las sirenas de los coches sanitarios ambulantes y mi cuerpo cada vez estaba más entumecido. Sentía dolor en los pies, pero no me importaba, en otra ocasión me hubiese centrado en ese pequeño detalle; pero ahora mismo me parecía insignificante. Incluso no le di importancia al hecho de estar paseando con Scott Bader junto al río Spree y frente al museo Bode. En cualquier otro momento de la vida esa estampa hubiese sido romántica, tranquila y muy esperada. Ahora mismo ni siquiera me fijaba en la maravillosa arquitectura del museo, en la tranquilidad de la zona o en la belleza que deslumbraba esa parte de la ciudad. Mientras avanzábamos por la zona del río, el ruido de las sirenas cada vez era más constante y mucho más sonoro, el parque Monbijou se quedó a nuestra izquierda. Los pasos de Scott ahora eran más acelerados, parecía que supiera lo que iba a encontrarse porque cuando traspasamos el límite de la zona tranquila de Berlín junto al río y nos adentramos en el interior de mi barrio; donde había hecho mi vida en los veintiséis años que tenía; mi cuerpo comenzó a temblar y me paralicé.

Únicamente podía ver como las ventanas de los edificios estaban rotas y salía un humo

negro que heló mi cuerpo. Los cristales estaban hechos añicos, muchas de las paredes tenían pintadas con términos alemanes que no supe interpretar por culpa de mi asombro y terror. Las puertas de prácticamente todos los edificios por las cuales mis vecinos subían para llegar a sus casas estaban echadas abajo y otras rotas a machetazos. Parecía una escena de una película de terror, sentía que Scott tiraba de mi mano, pero mi cuerpo andaba sobre los grises adoquines sin rumbo, sin energía y sin alma. Todo lo que veía provocaba que mi preocupación creciera más y más, hasta que mi cuerpo me lo recordó. Mi padre, la zapatería... Si a pocas calles había encontrado esa situación tan horrorosa, nosotros que vivíamos en el centro del barrio a unas cuantas calles, posiblemente tendríamos una situación mucho peor. Mi acompañante de esa horrorosa noche guió mis pasos comprobando que no nos vieran, a mí en realidad no me importaba, lo único que quería era llegar al lugar donde vivía. En pocos metros llegamos a la calle donde había disfrutado de mi infancia, mi adolescencia y parte de mi corta y joven vida. La pequeña cafetería que regentaba Clarisse estaba destrozada, las ventanas ya no existían y cantidad de cristales rotos llenaban el suelo. En el medio de la calle había otra hoguera simulando la misma forma a la que había visto al principio de ese horrible trayecto frente a la catedral. Pude ver como decenas de libros, documentos, muebles y cuadros ardían en el fuego más horrible y atroz que había visto en mi vida. Mis lágrimas caían incesantes sobre mis mejillas, Scott hizo que nuestros pasos fueran mucho más acelerados y a cada metro que avanzábamos la situa- ción era igual o peor.

¿Qué había pasado? ¿Qué habíamos hecho para me-recer eso? Toda la calle estaba igual, por suerte no había ninguno de los que habían originado esa monstruosa estampa. Esto originó en mí unas ganas terribles de correr y ver nuestra preciosa y enorme sinagoga llena de humo, destrozada y con cantidad de mobiliario en el ex- terior quemándose; fue el motivo que me hizo soltarme del amarre de Scott. Corrí, no supe cómo, pero lo hice a una velocidad enorme. Al hacerlo sentí que uno de mis zapatos se quedaba por el camino, pero no me importó. Con paso torpe giré sobre la esquina de la calle donde la ardiente y destrozada sinagoga estaba situada y cuando lo hice, ahí estaba la zapatería. Los enormes y limpios cristales que tenía ahora estaban en el suelo, hechos pedazos y los pocos que quedaban en pie con pintadas en negro y en rojo. Ni siquiera le dediqué un segundo a comprobar lo que decían esas frases, corrí mientras lloraba. La puerta estaba echada abajo y en la misma entrada de nuestro negocio familiar había cantidad de objetos y productos que solíamos vender. Zapatos tirados sobre el suelo, papeles, botones... todo estaba hecho un caos. Avancé varios pasos lentos, la impresión que tuve al ver nuestro esfuerzo de tantos años tirado por tierra; hizo que anduviera despacio hacia la vieja y destrozada entrada de la zapatería. Sentí como varios cristales se incrustaron en mi pie, me quejé por el dolor, pero proseguí. Quería ver lo que habían hecho, quería descubrir si podíamos salvar algo de todo lo que tanta felicidad y tranquilidad nos había dado en ese humilde barrio de Berlín.

Cuando estuve dentro, no podía creer cómo se encontraba el lugar. Aún recordaba hacía apenas unas horas lo ordenada y limpia que había dejado la zapatería, los estantes en los que antes estaban las cajas de zapatos de nuestros clientes estaban tirados en el suelo. Las piezas de calzado estaban sobre el suelo sin su otro par, como si hubiesen perdido el sentido de su existencia. El mostrador de cristal y madera vieja estaba destrozado, no pensé en el dinero. Sabía que no quedaría absolutamente nada. Escuché como Scott llegaba a la entrada de la zapatería y se quedaba ahí, plantado. Observando todo lo que acaba de encontrarme.

—¿Quién ha hecho esto? ¡¿Quién ha sido?! —me giré gritándole con dolor, rabia y enfado. No comprendía que alguien quisiera destrozar una de las zonas más bonitas de todo Berlín y donde miles de familias nos ganábamos la vida como bien podíamos. La cara de Scott

era todo un poema, sí. O no sabía qué decirme o estaba tan aterrorizado que no tenía palabras para mí. Me dio la sensación de que se sentía culpable y en mi interior, supe que en cierta forma lo era. Le miré con cierto asco al no recibir respuesta, pero un ruido y un murmuro en el interior de la zapatería me alertó.

—¿Alissa...?

La voz de mi padre se clavó en mi cabeza y en mi corazón, como si fuese una espada afilada que hubiese desgarrado lo más profundo de mi alma. Me giré, ignorando la presencia de mi acompañante y me centré en la voz. Agudicé mi escucha y entonces me di cuenta de los gemidos de dolor que sonaban en la zapatería. Me adentré en el lugar a pesar del dolor de mi pie descalzo y herido, aparté como pude los estantes que impedían que avanzara y ni siquiera me di cuenta de que Scott hacía lo mismo para ayudarme. Cuando pude sortear todos los obstáculos posibles al final del pasillo comprobé lo que mis peores pensamientos me habían augurado. Mi padre estaba tumbado en el pasillo de forma que las paredes sujetaban su espalda, pero la cabeza la tenía inclinada hacia adelante, como si no tuviera fuerzas ni para apoyarse sobre la inerte y vieja pared.

—¡Papá! —grité asustada hasta llegar hasta él.

Él sonrió, no sé cómo pudo hacerlo, pero esbozó una dulce sonrisa al verme cerca de él, como si al fin pu-diera estar tranquilo al estar allí con él. Su rostro estaba ensangrentado y comprobé rápidamente si tenía alguna herida por el resto de su grueso cuerpo.

—Alissa, pequeña. Como me alegra verte —dijo él en un débil murmuro. Alzó su mano para llegar hasta mi rostro y lo acarició, con una suavidad y un tacto que hizo que mi corazón se entristeciera. No podía mirarle a la cara, me sentía horrible por haberle dejado solo en una situación así y por el hecho de que tuviera que presenciar como su sustento y su lugar favorito en el mundo había sido destrozado.

—Perdóname, papá. Lo siento mucho, no debí irme. He sido una estúpida —dije aguantando las ganas de llorar. Con la manga de mi vestido intenté limpiar la sangre de su rostro, con cautela y con mucho cuidado. Me importó muy poco que Scott estuviera allí, aún recuerdo lo insignificante que era para mí él en ese momento; sin embargo, su voz hizo que mi piel se estremeciera y a la vez sintiera toda la rabia por ese hombre tan alto y atractivo.

—Señor Hershlag, ha sido mi culpa. Su hija es una chica muy responsable —atrevió a decir mi acompañante.

La mirada de mi padre, sin embargo, no decía nada en concreto. Me observó con dulzura lo cual me indicó que no estaba enfadado conmigo y después, con una lentitud insoportable alzó la mirada hasta Scott. Él estaba detrás de mí observándonos, intentando ayudarnos en lo que podía, pero en realidad no hacía nada allí. Y si mi padre en esos momentos hubiese dicho que se marchara, habría sido el final para lo poco que habíamos vivido juntos esa noche. Sí, era el chico de mis sueños y con quién había imaginado una vida feliz a su lado, pero para mí la familia era esencial y primordial. Sin embargo, las palabras de mi progenitor me sorprendieron tanto que no supe cómo reaccionar.

—Scott... En realidad, te agradezco que te la llevaras —indicó mi padre con voz débil mirándole. Mi cabeza se giró tan rápido hacia mi padre con sorpresa y después, alcé la mirada para observar a Scott que también parecía sorprendido.

—Papá... ¿Qué dices? Si hubiese estado aquí, habría podido proteger la tienda y tú no estarías así.

—No, cariño. Si hubieses estado aquí posiblemente estarías muerta. Y no lo habría soportado...

—Pero...

—Alissa, Scott te ha salvado la vida. Por suerte, cuando llegué a la zapatería al escuchar los altercados ya estaba así. Cuando entré había un soldado o algo parecido —dijo tosiendo levemente por las heridas quizás internas que tenía y prosiguió mirándome—. Al verme se encaró conmigo y cuando vio que apenas podía moverme, se marchó.

Me dejé caer sobre el suelo del pasillo y me senté junto a mi padre, apoyando mi espalda contra la pared. Agotada, asustada y sorprendida. Alcé la mirada hacia Scott que no decía nada, estaba en silencio, pero nos miraba con comprensión. No entendía nada. ¿Por qué habíamos recibido tanto odio por parte de otras personas que se suponían eran iguales a nosotros? Apoyé la cabeza contra la pared y posé la mano sobre la de mi padre, agarrándola para darle fuerza y apoyo. Sentí como hacía lo mismo, como entre silencios confidentes y el miedo que sentíamos en ese momento, nos teníamos el uno al otro. No me hubiese perdonado jamás el marcharme de la ciudad y dejarlo allí; solo, malherido y sin apenas energía para incorporarse. Y Scott seguía allí, observándonos. En ese momento comprobé como salía hacia el exterior y pensé que se marcharía, sin embargo, a los pocos segundos volvió mirándonos. Nosotros lo miramos, como si él fuera quién tuviera la decisión de qué hacer o no. Y en realidad, sabíamos que él sabía mucho más de lo que ocurría y por eso mismo, esperábamos una indicación por su parte.

—Tenemos que irnos de aquí, Alissa. No tardarán en volver—indicó.

—¿Irnos? ¿Dónde? Mi padre no está para andar por la ciudad y menos para marcharnos —dije alzando la mi-rada para observar al moreno hombre que tenía ante mí. Echaba de menos su sonrisa relajada, sus hoyuelos y la relajación que había existido entre nosotros en el Astoria. Y sabía que no volvería a verla en mucho tiempo, no de esa forma.

—Tenéis que marcharos, no podéis quedaros.

Me incorporé con dificultad del suelo, el dolor de mi pie se hizo más agudo al apoyar la planta. Un quejido salió de mi boca al hacer ese movimiento, pero eso no hizo que me achacara, lo miré con seriedad y me acerqué hasta la enorme masa humana que tenía ante mí. Preciosa, pero gigantesca. Él no se inmutó ni se movió ni unos centímetros.

—¿Por qué? No pienso irme, esta es mi casa. Es mi hogar, no van a destrozar mi vida unos tontos que han querido acabar con la zona más bonita de Berlín. Dame una sola razón de peso para marcharme —dije alzando la barbilla, mirándole con el gesto serio.

—Alissa...—murmuró mi padre.

—Porque os van a deportar o matar, Alissa. Es así. Miles de personas no os quieren en la ciudad ni en el país, comenzarán a deportar a todos los que consideren una amenaza y no podré impedirlo —murmuró acercándose hasta mí. Colocó sus manos con suavidad en mis mejillas para que lo mirara a los ojos. Las aparté de mala forma y fruncí el ceño.

—¡¿Cómo sabes eso?! No entiendo nada, ¿por qué sabes que nos van a deportar? Estás hablando estupideces, hemos vivido aquí toda la vida.

—No les importa, Alissa. Quieren que os marchéis y si no lo hacéis por las buenas, lo harán por las malas.

Busqué una respuesta de mi padre ante lo que acababa de decir Scott, me giré para mirarle y el rostro de mi progenitor lo afirmó. Él también sabía que eso era cierto, ¿por qué yo no tenía ni idea de lo que ocurría en el país? Odiaba la política, no me interesaban esas estupideces y quizás esa ignorancia era lo que hacía que no tuviera noción de lo que estaban hablando. Me giré de nuevo a Scott y entrecerré los ojos. Si sabía toda esa información era o bien, porque conocía a quiénes lo iban a hacer o estaba metido en el mismo embrollo. Pero la cuestión era... ¿por qué? ¿Por qué ese ataque había sido al barrio judío de Berlín? No

comprendía nada.

—¿Por qué quieren que nos vayamos? ¿Por qué a nosotros? Un silencio sepulcral.

—¡Responde! —grité empujándole con mis manos sobre su pecho, no se movió apenas, pero aguantó mis empujones como si nada. Como si lo estuviera haciendo una mariposa que apenas tenía fuerzas para afectar a su estado físico. Pero no decía nada —. Dime, ¿por qué a nosotros? ¡¿Qué quieren de nosotros?!

—Porque somos judíos, Alissa —indicó mi padre tras de mí. Fruncí el ceño el escuchar a mi padre y me giré para mirarle, busqué después una respuesta por parte de Scott quién no negaba lo que él acababa de decir.

—¿Qué tiene que ver eso?

—No tenemos tiempo para eso, Alissa. Tenéis que marcharos, ahora mismo —insistió de nuevo Scott.

Me agaché hasta mi padre y con cuidado le ayudé a incorporarse. Mi acompañante pareció estar feliz con el gesto que yo acababa de hacer y me ayudó a incorporar a Mijael. Los dos hicimos contrapeso junto a mi padre quién se agarraba a nuestros hombros para poder andar y avanzar entre todos los bártulos que había en el suelo de la zapatería. Cojeando y con apenas fuerzas ambos, finalmente salimos de allí. No tenía sentido buscar algo que salvar, si quería que nos fuéramos de allí nos irí-amos; pero no de Berlín. De eso estaba segura. Scott hizo ademán de ir hacia la derecha y me paré, observándole e impidiendo que pudiera avanzar.

—¿Qué haces Alissa?

—No pienso irme, no nos vamos de Berlín —indiqué segura de ello mientras sujetaba con esfuerzo el cuerpo de mi padre. Él me miró al igual que Scott, sorprendidos, aunque este último lo hizo con seriedad y enfado.

—¿Qué estás diciendo? No es momento de discutir, tenéis que marcharos. Os puedo llevar a otro lugar más seguro.

Su tono era una mezcla de enfado y preocupación.

—No voy a dejar mi vida y mi hogar, Scott. Y mi padre no puede andar, ¿no lo ves?

Un ruido atroz proveniente de la sinagoga nos hizo ponernos en alerta y observamos que varias personas corrían al final de la calle; posiblemente huyendo de otro nuevo ataque. Eso hizo que tirara de mi padre hacia la dirección correcta, si andábamos rápido en apenas unos metros podríamos subir a nuestro apartamento que quedaba en la misma acera de la zapatería. Scott hizo fuerza con su cuerpo, lo cual provocó que quedáramos clavados en el mismo lugar. Me miró con intensidad, enfadado y preocupado a la vez; lo sentí así, pero no me achaqué. Yo estaba segura de lo que quería hacer.

—No puedes ir al apartamento, vendrán a por vosotros. ¿Por qué no lo entiendes?

—¿Crees que seríamos capaz de llegar? Mira cómo está mi padre, no podemos marcharnos. No aguanta- ría ni doscientos metros andando. Por favor, no nos hagas esto...—murmuré con pesadez, estaba agotada.

Me miró de tal forma, observando el lugar varias veces para buscar algún resquicio de violencia y supe que lo había convencido. Yo sabía que Scott se preocupaba por mí, lo había notado durante toda la noche, pero lo que hizo en ese momento lo confirmó mucho más. Sin decir ni una palabra, me ayudó a subir las escaleras hacia nuestro humilde apartamento. Por cuestión de suerte nuestra casa no había sufrido demasiados daños, la puerta que daba acceso a las plantas donde vivíamos no había sido destrozada y por ahora no había indicios de que nadie hubiese entrado para echarla abajo. Con dificultad, lentitud y suspiros de esfuerzo finalmente llegamos hasta nuestro apartamento. Al entrar suspiré de alivio al verla de forma decente, no

habían entrado físicamente al lugar, pero el frío gélido que hacía a esas horas de la noche nos confirmaba que las ventanas habían sido rotas como la mayoría del resto de casas. Scott dejó a mi padre sobre el viejo sillón del salón y mis sospechas fueron confirmadas al asomarme a cada una de las ventanas del apartamento. Habían lanzado piedras y trozos de adoquines sueltos, varios de ellos estaban en el suelo de las estancias. Al menos podíamos estar allí, aunque tuviéramos que pasar frío, pero el hecho de poder seguir en nuestra casa me alivió levemente; aunque en el fondo sabía que eso no duraría mucho. Observé la calle, solitaria y desolada. La gran cantidad de vecinos tenían las ventanas exacta- mente igual, el humo salía de muchas de ellas y me sentí la persona más afortunada del mundo por poder estar en nuestra casa y que no hubiese sido presa de las llamas. La mano de Scott me apartó rápidamente de las ventanas, nos movió a ambos hasta colocarnos frente a la pared para que nuestra presencia no se viese desde la calle.

—Alissa, no puedes asomarte. Si os ven, vendrán —aseguró agarrando mis brazos con sus manos. Me miró con seriedad y cierto enfado. Posiblemente estaría molesto por haber cedido a mi solicitud de quedarnos allí.

—Pero ¿por qué?

—Hazme caso, ¿vale? Si escucháis ruidos provenientes de las escaleras, esconderos. Si entran y os ven, os llevarán a un lugar mucho peor del que os iba a llevar yo.

Aquel comentario fue ácido, con reproches, pero con cierto tono de preocupación. Le miré a los ojos, sintiéndome mal por no haberle hecho caso, pero segura de mi decisión. Prefería estar en mi casa que en un lugar desconocido y con la posibilidad de que el estado de papá empeorara. Me solté de su agarre haciendo que apartara sus manos de mis brazos.

—Te haré caso, solo por esta vez y por ayudar a quedarnos.

Asintió separándose para ir hacia la puerta del apartamento, observando como mi padre estaba durmiendo en el sillón por el agotamiento y el dolor de sus heridas. Me acerqué hasta él para comprobarlo yo misma, agachándome para coger su mano mientras observaba como Scott abría la puerta y comprobaba que no había nadie en la zona exterior del apartamento.

—Hazlo, Alissa. No salgáis de casa, yo os traeré comida y medicinas en cuanto pueda. ¿Podrás hacerme caso en eso o es mucho pedir?

Tragué saliva, ¿por qué me sentía mal por no haberle hecho caso realmente? Por otro lado, mi orgullo no dejó que mis pensamientos se mostraran y asentí, sin decir nada. Únicamente clavé mis verdes ojos en los suyos, segura de mi decisión y afirmando a lo que acababa de decir.

—Bien, acuérdate de lo que te he dicho. Cuidaros. Vendré pronto —indicó. Sin más, se marchó de nuestro apartamento. Tardaríamos en volverle a ver.

# Capítulo 4

# Dolor

—¿Papá? ¿Qué te pasa?

Me acerqué rápidamente a su lado de la pared, agarré su mano y mi cuerpo se congeló haciéndose solidario del estado en el que se encontraba su piel. Tenía la mano fría, temblorosa y el tono no era nada normal; me preocupé al instante. Busqué su mirada y sus ojos me dijeron que no se sentía bien, que nada allí era normal ni en su estado, ni en nuestra situación. De hecho, tuvimos que adaptar nuestra forma de vivir durante los dos largos días que llevábamos sin saber nada de Scott. Con dificultad había bajado el fino y duro colchón de nuestras camas al suelo del salón, era mejor dormir a esa altura. Quería seguir las recomendaciones que Scott nos había dado y si dormíamos de forma normal; podrían vernos con mayor facilidad. Por lo que nuestro salón se había convertido en nuestra habitación, una estancia gélida y cada vez más ruidosa. Durante las noches no podíamos dormir, los colchones estaban juntos frente a la pared derecha de la estancia y ambos nos dábamos la mano, apretándolas con fuerza cada vez que escuchábamos gritos de nuestros vecinos. Aún estábamos sorprendidos de que nadie hubiese subido a nuestro apartamento y esa era nuestra mayor preocupación. Mis sentidos estaban en alerta durante la noche y el día, en ocasiones me daba la sensación de escuchar a alguien subir las viejas escaleras del edificio y terminábamos escondidos en nuestro armario vacío. La ropa la habíamos esparcido por toda la habitación, queríamos dar pistas a quienes entraran y que pareciera que en el lugar no hubiese nadie o si lo había habido; ya habían pasado por allí y lo habían destrozado todo.

Pero hoy era un día distinto, la noche había sido más complicada. Escuchamos varias explosiones y yo, con gran pesar, comprobaba como mi padre se sentía cada vez peor. No tenía medicinas, la comida se nos estaba agotando y si no hacíamos nada; mi padre no saldría vivo de esta. Las heridas externas en realidad no me preocupaban, pero sabía que tenía contusiones internas. Los dolores intensos eran cada vez más frecuentes y cuando me miró con esos ojos verdes llenos de pequeñas arrugas en sus contornos, lo supe. Tenía que hacer algo.

—Papá, tengo que ir a por medicinas. No podemos seguir así —indiqué agarrando su mano con fuerza, apo-yada sobre la pared mientras estábamos sentados en el colchón dónde él dormía. Ahora su cama hacía de sofá improvisado.

—No, cariño. No te preocupes, de verdad. Estoy bien —dijo mintiendo, acariciando mi mano con la suya. Suspiré. Yo sabía que no era cierto, pero intentó que me centrara en otro tema—. ¿Qué tal con Scott?

—¿Por qué preguntas por él ahora papá? —fruncí el ceño, molesta por no saber nada de él en dos largos y eternos días. Apoyé la cabeza en la pared y apreté la mano de mi padre al sentir como volvía a quejarse levemente de dolor.

—Porque es buen chico, cuéntame. ¿Cómo os conocisteis?

—Papá, si lo conocemos desde que era pequeña...

—No me refiero a eso, cariño. ¿Cuándo supiste que te gustaba?

Giré mi rostro hacia el hombre de mi vida, sorprendida por esa pregunta y en cierta forma mi timidez afloró.

Mi mente viajó años atrás.

*Llevábamos tanto tiempo sin estar juntas que nada más ver a Emma la abracé con una alegría inmensa. Pero el abrazo se vio interrumpido por una risa amarga detrás de nosotras.*

*Era una tarde de abril, la temperatura era ideal para poder estar en las calles de Berlín jugando y pasando el rato. No solíamos jugar a nada en especial, simplemente nos sentábamos en las escaleras del mercado principal y nos contábamos lo que habíamos hecho últimamente. Ella normalmente sacaba un cuadernillo para dibujar y yo, me quedaba prendada observando esa maravillosa ciudad. Los transeúntes andaban de un lado a otro y se respiraba una bella tranquilidad. Esa mañana, sin embargo, Nathan quiso aparecer para que la tranquilidad se convirtiera en incomodidad y hastío.*

*Emma me apartó con suavidad para observar a su amigo.*

*—Nathan, no empieces por favor.*

*Los ojos de ese chico siempre me traspasaban, tenía dieciséis años y él era mayor que yo. La misma edad que su otro amigo, Scott Bader. Aunque este parecía tener más edad por su físico. Y Nathan, no solo era intimidante, si no que me ponía de mal humor y me causaba una inseguridad inminente.*

*—Sigo sin entender porque eres amiga de esta...*

*—¡Nathan! —le cortó mi amiga rápidamente.*

*Ambos se callaron y yo seguí sentada en ese escalón junto a mi amiga mientras observaba el horizonte, pero esta vez lo hice más en tensión. No llevábamos ni diez minutos allí cuando escuché como ese maldito chico increpaba a una mujer. Rápidamente la reconocí, era Leila. Trabajaba en uno de los negocios situados en mi calle.*

*—¡Tú! ¿Por qué no te metes en la cloaca de dónde has salido?—gritó Nathan.*

*La mujer se volvió para mirarle y clavó sus ojos negros llenos de arruguitas en los de él con seriedad. Era una mujer adulta y él ni siquiera llegaba a los dieciocho años.*

*—Qué poca educación tiene, señorito —aseguró Leila.*

*—¡¿Qué acabas de decir, maldita...!?*

*No sé como lo hice, ni de donde salió mi fuerza o energía, pero rápidamente me coloqué delante de Nathan interponiéndome entre Leila y él. Se había acercado hasta la mujer dando varios pasos y yo era la que le cortaba el paso.*

*—Señorita Alissa, no debería...*

*Advirtió ella a mis espaldas. Fijé mi mirada en Nathan, combativa y respirando hondo. Estaba nerviosa y asustada. Emma se había incorporado porque sabía lo que podía ocurrir.*

*—No se preocupe, Leila. Váyase, mi amigo seguro que se arrepiente de haberla increpado así.*

*La señora de mi barrio se marchó rápidamente, no quería meterse en algo que parecía*

*ser una discusión de niños. Y, sin embargo, los ojos de Nathan que clavaba en mí me confirmaban que eso no tenía nada que ver con ser jóvenes o niños. Iba mucho más allá.*

*—¿Qué ha sido eso, Alissa? ¡¿Acaso te crees con derecho para interrumpirme a mí?! ¡Tú! —alzó la mano para señalarme y gritó con fuerza. Varios vecinos se giraron hacia nosotros, por suerte no había mucha gente a esas horas y no se formó ningún revuelo—. ¡¿Quién te crees para increparme a mí?!*

*Vi como alzaba su mano, iba a golpearme. Y me dio exactamente igual, si me golpeaba, aguantaría y si podía, me defendería. Lo tenía claro.*

*Emma soltó un leve grito atrás de nosotros.*

*—¡Nathan! ¡Déjala en paz!*

*—Eso, déjala en paz —amenazó una voz detrás de mí.*

*Una mano enorme en comparación con la mía se posó en mi costado y me apartó rápidamente del cuerpo de Nathan. Alcé la mirada para observar de quien se trataba y al ver el pelo negro y esos hombros, supe que era él. Scott Bader.*

*—Scott, déjame darle su merecido.*

*—¿Qué acabas de decir?*

*Dio un paso hacia su amigo, de forma amenazadora. Scott era la persona más sonriente de todo Berlín, pero cuando algo le molestaba, se volvía el ser más oscuro que podías encontrarte a tu alrededor. Esa era su dualidad. Su conflicto. Y él mismo lo sabía.*

*Cuando lo observé fulminando a su amigo con esos ojos negros, supe que todo iba a cambiar. No para ellos, para mí. El color de su iris parecía haberse oscurecido aun más y los pasos que dio hacia Nathan, se me clavaron en el corazón que retumbó dentro de mi pecho. Aún notaba cierto dolor en mi costado por su fuerte e improviso amarre para apartarme del lado de su amigo y los observé en silencio, parecía que esa situación se estaba produciendo a cámara lenta.*

*—Si la vuelves a molestar, te patearé él culo y no tendrás ganas de volver por aquí, Nathan —advirtió Scott.*

*Tragué saliva con dificultad y me aparté levemente de ambos amigos.*

*—¿Acaso no has visto como me ha increpado? Maldita sea, no puede hablarme así, lo sabes.*

*Los oía a ambos, pero solo veía la espalda enorme de Scott ante mí. Su cuerpo estaba en tensión y ni siquiera me miraba, pero hizo que su amigo diera dos pasos hacia atrás de nuevo.*

*—Si la tocas o le vuelves a increpar, tendrás un maldito problema conmigo Nathan. Y me importará muy poco que seas mi amigo, ¿entendido?*

*—Pero tío...es una...*

*—¡¿Entendido?! —gritó Scott.*

*Odiaba la violencia y aunque Scott la había mostrado rápidamente al ver como su amigo me increpaba, la sonrisa irónica y la mirada de odio de Nathan reflejaba mucha más violencia que la de su amigo. En ese instante, supe que iba a odiarme para el resto de los días. Aunque sospechaba que por ser simplemente quien era, ya lo hacía desde hace tiempo atrás. Inexplicablemente.*

*Me asusté levemente al escuchar ese grito, pero el miedo se esfumó rápidamente. Nathan era el que realmente me ponía de mal humor y me causaba una sensación negativa, Scott, sin embargo, nunca lo había hecho. Era la primera vez que «interaccionaba» conmigo, pero fue suficiente para saber que no le gustaban las injusticias.*

*Escuché como su amigo maldecía y rápidamente vi como se marchaba de mal humor dándonos la espalda. Emma volvió a sentarse en el escalón, más tranquila y sonriendo suavemente a su amigo. Scott se giró lentamente y me miró. Sus ojos se clavaron en los míos y engulleron rápidamente todo el espacio a su alrededor. Tragué saliva levemente y sentí que el suelo se tambaleaba. ¿Por qué me había pasado eso?*

*—Gracias —murmuré casi sin voz.*

*Alzó los hombros y esbozó una suave sonrisa.*

*Suficiente para que no solo el suelo se tambaleara, si no que incluso escuché a lo lejos el temblor de los cimientos de la catedral.*

*—No volverá a molestarte, Alissa.*

*Escuchar mi nombre en sus labios fue una sensación placentera y aterradora a la vez. No entendía porque pro-vocaba eso en mí, lo que sí tenía claro es que Scott era todo lo contrario a Nathan. Le daba igual que fuese fuerte y violento, no le importaba. Y eso se me clavó en el corazón. Al igual que su mirada al marcharse de nuevo y dejarnos a Emma y a mí en los escalones del mercado principal. Desde ese momento, ya no podría olvidar esos ojos negros.*

Negué con la cabeza varias veces, era orgullosa. No podía admitirlo y miré a mi padre, negando lo que había dicho.

—No me gusta Scott, papá.

—A mí no puedes mentirme, cariño. Le miras como me miraba tu madre, a él también le importas. Estoy seguro de que siente lo mismo que tú, lo sabes, ¿verdad?

Suspiré al escuchar las palabras de mi padre, negué con la cabeza pensando en el rostro, en los hoyuelos y en los negros ojos de quién hablábamos. Respiré con profundidad, necesitaba verle. Pero no por querer estar con él, ahora mismo me importaba bien poco eso; necesitaba que llegara con comida y medicina o tendría que encargarme yo misma de hacerlo.

—¿Crees que si le importara nos habría dejado aquí sin comida y sin medicinas? Dijo algo que no está cumpliendo.

—Alissa...

Giré mi rostro al escuchar su tono de sorpresa e inte-rrogación.

—¿Qué, papá?

—¿Crees que él no estará deseando venir para ayudarnos? Nos ha dejado quedarnos, no ha venido nadie a este apartamento porque él se habrá encargado de que eso no pase.

Fruncí el ceño, ¿por qué? ¿Qué poder tenía él para impedir que saquearan nuestra casa? No entendía nada o quizás, no quería entenderlo.

—¿Por qué dices eso papá?

—Alissa, Scott nos está ayudando cuando no debería. Su familia es muy tradicional, la política es muy impor-tante para su padre.

—¿Qué tiene que ver su familia en esto?

—¿Recuerdas a la señora Macfield?

—Sí, claro. Estos zapatos...—observé mis pies sintiéndome culpable por haber cogido el calzado de nuestra ausente clienta. Llevaba meses sin venir a la zapatería.

—Son suyos, lo sé cariño. Los reconocería a más de cien metros. Pero eso no es lo que quiero decirte —alargó su mano y volvió a apretar la mía con fuerza— La señora Macfield no

va a volver, cariño.

Mi cuerpo se heló al escuchar sus palabras.

—¿Qué quieres decir con que no va a volver, papá?

—Esos malditos nazis se la han llevado, cariño. Lejos o quizás... no lo sé.

—No lo entiendo.

Lo miré aterrorizada y confundida. ¿Qué podía haber hecho ella para que esos militares se la llevaran del ba-rrio?

—Y tardaremos en entenderlo o quizás jamás entendamos las razones, cariño —Suspiró apretando mi mano con más fuerza— No nos quieren aquí, creen que somos una amenaza para la idea que tienen de su mundo ideal. Y cariño, la familia de Scott...

La mirada de mi padre fue de pesar y preocupación cuando dijo eso último. Y tras unos segundos repasando todo lo ocurrido en los últimos días, la insistencia de Scott en que nos fuéramos, el enfrentamiento con Nathan o el simple hecho de que supiera más que no- sotros; confirmó algo que en mi interior estaba negando día y noche. Scott y su familia pertenecían a aquellos quiénes habían perpetrado ese golpe a nuestro precioso y humilde barrio. Conforme mi cabeza empezaba a asimilar todo, mi mirada iba pasando de la incredulidad al asombro y posteriormente, al enfado y la rabia. Giré mi rostro hasta mi padre rápidamente, enfadada por estar enamorada de alguien que pudiera pensar como Scott lo hacía. Me sentía asqueada por lo que mi corazón deseaba y mi mente no podía evitar.

—Es uno de ellos, ¿verdad? Es uno de los que ha hecho esto. ¡Maldito sea! —alcé la voz dando con el pie que no tenía herido contra la mesa de madera que teníamos frente al colchón. El sonido del mueble al moverse hizo que me quedara quieta y volviera a recostarme sobre la pared, apretando los puños con rabia a mi lado. Sin embargo, una helada mano de mi padre se puso sobre la mía y con cuidado hizo que mis dedos se relajaran y la agarró con fuerza. Giré mi rostro y lo miré, suspirando. Tenía unas ganas horribles de llorar, de gritar y, sobre todo, de no volver a ver a Scott jamás.

—Alissa, relájate. Estoy seguro de que lo hace por puro compromiso. ¿O crees que hubiese dejado que nos quedáramos aquí o quisiera salvarnos?

—Que lo haga con nosotros, no significa que lo haga con otros. Es un criminal, papá. No puedes defenderle —dije sorprendida, agarrando su mano en todo momento. Sentía que, si la soltaba, caería a un precipicio.

—No lo hago, cariño. Pero escúchame; Scott tiene buen corazón. Y si no ha venido es porque no ha podido.

—Ya, eso no es excusa papá.

—Lo sé, pequeña. Pero conozco a su padre... Es un hombre muy tradicional con una mentalidad muy cerrada y posiblemente, no habrá tenido oportunidad de elegir —indicó mi padre.

—Yo no sería capaz de hacer algo así, aunque tú lo pidieras, papá. Puede elegir en que parte quiere estar.

—Sé que tú no harías nada así —dijo Mijael sonriéndome con cariño apretando de nuevo su mano sobre la mía— La diferencia está en que él no ha tenido la suerte de tener un padre como yo.

Mi padre intentó bromear explicándome de esa forma la situación en la que se encontraba Scott, aunque por mucho que intentara buscarle una justificación; no se la encontraba. Sonreí

suavemente a papá y asentí, apoyando mi cabeza sobre su hombro mientras sujetaba su congelada mano.

—Soy la hija más afortunada del universo, papá. No lo dudes. Ambos nos miramos sonriendo, en silencio y completamente seguros de lo que estábamos diciendo. Por mucho que pasara entre los dos, por lo intensa y rebelde que era cuando yo era pequeña y las veces en las que él me había regañado; o el hecho de no hacer todo lo que él me solicitaba; teníamos mucha suerte de tenernos. Éramos uña y carne, inseparables. Incluso cuando mamá vivía, si podía elegir con quién jugar o pasar el tiempo; siempre me decidía por él. Nos entendíamos y el verlo así, herido y sin apenas poder moverse, me encogía el corazón. Durante horas nos quedamos así hasta que nos tumbamos en los colchones después de haber co-mido un trozo de queso que ya no estaba como debería. El frío era insoportable, las mantas que usábamos para las camas estaban siempre sobre nosotros y mi mente únicamente pedía que las temperaturas en Berlín esos días no fueran tan intensas como en otros inviernos. El frío hacía que ambos durmiéramos pegados el uno al otro y yo abrazaba a mi padre con fuerzas, no quería que pasara frío y que su estado empeorara así que eso hice, apoyé la cabeza en su pecho y respiré profundamente escuchando el latido de su corazón. El hecho de no comer apenas durante esos días hacía que no tuviéramos mucha energía y a pesar de estar al medio día, nuestros ánimos eran ínfimos.

El ruido constante de la calle, el paso de coches cada veinte minutos y el movimiento puntual de personas por el vecindario; hacía que estuviese atenta por si escuchaba ruidos en las escaleras exteriores. No podía dormir, pero escuchar el latido de mi padre provocó todo lo contrario. El cansancio, la poca alimentación, el efecto de calor que causaba las mantas y nuestros cuerpos juntos; hizo que finalmente pudiera dormir. Mi mente viajó durante esos minutos en los que duró la pequeña cabezada hasta mi infancia. Los largos paseos que dábamos tanto mamá, como Mijael y yo; las risas de los tres en ese humilde apartamento y la felicidad de mi madre al vernos llegar a casa. Conforme mi mente trabajaba en el subconsciente, los recuerdos cada vez se tornaban más oscuros. La muerte de mi madre, lo ocurrido en el Astoria, la zapatería destrozada; todo pasó por mi consciencia dormida como si fuera una horrorosa película. Unos quejidos se clavaron en mi cerebro como si los estuviera escuchando de forma real y no fuera un sueño, por suerte o por desgracia me desperté de esa pesadilla y abrí los ojos. Mi padre estaba retorciéndose del dolor contra mi cuerpo y me asusté, aún con los sentidos dormidos y en pocos segundos, pude reaccionar. Mijael se llevaba las manos al abdomen y el dolor que sentía era tan insopor- table que no podía dejar de temblar y retorcerse sobre el colchón.

—¿Papá? ¿Qué te pasa?

—Es insoportable, Dios... No te preocupes, se me pasará — dijo entre quejidos.

Me incorporé rápidamente para moverme y ponerme en el lado donde podía ver su rostro. Llevé mis manos a su cara para que me mirara y sus ojos lo dijeron todo, no soportaba más el dolor. Estaba pálido y tenía unas ojeras enormes, sus ojos verdes me miraban e intentaban sonreír sin éxito.

—Ya está, papá. Voy a ir por medicinas, no podemos esperar a que venga Scott.

—No, no te vayas.

Cuando dijo eso último yo ya estaba buscando mi bolsa por la estancia del salón, arrodillada sobre el suelo para que nadie pudiera verme tras las rotas ventanas. Mi padre intentaba incorporarse para impedir que me marchara, pero no le hice caso. Busqué mis zapatos cómodos negros que solía usar en la zapatería durante los días de trabajo y cogí una pequeña manta gris, que usaría como abrigo o fular para no congelarme en la calle. Me acerqué

agachada hasta donde estaba papá y besé su frente entre los quejidos de dolor y enfado que tenía él en esos momentos.

—Papá, vendré en nada. Tengo que ir a por medicinas y comida, no puedes seguir así.

—Alissa, no...

—Shh, volveré en nada y llevaré cuidado. Lo prometo —dije besando de nuevo su frente con algo más de fuerza y posteriormente, miré sus cansados ojos que me observaban con pesar y preocupación —. No me mires así, vengo en nada te lo prometo. Te quiero papá.

Besé de nuevo la fría piel de la frente del hombre de mi vida y tras observar como se quedaba tumbado sobre el colchón, bajo la vieja manta gris; salí con cautela del apartamento. Mi atuendo era el mismo que la noche del Astoria, sin embargo, algo había cambiado. La manta me protegería del frío invernal de Berlín y mi pie herido esta vez estaba protegido por mis zapatos negros diarios. Comprobé por los pasillos oscuros del edificio que no había nadie y con mucha lentitud y cuidado, avancé hasta bajar las escaleras con el paso propio de una tortuga. No quería encontrarme con nadie y menos provocar que me separaran de mi padre, no me lo perdonaría nunca. No me preocupaba lo que me ocurriese a mí, pero tenía que cuidarle. Sabía que él no aguantaría mucho tiempo con las heridas sin curar y sin medicina; solo me tenía a mí en el mundo y le debía eso. Esquivé trozos de madera, adoquines y diversos materiales rotos sobre el suelo de los oscuros escalones. Ya veía el fin de estos y la puerta del edificio que daba a la calle, así que con mucho cuidado y en un silencio sepulcral; la abrí con lentitud. Asomé levemente mi cabeza y suspiré aliviada al ver la calle vacía. Cualquiera que hubiese visto lo que vi yo en esos momentos pensaría que estábamos en guerra. Las fachadas de los edificios estaban ennegrecidas por culpa del fuego que los había quemado en su mayoría, decenas de muebles estaban sobre la calle; rotos, destrozados y sirviendo en muchas ocasiones para las hogueras donde quemaban documentos, libros y todo tipo de recuerdos de mis vecinos.

Mi cuerpo quiso derrumbarse ahí mismo, llorar por cada una de las historias que nunca serían contadas o por la cantidad de recuerdos que nunca volverían a estar en la mente de sus familiares en forma de fotos, libros o cartas. Tuve que respirar con profundidad para abrir la puerta finalmente y salir a la calle. El olor era de-sagradable, olía a combustible; a carbón quizás, no supe identificarlo, pero tuve claro que ese aroma nunca se iría de mi mente. Busqué con mi mirada algún resquicio de actividad humana en la zona y por suerte, no encontré a nadie a lo largo de nuestra calle. La sinagoga ya no ardía ni esparcía humo en su altura, pero estaba totalmente destrozada. La preciosa arquitectura de nuestro centro religioso y el que yo no visitaba por pura pereza; estaba hecha añicos.

Me centré en mi cometido, debía llegar al despacho de farmacia cuanto antes. Solo esperaba que hubiese alguien y si no, tuviera la posibilidad de coger las medicinas que podrían ayudar a mi padre. Aceleré mis pasos al escuchar ruidos detrás de mí, no sabía si serían atacantes o vecinos; o simplemente eran trozos de madera que caían sobre el suelo después de haber sido calcinados. Al cabo de unos pocos minutos llegué al pequeño despacho de medicinas que teníamos en el barrio y tampoco se había salvado de los criminales que habían masacrado la zona. Los cristales del lugar estaban rotos por doquier, la puerta de cristal también lo estaba y observé con cuidado si había alguien dentro.

—¿Hola? ¿Hay alguien? ¿Señora Mitz? —pregunté esperando encontrarla. Pero nadie respondió. La señora Mitz era una mujer regordeta, rubia y muy entrañable que desde hacía más de veinte años ayudaba a todos los vecinos del barrio con sus conocimientos de medicina. Pero allí no había nadie, ni siquiera su hija Amelie. De nuevo un sonido extraño surgió de mis espaldas y volvió a originar en mí un pavor horrible, así que no lo dudé; con cuidado introduje la

mano en el roto del cristal de la puerta y como pude la abrí para entrar en el interior del lugar. A cada paso que daba, decenas de cajas mez-cladas con cristales y papeles eran pisados. No quería ha- cer ruido o entretenerme demasiado; accedí rápidamente a la zona de los estantes que por suerte no estaba muy afectada y comencé a buscar las marcas de medicinas que conocía. Varias hierbas medicinales para el dolor, pomadas que conocía desde bien pequeña para calmar las molestias cuando teníamos un tropiezo o una caída, tés especiales y demás productos que había visto antes o sabía para qué servían. No quería darle a mi padre nada que pudiera perjudicarle y prefería que tomara los productos que ambos conocíamos. Con cuidado lo cogí todo y lo enrollé en la manta gris, no quería que nadie viera lo que llevaba para evitar posibles altercados en la calle. De nuevo hice el mismo recorrido, con mucho más pavor que en la ida por el simple hecho de llevar las medicinas conmigo. Pero por suerte el apartamento estaba cerca y no tuve que andar demasiado hasta llegar a la puerta.

Cuando llegué a nuestro edificio fruncí el ceño al ver entornada la puerta, supuse que yo misma la había dejado abierta al salir con miedo y prisa. Avancé por los escalones hasta llegar a nuestra planta, lo hacía con cautela y con lentitud. No quería hacer ningún tipo de ruido, ni siquiera al pisar. Al llegar, avancé por el pequeño y diminuto pasillo que daba a nuestra casa. Una breve luz proveniente de mi puerta me sorprendió e hizo que mi corazón se acelerara de forma instantánea. Di varios pasos lentos hasta llegar a la puerta, estaba entreabierta y esto hizo que mi miedo se adentrara en mi cuerpo, aunque, por otro lado, pensé en la posibilidad de que fuera Scott. Si era él, iba a pedirle explicaciones. No podía dejarnos abandonados dos días en el estado que se encontraba mi padre. Empujé la vieja puerta intentando que no hiciera el ruido tan característico que causaban las ya antiguas bisagras; asomé la cabeza y con cuidado entré en el interior. Miré hacia el colchón dónde estaba mi padre y mi corazón se aceleró de tal forma que las medicinas cayeron al suelo. No había nadie en la cama donde antes Mijael estaba durmiendo.

—¿Papá?

No me había dado cuenta de que las medicinas estaban en el suelo, no tuve tiempo de asimilar absolutamente nada. Simplemente me moví rápidamente por el apartamento buscándole. Pensé que estaría en el baño por culpa del malestar y abrí la puerta, sin importarme si estaba haciendo sus necesidades o cualquier otra cosa. Solo quería saber donde estaba. Nuestro apartamento era muy pequeño. Otro pensamiento vino a mi mente, quizás se había escondido al escuchar algún ruido...pero ¿y la puerta? ¿La había dejado yo abierta? Juraría que no. Accedí rápidamente hacia la zona de nuestra habitación y él no estaba allí, no era él.

Era quién no quería encontrarme jamás, ni siquiera en mis peores pesadillas. El maldito de Nathan.

—¿Nathan? ¿Qué haces aquí?

Su sonrisa maléfica y sus ojos tenebrosos se clavaron en mí, mientras avanzaba con paso lento hacia mi cuerpo. Eso hizo que retrocediera, asustada y buscara con mi mirada donde estaba mi padre. Mi cuerpo sentía que él no estaba únicamente de visita, me lo decía mi intuición y el rostro con el que me miraba.

—He venido a haceros una visita, ¿no puedo? —preguntó él irónicamente mientras se acercaba cada vez más a mí. Respiré profundamente, entonces pude observar de forma breve el atuendo que el amigo de Scott llevaba. Portaba una especie de uniforme militar, de color negro y con un pañuelo rojo y el símbolo político de la esvástica en el brazo izquierdo. De él no tenía ninguna duda de que estaría en el bando de esos criminales y en su rostro, mostraba las ganas que tenía de hacer daño. Rápidamente busqué con la mirada la presencia de mi padre en la habitación, pero no había nada, lo que sí me sorprendió y aterrorizó fue el hecho de ver una

pistola enorme encima de la cama.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté asustada.

—Donde debía estar hace tiempo, igual que tú —indicó él con acidez cada vez más cerca de mí. Volví a dar varios pasos hacia atrás queriendo huir de su presencia, pensando una y otra vez en sus palabras. Mi intuición decía que mi padre estaría en el armario, pero lo que él había dicho provocó en mí un verdadero pavor por haberle perdido o que estuviera herido.

—Como le hayas hecho algo...

—¿Qué? —volvió a preguntar sonriendo.

En apenas décimas de segundos noté como su mano me agarraba de la nuca y arrastraba mi cuerpo hacia la habitación, tirando aposta de parte de mi pelo y jugando con la fuerza que ejercía sobre mí. Intenté revolverme a pesar de que el dolor era insoportable, juraría que había incrustado parte de su uña en mi piel y posiblemente tendría sangre en esa zona de la cabeza. Pero él seguía sujetándome de esa forma, ni siquiera mis gritos lo a-chacaban.

—¡Nathan! ¡¿Dónde está mi padre?! Déjanos en paz —dije revolviéndome, no pensaba quedarme quieta ante ese criminal.

—¡Olvídate de tu padre! Tú te vienes conmigo —insistió apretando los dedos en mi nuca, lo cual hizo que gritara del dolor al sentir como su uña se incrustaba en esa zona de mi cuerpo.

¿Cómo podía tener tanta fuerza con dos simples dedos? Sabía que era fuerte, pero no tanto como para poder hundir de esa forma la uña en mi carne y que provocara que el sufrimiento fuese insoportable. Me negué, intenté soltarme de su amarre como pude, pero me tenía cogida de tal forma que era imposible alejarme de él.

—¡Suéltame! —grité.

—¡Cállate! Te vas a venir conmigo, me servirás de mucha ayuda —volvió a tirar de mí, esta vez ya en el salón. En una de sus manos llevaba la pistola; ni siquiera me había dado cuenta cuando la había cogido de encima de la cama. Respiré con profundidad, tenía que soltarme e intentar escapar, averiguar dónde estaba mi padre y ponerme a salvo. Con un dolor agudo insoportable en la zona de la nuca y de una forma que aún ni siquiera sé, me solté de su amarre cayendo sobre el suelo en el acto. Cuando intenté incorporarme noté el impacto de su mano sobre mi mejilla, haciendo que apenas pudiera incorporarme del suelo de madera.

—Me equivocaba, será mejor que acabes como tu padre —dijo él mirándome desde su perspectiva de superioridad. Noté como mi labio estaba hinchado y varias gotas de sangre estaban sobre la madera, la fuerza que había hecho con el bofetón había hecho que me mordiera y la sangre se derramara de mi boca hasta el suelo. De nuevo agarró mi pelo y me alzó del suelo. Grité de dolor, pero mi mente no estaba ahí, mis pensamientos repasaban una y otra vez la frase que había dicho:

«Será mejor que acabes como tu padre».

¿Dónde estaba? En mi interior sabía que él no estaba bien, no si Nathan hablaba de esa forma de su persona. Sentí como volvía a tirar de mí y avanzaba por el salón hacia la puerta, yo intentaba agarrarme a cada cosa que encontraba por el salón para evitar que me llevara con él. Cuando mis esperanzas de poder evitar que me secuestrara del lugar de esa forma eran ínfimas, escuché un ruido proveniente de la puerta y un movimiento rápido de Nathan hizo que yo cayera de nuevo al suelo. Mis rodillas impactaron contra la madera del apartamento.

Alcé la mirada, ¿qué había pasado?

—¿Qué cojones haces, Nathan?

Era la voz de Scott, agudicé mi mirada que por culpa de los nervios la tenía empañada y

apenas podía visua-lizar lo que ocurría. Su amigo lo miró con seriedad, enfrentándose y dándole un empujón al pecho de quién había sido mi acompañante en el Astoria. Su mirada se centró en mí unos segundos, noté sus ojos clavarse en mí y sentí que estaba a salvo. No sabía por qué, pero esa sensación se apoderó de mi ser instantáneamente a pesar de que fuera vestido exactamente igual que su amigo, lo cual me provocó cierta sensación de desconfianza hacia él.

—¿Qué haces tú, Scott? ¿Acaso olvidas de que parte estás? —preguntó Nathan con acidez, enfrentándose a él y dándole un empujón con fuerza.

—No lo he olvidado, Nathan. Déjamela a mí.

Una amplia sonrisa y un gesto extraño se instauró en el rostro de Scott.

Mi mente entró en cortocircuito al escucharle decir esas palabras. El miedo creció en mi interior, el pensar que estaba a salvo en su presencia se había desvanecido rápidamente. Anduve con dificultad por la madera del apartamento, gateando y queriendo huir de ambos. No podía permitir que me separaran de mi padre, ¿dónde estaba? Mi padre se equivocaba con Scott, sí; era uno de ellos, pero no tenía corazón. No si permitía que me ocu-rriera algo o quería hacerme daño como su tan adorable amigo.

—Eres muy débil con ella, no podrás. Yo me encargo, tú puedes llevarte el cadáver de su padre. Está en el armario—indicó Nathan a Scott.

Mis lentos avances para alejarme de ellos dos, sobre el suelo de madera, se paralizaron al escuchar lo que ese individuo había dicho. No, no podía ser. ¿Mi padre muerto? No lo pensé, ni tan siquiera se me pasó por la mente el pensar en mí o en mi supervivencia; tenía que comprobar que Nathan mentía. Con dificultad me levanté del suelo y corrí como si me llevara la vida en ello hasta la habitación. La ropa esparcida por toda la estancia seguía igual, sin embargo, cuando fui acercándome hasta el armario; gotas de sangre manchaban varias prendas tanto de mi padre como mías. Abrí la puerta del armario, aguantando la respiración durante unos segundos. El cuerpo de mi padre cayó hacia mí, completamente inerte.

Mi alma y mi corazón se quebraron, no podía respirar.

—¡No! ¡Papá! —agarré su cuerpo con desesperación, las lágrimas inundaban mi rostro y apenas podía verlo, pero logré aclarar mi vista. Hice hacia atrás el cuerpo del hombre de mi vida y comprobé de la forma más cruda que podía existir que ya no vivía. Sus ojos estaban abiertos, pero paralizados; la piel estaba completamente pálida y tenía varios disparos en el pecho que habían causado su muerte instantánea —. ¡Papá! Despierta, por favor...

Sin importarme si yo me hacía daño o no, me abracé a su cuerpo en el interior del armario, sobre el cuerpo de quién había cuidado de mí; de quién había sido mi maestro, mi amigo y mi confidente durante toda mi vida. Los hipos que salían de mi pecho eran incomparables a cualquier horrible sonido, busqué el latido de su corazón acercando mi oído a su pecho; necesitaba comprobar que no era cierto. Que eso era una pesadilla o una escena de una película de la cual podías escapar al terminar; pero no escuché ni siquiera un indicio de respiración, de latido o de nervio involuntario. Estaba muerto y ese malnacido tenía la culpa, pero no me importaba. Que- ría estar ahí, abrazándole; esperando que donde estuviera su alma y su espíritu; supiera que no iba abandonarle. No iba a marcharme, me daba igual que los gusanos comieran su viejo e inerte cuerpo; yo les haría compañía. No pensaba irme de su lado; necesitaba despedirme de esa forma de él. Y no quería, no quería despedirme.

¿Cómo te despides de alguien que lo ha sido todo para ti?

Un leve ruido en la habitación hizo que abriera los ojos, allí estaba él; Scott Bader frente a mí. No sabía como interpretar su mirada; lo que sí tenía claro es que no iba a permitir que me

separara de papá; si quería matarme; que lo hiciera ahora porque no me imaginaba un mundo sin Mijael. Aunque estuviera muerto, prefería sentir que su cuerpo seguía ahí conmigo, a alejarme y saber que jamás podría volver a abrazarle. Mi acompañante de hacía ya dos noches se acercó hasta mí, yo apreté mis manos contra el cuerpo frío de mi padre y negué con la cabeza.

—Alissa, te vienes conmigo.

*Esas frías palabras fueron las que dijo Scott en ese momento. Me sentí la persona más desolada de la tierra, aún no sabría la importancia de esa frase hasta que lo experimenté en mis propias carnes. La ida de mi padre, del hombre de mi vida; fue y ha sido lo más difícil que he tenido que hacer jamás. Aún siento sus brazos contra mí y escucho su voz en mis sueños recurrentes. ¿Quién puede vivir con la muerte de la persona más importante en su vida y no recordarlo una y otra vez? Sin embargo, su fallecimiento fue un antes y un después. Fue el comienzo de una lucha constante que me ha llevado hasta donde estoy ahora mismo, escribiendo esta historia. Mi mente no aceptaba lo ocurrido, pero mucho menos aceptaba el hecho de tener que marcharme con el co-asesino de mi padre. Y mi corazón no podía soportar que el hombre al que había querido desde siempre fuera en esos momentos el monstruo de mis peores pesadillas. No sabía si iba a ser capaz de luchar contra ese monstruo, lo que tenía claro es que las palabras que mi padre había dicho en vida; iban a cobrar un sentido mucho mayor durante los siguientes días. Pero para que tú lo puedas comprender, tendrás que seguir leyendo esta historia.*

# Capítulo 5
# Huida

—¡No! No pienso irme y menos contigo —negué aún abrazada a mi padre, apreté los ojos con fuerza. Tenía la sensación de que si los apretaba con dureza y los abría todo habría desaparecido. De hecho, recuerdo que lo hice, pero lo único que sentí distinto fueron las manos de Scott sobre mis brazos agarrándome y separándome de mi padre.

—Tenemos que irnos ya, Alissa.

—¡No! ¡No voy a irme! ¡Y menos contigo! —grité con todas mis fuerzas, no quería que me tocara o me ha-blara. Si quería matarme que lo hiciese ya, no pensaba irme a ningún sitio con quién había participado en la muerte de mi padre y en toda la atrocidad que sufría nuestro barrio. Sus manos hicieron de una forma sor- prendentemente fácil que me incorporara, plantada en el suelo de esa desordenada habitación. Agarró mi rostro con fuerza para que le mirara, no quería hacerlo. En esos momentos sentía una mezcla entre rencor, odio e incluso repulsión hacia él. Intenté soltarme de su amarre sin poderlo conseguir y sus ojos negros se posaron en los míos.

—Escúchame, Alissa. Tienes que confiar en mí, tenemos que marcharnos. Nathan se ha ido, es ahora o nunca. Y sé que es horrible lo que acaba de suceder, pero si no me haces caso...acabarás como él y no podré impedirlo.

—No pienso confiar en ti, lo he hecho y mira lo que he conseguido. Mi padre está muerto —dije sin apenas pensarlo y sin mirar su rostro, esquivaba su mirada porque sabía el efecto que él causaba en mí a pesar de lo ocurrido. Decirlo en alto, decir que papá ya no vivía, me devastó —. Está muerto, está muerto...

—Si me hubieras hecho caso el otro día en la zapatería...

Alcé mi mirada, dolida por lo que acababa de decir. No notaba que seguía teniendo los ojos llenos de lágrimas y apenas podía observar bien su rostro arrepentido por lo que acababa de decir.

—¿Cómo te atreves? Eres un imbécil, eso es lo que eres. ¡Mi padre está muerto por vosotros! ¡Sois unos asesinos! —grité con toda la rabia del mundo. ¿Cómo podía insinuar que yo tenía parte de culpa de su muerte? Me sentí hundida y, sobre todo, decepcionada con Scott.

—Está bien, está bien. Perdona... No quise decir eso.

Sus brazos intentaron abrazarme, pero posé mis manos en su pecho para separarme. Mis fuerzas no eran suficientes para impedir que él consiguiera su cometido, terminó abrazándome y en ese instante me di cuenta de que hipos salían de mi pecho y tenía el rostro completamente empapado de tanto llorar. Así que me dejé abrazar por sus enormes brazos, era una situación muy extraña. Por una parte, notaba en mi interior la necesidad de abrazarme a él y llorar sobre su pecho y, por otro lado, quería arrancarle los ojos. El odio que sentía por él no había desaparecido. Mi cabeza aún no asimilaba lo que había ocurrido y no podía dejar de repasar la imagen de mi padre muerto en el armario y el cual ahí seguía, frío como un témpano y sin vida.

—Está muerto....

—Lo sé, Alissa. Lo sé... —susurró él. Sus manos frotaron mi espalda de arriba bajo y eso provocó en mí una sensación reconfortante. Quería que me sintiera mejor, que me calmara y lo consiguió; a pesar de que aún no confiara en él ni lo más mínimo. Acto seguido se hizo hacia atrás para mirarme a los ojos —. Tenemos que marcharnos antes de que vuelva Nathan. Conozco un lugar seguro a las afueras de la ciudad, nos iremos allí hasta que podamos salir del país.

Yo no sabía a qué se refería al hablar en plural, en ningún momento hubiese podido pensar que él me acompañaría hasta estar a salvo y mucho menos que él vendría conmigo. Me sorprendió tanto que di un leve paso hacia atrás, sin comprender nada.

—¿Salir del país? ¿Irnos juntos? No entiendo nada, Scott...

—No voy a dejarte sola, pero tienes que confiar en mí. ¿Vas a hacerlo Alissa? —preguntó. Su mirada se clavó en la mía y por mi mente pasaron de nuevo las palabras de mi padre, sin embargo, no tenían mucho sentido después de que él estuviera a apenas metros de nosotros muerto y sin poder ayudarme a decidir en esos momentos. En realidad, no tenía muchas alternativas. O me quedaba allí esperando a que me mataran o intentaba pensar en mí por primera vez en mi vida; y ponerme a salvo o al menos intentarlo. Si lo hacía, tenía claro que mi confianza con él no iba a ser plena y cuando considerara que estaba a salvo; me alejaría de él. Giré mi rostro para mirar a Mijael, suspiré aún sintiendo las lágrimas sobre mis mejillas y sin decirle nada a mi acompañante, me moví hasta estar junto a papá. Mis rodillas tocaron el suelo y me acerqué a él, sintiendo que se me iba la vida en ese mismo instante. Era el mo- mento más duro de mi existencia después de la muerte de mamá, tenía que despedirme de él y sabía que no podría ir a visitar su tumba. Probablemente cuando fuera encontrado lo llevarían a una fosa común o incluso lo enterrarían en algún lugar de la ciudad, el cual nunca encontraría ni sabría de su existencia. Pero tenía que hacerlo, tenía que despedirme para seguir luchando y que cuando todo esto acabara; contar todo lo ocurrido y prevenir de alguna forma que volviera a pasar algo parecido.

—Papá...Tengo que marcharme, tengo que dejarte...—murmuré colocándole bien la chaqueta marrón de felpa que siempre llevaba. Sonreí suavemente notando las lágrimas en mis mejillas, acerqué mi rostro y besé su fría frente con suavidad y temblé al hacerlo. Sabía que ese momento no lo olvidaría jamás. ¿Quién es capaz de olvidar una despedida con la persona más importante de su mundo? Me separé observándole, con esperanzas de ver su suave sonrisa o verle encorvar sus labios hacia arriba como solía hacer cuando me miraba e intentaba sonreír a pesar de sus enfados. Pero no, seguía dormido indefinidamente, paralizado y completamente inerte. Con las pocas fuerzas que tenía en ese momento y Scott esperando detrás de mí, comprendiendo ese gesto y esa necesidad de despedirme; lo hice. Le dije adiós, me se-paré de quién lo había sido todo para mí.

—Te quiero papá... Prometo cuidarme, cuida tú de mamá— susurré contra su frente antes de dejar sobre su piel el último beso.

Las manos de Scott hicieron que me incorporara y me ayudara a ello. Mis ánimos en esos momentos eran tan desastrosos que dejé que él fuera quién llevara la batuta de lo que teníamos que hacer, sin rechistar ni quejarme. Me quedé completamente paralizada en el salón donde él me había dejado plantada, con la manta gris que había usado para salir a la calle, mientras él se dedicaba a meter en sus bolsillos y en una pequeña bolsa de tela; comida, las medicinas que había comprado y que seguían en el suelo entre otras cosas. Colocó mientras me observaba, la bolsa bajo de mi manta y colgada sobre mi hombro. Él hizo lo mismo introduciendo varios

enseres en los bolsillos de su oscuro traje hasta que se acercó a mí.

—A partir de ahora eres Alissa Bader, ¿de acuerdo?

—¿Cómo?

No comprendí lo que dijo, aunque las escasas energías que tenía tampoco hacían que pudiera entender del todo lo que estaba diciendo.

—Sí, si nos paran; diremos que eres mi mujer. Alissa Bader, ¿de acuerdo? De esa forma evitaremos que te lleven a ningún lado, es una forma de protegerte.

—No entiendo en que puede protegerme tu apellido, la verdad—dije alzando los hombros sin energía, sin ganas ni siquiera de rebatirle así que asentí tras varios segundos —. Pero vale, lo que tú digas Scott.

—Bien, ¿vamos? No te pares, sígueme y no mires a los lados. ¿Podrás hacerlo? —preguntó acercándose a la puerta comprobando que estábamos solos y podíamos salir al pasillo. Se giró hacia mí esperando una respuesta por mi parte.

—Lo haré.

No supe qué más decir, en realidad no sabía como encajar lo que estaba por pasar; marcharme con Scott de esa forma no hubiese entrado nunca en mi mente. Pero era lo que tenía que hacer para ponerme a salvo. Ambos salimos de casa, él estaba centrado en observar los posibles peligros a nuestro alrededor y yo a cada paso que daba; sentía que mi alma se iba destrozando cada vez más. Sentir que me alejaba de mi padre y de mi hogar, no saber a dónde iba o lo que me esperaba por delante; hacía que mis ánimos fueran ínfimos. Seguí los pasos de mi acompañante por el edificio hasta salir de él. Avanzamos por la calle, Scott indicó que me agarrara a su brazo para aparentar normalidad y que no observara nada. No pude evitar hacerlo por el rabillo del ojo, las calles del barrio estaban más destrozadas de lo que yo había visto por la mañana.

No sabía en qué dirección íbamos, pero cuando habíamos avanzado más de diez manzanas, me di cuenta de que la intención de Scott era alejarnos del centro de la ciudad. Al salir de la zona céntrica y quedar fuera ya de nuestro barrio, me encontré con la situación más hipócrita que había experimentado en mi corta vida. Las calles del barrio del mercado y a cada metro que nos alejábamos; estaban en completo orden, la limpieza y lo intactos que estaban todos los edificios y negocios me produjo una sensación de rabia interna que no supe cómo asimilar. Y en ese momento comprendí todo lo ocurrido. No éramos iguales, no nos consideraban de la misma forma que a los demás; el daño se había hecho especialmente en mi vecindario. Y las palabras que mi padre dijo en la zapatería cobraron sentido.

*«Porque somos judíos»*.

Mis pasos siguieron los de Scott que andaba con más energía que yo, la herida de mi pie la sentía cada vez más profunda y el cansancio de esos días estaba haciendo mella. El no haber comido apenas, el frío y haber dormido tan solo dos horas seguidas por la preocupación; se habían convertido en mi peor enemigo. Pero aguanté, como pude lo hice mientras andábamos por las calles de una Berlín intacta, con color y alegría. Las tiendas estaban bonitas, la preciosa arquitectura de los edificios seguía siendo espectacular y la gente paseaba, trabajaba y hacía su vida como si en algún lugar de la ciudad no estuvieran pasando la peor de las calamidades. Me dieron ganas de gritar, de enfrentarme a esos ciudadanos ignorantes y no tan ignorantes; a quiénes no habían hecho absolutamente nada por evitar lo que a muchas familias nos había ocurrido. El brazo de Scott apretó el mío, sabía o intuía lo que estaba pensando y nuestros

pasos acele-rados se calmaron levemente. Quería que paseáramos, que no pareciera que estábamos huyendo de algo y así lo hicimos durante tres largos kilómetros. Mis pies no podían más, me sentía agotada y mis pasos empezaban a ser cada vez más lentos.

—Alissa, tenemos que llegar antes de que llegue la noche — indicó Scott que me miraba de reojo y tiraba levemente de mi brazo al cual yo estaba enganchada. Me quejé al sentir el dolor en el pie de forma más aguda y el mareo constante que tenía en mi cabeza por la falta de alimento.

—No puedo, no puedo más, Scott...

—Queda poco, cuando llegues podrás descansar y comer. Piensa en eso—susurró acercando levemente su rostro al mío mientras andábamos por las calles ya ilu-minadas de la ciudad.

El día había pasado demasiado rápido y a la vez parecía una eternidad desde el instante en el que había ido a por las medicinas esa misma mañana. Asentí y saqué fuerzas de donde no las tenía, quería llegar, dormir largas horas y comer. Aunque en realidad no sabía qué íbamos a comer, apenas teníamos alimento para poder pasar una noche fuera. Las palabras de Scott hicieron que aguantara mis lentos y torpes pasos durante unos minutos más, suficientes para llegar al destino que en ese momento teníamos. Conforme avanzábamos andando me percaté que habíamos salido de la ciudad cuando ante nosotros apareció Nollendor Platz. Era una zona que yo conocía con anterioridad, no por visitarla si no porque sabía que en ese lugar había gran cantidad de cafeterías y librerías que estaba deseando visitar. Era un barrio independiente de Berlín llamada Schönberg en el que cantidad de artistas, estudiantes y personas creativas se juntaban en las cafeterías o en la misma plaza y quedaban para compartir sus ideas y conocimientos. Me dio mucha pena estar en ese lugar y no poder disfrutarlo, el brazo de mi acompañante prosiguió tirando de mí hasta que llegamos a una zona de apartamentos de color crema con arquitectura bastante antigua y barroca. Fruncí el ceño, sorprendida, ¿qué hacíamos allí? Nunca me hubiese imaginado que Scott tuviera algún tipo de alojamiento en el barrio más extravagante y moderno de la ciudad, en realidad, me parecía que no iba nada con él y su mentalidad.

—Es aquí, vamos.

Su voz me confirmó que estábamos dónde él había indicado anteriormente, según él, allí estaríamos a salvo. En realidad, la zona estaba muy tranquila, parecía que lo ocurrido en mi barrio no había afectado a ningún otro lado de Berlín o de las pequeñas ciudades colindantes. El edificio parecía realmente agradable con pequeños jardines delante de su fachada, seguí los pasos de Scott que andaba con total tranquilidad.

Una vez en el interior pude comprobar que las paredes estaban limpias. La calidad de los acabados y las barandillas de madera de las escaleras hacían que provocaran en mí la sensación de estar en un edificio bastante nuevo o al menos muy bien cuidado. Subimos las escaleras, Scott me ayudaba agarrándome del brazo, el dolor del pie era prácticamente insoportable cada vez que pisaba los escalones. Pero él se preocupó de que llegara al tercer piso donde estaba el que iba a ser nuestro refugio al menos hasta que pudiéramos salir de la ciudad. Yo esperé a su lado cuando él buscó tras una planta del rellano las llaves del apartamento y procedió a abrirlo. Me dejó pasar y yo con miedo, cierta desconfianza y a la vez una enorme curiosidad; avancé hacia el interior del lugar. Me sorprendió encontrar un recibidor elegante, con colores neutros, pero con todos los detalles bien cuidados. Las paredes eran de color crema, el sofá era verde oscuro y parecía ser de terciopelo o un tejido que lo emulaba; era precioso. Una enorme lámpara decoraba el salón y los muebles de madera de nogal creaban un espacio impresionante;

nada que ver con mi apartamento. Esa casa tenía luz, estaba prácticamente nueva y aquello provocó en mí más desconfianza a la vez de sorpresa.

—Ponte cómoda, Alissa. Tienes que descansar.

Escuché su voz detrás de mí, me giré frunciendo el ceño y comprobé que se había quitado la chaqueta militar y llevaba una camisa blanca bajo de ella que lo hacía mucho más atractivo de lo que ya era. Respiré profundamente, sentía que ese lugar no era suyo y el pánico se apoderó de mí. ¿Me habría llevado ahí para que otro militar como Nathan quisiera llevarme a otro lado? No podía fiarme al cien por cien de él, ese apartamento era demasiado lujoso y yo sabía en mi interior que no era de Scott. Pero si no era suyo, ¿de quién sería entonces?

—¿Qué hacemos aquí? Me estás reteniendo aquí para llevarme a otro lugar, ¿verdad? —pregunté con seriedad concentrando mi vista en su rostro para no ver cómo se desabrochaba los botones superiores de la camisa y parte de su torso aparecía bajo de la tela.

—¿Qué? Te he traído aquí para que descanses y repongamos fuerzas hasta que podamos salir de la ciudad.

El rostro de sorpresa de Scott me indicó que decía la verdad, pero no podía fiarme, no de alguien que había colaborado en la muerte de mi padre. Pensarlo hacía que no pudiera concentrarme y perdiera la noción de todo, negué con la cabeza varias veces y lo miré con seriedad.

—No soy tonta Scott, este apartamento no es tuyo ni de tu familia. Nunca viviríais en un barrio como este —aseguré.

Mi vista se clavó en la puerta del apartamento, quería irme y alejarme de él. Sabía que ese lugar pertenecía a otra persona y no pensaba quedarme allí hasta que me llevaran donde ellos quisieran. No iba a quedarme quieta sin luchar. Di un paso hacia la puerta, pero él se interpuso entre la salida del apartamento y mi cuerpo.

—No vas a irte, Alissa.

Escuchar esas palabras hicieron que el miedo se apoderara más de mí, negué con la cabeza y fijé mi mirada en la suya, con miedo, pero con ganas de luchar si hacía falta hacerlo.

—Deja que me vaya. Este lugar no es tuyo, ¿quién me dice que no va a venir alguien para llevarme a otro sitio peor? No voy a quedarme aquí contigo.

—Tienes razón, no es mi apartamento ni de mi familia. Pero no te vas a ir, ahí fuera no estarás a salvo; aquí sí —dijo acercándose hacia mí, di un pequeño paso hacia atrás huyendo de la cercanía de su enorme cuerpo.

—¿De quién es este apartamento entonces?

—De unos amigos, pude ayudarles a salir de la ciudad hace unos días. Y mientras tanto, he estado aquí durmiendo.

—¿Aquí? ¿No estabas en nuestro barrio destrozándolo todo? —murmuré con acidez. Me sorprendí enormemente al escuchar lo que acababa de decir, ¿cómo había llegado entonces hasta mi casa justo en el momento exacto cuando Nathan quería hacerme daño y llevarme con él? Me quedé quieta, esperando su respuesta. Necesi- taba escuchar lo que iba a decir.

—No, Alissa. Estuve ayudando a mis amigos, les interceptaron en la estación y por eso tardé en ir a tu casa. Si hubiese ido antes...

—Mi padre no estaría muerto —indiqué.

Su rostro se tornó oscuro y lleno de lamentaciones sin decir en voz alta mientras me miraba, un nudo se interpuso en mi garganta y aguanté las ganas de echarme a llorar delante suyo. La imagen de mi padre muerto en el armario donde varias veces nos habíamos

escondido hizo que el cansancio, la poca energía y el dolor de mi pie se agudizará. Di un paso hacia atrás, no quería discutir, pero tampoco iba a luchar contra Scott. Lo había intentado, de forma débil y muy breve; y es que en realidad no podía hacerlo de otra manera. Su presencia me calmaba, yo no entendía por qué, en mi interior quería que esa sonrisa tan bonita que tenía no volviera a aparecer jamás; como no volvería la sonrisa o la alegría de mi padre nunca más. Pero no podía, era un sentimiento tan contradictorio que me sentí mal conmigo misma.

—Venga, descansemos y comamos algo. Lo necesitas urgentemente, Alissa.

Asentí con la cabeza al escucharle y con cautela me dirigí al bonito sofá hasta sentarme. No pude evitar soltar un suspiro de gusto y dolor a la vez al poder finalmente descansar mis piernas y mi cuerpo sobre él. Me mantuve en silencio mientras él sacaba de su chaqueta lo poco que había cogido de mi casa, junto con la comida que había en la zona de la cocina de ese apartamento. Un poco de pan de queso y jamón cocido. Solo eso fue suficiente para sentirme un poco mejor y reponer mis energías en cierta forma. Él no se acercó a mí en ningún momento. Se había sentado en el suelo junto a la pequeña mesa de madera que estaba en el centro del salón frente al sofá. Y yo lo observaba cada poco tiempo mientras comíamos en silencio. No se escuchaba absolutamente nada, ni en la calle, ni en el edificio. Únicamente nuestras bocas moviéndose y masticando eran los sonidos que sonaban en ese momento. Bebí un poco de agua que habíamos cogido del mismo grifo y suspiré levemente, aliviada por poder tener algo de comida y me sentí privilegiada por estar en un lugar tranquilo y ali- mentada. La manta que había usado de abrigo ahora la tenía sobre mis piernas y sin poderlo evitar, me recosté en el sofá cuando tuve unos segundos a solas.

—¿Alissa? Tienes que descansar, ahí no podrás hacerlo. Hay un dormitorio aquí al lado, ven anda.

—No, gracias. Me quedo aquí, no voy a dormir en ninguna cama ajena —contesté con los ojos entreabiertos para ver su reacción. Para sorpresa mía, se tumbó en la alfombra del suelo que había junto al sofá y suspiré sin poderlo disimular.

—¿Te molesta que me tumbe aquí?

Se había dado cuenta de mi suspiro e incomodidad porque se tumbase sobre el suelo.

—¿Molestarme? —pregunté pensativa. En realidad, me preocupaba que no estuviera cómodo y yo acaparara todo el sofá sin darle oportunidad de poder descansar en un sitio más cómodo.

—¿Por qué no te vas a la cama tú? —pregunté.

—Porque prefiero estar contigo...

—Ya, bien entonces. Quédate ahí si quieres —dije sin mucho convencimiento. Me molestaba el hecho de preocuparme por él, mi cabeza no entendía porque tenía que pensar en su bienestar en vez de desear que le ocurriera lo peor en ese mismo instante. Nunca logré entender porque pensaba así.

—Aquí me quedaré entonces, Alissa.

—Bien.

Miré el techo al escucharle, pensando en todo lo ocurrido durante ese día. Me sentía como si estuviera viviendo una pesadilla o la historia de una persona ajena; como si la historia de otra persona fuera contada a través de mí misma. ¿Nunca has tenido la sensa- ción de estar viviendo tu vida como mera espectadora? Esa era mi sensación en esos momentos, me sentía una impostora; como si eso no fuera conmigo. Y no, nada más lejos de la

realidad. Esa era mi vida ahora. Huérfana, sin hogar, una prófuga de su propia ciudad y descansando en un sofá de terciopelo junto al hombre más hermoso del mundo y a la vez; la persona que más miedo me causaba en ese mismo momento.

—¿Cómo te sientes?

Mis pensamientos fueron interrumpidos por su voz, me sorprendió su pregunta; ¿un asesino pregunta por como estás? Quién sabe, quizás sí. No supe qué decir.

—Estoy, que creo que ahora mismo es suficiente. ¿No crees?

—Sí, tienes razón.

Lo miré levemente girando mi rostro hacia la zona del suelo donde él estaba, tenía las manos en su pecho observando el techo. Rápidamente centré mi vista en la misma zona y suspiré suavemente, necesitaba hacerle preguntas. Ahora que teníamos tranquilidad; ansiaba saber si realmente era cierto lo que mi padre había dicho. ¿Sería un buen hombre realmente? No podía fiarme, pero al menos quería saber como reaccionaba o qué respuestas tenía ante lo ocurrido.

—Scott, ¿por qué estás conmigo aquí?

No lo miré, él tampoco lo hizo. Ambos observábamos el techo, como si fuera lo único que nos sostuviese en ese instante. Pero yo sentía y veía en cierta forma sus reacciones con sus pequeños gestos que divisaba por el rabillo del ojo.

—Porque quiero sacarte de aquí, quiero irme contigo de la ciudad.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

Vi como giró su rostro hacia mí, observándome. Pero me mantuve serena mirando el techo, sentía que si dejaba de hacerlo no sería capaz de seguir hablándole.

—Sí, ¿por qué?

—Porque no hay nada que más me importe que ponerte a salvo, Alissa.

Suspiré apretando mis manos en los costados del sofá. Mentiroso.

—No te creo, ¿y tu familia?

—¿Mi familia? Mi padre está en el frente militar, no ve más allá de lo que sus compañeros le indican. Y a mi hermana y mi madre...—suspiró con fuerza y yo me lamenté por dentro. Las echaba en falta—. Ellas no quieren separarse de él, a pesar de no tener el mismo pensamiento político y saber que están haciendo algo muy malo.

—Lo quieren...

Afirmé con rotundidad. Que hipócritas somos los humanos, pensé. Cuando tenemos a alguien que queremos delante, dejamos nuestros ideales a un lado para seguir a su lado. Eso quizás es lo que le ocurría a Scott, aunque eso de que le importaba; no terminaba de creerlo. Apenas nos conocíamos, sí; teníamos atracción y eso era evidente. Pero ¿le importaba hasta tal punto que era capaz de abandonar a su familia y sus ideales? Además, no estaba segura de eso último. Que me acompañara o me ayudara a huir, no significaba que no pen-sara como el frente militar Nazi. Una cosa no quitaba la otra.

—Exacto. Hay veces que cuando quieres a alguien, eres capaz de renunciar a todo; Alissa. Incluso si eso te convierte en un traidor o puede ocasionar tu muerte...

—¿Tú has renunciado a todo? ¿Incluso a tus ideales, Scott? Giré mi rostro para mirarle unos segundos, quería ver su mirada, necesitaba saber si estaba ha-blando con un impostor o con el Scott que yo conocía desde que era pequeño. Alegre, respetuoso y sincero. Sus ojos

azabaches se posaron en los míos y tragué saliva, aguantando el escalofrío que recorrió mi cuerpo de la mejor forma posible.

—Nunca he creído en los ideales del frente militar, Alissa. Si he participado es por mi padre, él en cierta forma me obligó. Si no lo hacía; era una decepción... y según palabras suyas, si no participaba en sus comandas; no tendría otro remedio que informar a sus superiores. Y ya sabes lo que ocurre con los traidores...

—¿Los detienen? —pregunté temerosa e inocente de las intenciones de su padre.

—Los deportan, como a vosotros Alissa.

—Eso es imposible, Scott. Eres su hijo...

—Da igual, son muy radicales. ¿Recuerdas al hijo de Samuel Kirsche?

—Sí, claro. Tiene apenas dos años menos que nosotros, el hijo del banquero del Mitte.

—Tenía...

Su rostro serio lo decía todo. Los ojos de Scott y los míos se encontraron durante largos segundos, lo comprendí de forma rápida. Jon Kirsche no existía más, su propio padre había informado de su traición. Un chico alegre, más joven que nosotros y posiblemente con un futuro increíble. De hecho, sabía que había comenzado los estudios para ser abogado en la Universidad. Eran una familia adinerada, lo tenían todo; menos valores y ética. Y una cosa que me habían enseñado en casa es que, sin esto último, acabas siendo nada a pesar de tener millones en el bolsillo.

—Madre mía...

Tapé mi boca con una mano abriendo los ojos como si fuesen a salirse de sus órbitas, me sentí horrible en esos momentos. Las lágrimas se apoderaron de mis ojos y sin poderlo evitar, me incorporé en el sofá. Intenté asimilar lo que me había dicho Scott, pero no entraba en mi raciocinio, era imposible de comprender. Él se incorporó al ver mi reacción y me observó en silencio.

—Estás diciendo que si tu padre se enterara...

No pude seguir, me quedé callada observándole. Sentí unas ganas horribles de abrazarle, no quería ser la culpable de su deportación e incluso de su muerte. Tenía suficiente con la muerte de mi padre por el hecho de haber ido a por sus medicinas y no impedirlo; como para también ser el motivo de que él sufriera. Scott se incor- poró, sentándose a mi lado en el sofá. No me tocó, únicamente me miró con cautela.

—No lo sé, Alissa. Pero no puedo arriesgarme. Por eso dejé a mi hermana y mi madre allí, sé que no les ocurrirá nada. Y yo no puedo quedarme, no puedo participar en algo así y menos si tú estás en peligro, ¿entiendes?

—Pero si te encuentran, si saben que me estás ayudando...

No, no quería pensarlo. Mis nervios se dispararon y perdí la poca tranquilidad que sentía, me intenté incorporar. Necesitaba andar o calmar mis nervios de alguna forma. Tenía el rostro desencajado y cuando hice ademán de incorporarme para ello, sentí las enormes manos de Scott en mi espalda y su enorme pecho contra mi cara. Acababa de abrazarme, con fuerza e intensidad. Sentí sus manos moverse de arriba abajo en mi espalda con lentitud y tras unos segundos de tensión, solté todo el aire que mis pulmones estaban reteniendo. Me calmé como hacía tiempo no había hecho, ¿cómo era posible que en esos enormes brazos me sintiera tan a salvo y a gusto después de lo ocurrido?

—Alissa, no nos encontrarán. Nos iremos de Berlín y comenzaremos una nueva vida lejos de aquí, ¿de acuerdo?

Asentí en silencio dejándome abrazar por él, quería que el tiempo se detuviera ahí. Sin decir nada más, sintiendo que estábamos haciendo bien estando así. Nadie podría decirme más adelante que un abrazo como ese sería el consuelo más grande que pudiera tener. Las duras y largas noches en los brazos adecuados se convierten en instantes que quedan para el recuerdo y ese momento, sabía que lo atesoraría para el resto de mi vida. Ambos nos separamos con cautela y lentitud hasta que nos miramos. Sin pensarlo, me apoyé en el respaldo del sofá y así estuvimos durante minutos o quizás horas. En silencio, uno al lado del otro, escuchando la bonita y agradecida calma que existía en esos momentos. Llegó un momento de la noche en el que ya no recuerdo absolutamente nada, el sueño se apoderó de mí y me quedé dormida en ese bonito y lujoso sofá. El último objeto y lugar con lujos que vería por el resto de mi vida, al menos hasta el instante en el que recuerdo.

*Puede que ahora en estos momentos no comprendas mi poca voluntad de luchar contra él, contra Scott Bader. Te diré que me encontraba en una encrucijada emocional. En otro momento de mi vida jamás hubiese perdonado lo que había hecho él, pero le di un voto de confianza. Nadie abandona a su familia por seguir sus ideales y que lo hubiese hecho era algo valiente y que demostraba tener unos valores fuertes, ¿no crees? Sé lo que estás pensando, no es un motivo de relevancia para confiar de nuevo, pero algo en mi interior me decía que debía hacerlo. No tenía otra salida u otra forma de ponerme a salvo, tenía que cederle mi confianza y las pocas energías que tenía para poder avanzar y finalmente salir de Berlín y librarme de todo lo que estaba ocurriendo. Era ahora o nunca. Y estando en sus brazos me sentía tan bien...*

# Capítulo 6
# Realidad

—¡¿Dónde estoy?!

Me moví rápidamente, no sabía donde estaba o sobre qué estaba tumbada. Me había quedado traspuesta en ese sofá de terciopelo junto a Scott. Miré a los lados descolocada. Me encontraba en una cama enorme, mu-llida y con una colcha de colores crema y blancos. Apoyé mis manos en ella mirando a todos lados, calmándome poco a poco cuando recordé donde me encontraba. Eso sí, no tenía ni idea de como había llegado a parar allí. Posiblemente Scott habría sido quien me llevara o quizás yo hubía llegado andando, pero no tenía noción de cómo. Observé en silencio tumbada sobre esa cama la habitación que tenía ante mí. El lujo y la calidad de los acabados del apartamento se instauraban también en esa estancia, las paredes eran blancas y las ventanas de madera dejaban que la luz entrara en la habitación y la iluminaran. Agradecí enormemente que fuera de día, necesitaba ver la luz del sol para sentirme un poco mejor y que la oscuridad únicamente estuviera clavada en mi interior. Con eso tenía suficiente. Me giré con dificultad en la cama y me di cuenta de que no tenía los zapatos puestos, apoyé el lado de mi rostro sobre la baja almohada y miré hacia la mesita de madera oscura que estaba a mi lado. En ella había un pequeño marco de fotos de dos chicos jóvenes, ambos morenos con la tez clara. Uno de ellos tenía el cuerpo más grueso, aunque era enormemente atractivo y el otro tenía una amplia sonrisa en su rostro. Los dos estaban abrazados, con sus rostros uno cerca del otro, como si fueran...

—Son pareja.

Ver esa foto me hizo comprender a Scott y me alegró enormemente haber confiado, aunque fuera un poco en él. Esa fotografía era la confirmación que estaba buscando a las palabras que había dicho mi padre sobre él. Alcancé con la mano la fotografía enmarcada y la observé con una suave sonrisa. Saber que esos chicos habían podido huir de Berlín me hizo enorme y extrañamente feliz. Delante de mí tenía una fotografía de esas dos personas que, gracias a Scott, tendrían una mejor vida lejos de la ciudad y del país. Sonreí mientras con el dedo acariciaba la sonrisa que esbozaba uno de los amigos en la fotografía, pensando en como sería la vida después de haber dejado su casa y su hogar. Incerti- dumbre, miedo, pero esperanza fue lo que sentí en ese momento, por ellos, por mí y por todas las personas que estaban viviendo una situación como esa.

La puerta de la habitación se abrió y me sorprendí de tal forma que con rapidez dejé el marco de fotos en la mesita, colocándolo de forma torpe para después volverme a colocar normal en la cama. Scott había entrado en la estancia.

—¿Cómo has dormido Alissa? —preguntó observándome mientras se acercaba hasta el lado donde yo estaba durmiendo de la cama. Me puse nerviosa y sin poderlo evitar apoyé el pie en la cama, lo cual originó un dolor punzante en la planta. Suspiré levemente por ello.

—Bien, he dormido bien. ¿Me trajiste tú?

—Sí, te quedaste dormida en el sofá y necesitabas descansar bien. He podido comprar pan recién hecho en el barrio, ¿quieres comer?

Asentí incorporándome como pude de la cama sin apoyar el pie sobre la colcha, me levanté con cierta timidez. Pero cuando lo hice el dolor impidió que me levantara, no podía andar apenas.

—¿Puedes traerme las medicinas que tengo en la bolsa? — pregunté sin mirar a Scott, me moría de vergüenza por sentirme tan inútil en esos momentos.

—Eso no te hará nada, Alissa. He visto la herida y los antiinflamatorios no podrán curarla. Espera aquí.

—¿Qué? —me giré levemente observándole, pero ya no estaba en la habitación. Se había marchado y yo intenté apoyar de nuevo el pie, pero fue en vano. Posiblemente la herida se habría hecho más profunda o estaría infectada, lo cual provocaba que el dolor se convirtiera en punzadas más intensas. En pocos segundos estaba de vuelta y se posicionó delante de mí.

—Voy a curarte la herida, ¿de acuerdo?

—No, no. No de acuerdo...

Su sonrisa apareció ante mí después de días sin verla y eso alegró mi espíritu. Aparté la vista porque podía quedarme viéndolo así durante horas.

—Alissa, ¿quieres volver a andar?

—Claro que quiero andar.

Observé su rostro con una mezcla de enfado y timidez.

—Entonces quédate quieta.

Tragué saliva al ver como se arrodillaba en el suelo para poder observar mejor el estado de mi pie. Su gesto lo dijo todo, no tenía buena pinta y supe en ese momento que una simple cura no quitaría el dolor y tendría que aguantar con las punzadas incesantes. Con una delicadeza propia de un practicante, curó la herida de mi pie con una gasa de algodón y un líquido que no pude identificar. Quise quejarme al notar el escozor y el frío de esa sustancia médica que estaba aplicando con toda la delicadeza del mundo. Mis manos apretaban la colcha bajo mis manos, sin darme cuenta de estar haciéndolo.

En apenas unos segundos más había acabado de curarme y Scott se incorporó con una suave sonrisa.

—Ya estás curada. Esto tendrás que llevarlo en tu bolsa, ¿de acuerdo? Hay que aplicarlo todos los días para evitar que se infecte más.

Asentí como una niña que escuchaba a su doctor.

—Vale, está bien.

Con cuidado me puse de pie y busqué mis zapatos. Sin embargo, lo siguiente que escuché de la boca de Scott hizo que no pudiera meter bien los pies en ellos porque me dejó paralizada.

—Alissa, hoy nos marchamos. Tenemos que coger un tren en Grunewald y no podemos perderlo.

Alcé mi rostro para mirarle, con miedo y cautela. No había pensado en ese momento exacto, en dejar la ciudad y marcharme para no saber cuando volver. Dejar tu hogar es lo más doloroso, aunque yo aún no sabía que podía haber sensaciones peores a pesar de que en ese instante únicamente tuviera ganas de llorar y gritarle. Por haber colaborado con los

culpables de lo que ocurría en la ciudad, por el hecho de tener que abandonar mi vida, la ciudad más bonita del mundo y no poder pisar de nuevo Berlín quizás en mucho tiempo o nunca más. Mi mirada se lo dijo todo, no articulé palabra. Simplemente me calcé y con todo el pesar de mi corazón y en completo silencio, me dispuse a preparar todo lo nece-sario en mi bolsa. Iba a ser un viaje en el que no sabía que me iba a encontrar, por eso mismo introduje de todo en esa pequeña bolsa marrón. Las medicinas, agua, pan de queso, algún dulce de caramelo que había en el apartamento y lo básico para poder aguantar unos días con las energías suficientes para soportar lo que nos deparara ese viaje.

No hablamos mucho, simplemente nos preparamos para embarcarnos en esa extraña y terrorífica experiencia, mis nervios hicieron que al salir del apartamento tuviese unas ganas horribles de llorar; de derrumbarme, pero no lo hice. Aguanté, por orgullo, por el recuerdo de mi padre y porque no quería que Scott me viera así. Teníamos un viaje largo por delante, no sabía a donde quería llevarme, pero mi intuición me decía que esa noche en ese apartamento iba a ser de los pocos en los que pudiéramos tener algo de tranquilidad y paz. Al salir del edificio la paz de Schönberg me encandiló y me atrapó, Scott tuvo que tirar de mí porque ni siquiera me había dado cuenta; estaba paralizada observando a la gente disfrutando en las calles, viviendo felices; entrando y saliendo de los negocios ajenos a todo lo que estaba ocurriendo. En ese instante me alegré por ello, no sentí rabia. Me sentía feliz de ver que al menos podían seguir disfrutando de la vida diaria y solo esperaba que fuese así durante mucho tiempo y no fuera algo pasajero. Pude comprobar como un niño pequeño de apenas cinco años, moreno y con los ojos más azules que había visto en mi vida me miraba al salir de su casa con una maleta. Iba de la mano de su abuela probablemente, la edad de la mujer rubia y regordeta me lo confirmó. Ella tiraba de su mano y sus ojos azules como el mar me miraron con ilusión, estaba feliz de marcharse con ella. Así lo interpreté yo. Elevé la comisura de mis labios y le saludé, solo esperaba que el lugar donde fuera no fuese donde nos llevaban a nosotros el régimen militar y que ese niño pudiera disfrutar de un viaje de relajación con su adorada abuela.

El camino a la estación era largo, teníamos que salir aún más de esa parte de la ciudad hasta llegar a la estación de Grunewald situada junto a una zona inmensa de arboleda y deshabitada de la capital. Mientras andábamos por la calle agarrados, muy a mi pesar, disfruté de cada centímetro de Berlín. Quería atesorarlos, quería grabar su preciosa arquitectura en mi mente y hacer fotografías mentales de cada rincón.

Lo iba a echar tanto de menos...

El tiempo desapareció y me pareció que había pasado una eternidad cuando Scott de forma seria, afirmó que estábamos a cinco minutos de la conocida estación. Tenía conocimiento desde hacía muchos años de que Grunewald era el lugar ideal para aquellos quienes querían salir del país, salían trenes hacia Holanda, Austria y otros países cercanos. No sabía si esa sería la intención de Scott, pero estaba segura de que el viaje no iba a ser corto. Un suspiro de parte de mi acompañante me alertó y giré mi rostro hacia él, sin separarme.

—¿Qué ocurre?

—Va a ser complicado entrar, mira cómo está... Maldita sea.

Tras esas palabras mi cabeza se giró para comprobar lo que decía y frente a mí se encontraba una pequeña y modesta estación abarrotada de gente. Centenares de personas estaban en la zona colindante y los pequeños jardines que tenía el lugar. Negué con la cabeza. Iba a ser prácticamente imposible entrar.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Déjame pensar...

Scott se soltó, estaba agobiado y comenzó a andar de un lado a otro con la mano en la cabeza. Intentaba pensar en una solución, pero yo sabía que no la había, no una que pudiera darnos la opción de subir al tren y tener la misma oportunidad que todos los demás. Me quedé ahí, mirando como se movía de forma nerviosa. Tenía la sensación de que estaba debatiéndose entre una opción u otra, pero yo no divisaba ninguna cercana en el horizonte. ¿Qué estaría pensando?

—Scott, no podemos entrar. Será mejor que volvamos a la ciudad...

—¡No! Eso ni pensarlo, Alissa. Hay una opción...

—¿Sí? Hagámoslo entonces.

Su negra mirada se clavó en la mía y supe que lo que quería que hiciéramos, no iba a gustarme y a él tampoco le agradaba la idea. Lo miré con cierto temor y sin entender nada.

—Verás, siendo del frente militar...

Negué con la cabeza en silencio varias veces, pero no dije nada y él prosiguió.

—Puedo ejercer mi derecho como soldado y me dejarán pasar, no se opondrán a absolutamente nada. Y subiremos al tren antes que nadie.

Lo miré durante largos segundos intentando asimilar lo que acababa de decir, sus manos apoyadas en sus costados y los pasos nerviosos de un lado a otro me dejaron claro que no se sentía a gusto con lo que quería que hiciéramos. Y yo no podía permitir que hiciéramos eso, no pensaba aceptar su proposición. Y menos aún aprovechar ese beneficio de ser militar por encima de todos los demás. Después de todo lo que los militares habían provocado en mi barrio, la muerte de mi padre, no. No podía aceptar.

—No, no pienso hacer eso Scott. No voy a pasar por encima de toda esta gente, tienen los mismos derechos que nosotros. Será mejor que vayamos a la ciudad de nuevo...

Me giré agarrando con fuerza mi bolsa marrón que llevaba colgada como si eso me diera más energía y decisión, tonta de mí. Anduve apenas dos pasos cuando la mano de Scott agarró la mía y me giró hacia él, notando su cuerpo frente a mí. Sus manos agarraron mi rostro con firmeza clavando sus ojos negros sobre los míos.

—Alissa, no podemos volver. Si volvemos, nos matarán a los dos. ¿Crees que yo quiero hacerlo? ¿Crees que quiero usar esta asquerosa insignia? —indicó llevando su dedo hacia el símbolo de la esvástica militar que tenía sobre su pecho. Su rostro de seriedad y amargura al decirlo provocó en mí que supiera que estaba diciendo la verdad. Pero no podía, simplemente la posibilidad de hacerlo me causaba náuseas.

—No puedo, no puedo pasar por delante de ellos de esa forma... No voy a poder soportarlo, Scott.

Mis ojos se clavaron en los suyos al igual que él había hecho, pero a diferencia de él, los míos estaban llenos de lágrimas sin derramar. Sentía una presión en el pecho que ni siquiera con la muerte de mi padre había notado, era la sensación de la traición y de saber que tendría que hacerlo, aunque no quisiera.

—Lo haremos juntos y no pienso soltarte, ¿de acuerdo? —susurró pasando la yema de su dedo justo cuando una lágrima mía caía sobre mi mejilla. Suspiré mirándole, respirando con dificultad e intentando que mis pulmones no se quedaran sin aire.

—No lo hagas...

—¿Estás lista?

Su mano agarró la mía con fuerza entrelazando nuestros dedos, ese gesto me dio algo de

energía para enfrentarme a esa situación. Mi espíritu, sin embargo, estaba bajo tierra. Iba a hacer algo que iba en contra de mis principios, algo egoísta e interesado. Desde bien pequeña había sido una persona justa, con unos valores firmes que gracias a mis padres había aprendido desde que tenía uso de razón. Y ese día, ahí frente a la estación más alejada de mi barrio, con veintiséis años y junto a una compañía que jamás me hubiese imaginado; mis valores iban a ser tirados por tierra. Y no solo eso, mi espíritu quedaría marcado de por vida y sabía que jamás me perdonaría por lo que iba a hacer.

Asentí a su pregunta después de estar eternos segundos paralizada, su mano apretó la mía y giramos nuestros cuerpos. Mi pesar y mi sentimiento de angustia fue en aumento conforme nos acercábamos hasta donde la multitud de la gente estaba esperando en la zona exterior de la estación. Muchos gritaban desesperados, otros empujaban y muchos se miraban angustiados entre ellos sabiendo que no podrían salir de la ciudad, al menos no por hoy. Scott tiraba de mí, yo simplemente andaba como una autómata; sin energía, sin saber qué estaba haciendo realmente, aunque mi mente y mi corazón sí lo sabían perfectamente. Cuando la guardia, que estaba rodeando a la gente que intentaba alcanzar la puerta de la estación, vio a mi acompañante ambos se saludaron de manera formal y como estipulaba el protocolo militar. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y tragué saliva.

—Buenos días, Sargento.

La voz fría y de respeto que tuvo el militar ante nosotros me sorprendió. Giré mi rostro levemente para mirar a Scott, no me había dicho que tuviera tan alto rango. No entendía realmente de cuestiones militares, pero sabía que ser sargento era un puesto bastante alto en comparación con muchos otros. Y aunque fuese ino- cente y no tuviera mucha conciencia sobre ello, supe que el cargo que tenía Scott nos ayudaría mucho más. Ahora comprendía porque había propuesto avanzar de esa forma.

—Buenos días soldado, necesito entrar al interior de la estación inmediatamente —dijo él con seguridad.

—Por supuesto, Sargento. ¿Van juntos?

La mirada desconfiada del soldado se posó sobre mí, la mano de Scott apretó la mía con más fuerza y de forma segura asintió, sonriendo suavemente para calmar las tensiones existentes en ese momento.

—Sí, soldado. Es mi mujer, ¿podemos entrar ya?

Tragué saliva, ¿su mujer? Eso además de ser pretencioso era prácticamente imposible de creerlo, mantuve la mirada sobre la del soldado que no dejaba de observarme. La firmeza que tenía Scott sobre mi mano hizo que mis ojos aguantaran unos segundos más hasta que el soldado nos dio paso, no muy seguro de lo que estaba haciendo. Lo supe en su mirada y en su gesto.

—Adelante, Sargento. Disculpe, le haremos paso para que pueda acceder al interior sin ningún problema.

—Gracias, soldado.

En apenas segundos los soldados que estaban en el exterior de la estación nos hicieron paso entre la multitud. No podía creerme lo que íbamos a hacer, me sentía mezquina y horrible conmigo misma. Mientras avanzamos entre todas esas personas pude ver como nos observaban con rostros de desesperación, algunos de enfado y otros de incluso odio. Y los entendí, comprendí lo que sentían porque yo misma tenía esa misma sensación en mi interior. Me odiaba a mí misma por estar accediendo a esa pequeña estación como si fuéramos dos

privilegiados sobre todos los demás.

Finalmente entramos en el lugar, abarrotado hasta los mismos bordes de los andenes. No era fácil andar entre tanta gente. Por suerte los soldados nos dejaron continuar el camino en el interior sin escoltarnos, Scott tiró de mí hasta acercarnos a una taquilla de madera oscura. Esperamos durante unos minutos hasta que uno de los soldados volvió a favorecernos e hizo que adelantáramos a más de una quincena de personas que esperaban su turno de forma justa. Las miradas que cada uno de ellos nos propiciaban se clavaron en mí como dagas en el mismísimo corazón. Tragué saliva para aguantar las lágrimas de mis ojos hasta que conseguimos nuestros pasajes para el tren. No escuché el destino, únicamente sentía los murmullos detrás de mí. Frases que no lograba entender ni escuchar de forma correcta, pero que tenían toda la razón del mundo. Estaba usando el poder de un régimen militar para ser superior por encima de otras personas y eso era lo más ruin que podías hacer en la vida.

—Vamos, Alissa.

Seguí a Scott sin soltarme de su mano, no podíamos separarnos. Era muy fácil perderse en ese pequeño lugar. Las paredes color crema de la estación estaban en muy mal estado, varios letreros en los lados indicaban los destinos próximos de los trenes. Muchos aparecían cancelados excepto tres destinos. Uno de ellos viajaba a Rotterdam, otro de ellos a la ciudad de Mauthausen en Ostmark. Y el otro sorprendentemente no indicaba ningún destino específico, simplemente marcaba la hora y partía en apenas dos horas.

—¿Estás bien?

La voz de mi acompañante me sacó de mis pensamientos, centré mi vista en sus ojos y asentí. No estaba bien, pero al menos me sentía firme y no demasiado hundida por lo que acabábamos de hacer.

—¿No te han preguntado por mi pasaporte? Tengo identificación judía...—dije en apenas un murmuro cerca de él.

—No lo han hecho, Alissa. Supongo que llevar esta cosa ayuda mucho, por desgracia —indicó.

—Y ser Sargento también, ¿verdad?

No quería hacerle sentir mal y mucho menos tener un tono de acidez y enfado, pero sonó así. Su mirada se clavó en la mía de nuevo y se acercó más a mí.

—Ojalá no lo fuese. Daría lo que fuera por no serlo y desprenderme de ese cargo, créeme.

Llevó su mano a mi mejilla y quiso acariciarla con sus dedos, aparté levemente el rostro para impedirlo.

—Olvídalo, no vamos a discutir sobre eso ahora. ¿A qué andén tenemos que ir?

—Déjame mirarlo.

Su mano se soltó de la mía para agarrar los billetes del tren. Alcé mi mirada hacia el panel que indicaba los andenes esperando que Scott me dijera cual de ellos era el que había que coger; sin embargo, en ese momento mi cuerpo se topó con el de un hombre alto y sentí como me empujaba. Varias personas hicieron lo mismo, me apoyé de forma torpe en sus brazos para no caer al suelo. Busqué a Scott, pero lo había perdido. Decenas de personas pasaban arroyándome e impidiendo que pudiera avanzar; estaban consiguiendo que me alejara del punto en el que antes estaba con Scott y me llevaron con ellos como si fueran la corriente de un río. Comencé a agobiarme al verme tan sola entre tanta multitud, sin saber donde tenía que ir y temiendo que no pudiera encontrarme de nuevo con mi acompañante y el que hasta ahora había sido mi ayuda en todo momento.

—¡Scott! ¡Scott!

Nadie me escuchaba, no lo veía por ninguna parte y sabía que cada vez estaba más lejos de él.

—¡Alissa!

*Pavor, eso es lo que sentí en ese instante. Seguía sin fiarme de él, te lo prometo. Pero sentirme sola entre toda esa multitud y sin saber el rumbo que debía coger, era realmente aterrador. Ahora incluso sé que esa situación era más aterradora si cabe. Solo hacía falta mirar los destinos en esas pantallas... Me sentí tan sola. Y de verdad, admito que puede ser confuso querer encontrar a la perso- na que tanto miedo me causaba, pero también me sentía segura a su lado. Desde el apartamento incluso mucho más. Descubrir que había ayudado a esos dos jóvenes a escapar había sido un ancla a la que aferrarme para no hundirme. Quizás no lo sepas, pero por aquel entonces y aún en la actualidad; muchos artistas, grupos étnicos minoritarios, homosexuales y cualquier otro tipo de persona que no encajara en los estándares establecidos por el frente militar; eran deportados y reinstalados en otras zonas de Alemania o Europa para que no estorbaran en Berlín o en las ciudades principales del país. Lo había escuchado en la radio, pero nunca había conocido ningún caso real hasta ese momento que viví con Scott en el apartamento. Y saber ese pequeño detalle sobre su persona me daba un pequeño rayo de esperanza entre tanta oscuridad.*

*Y ojalá hubiese podido anclarme a esa luz, a esa esperanza en ese momento. Estaba a punto de vivir una auténtica pesadilla, una que ni siquiera escribiendo estas palabras puedo dejar de recordar una y otra vez...*

# Capítulo 7
# Andén 17

Su voz hizo que levantara la vista buscándolo con desesperación, me alcé sobre mis puntillas aguantando el maldito dolor del pie, pero no lograba ver nada. Scott era alto, pero ahí había hombres iguales o más altos que él, decenas de mujeres y niños que seguían empujándome y alejándome de él. Y hubo un momento en el que me dejé llevar, sabía que no podría luchar contra la corriente.

—Por mucho que intentes huir no vas a poder. Nos van a trasladar, aunque no queramos bonita.

Una mujer junto a mí me miraba con una suave sonrisa de cariño, la miré mientras andaba hacia atrás e intentaba sin éxito avanzar a contracorriente de todos los allí presentes. Sin embargo, sus palabras hicieron que dejara de luchar y me centrara en lo que había hecho. Cuando la observé fruncí el ceño, a esa mujer la conocía o la había visto antes. Una mano tiró suavemente de mi vestido y bajé mi mirada. Los ojos azules más bonitos que había visto nunca estaban ante mí. Eran el niño y la abuela que había visto en las calles de Schönberg. No sabía si alegrarme o sentir tristeza por verlos allí, pero no quise que mi incertidumbre también la sintiera ese precioso niño.

—¿Tú también te vienes de viaje? —preguntó el pequeño sonriendo.

Miré a la abuela con cara de circunstancias, respiré profundamente para intentar aguantar las ganas que tenía de agarrar a ese niño y sacarlo de allí. No sabía porque, pero sabía que el destino de ellos no era el mismo que el mío, era algo mucho peor. Pero no podía hacerle eso a un niño inocente, la ignorancia a veces es la mejor aliada.

—Sí, eso creo. También voy de viaje.

—Entonces puedes sentarte con nosotros si estás sola. ¿Verdad abuela? —preguntó el niño sonriente.

La abuela asintió con una sonrisa forzada mientras me miraba. Bastó con que sus ojos se encontraran de nuevo con los míos para saber que esa mujer había hecho todo lo posible para que ese niño creyera que se iban de vacaciones. Por ahora su estrategia era todo un éxito, pero ¿sería así cuando llegaran al destino real?

—Deja a la señorita, Ivann. Querrá tener un viaje tranquilo.

—Pero abuela... —contestó el pequeño mientras seguíamos avanzando por la estación.

—No se preocupe, me sentaré con vosotros —mentí.

No quería herir los sentimientos de un niño inocente, bastante tenía con haber engañado a tanta gente con una ideología que odiaba y que había causado la muerte de mi padre y la destrucción de muchas vidas. Una especie de sirena se escuchó en la estación y comprobé como muchas personas subían por las escaleras del andén diecisiete, apenas podíamos avanzar

unos metros. Los empujones de la gente eran constantes.

Aún no recuerdo bien cuando comenzaron los gritos, lo que sí tengo grabado en mi memoria fue el momento del disparo. Un ruido horrible que me desgarró el alma. Busqué de donde provenía, pero solo veía gente intentando escapar de ese andén maldito. Ivann y su abuela tenían el rostro desencajado, ella apretaba al niño contra su cuerpo como si eso sirviera de algo. Analicé el lugar de una forma tan rápida que yo misma me sorprendí. No podía hacer nada, la masa de la gente seguía haciendo que avanzara. Pude ver como varias personas caían al suelo y nadie se inmutaba por ello.

—Tenemos que salir de aquí... —murmuré.

Mis miedos se apoderaron de mi cuerpo y alma. La abuela y el niño me miraron, habían escuchado perfec-tamente lo que había dicho. Y entonces supe que no solo yo tenía que marcharme de allí, ellos vendrían conmigo. No iba a dejarles que subieran a ese andén, solo se escuchaban gritos y más gritos. Y mi mente comenzó a tra- bajar a doscientos por cien. En la pared derecha de ese pasillo de ladrillos viejos y de color marrón, vislumbré una puerta de hierro. Necesitábamos ir allí, adentrarnos en ella. ¿Qué podría haber allí? No creía que fuese peor que lo que probablemente nos esperara al subir las escaleras del andén diecisiete. La marea de la gente seguía haciendo que avanzáramos y con mucho cuidado, avisé a mis nuevos acompañantes de viaje lo que debíamos hacer.

—Pero niña, no podremos. Y seguramente estará ce-rrada — dijo la abuela apretando a su nieto con fuerza contra sus regordetas piernas.

—Tenemos que intentarlo, agarra mi mano Ivann.

El niño me miró dubitativo, pero tras unos segundos, lo hizo. La agarró con tanta fuerza que me sentí mucho más segura de la decisión que había tomado. Con el paso de todos los presentes y los empujones, me moví de tal forma que la puerta quedara a mi derecha y nadie se antepusiera entre ella y mi cuerpo. Tras unos segundos insoportables, finalmente agarré el pomo con fuerza y sujeté con firmeza la mano del niño. No quería por nada del mundo que se soltara.

—Aguantad, ya estamos —dije apretando la manilla con cierta esperanza. Sin embargo, esta se fue automáticamente cuando vi que no podía abrir la puerta. Hice fuerza, pero no había forma de abrirla con una única mano—. Maldita sea, no se abre.

La abuela y el niño me miraban, pero apenas podían sujetarse a mi mano. No iba a soltarles, Lo volví a intentar. Pensé en todo lo que había pasado hasta llegar allí. La desolación que había encontrado en mi barrio hacía apenas unas horas, la muerte de mi padre, la lucha por salir de allí y, sobre todo, de intentar buscar a Scott para salir finalmente de la ciudad y ponerme a salvo. Esta vez, ponernos a salvo. No sé si fueron esos pensamientos, pero de nuevo volví a intentar abrir la puerta y finalmente lo conseguí. No vi lo que había dentro, no me interesaba. Solo quería tirar de mis acompañantes que recién había conocido y adentrarnos allí hasta que todo hubiese pasado. Tiré de la mano de Ivann y con dificultad abrí la puerta de hierro.

—¿Qué haces ahí? Déjanos entrar —dijo un hombre delgado y con la cara desencajada. Intentó soltar mi mano de la puerta.

—¿Qué hace? No podemos entrar todos ahí —dije con pesar. Ojalá en esos momentos hubiese habido una sala enorme en la que todos pudiéramos desaparecer, pero únicamente pensaba en poner a salvo al niño. Solo me importaba eso. ¿Qué había hecho ese pequeño ser para pasarle lo que estaba aconteciendo en esa estación? Perdí la noción del tiempo y de la situación. El hombre tiró de mi mano una vez más y con cierta fuerza, le di con la pierna para

apartarlo. Con todo el dolor de mi corazón, pero la vida de ese pequeño tenía que ponerse a salvo. Apenas había comenzado a vivir.

—¡Ivann!

Cuando mi cuerpo estaba prácticamente en el inte-rior de la sala y parte de del niño también lo estaba, giré mi rostro por el hueco y vi a la abuela a varios metros lejos de nosotros.

—¡Abuela! ¡No! ¡No te vayas! —gritó el niño desespe-rado.

Ya no podíamos hacer nada, la señora estaba muy lejos para poder volver cerca de la puerta. Si uno de los dos salíamos de esa pequeña sala, no podríamos estar a salvo. Ivann intentó salir de la protección que nos daba ese trozo de hierro que nos separaba del caos y con lágrimas en los ojos, agarré sus manos.

—Ivann, no podemos hacer nada. Tiré de él, pero se resistía.

—¡No! ¡Déjame! ¡Abuela! —gritó desesperado. Lloraba a mares y de sus pulmones salían hipos constantes. El dolor que sentía lo tenía yo en mi interior como si fuera mío. Se había quedado solo, con una desconocida que finalmente tiró de él y lo protegió en el interior de ese habitáculo. Lo abracé a pesar de que se retorcía intentando abrir la puerta.

—Ivann, no podemos salir. Tenemos que quedarnos aquí, sé que es duro. Es horrible, pero aquí estaremos a salvo —dije frotando su espalda con firmeza. Poco a poco él dejó de luchar contra mí y sus sollozos se hicieron constantes. Aguanté el tiempo necesario hasta que ambos nos sentamos contra la puerta. No dejé en ningún momento que se sintiera solo, aunque así lo fuese. Encogí mis piernas y pasé una mano por sus pequeños hombros para acariciar sus brazos y darle cierto consuelo. Solo quería que se relajara.

Ese pequeño lugar era una especie de habitáculo donde guardaban todos los productos de limpieza de la estación. Escobas, cubos, productos químicos entre otras cosas. Las estanterías metálicas nos rodeaban y hacían que fuera una compañía mucho más grata que la del exterior. No sé si estuvimos minutos, quizás horas; pero finalmente Ivann colocó su pequeña cabeza contra mi hombro y se relajó levemente. Aunque yo sabía que esa relajación no llegaría nunca más a su vida, no después de lo vivido durante ese día.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con tristeza, rascándose los ojos. Estaba agotado. El estrés y la situación vivida había podido con él. Sonreí levemente.

—Alissa, me llamo Alissa.

—¿Crees que volverá mi abuela, Alissa?

Apoyé mi cabeza en la puerta y suspiré. ¿Cómo le mentía a ese niño sin hacerle daño realmente? Me sentía horriblemente mal. Vi como se tumbaba levemente sobre mis piernas y cerraba los ojos. Acaricié su lacio pelo con mis dedos.

—No lo sé, Ivann —dije sincera. Que injusto era que un niño tan pequeño tuviera que vivir una situación así. Unos seres tan inocentes debían estar jugando, di-virtiéndose o aprendiendo. Y no viviendo horrores como los que habíamos experimentado. Quise distraerle —. ¿Sabes qué? Yo también he perdido a alguien.

—¿Sí? ¿A quién has perdido?

Pensé en Scott, ¿volvería a verle? Si no era así, tenía que luchar como fuera por salir de Berlín con ese niño. O al menos que él pudiera huir de lo que estaba pasando en esa bonita ciudad.

—Un amigo, fue justo antes de conoceros.

—¿Lo perdiste por nuestra culpa, Alissa? —preguntó alzando la vista hacia mí. Sonreí suavemente y negué con la cabeza, segura de ello.

—No, Ivann. Lo que está pasando no es culpa de nadie. Bueno sí —corregí rápidamente cuando pensé en lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Él se tranquilizó y volvió a colocar su cabeza sobre mis piernas—. Pero no es nuestra, son de las personas malas que hay en este mundo. No saben vivir sin conflictos, buscan la felicidad en los lugares más oscuros. Cuando no se dan cuenta que la felicidad son las cosas más simples. Un libro, una canción de la radio, una sonrisa de alguien. Quieren un mundo mejor, pero no se dan cuenta que en el que vivimos ya es maravilloso. Y un día...

Suspiré aguantando las ganas de llorar.

—Llegará un día en el que mundo se dé cuenta de que no hay que luchar por los ideales, ni por las creencias. Si no por uno mismo, por estar en paz con todos. Sonriendo, jugando, aprendiendo y viviendo. ¿No crees que sería bonito? —pregunté agachando la mirada para observarle. Pero Ivann se había dormido. Tenía una respiración tranquila y sus ojos azules ahora estaban cerrados, protegidos con unos párpados inmensos y sus largas pestañas. Sonreí y acaricié suavemente su pelo. Qué mundo de locos, que ni siquiera los niños pueden vivir en paz.

*Cuando recuerdo ese momento de tranquilidad y paz que Ivann y yo tuvimos en esa sala de la limpieza de Grunewald; mi cuerpo aún siente la gran tristeza que ese niño estaba sufriendo en esos momentos. Y odié todo a mi alrededor. ¿Cómo habíamos llegado a eso? Un simple niño. Inocente, sin haber vivido como se merecía. Y tenía que estar conmigo allí, encerrado y sin saber donde estaba su abuela. ¿Habría perdido a sus padres también de una forma parecida?*

*Echaba de menos todo. La tranquilidad, el abu-rrimiento, la rutina diaria que tanto había aborrecido en muchas ocasiones en la zapatería. Echaba de menos a mi padre, a mi madre, a Emma, a Scott... Y sentía una falta enorme de poder pasear con seguridad por las calles de Berlín. De hacer lo que cualquier otra persona haría. Pasear, ir al cine, visitar cientos de veces la Catedral a pesar de haberlo hecho otras cientas. Deseaba que Ivann, que dormía en mis piernas; tuviera la oportunidad de volverlo a hacer. Ivann y cualquier persona que estuviera como nosotros. El mundo es de todos, no de quién elige ser el dueño de él.*

—¡Ivann! ¡Ivann!

Una voz femenina y cansada se escuchó tras la puerta. Tensé mi cuerpo al escucharla, pero no me moví. ¿Sería la abuela de Ivann? No podíamos salir. Era demasiado peligroso. No sabíamos en qué estado estaría, si la habían herido. Si había militares o si simplemente llamaban a otro chico con el mismo nombre. Los gri- tos volvieron a escucharse con desesperación y en mi interior, sabía que era ella. Pero no debíamos salir, no podíamos arriesgarnos a que nos hirieran o nos llevaran a ese andén del horror. El sueño de Ivann era demasiado ligero para que no escuchara los gritos que proferían su nombre. Y se incorporó algo confuso, pero su rostro era de pura ilusión. No dudé en levantarme también rápidamente.

—¿Estás bien, Ivann?

—Creo que he escuchado a mi abuela. ¿Está fuera?

Su rostro era de profundo dolor, pero un atisbo de esperanza se instauró en sus ojos. Negué con rabia, odiaba mentir así a una persona tan inocente. Pero tenía que estar a salvo, no podía dejarle salir y que estuviera en peligro.

—No, Ivann. Debe haber sido un sueño, deberías de seguir descansando —mentí alargando una mano hacia su pelo para peinarlo.

—¡Ivann! ¡Ivann! —gritó de nuevo la mujer.

Cerré los ojos con fuerza, sabía que no habría explicación para esos alardes. El rostro del niño cambió por completo y sin que yo apenas pudiera prevenirlo, con rapidez agarró el pomo de la puerta de hierro y la abrió.

—¡Ivann! ¡No!

No me dio tiempo a gritar antes de que él saliera. Intenté alcanzar su mano, pero cuando asomé la puerta, el horror se situó ante mis propios ojos. Un soldado con una escopeta alargada apuntaba hacía Ivann. No pude aguantar mucho más con la mirada clavada en esa escena, pero sí que pude ver como su abuela yacía sobre el suelo. No había rastro de vida en ella, había muerto. Y su nieto la miraba con horror, plantado frente al soldado que no dudó en apretar el gatillo. Ni siquiera tardó segundos en hacerlo. Y entonces sentí que mi mundo se caía a pedazos de nuevo. La sensación que había sentido al ver a mi padre fallecido en ese armario volvió a resurgir. Cerré la puerta rápidamente y me apoyé en ella, llevándome la mano a la boca.

—No, no...

Negué, no sé cuantas veces lo hice hasta que caí contra el suelo apoyada contra el hierro que me sostenía. Y por suerte lo tenía contra mí, porque sentía que mi cuerpo se iba a doblar en cualquier momento. Y así fue. Vomité el poco pan de queso que había comido en el apartamento con Scott. Lo hice una y otra vez hasta que el estómago no lo pudo soportar más. ¿Qué había sido aquello? Vale que pudieran no querernos en la ciudad, pero ¿desde cuándo se asesinaba a un niño y a su abuela a tan sangre fría? Los ojos azules de Ivann aparecieron en mi mente y apoyé mis manos en la cabeza. Un niño, un simple niño acababa de morir ante mis ojos. Y no había podido hacer nada. Que cobarde son los hombres con una simple arma. ¿Qué hubiese hecho ese soldado sin ella? La imagen de patadas, puños y rabia contra el pequeño cuerpo de Ivann apareció ante mí y vomité de nuevo. Necesitaba despertarme de esa horrible pesadilla, aunque en mi interior sabía que no habría forma de hacerlo.

Era la pura y cruda realidad.

# Capítulo 8
# Volviendo a ver

—No es posible, ¿cómo hemos llegado a esto?

Me preguntaba a mí misma una y otra vez. ¿Cómo era posible que el mundo se hubiese vuelto tan loco y atroz? Balanceé mi cuerpo sin apenas darme cuenta, mis rodillas estaban recogidas y apoyaba mi barbilla sobre ellas. Necesitaba encontrar una explicación lógica a lo que acababa de ver, pero no había ninguna. Desde bien pequeña me habían enseñado a serlo, a buscar siempre una explicación a todo. Eso había sido culpa de mi padre, que, tras la muerte de mi madre, había insistido en que leyera libros sobre ciencia y cualquier materia que explicara los acontecimientos de la vida diaria. Era inocente, pero no tonta. Y esa inocencia, ese desconoci- miento por lo que estaba aconteciendo en la ciudad era fruto de la desinformación. Apenas escuchaba las noticias, no me interesaban. Me ponían de mal humor. Y únicamente encendía la radio cuando sabía que estaba sonando la música. Era mi forma de evadirme, esa y leer mucho.

Las horas o quizás los minutos fueron pasando, sentía que me moría de sed y de hambre. La tripa crujía y, además, no me había importado vaciar mi vejiga en un rincón de ese espacio tan diminuto. El vómito seguía ahí y hacía insoportable estar ahí dentro. Pero no tenía otra opción, no podía salir. Si lo hacía, acabaría como el pequeño Ivann y su abuela. Y prefería morir de hambre ahí dentro o de una infección por la suciedad. Mi cuerpo era lo suficiente delgado para poder recogerme todo lo que podía y no tocar con las piernas o con ninguna parte de mi cuerpo la parte de los alimentos y la bilis que había expulsado mi estómago como reacción a la muerte de ese pequeño.

Mi mente trabajó a doscientos por mil y recordé a Scott. ¿Dónde estaría? Apoyé mi cabeza sobre la puerta con cansancio y cerré los ojos. En mi mente aparecieron los pocos minutos que habíamos tenido de intimidad y cierta alegría en el Astoria. Y tan solo habían pasado unas horas desde entonces. La vida había cambiado tanto. Sus ojos negros, sus hoyuelos, sus labios gruesos, el rostro de chico duro, pero a la vez con una mirada que podía hacerte caer al suelo simplemente con observarla. Ojalá estuviera ahí conmigo, con su tan particular sonrisa. Abrí los ojos y no podía creer lo que veía. No era cierto, sabía que era producto de mi imaginación y pro-bablemente de la falta de nutrientes o el propio cansancio. Scott estaba plantado frente a mí, no le importaba que todo estuviera lleno de vómito u orín.

—¿Scott? —sonreí.

No me importaba que fuera mi imaginación, quería observarle y al menos alegrarme el alma. Porque estaba más solitaria y hundida que nunca.

—Alissa...

—Como me gusta tu sonrisa, tu voz...

—Alissa.

Negué con la cabeza sonriendo, era un producto de mi imaginación. Alargué la mano, pero allí no había nadie, lo sabía. Sin embargo, tuve una sensación extraña. Alargué los dedos para tocar su cara inexistente, como si de tocar una nube se tratara. Su mejilla se esca-paba entre mis dedos, pero esa aparición, divina quizás, estaba al menos alegrando mi espíritu. Y por eso mismo sonreía como si estuviera en el mismísimo cielo.

—Tienes una sonrisa tan bonita...

—¡Alissa!

Eso sí que había parecido real, muy real. Centré mi débil vista y observé la oscuridad de ese cuarto de limpiezas. No había nadie. Pero estaba segura de haber escuchado como alguien me llamaba. Con temor y debilidad me incorporé apoyada sobre la puerta de hierro y volví a escuchar mi nombre. Y entonces fue cuando lo supe. Agudicé mis oídos y supe que era él.

—¿Scott?

Miré el pomo durante unos segundos cavilando si abrir o no.

¿Y si salía y acababa como Ivann? Giré mi rostro hacia el cuarto y comprobé con auténtica repulsión todos los líquidos que allí había. La oscuridad, la suciedad y el no tener ni un nutriente para poder sobrevivir. Si no bebía agua pronto, no aguantaría allí ni dos días. Lo tuve claro, tenía que salir. Arriesgarme y quizás perder la vida en ello. O quizás encontrar a Scott y marcharnos de ese ho-rrible lugar de una vez por todas. Apreté la mano con debilidad en el pomo.

—¡Alissa!

Con una tranquilidad pasmosa y completamente débil, me agarré al marco de hierro una vez la puerta estaba abierta. Asomé mi cabeza, mi cuerpo temblaba por el temor a que me encontraran. Cuando achiqué los ojos para poder enfocar mejor mi mirada, lo vi. Estaba en el pasillo mirando para todos lados, no me había visto. Yo sí, mis lágrimas lo sabían. Mi rostro se empapó de ellas como un auténtico mar bravío. No quería gritar.

—Scott...

No sé si lo dije con suficiente volumen, pero él no reaccionó ante mi murmuro. Lo veía de lejos como quería subir una de las escaleras, por suerte, no las que llevaban hacia el andén diecisiete. Intenté gritar, pero no sentía fuerzas suficientes y el miedo me tenía paralizada. No, no podía perderle. No teniéndole tan cerca. Era mi única esperanza para poder salir de Berlín y sobrevivir, si me quedaba allí, acabaría muriendo sola y abandonada en ese cuarto infectado. Observé como con desesperación andaba hacia las escaleras para subirlas. ¿Cómo hacía para que me viese? Tenía que hacer el suficiente ruido para que no me escucharan los militares, pero él si lo hiciera. Llevé mi mano con debilidad a la puerta, sacándola levemente por fuera y comencé a dar varias palmadas en ella. Hacía ruido, si seguía así conseguiría que él me viera. No parecía dar ningún resultado.

—No te vayas, Scott...

Apreté más fuerte la mano en la puerta haciendo que el sonido resonara más fuerte. Y con mi vista completamente borrosa por lo débil que me sentía, vi cómo reaccionó. Su cuerpo enorme se paró ante el sonido y se giró hacia la zona donde yo me encontraba. Volví a dar varios golpes en la puerta, desesperada y con lágrimas en los ojos. No pude ver como con su paso acelerado se acercaba hasta la puerta. Su respiración agitada me confirmó que estaba allí, que me había encontrado.

—¿Alissa? ¿Eres tú?

—Scott...

Abrió la puerta con cuidado de que nadie nos viera y quiso entrar, cuando lo intentó me aparté con vergüenza y repulsión. Su mirada buscaba en mi rostro algún atisbo de heridas, pero mi mente solo pensaba en que acababa de entrar en el sitio más repugnante de todo Berlín. Tapé su boca y sus ojos con mis manos.

—No mires, está todo lleno de vómito y pis.

Agarró mis manos para quitarlas de mi rostro mojado por las lágrimas y me agarró las mejillas con cierta fuerza.

—¿Crees que eso me importa? Joder, pensaba que estabas muerta.

Su abrazo fue como si el hambre, el cansancio o el dolor que sentía en el pie e incluso en todo el cuerpo por el estrés y los nervios; no fueran absolutamente nada. Hundí mi rostro en su pecho y apreté mis manos en su traje.

—Lo han matado, Scott. No he podido evitarlo...

Lloré, lloré desconsolada sobre su pecho. Y él aguantó mis lloros durante largos minutos. No le importó como estaba el lugar, no se percató de absolutamente nada de eso. Simplemente me sostuvo allí, como si nada más importara en el universo. En ese momento sentía que, para él, solo existía yo. Y quizás, probablemente fuese así.

—Tenemos que marcharnos, Alissa.

—¿Y el tren? —pregunté alzando mi rostro para mirarle.

—Hemos perdido el primero, pero en veinte minutos sale el último. Si perdemos ese, no tendremos otra oportunidad. Es ahora o nunca.

—Pero...

Observé la puerta y luego le miré. Tenía pavor de salir.

—No te va a pasar nada, la estación está tranquila. Y estás conmigo, ¿recuerdas? Eres mi mujer a afectos legales para ellos.

Asentí agachando la mirada, se me había olvidado ese detalle. Era la mujer falsa de uno de los más altos mandos del partido nazi. Por suerte, en mi interior sabía que no era así. O quizás no hubiese podido soportar mi simple existencia. Tras varios minutos cogiendo las fuerzas necesarias para salir del que había sido mi refugio durante horas, salí con Scott de allí. Me aferré a su brazo como si fuera mi ancla, no quería volver a perderme entre la marea. Su fortaleza y endereza me hicieron ser capaz de llegar hasta la zona principal de la estación. Extrañamente el lugar había sido limpiado. Así lo había dicho él. Cada persona herida de muerte o fa-llecida, simplemente se las llevaban para que no «estorbaran». Y me pareció tan ruin y triste que las ganas de vomitar volvieron al escucharle. Incluso quise soltarme de su amarre, pero él lo impidió. En la pequeña pantalla superior indicaban los diez minutos que quedaban para que el tren con destino a Rotterdam saliera de la estación. Scott lo hizo todo, no tuve que preocuparme por nada. Su gran cargo como militar le daba la suficiente autoridad para hacer lo que quisiera. Y así subimos a ese tren. Como si fuéramos unos simples viajeros que querían irse a hacer turismo a otro país. Disfrutar de sus calles, de su comida o cultura desconocida. Y no podía comprender como ese hecho me parecía lo más lejano del universo.
¿Comeríamos alguna vez en un restaurante con tranquilidad? Lo dudaba mucho. Aunque viéndome sentada ahí, en uno de los duros asientos del tren y observando como salíamos de Berlín; no me sorprendería. Y no por mí o por todos los demás, sino porque el cargo de militar nazi en esos momentos era el privilegio más grande que había en Alemania. Hacían y

deshacían a su antojo, sin importar si las vidas humanas de su alrededor perecían o no. Era una auténtica atrocidad.

Los paisajes que veía a través de la ventana eran increíbles. Con mis veintiséis años nunca había salido de Berlín. Y sí, seguía pensando que era la ciudad más bonita y sorprendente del mundo. Quizás me equivocara o quizás no, pero los prados y las ciudades por las que íbamos pasando me parecían que tenían una belleza diminuta en comparación con la capital del país.

Scott estaba a mi lado, en completo silencio. Tenía la sensación de que pensaba y valoraba todo lo acontecido hasta ahora y por el rabillo del ojo, veía como cada cierto tiempo me observaba. Me sentía bien cuando lo hacía, a pesar de tener una rabia contenida hacia él. Debía acostumbrarme a ese lugar, íbamos a estar muchas horas en ese vagón oscuro y de asientos duros. No había lujo ninguno. La suerte que teníamos es que podíamos estar sentados sobre un asiento más o menos estable. Y para mi sorpresa, el resto del tren estaba completamente lleno. Como si muchos de los que estuvieran allí, tuvieran la misma necesidad que nosotros de huir.

—¿Estás bien, Alissa?

Su pregunta me sacó rápidamente de mis pensamientos. Giré mi rostro y sonreí levemente, lo máximo que pude.

—Sí, eso creo. ¿Tú estás bien?

—Sí, eso creo.

No dijimos nada más durante mucho tiempo. Quizás sus ánimos eran iguales a los míos. En mi mente no dejaban de pasar las imágenes de Ivann y su abuela. Sus cuerpos inertes sobre el suelo de esa vieja y oscura estación. Sí, en cierta parte me sentía privilegiada por estar yendo hacia Holanda y huir de las atrocidades que se estaban dando en la ciudad. Pero, por otro lado, me sentía una traidora. Iba acompañada de un militar nazi, de alguien que, aunque no creyera en esos valores políticos, había colaborado en esas acciones. Mi cuerpo se entumeció al pensarlo. Me imaginé a Scott ahogando o matando a niños como Ivann y las arcadas volvieron a resonar en mi tripa y cuerpo. Aguanté como pude, no quería ser el centro de atención de ese tren. Sin embargo, cuando giré el rostro para observar la gente que nos rodeaba, mi angustia se acrecentó. Los pasajeros que allí estaban con nosotros eran muy variopintos. Una pareja se encontraba sentada en el otro lado del vagón, pare- cían gente humilde.

Probablemente habrían pagado todos sus ahorros para ese billete de salida de la ciudad y poder viajar a un lugar más seguro. La mano de esa chica rubia estaba entrelazada con la de su pareja, con fuerza. Y pude ver como ambas temblaban, estaban realmente asustados. Y como para no estarlo. En la parte de atrás había varias mujeres mayores con sus enormes abrigos y las bufandas puestas alrededor del rostro. Apenas podía observarlas. Y en la zona más alejada del vagón, pude ver como un niño dormía sobre el cuerpo de su familiar. Quizás sería su padre. Observé la tranquilidad con la que dormía el niño. Su pelo lacio y castaño caía sobre su rostro levemente. La inocencia de esa pequeña persona me dio un pequeño atisbo de esperanza. Quizás, si un niño como él podía librarse de lo que ocurría, probablemente muchos otros no acabarían como había acabado Ivann.

Me sentí triste por tener consciencia de todo, a pesar de desconocer gran parte de lo que ocurría. Eché de menos la inocencia, la tranquilidad y la vitalidad de ser niño. A veces me pregunto, ¿por qué queremos crecer? A veces me gustaría ser un niño eternamente, quizás así, sería más feliz. Mis ojos viajaron por el rostro del peque-ño hacia su familiar. Su rostro tenía rasgos marcados, el pelo seguía el mismo estilo que el de Scott. Fruncí el ceño y seguí

observando, hasta que comprobé que bajo la chaqueta gris que llevaba, asomaba el mismo cuello de tela que tenía el traje de mi acompañante. Y lo supe. No solo Scott huía de su obligación como militar, probablemente habría muchos más como nosotros. Y lo comprendí tanto. Quizás él no tuviera tantos motivos como tenía ese hombre, quien acompañaba a su probablemente hijo. ¿Y quién no huiría para salvar a su propio hijo? Definitivamente no todos, por desgracia.

El cansancio, los nervios que había pasado y la angustia de todo lo acontecido hacía apenas unas horas; provocaron en mí un cansancio agudo. No quería dormir, no podía permitírmelo. Mis sentidos estaban en alerta y creía que, si me dormía ahí, en ese duro asiento; pasaría algo atroz. Sin embargo, cuando tu cuerpo te exige que hagas algo por necesidad, poco puedes hacer. Noté de forma inconsciente como mi cabeza se iba hacia un lado y sin pedir permiso alguno, apoyé el costado de ella sobre el firme hombro de Scott. No sé si fue un sueño o parte de mis nervios y enfado por estar quedándome dormida, pero sentí una leve caricia en mi mejilla. Quizás fuera mi imaginación o quizás no, pero fue el gesto necesario para que mi cuerpo desconectara y durmiera. Lo hice de una forma tan ligera y superficial que al cabo de unos minutos o puede que horas, un leve movimiento de Scott me despertó. Abrí los ojos con cansancio, los párpados pesaban toneladas. Finalmente observé lo que hacía de reojo y la membrana que protegía mis ojos del exterior, se abrió de golpe al ver lo que estaba haciendo. Incorporé mi cabeza y miré sus manos. En ellas estaba la esvástica y varios símbolos que antes tenía sobre el traje.

—¿Scott...? —susurré.

No me miraba, sabía que lo estaba observando. Apretó sus manos con fuerza contra las telas y las placas que tenía entre ellas.

—No quiero llevarlas, no puedo llevarlas sobre mí ni un minuto más.

—Pero Scott...

Mis palabras no salían. El gesto que estaba haciendo para mí importaba mucho, más de lo que él o nadie pudiese imaginar. Pero, por otro lado, me daba pavor que se deshiciera de ellas. Eran nuestro salvavidas. Aunque fuera el peor salvavidas del mundo, era lo que había hecho que pudiéramos estar en ese tren ahora mismo. Alargué mi mano temblorosa hasta posarla sobre las suyas, quería que se relajara y si tomaba esa decisión, supiera todo lo que podría ocasionarnos. Aunque el pavor de que le ocurriera algo a él, superó con creces mi sentimiento de supervivencia.

—¿Sabes que si te desprendes de ellas podrán hacerte daño verdad? No te precipites y mucho menos, lo hagas por mí —dije aún algo dolida por todo lo que había pasado.

Su rostro me miró con seriedad y soltó los emblemas en el suelo con cuidado, había tomado una decisión. Sin embargo, me miraba con una intensidad que no había visto antes. Sin esperarlo, sentí como agarraba mi rostro con cierta fuerza y decisión.

—No quiero saber nada de ellos, ni de esas conde-coraciones. No pienso usarlas de nuevo, no por encima de los derechos de los demás. ¿Entiendes Alissa? —dijo mirándome a los ojos con una inmensidad realmente profunda. Bajó sus dedos por mis mejillas, acariciándolas. Y sin poderlo evitar, mi respiración se aceleró rápi- damente. Era un gesto que decía mucho de él. Librarse de esos símbolos era una declaración de intenciones en toda regla. Repudiaba todo eso y mi corazón, no pudo estar más feliz—. No pienso llevar eso estando a tu lado. Quiero que veas que no creo en esos valores, nunca lo he hecho. Lucharemos juntos, saldremos de Alemania en un par de días y comenzaremos una vida juntos, ¿de acuerdo?

—¿Estás seguro, Scott? No quiero que lo hagas por mí...

Acercó su frente a la mía con decisión, no soltó en ningún momento mi rostro si no que lo acercó aún más al suyo.

—Lo hago por ti, por nosotros y por mí. Lo hago porque te quiero, Alissa. Y quiero que confíes en mí —susurró observándome con cautela. No iba a hacer nada que yo no quisiera.

Mi mente aún repasaba lo que acababa de decir. ¿Me quería? No podía asimilarlo, simplemente no podía sintetizar esa información en mi cerebro. Lo que sí sentí fueron unos nervios irremediables que subieron por todo mi cuerpo y sin poderlo evitar, comencé a temblar. No por miedo a él, si no por miedo a lo que estaba sintiendo en ese instante. Siempre había soñado con ese momento. Scott había aparecido en mis sueños centenares de veces, pero estaba claro que la realidad muchas veces superaba a la ficción o la imaginación. Y nunca hubiese imaginado que él, el amor de mi infancia estuviera junto a mí mientras huíamos del país y dejaba a un lado su cargo de militar para siempre. No pude pensar mucho más, no me dejó. Mis pensamientos lógicos y disparatados fueron callados con sus labios.

Sus manos habían apretado con suavidad mis mejillas, había acercado su rostro hacía el mío y había rozado mi nariz con la suya. Al comprobar que no me negaba, no por no querer, si no por estar inmersa en mis pensamientos; entonces me besó con una lentitud y una suavidad que jamás hubiese imaginado que existiera. Parecía no querer asustarme, llevaba mucho cuidado. Y yo, degusté esos labios carnosos por unos segundos; pero lo supe en ese momento. Era la mejor sensación del mundo. Después de todo lo que habíamos pasado esos días, la ansiedad, el enfado y el odio. Esa sensación de sentirme volar se había convertido en mi favorita. Y si no llegábamos a nuestro destino, podía decir perfectamente que los sueños que había tenido con el amor de mi infancia se habían hecho realidad.

—¿Estás bien, Alissa? —preguntó escondiendo una sonrisa. Ahí estaban de nuevo sus hoyuelos. Sus manos seguían sobre mi rostro, estudiándome.

—Sí, sí... Simplemente me has dejado sin palabras.

Lo dije tal cual, lo pensaba así. No sabía cómo proceder en una situación así. Nunca me habían besado antes y él lo sabía, estaba segura de eso. Sus labios esta vez besaron mi frente con dulzura.

—No te preocupes. Las palabras a veces sobran, ¿no crees?

—Totalmente —dije con cierta timidez.

—Ven, anda. —Dijo mirándome. Su brazo pasó por encima de mis hombros y me acomodó sobre su costado. Volvió a besar mi frente con suavidad y sentí que podía acostumbrarme a ese gesto por el resto de mi vida. Me acomodé sobre él, levemente—. Duerme otro rato más, te vendrá bien descansar.

—Sí, creo que lo necesito. ¿Scott? —alcé mi rostro para mirarle. Él miró mis ojos con una seguridad plena y sus hoyuelos marcados de nuevo.

—Dime, preciosa.

—Gracias por cuidarme, no me lo merezco —murmuré. Sus labios volvieron a rozar mi frente y entorné los ojos.

—Tú te mereces el mundo entero, Alissa. Y prometo enseñártelo cuando salgamos de Alemania. Y ahora, duerme —susurró. Sentí que volaba, literalmente. Nadie jamás, ni siquiera mis padres, habían sido tan cariñosos conmigo. Y se lo agradecía, porque yo era la persona más arisca que podías conocer. No me gustaba el contacto físico, no creía en los cuentos de hadas o las historias románticas al más puro estilo de Romeo y Julieta. Eso había tenido un efecto negativo en mi vida y es que jamás, había tenido un gesto tan bonito y cariñoso como el que acababa de tener Scott conmigo. Mientras pensaba en sus palabras, me dejé caer levemente

sobre su costado. Y antes de quedarme dormida, pedí en mis pensamientos que no me separaran nunca de él. Si lo hacían, estaría muerta en vida.

Descansé con tranquilidad. Mi relajación era inmensa, el saber que Scott me sostenía me había dado la seguridad necesaria para poder descansar y desco-nectar de lo que acontecía a mi alrededor. El tren estaba tranquilo. De vez en cuando las suaves toses o los murmullos de quienes nos acompañaban, me despertaban. Pero al sentir de nuevo como él me acariciaba el brazo con suavidad, volvía a quedarme dormida. Llevábamos muchas horas de trayecto y probablemente estaríamos cerca de Rotterdam. No sabía mucho de trenes, pero estaba segura de que en menos de un par de horas habríamos llegado a nuestro destino. Ese tren era más rápido que otros llenos únicamente de mercancías. Abrí los ojos sintiéndome más descansada, pero no me separé del brazo de Scott, él no se había percatado de que yo ya no dormía. Quería disfrutar de su contacto durante unos minutos, sin volver a ponerme nerviosa y comenzar a temblar por su intensa mirada. Bajé mi mirada hacia el lugar donde estaban los símbolos de honor militar y la esvástica. Y no pude evitar sonreír levemente. Recordé las palabras que mi padre había dicho horas antes de su muerte. Scott era un buen hombre, tenía un gran corazón. Y con ese ínfimo, pero enorme gesto, había ratificado esas afirmaciones.

Mi mente viajó hasta Berlín. Como echaba de menos a papá, sus ojos llenos de arrugas, pero sonrientes. Su calidez, pero a la vez rectitud. Y las de horas que habíamos estado leyendo o escuchando música clásica. Y saber que eso no volvería, que ese momento tan normal, pero a la vez tan especial no regresaría; me carcomía por dentro.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por la forma que tuvo el tren de frenar. Agarré con fuerza el brazo de Scott antes de incorporarme, observando como todos los viajeros estaban sorprendidos y asustados por lo que acababa de pasar.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Ha frenado el tren. Espera, voy a ver —dijo Scott incorporándose del asiento. Agarré su mano para impedírselo, pero fue en vano. Se movió con rapidez por el pasillo que dividía las dos zonas de asientos y observé de lejos como se acercaba a una de las enormes puertas por las que habíamos entrado. En ella había una pe- queña abertura desde la cual podías ver el exterior y Scott no dudó en acercarse para ver qué ocurría. Lo que vio no tuvo que ser nada bueno, porque acto seguido clavó sus ojos desde la distancia sobre los míos y se movió con urgencia por el pasillo hasta el asiento.

—¿Qué ocurre? ¿Qué has visto?

Estaba aterrorizada. Su mano agarró la mía y tiró de mí.

—Vámonos, tenemos que ir hacia la parte delantera del tren.

—¿Qué? —intenté soltarme, pero su fuerza había hecho que me levantara. Me empujó con decisión y fuerza hacia la puerta que dividía unos vagones de otros.

—Hay que cruzar los vagones, vamos.

La reacción de Scott y el silencio sepulcral que había en la zona puso nerviosos a los viajantes que nos acompañaban en ese vagón. Y algunos de ellos fueron también a ver lo que pasaba en la misma puerta donde antes había estado mi acompañante. Nunca había hecho lo que él indicaba. Cruzar los vagones era peligroso, teníamos que hacerlo por encima de unos simples enganches que mantenían todas las partes del tren unidas. Abrió la puerta y con una rapidez sorprendente, pasó por encima de las dos clavijas que unían esos vagones. Lo miré desde el otro lado con miedo.

—Scott, ¿de verdad tenemos que hacer esto? ¿Qué has visto?

—Alissa, no hay tiempo para explicártelo. Venga, vamos — dijo alargando la mano hacia mí.

Observé las clavijas. Mis zapatos nada adecuados para una situación así y la herida del pie iban a ponerme difícil esa acción. Giré mi rostro para mirar hacia el vagón donde habíamos estado y comprobé que todo el mundo estaba en alerta.

—Vamos, Alissa.

Me miraba preocupado.

—Está bien, cógeme...

Apoyé uno de los pies en la clavija y con una torpeza enorme, agarré su mano con fuerza para que el otro pie pudiera colocarlo a su lado. Quedé completamente pegada a su cuerpo y su mano volvió a tirar de la mía entrando en el siguiente vagón. A cada estancia indepen-diente de ese tren que entrábamos, todos se sorprendían y se asustaban. Nuestros rostros no eran precisamente de tranquilidad y mucho menos el de Scott. Y, sin embargo, seguíamos avanzando, pero yo no sabía absolutamente nada de lo que ocurría en el exterior. Llegamos a la parte frontal del tren y nos encontramos con la puerta del lugar privado donde se encontraba el maquinista que dirigía ese ferrocarril. Él agarró con fuerza el mango que tenía la puerta de hierro y tiró de ella, sin conseguir abrirla.

—Oigan, ¿Qué hacen?

Un señor de barba y pelo blanco se levantó de su asiento para interrogarnos. Era una reacción normal. Estaba en alerta, como nosotros.

—Nada, señor. Vuelva a su asiento —dijo Scott cada vez más alterado. Observé al hombre que no comprendía nada, pero no tuve más tiempo para ver su rostro. La mano de mi acompañante tiró de la mía y nos adentró en la cabina de ese tren.

—No chilles...

—¿Qué? —me giré cuando escuché lo que decía. No me dio tiempo a observar ese lugar, pero el hombre que llevaba ese tren estaba muerto. Su cuerpo yacía desplomado en la silla de piel y en la cabeza tenía varios agujeros llenos de sangre. Me llevé la mano a la boca, asustada y con ganas de vomitar—. ¿Qué es esto? ¿Scott?

Su mano hizo que me agachara contra la puerta de la cabina y apretó ambas manos, acuclillado frente a mí. Estaba completamente en alerta y serio.

—Alissa, escúchame. Están aquí, están haciendo revisión del tren.

Abrí los ojos asustada.

—¿Qué? Madre mía...

—Escúchame bien —dijo apretando mis manos de nuevo. Observó mis ojos con preocupación, pero seguro de lo que decía, al menos eso me pareció a mí—. Si estamos aquí, tendremos más posibilidades de aguantar. Y cuando veamos la posibilidad de irnos, nos marcharemos a pie.

—¿A pie? Nos van a coger, Scott...

Sus manos agarraron mi rostro y acercó su frente a la mía. Su nariz y la mía se rozaban, mientras sus ojos se clavaban en los míos con seguridad.

—No, no nos cogerán. Aunque tardemos un día más en salir de Alemania, nos iremos a pie hasta Rotterdam. No queda mucha distancia a pie y podremos conseguirlo. Y viviremos

nuestra vida, Alissa. Te lo prometo...

Aguanté las ganas terribles que tenía de llorar y de derrumbarme frente a él, pero me contuve. Asentí sin mucha confianza. Era cuestión de esperar y estar allí dentro hasta que los militares se marcharan. Ambos sabíamos que, si nos encontraban, a él lo matarían por ser un traidor y a mí me deportarían o me harían lo mismo que a él. Él era alemán y había estado en las filas del partido nazi. Y yo era una judía, empobrecida y que no tenía ni siquiera pasaporte para poder salir del país. No teníamos escapatoria. Lo sabía, en mi interior lo tenía claro. Pero no me importaba, aguantaría hasta el último minuto luchando. Aunque no tuviera fuerzas y fuese una mujer débil, sin capacidad de lucha; aguantaría hasta que mi sangre se derramara. Noté como Scott se sentaba a mi lado, sin soltar en ningún momento mis manos.

—Saldremos de esta, Alissa —susurró mirando al frente.

—Lo sé —mentí.

Apoyé mi cabeza sobre su brazo y cerré los ojos. Los ruidos y los gritos se hacían presentes tras la puerta. Ya no teníamos escapatoria ni lugar al que huir. No había ninguna opción, salvo estar ahí, juntos. Unidos, aunque fuera minutos antes de morir. Giré mi rostro hacia él, Scott hizo lo mismo y sin pedir permiso alguno; junté mi boca a la suya pera besar sus labios con lentitud. Si moría ese día, al menos quería irme con un dulce recuerdo a la tumba. Sonreí suavemente contra su boca. Era la primera vez que yo tomaba la iniciativa para besar a alguien y le besaba a él, al amor de mi infancia y de mi presente realidad. Y aunque fuera la última vez que lo hacía, al menos podía morir en paz y sabiéndome amada por alguien que había sido protagonista de mis sueños durante toda mi vida.

Dos golpes fuertes en la puerta hicieron que nuestros ojos se encontraran.

Había llegado el momento.

# Capítulo 9
# Golpes que matan

—¡No! ¡Suéltala! —gritó.

Escuché como Scott gritaba desde el interior de la cabina. No sé cómo había ocurrido, pero las manos de un enorme militar me agarraban por la nuca empujándome para que saliera de ese viejo y enorme tren. Intenté resistirme, pero no podía, mis fuerzas eran diminutas a su lado. Ni siquiera tenía la opción de mirar hacia atrás para ver por última vez a Scott. Él se había enfrentado a los militares que habían estado intentando entrar en la cabina durante largos minutos. Al principio aguantamos los empujones y los alaridos de los militares en la puerta. Poco después nos apartamos para intentar atrancarla y minutos más tarde, habían entrado con gran facilidad en el interior. Sus esvásticas y los uniformes fueron en lo primero que me fijé, pero cuando observé el arma que todos ellos llevaban; mi rostro palideció. Scott se puso delante de mí, pero con un leve movimiento, uno de los militares le dio en el estómago con el mango del arma y lo dejó retorciéndose en el suelo. Y eso fue lo último que hicieron antes de sacarme a mí del lugar. No preguntaron nada, ahí no había ninguna revisión. Simplemente querían llevarse a quienes les estorbaban o les fueran útiles.

—Vamos, andando —dijo el militar empujándome de nuevo. Aguanté como pude delante suyo. Su mano soltó mi nuca y me giré, esperando ver a Scott en algún lado. No había rastro de él. Estábamos en un prado verde que rodeaba las inmediaciones del tren y de su interior salían varias personas acompañadas de más militares. Pero él no estaba, había desaparecido.

—Continúa o acabas en el suelo desangrada y muerta, tu verás—insistió el militar apuntándome con el arma.

El cuerpo reaccionó rápidamente ante ese gesto y me giré. Anduve con lentitud, notando como mis piernas se empapaban por culpa de la hierba mojada. Y dejé de pensar. Simplemente proseguí los pasos de todos los que allí estábamos, andando en fila por en medio de esa zona rural. Desierta y sin ningún lugar al que acudir. Los gritos que escuché en la parte de atrás me incitaron a girarme, pero no lo hice. Proseguí. No quería acabar herida o muerta sobre esa fría hierba. Sobre mi cuerpo calló lluvia, nieve, aire congelado y rayos de sol que apenas salían de entre las nubes. Probablemente estuvimos horas andando. Las fuerzas menguaban a cada paso que daba y entonces, vislumbré que cerca había unos almacenes abandonados. Eran edificios grises, con los cristales destrozados y de grandes dimensiones. Los militares no tardaron en indicarnos que entráramos en ese lugar. Uno de ellos, quizás el que tenía mayor rango de autoridad, nos indicó que nos colocáramos sentados frente a las paredes. Nos dividieron por sexos y así estuvimos durante horas y horas. Mi mente no dejaba de trabajar y no comprendía

porque hacían eso. Junto a mí estaba sentada una chica más joven. Rubia, ojos azules y probablemente tendría poco menos de quince años. Que presenciara todo aquello era toda una injusticia. La miré de reojo, estaba temblando y la imagen de Ivann se presentó ante mí. Mientras los militares paseaban de un lado a otro entre los dos grupos de hombre y mujeres que allí estábamos, yo no pude contenerme. Mi corazón no dejaba que esa chica estuviera tan asustada, no si yo estaba ahí para impedirlo. Si al menos podía hacer que ella se sintiera mejor, lo debía intentar. Alargué la mano hacia la suya que estaba sobre el frío suelo y la posé sobre ella.

Sus ojos azules se clavaron en los míos, interrogándome con la mirada y tras unos segundos de tensión; relajó la mano y aceptó ese gesto. Intenté sonreír sin apenas conseguirlo, pero ambas nos quedamos así. Los militares continuaban su paseo. En sus rostros se podía ver perfectamente las ganas de disfrutar, de usar el poder contra nosotros. Scott había dicho que estaban revisando el tren, pero nadie nos había pedido pasaporte o identificación. Sabían perfectamente que muchos de nosotros éramos judíos o alemanes que no concordábamos con sus ideales. Y, sobre todo, todos huíamos de lo que se estaba gestando en la capital. Y eso para ellos era como cometer un crimen. Mis ojos se clavaron en los paseos que daba el que se suponía era el superior. Zapatos ne-gros, muy limpios y elegantes. Pisaba el suelo con decisión a cada zancada que daba, hasta que sus pasos se pararon.

—Seguro que os estáis preguntando qué hacéis aquí. Os lo explicaré encantado —dijo observándonos a todos con seguridad. Él no sujetaba ningún arma, ya estaban los demás para llevarlas y usarlas si era necesario. Anduvo de un lado a otro mientras todos los allí presentes escuchábamos con atención—. Vamos a pasar aquí unas horas. En cuanto deje de nevar fuera y llegue el tren que esperamos, viajaremos hasta Weimar. Allí trabajaréis y tendréis camas para dormir.

Me sorprendí al escucharle. No me gustaba nada lo que decía, mucho menos porque si los libros de geografía que había leído no se equivocaban, para ir a Weimar tenía que retroceder muchos kilómetros. Era volver hacia atrás. Y era alejarme de donde estuviese Scott. Escuché un ruido al lado de mí. Observé como la chica que estaba a mi lado cada vez estaba más nerviosa. Soltó su mano de la mía.

—¿Y si no queremos ir? —dijo ella alzando la voz.

Giré mi rostro levemente para observarla y maldije hacia mis adentros. ¿Por qué había dicho algo así? El militar se giró hacia donde estábamos ambas sentadas. Tenía la tez blanca y unas ojeras bien marcadas. Pero el odio que destilaban sus ojos era lo que más me sorprendió.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó dando un paso acercándose. Miré de reojo a la chica y cavilé durante largos segundos. Fue rápido, no supe por qué. En realidad, sí. No tenía nada que perder. No me quedaba nada y esa chica, tenía toda la vida por delante. Antes de que ella dijese nada, volví a poner la mano sobre la suya y lo dije. Sin pensarlo demasiado.

—Yo, he sido yo —dije en apenas un murmuro.

—¿Tú? —preguntó señalando con el dedo.

Fue un gesto desagradable, como si creyera que no tenía derecho a decir nada. Esbozó una sonrisa tan am-plia y a la vez tan agría que mi cuerpo se congeló en el mismo instante que hizo el gesto. Se puso de cuclillas para mirarme mejor.

—¿Y tú no quieres ir? No te preocupes, no hace falta que vayas.

No tardé mucho en entenderlo, él mismo procuró que lo comprendiera perfectamente. Su

mano agarró mi pelo con tanta fuerza que tuve que incorporarme con rapidez. Y acto seguido, me quedé sin respiración. Sentí que perdía el sentido allí mismo. Porque no solo dio varias veces con su puño en mi abdomen, lo hizo al menos cinco veces. No vi como todos los presentes se asustaban y entendían que no tenían opción alguna, debíamos ir a Weimar. Pero el superior de ese escua-drón ya no quería que yo fuese. Quería matarme, lo supe cuando noté como la sangre salía por mi boca y man- chaba mi barbilla e incluso el cuello. Mi cuerpo llevaba en el suelo desde la segunda vez que había impactado el puño de ese militar en mi abdomen. Me retorcí allí hasta que no pude más. No aguanté mucho más tiempo sin quedarme inconsciente.

En mi mente había paz.

Mi madre y mi padre estaban sentados en el salón de casa. Cenando tranquilamente y sonriéndome. Y sonreí, no sé si los músculos de mi cara reaccionaron, pero sentí que lo hice. Recordé el beso con Scott, las palabras que me había dicho. Y sentí la necesidad de estar con él. Añoraba su presencia y necesitaba saber si estaba bien. Con la imagen de sus hoyuelos, sus labios y sus ojos azabache di un último respiro. No notaba nada a mi alrededor, no sabía si seguía dándome con el puño o con el pie. Ya no había nada. El silencio se hizo presente y noté que mi cuerpo se dejaba ir.

Puede que fuesen minutos, horas, días... Pero con toda la fuerza que necesitaba y que apenas tenía, abrí los ojos. Ante mí se encontraba un techo gris con varios tragaluces de cristal. Tosí con fuerza. Notaba como mi cuerpo luchaba contra el dolor. Sentía el abdomen completamente inflamado, apenas podía respirar. Tenía miedo de moverme y volver a tener al militar ante mí. Si volvía a darme con tanta fuerza no salía de esa. Aún no sabía ni si quiera qué hacía despierta y como era posible que continuara con vida. No se escuchaba nada, moví mi cabeza con dificultad y observé como de vacío estaba ese almacén. Se habían ido. ¿Estarían cerca? Debía de tener cuidado, si escuchaban ruido y se encontraban en los alrededores, volverían. Lamenté el hecho de que todas esas personas tuvieran que abandonar su sueño de viajar lejos y librarse de lo que estaba ocurriendo. Ahora me encontraba yo sola ante esa situación. Yo, la mujer menos entendida de guerras o política tenía que aca-rrear con todo eso. Llegar a Rotterdam como pudiese y buscar la forma de salir del país. Tenía que cumplir lo que Scott había querido que hiciese.

—¿Dónde estará? —pregunté en un suave susurro.

En mis adentros sentía que ya no estaba. Observando la poca luz que entraba del atardecer a través de los tragaluces, lo sentí. Mi corazón y mi cuerpo estaban destrozados. Scott estaba muerto. Era algo que tenía que aceptar tarde o temprano. ¿Por qué la vida era así de cruel? Nunca, por mucho tiempo que pasara, jamás podría comprender lo que había pasado o estaba pasando. Ningún motivo es suficientemente grande o importante para que se comentan esos actos. Personas asesinadas, heridos por doquier o personas deportadas a lugares desconocidos. No había derecho para que jugaran con la vida de las personas a su antojo.

Con las fuerzas flaqueando y apenas energía, logré ponerme en pie. Sentía como a cada respiración las costillas se incrustaban en los músculos de mi cuerpo. No sabía si podría andar, pero tenía que hacerlo. En ese almacén no podía quedarme, era una muerte lenta y ase-gurada. Scott había dicho que quedaba poca distancia para llegar a Rotterdam, al menos debía intentarlo. Si fracasaba, sabía que había puesto todo el empeño en llegar a la meta. Por él, tenía que ser fuerte por el amor de mi infancia. Nunca me hubiese imaginado enfrentarme a esa situación sola. De hecho, si el día que Nathan mató a mi padre me hubiesen dado a elegir, me hubiese quedado allí con él. Pero Scott fue quien me dio las fuerzas para luchar, para continuar

mi camino y ponerme; según él, a salvo. Y pensaba hacerlo, aunque en el intento perdiera la vida. Ya no me quedaba nada.

Sin pensarlo más y apoyándome en las gélidas paredes de ese almacén, fui avanzando como pude por esa sala vacía y enorme. Debía de llevar cuidado. Los militares no estarían muy lejos y tenía que hacer el menor ruido posible. A cada paso que daba, observaba todo a mi alrededor y entonces apoyaba el siguiente pie en el suelo. Me acerqué hasta una puerta enorme de hierro con cristaleras que daba acceso a esa nave. Con el miedo más atroz que había sentido en mi vida, asomé levemente la cabeza para mirar si había alguien en el exterior. Suspiré aliviada al ver que no había ni rastro de los militares y los detenidos del tren.

—Dios...

Estaba completamente atemorizada. La experiencia que acababa de pasar en ese almacén había sido una de las cosas más duras que había presenciado o vivido en toda mi vida. Sentía que nuestra vida no valía nada para esos militares, comenzaba a entenderlo. Apoyé la mano en el mango de la puerta, temblorosa y con debilidad salí hacia la zona frontal de esas naves. Todo estaba lleno de pilas de madera, materiales de construcción completamente destrozados y abandonados. Estaba claro que ese lugar estaba dejado a las manos de Dios. Anduve sujetándome en los palés de material que estaban en la zona exterior, necesitaba sujetarme a algo para poder avanzar. Y debía encontrar algo a lo que aferrarme mientras anduviera hacia Rotterdam. El camino iba a ser muy largo y en las condiciones que me encontraba, iba a ser muy difícil conseguirlo sin algo de ayuda. Una mano mal apoyada hizo que varios ladrillos rotos cayeran al suelo y se hicieran añicos. Mi cuerpo se paralizó y heló a partes iguales. Solo esperaba que nadie lo hubiera escu- chado.

—Maldita sea... Bien, Alissa bien...

Lo dije en un susurro mientras me escondía agachada entre varios montones de ladrillos que superaban mi altura. No sé si fue el miedo, los nervios o el mismo dolor, pero tuve la sensación de escuchar varios pasos cercanos a mí. Aguardé el tiempo suficiente hasta que me di cuenta de que había sido producto de mis miedos. Tenía que marcharme de allí y emprender el camino hacia la ciudad de Rotterdam. Avancé con cuidado por entre todos esos escombros y todo tipo de materiales. Mi pensamiento lógico comenzó a trabajar. Si eso era un almacén de material, a pesar de estar abandonado, en tiempos de actividad debían de haber llevado la mercancía allí de alguna forma. Tendría que haber un camino o una pequeña carretera por donde hubiesen llevado todos esos materiales. Busqué con la mirada cualquier marca en la zona del prado que había alre- dedor. Y una débil y suave sonrisa se instauró en mi rostro cuando lo vi. Allí estaba. Había un pequeño camino de tierra que se adentraba en el bosque. Este estaba situado frente al almacén y parecía ser muy frondoso. Odiaba la oscuridad y la noche estaba al caer. Sabía que no tenía otra opción, así que me abrigué como pude con la manta que aún tenía conmigo y comencé a avanzar hacia ese pequeño camino.

Un ruido de una pisada a mis espaldas heló mi cuerpo. Cuando ya estaba comenzando a andar, me quedé completamente petrificada. No quería girarme, no podía hacerlo. Mis manos comenzaron a temblar y estrujé con fuerza la tela de mi vestido. Si eran los militares, ya no tendría escapatoria. Mi muerte estaba sentenciada.

—¿Alissa...?

Una voz grave y conocida sonó tras de mí.

Miré hacia todos lados, intentando encontrar una razón para esa alucinación. El no comer y el no haber bebido durante tantas horas, junto a mi cansancio y el dolor habían hecho

que me imaginara la voz de Scott. No pensaba ceder. Tenía que ser más fuerte que mi mente. Si mi imaginación o mi cerebro me jugaba una mala pasada, tenía que negarme a ello. Debía continuar andando, a pesar de que en mi interior quisiera girarme. El dolor que sentía en el pecho era muy profundo. De hecho, me di cuenta de que estaba llorando cuando noté las lágrimas caer por mis mejillas. Ojalá estuviese allí conmigo, ojalá eso no fuese fruto de mi falta de nutrientes y por el estrés de todo lo acontecido. Volví a dar varios pasos más.

—¿Alissa? Soy yo, Scott.

Negué con la cabeza de nuevo. La voz estaba más cerca de mí esta vez, pero proseguí en mi intención. Continué andando hacia el camino, adentrándome en él con lentitud y debilidad. Apenas podía pisar bien sobre la tierra y las piedras.

—No, no eres tú. Eres mi imaginación...

—Alissa...

—¡No! ¡Déjame! —grité girándome hacia la voz imaginaria de mi cabeza. Mi mente no pudo procesar lo que vio. La imagen de Scott estaba frente a mí. Limpié las lágrimas de mis ojos con desesperación. ¿Cómo podía el cerebro causar ese tipo de imágenes tan nítidas? Estaba ahí. Plantado, con una suave sonrisa de lado y el rostro lleno de suciedad y golpes. Mi mente me recordaba que estaba muerto y que lo echaba de menos. ¿Acaso yo no lo sabía ya? Tenía suficiente con el dolor que sentía en mi corazón como para también tener que luchar con su imagen. Cuando tuve fuerzas para girarme, volví a hacerlo. Me quedé allí, parada. Respirando con profundidad y pidiendo por favor, que la figura y la voz de Scott desaparecieran. Si no lo hacía, el camino que tenía que coger sola iba a ser mucho más complicado. Di de nuevo un paso, pero una mano en mi brazo me lo impidió.

—Alissa, soy yo. No es tu imaginación, estoy aquí.

No, no podía ser. ¿Cómo iba a estar vivo después de que lo atraparan? Sacudí la cabeza y giré mi rostro hacia la imagen que estaba provocando mi atrofiada mente. ¿Era posible que incluso sintiera su tacto?

—No, no es posible...

Mis ojos estaban empapados de lágrimas, mi corazón y mi alma lloraban. No podía parar de hacerlo. Las emociones que sentía en mi interior eran contradictorias. El miedo, la emoción y las ganas de que eso fuese real. Sin embargo, cuando sentí como él agarraba mi rostro con sus dos manos como solía hacer y juntó su frente con la mía; entonces lo supe. Era él. O me había vuelto com- pletamente loca o era Scott quien estaba ante mí.

—Soy yo, preciosa. No pensarías que te dejaría sola, ¿verdad? —susurró contra mi rostro. Besó con suavidad mi frente y fue cuando me rompí completamente. Apreté mis brazos contra su pecho y sin poderlo evitar, comencé a llorar como si de una niña se tratara contra su torso. Había vuelto, estaba conmigo. No podía creerlo, ¿cómo había pasado? Era imposible que lo dejaran vivo.

—¿Cómo es posible? No puede ser...

Acarició mi pelo con lentitud, besando de nuevo mi frente.

—Pude escapar antes de que hicieran nada. Pero no os perdí de vista, tenía que ir a por ti —dijo sin dejar de besar una y otra vez mi frente. Sus manos apretaron mi espalda y fue cuando sentí que me quedaba sin aire. Solté un gruñido de dolor sin poderlo evitar—. ¿Qué te pasa? ¿Te han herido?

—Sí, uno de los militares. De hecho, no sé cómo estoy viva, la verdad —dije tosiendo levemente.

—Tenemos que irnos de aquí y encontrar un lugar donde poder verte las heridas, Alissa —dijo echando mi pelo hacia atrás. Estaba repasando mi rostro en busca de más heridas o pruebas de lo que habían hecho conmigo—. Malditos cabrones, si llego a estar delante...

—Te hubiesen matado y no me lo hubiera perdonado jamás.

—Venga, vamos.

Su mano hizo que me apoyará contra él mientras andábamos hacia el camino que se adentraba en el bosque. No entendía como habíamos llegado hasta ahí. Él estaba vivo, yo también, aunque no sabía si lo estaría por mucho tiempo. Y nuestra misión de salir de Alemania seguía en pie. Conforme avanzábamos por ese camino de piedras y ya estábamos en el interior del bosque, la noche se hizo presente. Y a cada paso que daba sentía que perdía más el aliento. Necesitaba descansar o poder curar las contusiones que seguramente me había provocado ese militar. Sentía que mi vida se marchaba a cada paso que dábamos, pero estaba tranquila. Scott estaba vivo. Si moría finalmente, lo hacía con él. Y no había mejor muerte que esa. De eso estaba segura.

*Lágrimas. Lágrimas saladas son lo que siento caer por mi rostro mientras recuerdo ese instante. ¿Te has preguntado alguna vez si los milagros existen? Yo no solía creer en ellos, creéme. Pero cuando vi a Scott ante mí en esa ocasión quise creer en que sí, existían. La vida es demasiado dura a veces. En ocasiones sientes que te ahogas, que no puedes más… y sin embargo, llega un aliento helado, un soplo de aire frío que te recuerda que dentro de tanta destrucción, siguen existiendo los momentos bonitos.*

*Y solo tenía una explicación para ese momento.*

*Cuando la vida se torna atroz y ruda, siempre hay un atisbo de luz.*

# Capítulo 10

# No todo es atrocidad...

El camino por el bosque fue realmente escalofriante. Los sonidos de los animales y la oscuridad del lugar hacían que tuviera los sentidos completamente despiertos. Tenía la sensación incluso de escuchar las ramas moverse a cada paso que dábamos. Scott me sujetaba con fuerza, pero mis energías habían desaparecido prácticamente por completo. Parecíamos que andábamos sin rumbo, la oscuridad del lugar cada vez era más profunda. Y si a eso le sumabas el dolor interno que sentía en mi cuerpo; era imposible que pudiera continuar andando mucho más tiempo. Él lo sabía, me sujetaba lo máximo posible para que no cayera al suelo. Perdí la noción del tiempo y del espacio, no sabía si estábamos andando en círculos o recto.

—Scott, no puedo más.

Paré mis pasos sin poder avanzar ni un metro más, aguantando parte de mi peso en su costado. Él giró su rostro hacia mí, preocupado.

—Tenemos que seguir y encontrar un lugar seguro, Alissa.

—No puedo, no siento el cuerpo...

—No podemos quedarnos aquí —dijo preocupado. Noté como agarraba mis caderas para que pudiera andar, pero eso hizo que mis costillas dolieran el doble—. Sé que es duro, que no puedes. Pero tenemos que encontrar un lugar donde poder descansar e intentar que te recuperes.

—Está bien —dije sin apenas voz. Las lágrimas caían sobre mis mejillas, el dolor era insoportable, pero no me quedaba otra.

Tenía que continuar, no podíamos quedarnos en ese oscuro y frondoso bosque. Era peligroso y la humedad de la zona se clavaba más a fondo en mis huesos. Continuamos el camino. La luz de la luna era la única que nos guiaba en nuestros pasos. Los arbustos y los árboles enormes nos hacían compañía y eran testigos de nuestro lento paso. Cuando las esperanzas de encontrar algún lugar seguro para escondernos habían desaparecido, fruncí el ceño al ver de lejos una casa. Seguramente sería mi imaginación y fruto del dolor, pero a cada paso que dábamos la veía más clara.

—¿Scott? ¿Eso es una casa? —pregunté.

Sus pasos se detuvieron al escucharme. Estaba observando hacia donde yo miraba, con precaución y en alerta.

—Sí, eso parece. Ven aquí.

Con su cuerpo me ayudó a que me colocara detrás de unos arbustos. Me sujeté al tronco de un árbol para no caer al suelo, no tenía fuerzas ningunas.

—¿Qué haces?

—Quédate aquí, iré a comprobar si hay alguien. Puede ser peligroso.

—No, Scott... —negué agarrando su mano con fuerza. No quería volver a perderlo, no podría soportar de nuevo estar sola y sin él a mi lado. Sus ojos miraron los míos y esbozó una suave sonrisa.

—Volveré en nada. Lo prometo.

—Scott...

No quería soltar su mano, no quería que se marchara. Pero no lo pude impedir. El amarre de su mano no era suficientemente fuerte y en un pequeño movimiento, se soltó. Desde donde estaba apoyada, apenas podía ver como él se acercaba a esa casa. Mis ojos no veían bien, tenía la mirada borrosa. Y la oscuridad no ayudaba. Cada segundo que pasaba sentía que mi cuerpo se helaba. Y no lo soporté más. Después de minutos aguantando sobre el árbol, dejé caer mi cuerpo contra el tronco. Estaba temblando y el frío se había instaurado en mis huesos. Cerré los ojos mientras apoyaba la cabeza contra el árbol.

—Ven, por favor —susurré.

—Aquí estoy.

Abrí los ojos sin apenas fuerzas esperando que no fuese mi imaginación. Scott me miraba sonriendo, pero su rostro cambió rápidamente al comprobar mi estado.

—Estás aquí —dije débilmente. Apenas tenía fuerzas para hablar.

—Sí, Alissa. A ver, déjame cogerte. La casa está vacía, podemos pasar la noche allí —dijo antes de agarrarme con cuidado.

Sus enormes brazos me alzaron y sentí como me llevaba con paso lento por el bosque. En otra ocasión, esa estampa sería realmente romántica. Pero no lo era, necesitaba curar las contusiones urgentemente y entrar en calor. Sabía que tenía fiebre y el frío del lugar no había ayudado. Él procuró andar lo más deprisa posible, pero su debilidad también se lo impedía.

El cambio de temperatura al abrir la puerta de madera que tenía esa casa fue muy brusco. instantá-neamente me sentí mejor. No fueron más que segundos lo que duré en brazos de Scott, rápidamente me colocó sobre una cama o algo parecido. Mi cuerpo lo agradeció al instante y no pude aguantar más. El dolor y el cansancio venció a mis ganas de estar allí con él, me quedé completamente dormida. Estuve horas durmiendo, al menos eso fue lo que parecieron para mí. El calor de estar resguardados y la manta que parecía estar sobre mí, había hecho que el frío de mis huesos desapareciera y me sintiera increíblemente mejor. Poco a poco fui despertando del letargo que tenía y pude abrir los ojos con debilidad.

El lugar era extraño, como si fuera la caseta del mismo guardabosques. Ni siquiera sabía si existía ese cargo realmente o solo aparecía en las novelas o libros. Todo a nuestro alrededor estaba hecho a base de madera. Había una pequeña chimenea frente a donde estaba tumbada y pude comprobar que yacía sobre una cama
realmente maravillosa. Probablemente un lujo para aquel entonces. Observé como Scott estaba en silencio sentado en un pequeño sofá que quedaba al lado de una ventana. Por suerte, esta no estaba rota y podíamos resguardarnos bien del congelante frío que hacía en el exterior. Intenté moverme, pero noté un dolor horrible en las costillas. No pude impedir quejarme ante mi movimiento y eso hizo que Scott se levantara como si tuviera un muelle en el trasero.

—¿Alissa? ¿Cómo te encuentras? —preguntó acercándose hasta mí. Su rostro estaba serio, lleno de preocupación y tenía las ojeras bien marcadas. Pestañeé varias veces para observarle mejor.

—Estoy bien, al menos no muero de frío. ¿Dónde está el dueño de la casa?

—No está, no sé si volverá. Pero al menos podemos pasar aquí la noche e intentar que te recuperes un poco. ¿Y tus costillas?

—Están bien —mentí intentando moverme sin conseguirlo. El dolor era demasiado molesto para poder incorporarme de la cama sin ningún impedimento.

—No, no están bien. No tienes buena cara.

Se sentó en el costado de la cama mirándome a los ojos con firmeza y seriedad. Scott podía ser muy cariñoso, su intensidad podía incluso traspasarte la piel. Pero en otras ocasiones, aparecía su faceta de ex militar y era recto como un tronco. No podías negarte a lo que él dijera, su seguridad lo impedía.

—¿Crees que cualquiera tendría buena cara después de lo que me hizo ese malnacido? Me recuperaré, no te preocupes.

Negó con la cabeza sin dejar de mirarme.

—No, quiero ver. Puede que tengas contusiones y si no las curamos o haces reposo, no podremos llegar a Rotterdam.

El calor que la manta me daba en el cuerpo se subió hacia mi rostro, sonrojándome.

—¿Qué quieres ver exactamente? —pregunté alzando la ceja ante sus insinuaciones.

—Tus costados, necesito ver si tienes contusiones Alissa. Recuerda que soy ex militar y entiendo un poco sobre como aliviar el dolor.

—Ah no, no las vas a ver. Ni lo pienses —dije apretando la manta contra mi cuello. No pensaba dejar que nadie viese mi cuerpo desnudo. Si quería ver la zona magullada, tenía que quitarme el vestido y estar completamente desnuda. No iba a quedarme sin ropa delante de él. Además, me sentía realmente sucia. Ambos ne- cesitábamos una ducha. Teníamos el cuerpo sucio. Por el camino tuvimos que hacer nuestras necesidades varias veces, tanto en el bosque como en el tren. Y no me sentía en una posición adecuada para que él me viese desnuda. Ni pensarlo. Su leve sonrisa me indicó que esa situación le divertía.

—Alissa, no pienses que soy Scott. Piensa que soy un ex militar que te va a ayudar a que mejores —dijo.

—No lo estás arreglando. Los militares no dan confianza hoy en día precisamente —dije apretando las manos en la manta con mayor fuerza ante su insistencia. Ese último comentario que hice pareció hacer el mismo efecto en ambos, no pudimos evitar sonreír. Nos había parecido incluso cómico. Sus manos se posaron en las mías y con una delicadeza que todavía puedo recordar, me las apar- tó lentamente hasta dejarlas a los lados de mi cuerpo.

—Solo voy a comprobar cómo estás y de esa forma, podremos saber a lo que atenernos. ¿Confías en mí? —preguntó clavando sus ojos en los míos.

Tragué saliva, no sabía cómo, pero me había convencido. Iba a desnudarme delante de Scott Bader, ni siquiera podía asimilar esa información en mi cabeza. Con veintiséis años, nadie me había visto desnuda y tener que hacerlo ante él; me hacía temblar. Mi cuerpo lo supo, los nervios se instalaron en él y me tensé. De hecho, no sé como tuve los ánimos y el atrevimiento de apartar la manta para que él hiciera lo que tuviese que hacer. Ambos nos miramos confidentes y Scott sonrió con dulzura. No lo hizo para ponerme nerviosa, pero consiguió alterar aún más mis sentidos.

—Está bien, Alissa. Ahora voy a subir el vestido, no hace falta que te lo quites, ¿de acuerdo? —preguntó incorporándose. Sentí como sus rodillas se hincaban en la cama junto a mis piernas. De esa forma tenía más maniobra para poder levantar la tela.

—De acuerdo.

No pude decir mucho más. Cuando sus manos agarraron con suavidad la tela de mi

vestido y comenzó a subirla con una lentitud insoportable; mis manos comenzaron a temblar. Lo disimulé como pude apretándolas en el colchón e intenté controlar en todo momento mi ya acelerada respiración. Mis piernas comenzaron a estar más expuestas y cuando sentí el frío en mi zona íntima tapada con la ropa interior de día blanca, creí que me había quedado sin respiración. Sus ojos se fijaron allí, lo vi. No pudo disimular su reacción. Aunque fuera un ex militar con conocimientos de medicina o auxilio; era un hombre. Y saber que había reaccionado ante mí me llenó de inseguridades.

—Está bien, preciosa. Ahora tienes que ayudarme un poco. Incorpora la espalda y podré subir el vestido un poco más —dijo con delicadeza. Sus manos seguían agarrando la tela de la prenda que llevaba puesta. No prosiguió hasta que asentí y levanté mi cuerpo todo lo que pude para que él pudiera dejar mi cuerpo desnudo al completo. Su rostro no se fijó ni en mis pechos, ni en mi zona íntima. Por un lado, me sentí aliviada, pero por otro quise que no fuese así. Me sentí ingenua y tonta por pensar que podía ser atractiva ante sus ojos de esa forma.

—Alissa...

—Si, ya. Venga, quiero taparme ya —dije nerviosa y algo molesta por su parca reacción. Negó con la cabeza. Se acomodó sobre las rodillas y sentí como pasaba sus dedos por mi costado derecho. Ese simple roce fue como si hincaran miles de agujas en mis costillas.

—Dios...

Gemí de dolor, no lo soportaba. Si lo hacía de nuevo, probablemente me quedaría sin respiración. Scott tenía el rostro ensombrecido.

—Alissa...

—¿Qué pasa?

—Tus costillas. Están amoratadas, necesitas medicación urgente y ver al médico.

Agrandé los ojos sorprendida y asustada, intenté incorporarme para comprobar lo que decía, pero no pude. El dolor no me lo permitió.

—¿Un médico? No hay médicos, Scott. Tenemos que llegar a Rotterdam como sea. Cuando salgamos de aquí entonces iremos al médico —dije segura de lo que decía. A pesar del dolor, teníamos que continuar. Más adelante, cuando por fin consiguiéramos lo que habíamos comenzado; entonces buscaría un doctor o alguien que pudiera curar mis heridas.

—No, no podemos irnos. Es imposible que aguantes así — dijo preocupado. Esta vez se movió sentándose a mi lado. Aproveché para bajar un poco mi vestido y tapar mi cuerpo. La vergüenza de enseñarlo y el frío provocaron esa reacción.

—Aguantaré, lo prometo. Si buscas en la bolsa que llevo, ahí hay medicinas. Guardé varios medicamentos que compré para mi padre —murmuré.

No tardó ni dos segundos en incorporarse y buscó en la pequeña bolsa de tela que estaba sobre el sofá. Cogió varios botes y se acercó rápidamente hasta mí volviéndose a sentar. Observó con cautela qué era cada cosa.

—Hay un ungüento que servirá para calmar la inflamación y el dolor. Eso puede servir y hará que pueda caminar bien —dije segura observándole.

Asintió agarrando el bote al que hacía referencia, él también sabía que servía para eso. Y me observó con firmeza.

—Sube el vestido un poco, así no podré poner nada —dijo algo más tranquilo escondiendo una sonrisa. Entrecerré los ojos, le miré algo desconfiada, pero finalmente cedí.

—Estás disfrutando de esta situación, ¿verdad?

Levanté mi vestido hasta la zona superior de mis pechos. Apenas veía su rostro, pero

sabía que había sonreído. No escuché nada más de él. Sentí como sus dedos empapados de ese frío ungüento rozaron la zona derecha de mis costillas, empapando la piel con él. Me aliviaba el dolor a la par que dolía con los movimientos que hacía. Cerré los ojos disfrutando de ese pequeño alivio y me relajé, dejando los brazos laxos al costado de mi cuerpo. No me di cuenta de que, al hacer ese gesto, parte de mi vestido caía sobre mis pechos y mi torso. De esa forma no podía seguir aplicando la crema sobre la zona amoratada. Y rápidamente sus manos impidieron que mi piel fuese tapada, con una mano agarraba el vestido y con la otra se dedicaba a cuidar mis heridas que ese militar había ocasionado. Hubo un momento que no noté nada, mis ojos estaban cerrados por el alivio que estaba sintiendo gracias a ese medicamento.

—¿Scott? —pregunté.

No me dio tiempo a incorporar levemente mi cabeza para mirar si estaba bien o qué estaba haciendo. Seguía allí a mi lado, pero sin decir nada. Y lo supe, estaba cavilando si hacer o no lo que estaba a punto de hacer. Sin esperarlo, sin ni siquiera imaginarlo en mis mejores sueños; sus labios besaron sobre el lado derecho del abdomen. Abrí los ojos clavándolos en el techo de madera que tenía esa caseta del bosque y tragué saliva. No sabía como reaccionar. Otro beso por encima del anterior, de nuevo otro hacia una zona más superior cercana a mi sostén. Y no pude controlar mi respiración. Scott estaba besando mi cuerpo como si de un templo se tratara.

—Scott...

—Shh, déjame que te cuide —susurró contra mi piel. Sentir su respiración contra mi abdomen hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo. No lo impedí. Sentí como subía sus labios por debajo del sostén y vi su pelo rapado negro sobre la zona de mis pechos. Besó con suavidad y delicadeza entre ellos, esta vez observando mi rostro sonrojado. No podía dejar de temblar. Era la primera ex-periencia íntima que tenía con un chico y no sabía como actuar. Parecía que mis pensamientos estaban conectados con los suyos, porque acto seguido apoyó sus manos a los lados de mi cuerpo y acercó su rostro al mío.

—¿Qué? —pregunté.

Salió así de mis entrañas, que me observara de una forma tan íntima y delicada me ponía nerviosa. No sabía qué hacer. Su sonrisa hizo que me pusiera histérica.

—Llevo años soñando con tenerte así. Toda la vida esperando poder besarte, sentir tu piel...—dijo llevando su mano a mi mejilla. Sus dedos fueron bajando por mi cuello con lentitud, haciendo que todas las terminaciones de mi cuerpo despertaran. Estaba loco.

—¿Qué estás diciendo, Scott? No seas tonto...

—No lo soy. Desde que te conocí en el barrio, no he dejado de pensar en ti ni un solo día. Tus ojos verdes, tu pelo. Tu carácter arisco, nunca dejabas que nadie se te acercara. Y conmigo, eras todo lo contrario —dijo él acercándose aún más a mí. Sentí como rozaba mi nariz con la suya y me perdí en su mirada.

Tenía razón. Era reservada con absolutamente todo el mundo, excepto con Emma y con él. Scott era mi debilidad, era quien hacía que mis barreras se bajasen. Sentirlo encima de mí, de una forma tan íntima, me alegró el alma a pesar de estar muy nerviosa.

—¿Recuerdas todo eso? —pregunté sorprendida.

—Lo recuerdo todo, Alissa. Contigo todos los momentos eran especiales, pero no te dabas cuenta.

No lo hacía, la verdad. Negué con la cabeza con una suave sonrisa, incrédula ante lo que escuchaba. Scott se había fijado siempre en mí y yo ni siquiera me había percatado de ello. De

hecho, creía que apenas le agradaba mi presencia cuando en realidad era todo lo contrario. No pude evitar sonreír al pensarlo, pero mi sonrisa se borró, cuando sin esperarlo y sin pedir permiso; sus labios avasallaron los míos con lentitud. Sin embargo, en ese beso había mucho más. Necesidad, años de contención y muchas ganas de sentir hasta el último hueco de mi boca. Llevé mi mano temblorosa hacia su pelo para hacer que el beso se profundizara. Scott era la mejor medicina que podía tener en ese momento, de hecho, no sentía nada que no fuese mi respiración y mi corazón acelerado.

A cada segundo que pasábamos así, más se aceleraban nuestras respiraciones. Un leve suspiro de gusto salió de mi boca y fue el paso que él estaba esperando para seguir su reguero de besos. La boca de Scott reco-rrió mi cuello, bajando hacia mi escote. Los besos esta vez fueron mucho más delicados. Pequeños sobre mi es- ternón, entre la tela blanca que tapaba mis pechos. Elevó la mirada mientras lo hacía hasta mis ojos y esbozó una suave sonrisa. Le devolví el gesto, indicándole que no me importaba lo que hiciese. Mi mente estaba obnubilada y confundida. Quizás por el cansancio y todo lo que habíamos pasado, pero también por todo lo que él generaba en mi cuerpo y mi sistema nervioso. Él entendió ese gesto de respuesta y sin dejar de mirarme, llevó su boca hacia mi pezón endurecido tras la tela blanca que lo tapaba. Sopló levemente sobre él y lo besó sobre el sujetador con una lentitud y una suavidad que me desesperó.

¿Era normal sentirse ansiosa en esa situación? Quería más. Nunca había experimentado algo así con ningún chico y que fuese Scott quien besara una de las zonas más erógenas e íntimas de mi cuerpo; me hacía completamente feliz. Y multiplicaba el efecto. Volvió a hacerlo en el otro pecho y fue cuando perdí la noción del tiempo. Mis manos apretaron el colchón y mordí mi labio con fuerza para no gemir del gusto. Fue una tortura lenta y silenciosa. No decíamos nada. Después de minutos sentía como mis pechos estaban tan sensibles que cualquier roce incluso me molestaba. Y para decepción mía, se incorporó hasta acercar su rostro de nuevo al mío.

—Scott... —intenté quejarme.

Sus labios avasallaron los míos con una ansiedad y una necesidad que no había conocido nunca. Abrió mis labios con los suyos para que sintiera su lengua. Y enloquecí. Mi cuerpo comenzó a removerse bajo el suyo, ni siquiera notaba el dolor de mis costillas. En mi zona íntima sentía un bombeo incesante desconocido. ¿Por qué me sentía tan irritable en ese momento? Continuó con esa tortura durante unos largos segundos, después paró y cuando lo hizo comprobé que no lo hacía por gusto si no porque tenía sus manos ocupadas en desabrocharse el traje. Sonreí y alargué las manos para apartar las suyas.

—Lo justo es que, si tú me has quitado el vestido, yo te quite el uniforme. ¿No crees? —pregunté sonriendo. Mi timidez se había ido de paseo. La irritabilidad por sentir algún tipo de alivio en mi cuerpo había hecho que perdiera toda la vergüenza que sentía ante esa situación.

—Vaya. Tienes toda la razón, preciosa —sonrió apartando sus manos. Con dificultad y sin poder apenas incorporarme, lleve mis manos hacia el traje. Lo desabroché con rapidez. Hice lo mismo con la camisa blanca. Observé el cinturón de su pantalón negro, dudé unos segundos, pero me atreví a hacerlo ante su atenta mira- da. Él me ayudó con rapidez cuando vio que no podía hacer mucho más al no poder incorporar mi cuerpo de la cama. Lo hizo de forma relámpago y cuando observé su cuerpo, únicamente tapado con su ropa interior reaccioné con temor. Era enorme, a mi lado parecía un gigante. Y me sentí pequeña y completamente débil.

—Eres...

—¿Soy...? —preguntó divertido.

—Muy grande, Scott. Demasiado...

Soltó una suave risa, me puse aún más nerviosa. Y no dejó que dudara ni una sola décima de segundo. Se volvió a colocar sobre mí con ambas manos a los lados de mi cabeza.

—¿Crees que te haría daño?

Negué con la cabeza mordiendo mi labio.

—Entonces, déjame quererte. En los tiempos que corren, quiero atesorar cada hueco de ti en mi mente. Quiero que sientas lo que he sentido siempre por ti, Alissa —susurró contra mi boca.

—¿Siempre? —pregunté emocionada al escucharle. El miedo de sentirle por primera vez, la desnudez que ambos teníamos y la nula experiencia en esos temas; hacía que mi cuerpo temblara con cada uno de sus gestos o palabras.

—Siempre, Alissa. Siempre.

Y no pude hacer nada más por contener mis nervios o mis emociones. Cuando besó mis labios con mayor velocidad que antes, con mayor invasión y con una pasión que yo desconocía; ahí fue cuando mis lágrimas no pudieron contenerse más. Scott me quería, no podía concebirlo en mi cabeza. Sin embargo, mi cuerpo lo estaba experimentando al igual que mi corazón. Él se encargó de no dejar ni un solo lugar de mi rostro sin besar, mientras llevaba sus manos hacia mi ropa interior de algodón. En un movimiento algo difícil por no poder apenas moverme, me despojó de ella. Estaba completamente desnuda. No había barreras entre mi cuerpo y el suyo, porque cuando volví a sentir su cuerpo sobre mí; noté como toda su extensión caía sobre mí. Scott volvió a besarme en los labios, esta vez con mayor desesperación y cuando creía que mis labios estaban hinchados de tantos mordiscos, lametones y besos de él; fue cuando sentí como su cuerpo invadía el mío. No pude callar el grito de dolor. Fue como si algo me cortara en mi interior. Y él lo supo.

Nos miramos en silencio. Volvió a besarme, esta vez con mayor cautela y cuando vio que mi cuerpo volvía a relajarse; comenzó una danza lenta contra mí que hizo que perdiera la noción del tiempo y el espacio. Me aferré a su espalda como si fuera el mejor amarre del universo. Hinqué mis uñas, mis dedos, mordí su hombro con desesperación. El dolor había pasado a convertirse en placer, en deseo y en necesidad.

Nuestras respiraciones estaban aceleradas, pero acompasadas, como si fuésemos uno. Como si nunca hubiésemos sido dos y estuviéramos destinados a estar conectados en cuerpo y alma. Y cuando pensaba que el placer que sentía era infinito, llegó una ola intensa que acabó por dejarme completamente fuera de mi cuerpo. Grité, a la vez que él lo hizo. La coordinación de nuestras respiraciones, nuestros movimientos y nuestra forma de haber llegado al clímax; me indicó que éramos uno. Antes lo éramos, siempre lo habíamos sido sin saberlo. Pero desde ese momento, nos habíamos convertido en un solo ser. Él estaba en mi interior y yo estaría dentro de él para siempre.

Era nuestro destino. Y si moríamos en el intento de huir, al menos podíamos decir que nos habíamos encontrado.

# Capítulo 11

# Huyendo

No podía decir que oliera bien porque ambos estábamos hechos un desastre y necesitábamos asearnos inmediatamente. Mucho más después de lo que acabábamos de hacer. Pero el aroma tan característico de Scott seguía ahí mientras él permanecía con los ojos cerrados. Notaba como su cabeza estaba entre mi cuello y mi hombro. Ojalá hubiese podido acomodarme en su desnudo y enorme pecho, pero las costillas no me dejaban. Seguían doliéndome demasiado. Sin embargo, disfruté de esa sensación. De tenerle cerca y poder estar tranquila junto a su cuerpo. Llevábamos unos días horrorosos. Y estando así, relajada con la persona a la que quería desde hacía muchos años; entonces fue cuando me di cuenta de que la vida se mide en esos pequeños momentos. En un abrazo, un beso, una caricia o una sonrisa. Siempre había tenido sueños inalcanzables. Leía y estudiaba, según papá, para poder llegar a ser alguien y dejar la zapatería. Y ahora me daba cuenta de que eso no me importaba en absoluto. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y recuperar esos monótonos días en el negocio familiar, pero quizás de esa forma, no habría conseguido un momento tan único como ese. Valoré las posibilidades y me enfadé al pensarlo. ¿Por qué una cosa u otra? ¿Tan difícil es poder tener una vida tranquila con quiénes quieres? Al parecer nosotros, los judíos, no teníamos esa posibilidad. De hecho, estar así, me parecía todo un lujo. Un lujo al que quise aferrarme el máximo tiempo posible.

Abrí poco a poco los ojos, olvidándome de los nega-tivos pensamientos que pasaban por mi mente y me encontré con los ojos azabaches de Scott. Me observaba con atención y supe al instante que me había sonrojado.

—¿Scott? —pregunté tímida.

—Mira que es complicado, pero dormida eres aún más bonita. ¿En qué pensabas? Tenías el ceño fruncido —dijo llevando su dedo a esa zona de mi rostro. Me mordí el labio pensando en sus palabras y negué con la cabeza.

—En nada, son las costillas. Siguen doliéndome, menos, pero ahí siguen —mentí. Me dolían bastante, pero no era eso precisamente lo que estaba pensando. Prefería no decirlo.

—Déjame echarte un poco más de la medicina, así te aliviará.

Se movió con rapidez en la cama y alargó el brazo para alcanzar el bote de ese ungüento que me había calmado el dolor levemente. Lo observé como completamente desnudo, se movía en mi costado y con sus dedos acariciaba sobre mis costillas. Le medicina hacía efecto inmediato y cerré los ojos aliviada. Disfruté de ese alivio del dolor y la sensación de notar sus dedos acariciarme una vez más. ¿Me había vuelto adicta a hacer el amor con él?

Probablemente, era en lo único que pensaba en esos momentos. No existía nada más.

—¿Te sientes mejor? —preguntó dejando el bote de la medicina sobre la mesa de madera que estaba a nuestro lado. Asentí con la cabeza sonriendo levemente.

—Sí, por suerte hace efecto inmediato.

Su sonrisa invadió mi cuerpo, la caseta donde nos encontrábamos y seguramente el bosque a nuestro alrededor. La curva que realizaban sus labios al sonreír curaba cualquier malestar, era sanadora. Sin esperarlo, sentí como su barbilla y rostro se posaban sobre mi pecho y no supe donde meterme. Mis ojos miraban a to- dos lados. Yo también seguía desnuda pero ese gesto tan íntimo y cercano, me había descolocado. No lo miré, centré mi mirada en el techo; seguía siendo la chica tímida de siempre a pesar de haber disfrutado de sus besos y su cuerpo durante esa noche.

—Y dime, ¿cómo te sientes después de...?

—¿De...?

Mi mente seguía pensando en donde estaba situada su cabeza. Mis pechos quedaban a los lados de su rostro y cada vez se movían más rápido debido a mi respiración acelerada.

—De haber hecho el amor, Alissa —sonrió divertido.

Tosí levemente al escucharle. Ese gesto provocó que las costillas me dolieran horrores y apreté la mano en su hombro de forma instintiva.

—Tranquila, relájate. No tenemos porque hablar si no te sientes cómoda —dijo de nuevo él. Llevó sus dedos a mi brazo, acariciándolo. Solté una suave carcajada aguantando de nuevo el dolor de mi costado.

—¿Lo dices estando encima de mí y desnudos? Creo que es difícil estar más incómoda que ahora. No por ti, sino porque nunca he hecho esto con nadie.

—Si quieres me quito, no hay ningún problema —bromeó incorporándose. Apoyó los brazos a los lados de mi cuerpo, sobre el colchón.

—No, no te quites —contesté rápidamente apretando mi mano en uno de sus brazos. Él sonrió ampliamente y volvió a colocarse—. Me gusta estar así...

—Y a mí estarlo, Alissa. Podría quedarme aquí para siempre.

—¿Por qué no lo hacemos? No quiero volver a la realidad...

Suspiré con pesar, pensar en lo que había ocurrido y en la posibilidad de que los acontecimientos que se avecinaban fuesen peores; me hizo plantearme esa posibilidad. Noté como acariciaba mi rostro con sus dedos.

—Tenemos que volver, Alissa. Ojalá no tuviéramos que hacerlo, pero arrasarán con todo. Aún no puedo creer que estés viva, esos malnacidos no dejan que nadie sobreviva —dijo con seriedad.

Lo miré fijamente a los ojos. Yo tampoco sabía porque seguía ahí, viva y mucho mejor de lo que me hubiese imaginado. Quizás había sido un error por su parte o puede que creyeran que estuviera muerta realmente. Cuando me habían proferido esa paliza en el almacén abandonado sentí en parte que no tenía mucha más vida a la que aferrarme. Y, sin embargo, ahí estaba. Con Scott, desnudos en esa cama de un desconocido y descansando después del pequeño, pero horroroso viaje que llevábamos.

—Probablemente pensaron que lo estaba.

—Puede ser. No sabes como me alegro de que fa-llaran, sin ti no podría continuar este viaje —dijo acercando su rostro hacia el mío.

—Yo también creí que te había perdido. Incluso creo que esto es un sueño, no parece

real.

—Soy real. Somos una realidad, Alissa. Estamos juntos y saldremos de Alemania juntos para comenzar una nueva vida. Te hice una promesa y la pienso cumplir —murmuró con firmeza. Su nariz rozaba la mía y cerré los ojos sonriendo. Ninguno de los dos dijo nada más, simplemente nos dejamos llevar un poco más por lo que sentíamos y por una situación tan irreal como esa. Sus labios besaron con suavidad los míos, como si pidieran permiso. El hecho de estar desnudos provocó que el beso se convirtiera en un acto de necesidad y nuestras respiraciones se aceleraron. Las sonrisas se intercalaban entre nuestros labios y lenguas. Queríamos volver a sentirnos, volver a ser uno.

—¿¡Quiénes sois!?

Ambos giramos la cabeza a la vez. Un hombre de baja estatura y vestido con un extraño abrigo nos observaba con una escopeta en la puerta de esa caseta. No sé como lo hice, pero con todo el pudor que podía soportar en mi cuerpo y aguantando los pinchazos agónicos de las costillas; me coloqué la ropa de la forma más rápida posible. Scott hizo lo mismo y rápidamente levantó las manos.

—Señor, no nos dispare. Nos atacaron los militares y nos escondimos aquí. Pensamos que estaba abandonada —dijo con las manos levantadas. Con el gesto me indicó que cogiera mis cosas. Hice un pequeño mo-vimiento para llegar hasta mi bolsa de tela.

—¡No se mueva o le disparo!

Levanté las manos de nuevo para que viera que no quería hacer nada indebido. El hombre no parecía ser militar, si no desconfiado y temeroso. Era totalmente comprensible. Sentía que el dolor no me permitía estar de pie tanto tiempo.

—¡No le dispare! Le decimos la verdad, señor. Déjenos irnos y no volveremos por aquí. Tenemos que continuar con nuestro viaje—dijo mi acompañante. En un gesto con los ojos le indiqué que no podía más. Mi cuerpo no soportaba estar tanto tiempo en la misma posición y sin quererlo, mis brazos se bajaron y caí levemente con- tra el suelo de rodillas. Escuché un disparo que me heló el cuerpo.

—¡No! ¡Está herida! No puede estar plantada tanto tiempo — gritó nervioso Scott.

Levanté mi cabeza para ver lo que ocurría. El disparo no había dado a nadie, había impactado en la pared de madera a un metro de mí. Miré al hombre que valoraba la situación. No sé si fue mi rostro o el qué exactamente, pero alzó la barbilla.

—Iros de aquí y no volváis.

Scott me ayudó a incorporarme y con sus manos, agarró de nuevo mi dolorido costado. Sin decir mucho más y sin apenas mirar hacia donde se encontraba el hombre aún apuntando con la escopeta, abrió la puerta de la casa y finalmente salimos.

—Vamos, Alissa. Tenemos que irnos o ese hombre nos matará.

Me apoyé sobre él y sin mucha confianza de poder continuar mi viaje con total normalidad, anduve junto a su cuerpo a lo largo de ese camino forestal. No teníamos un rumbo fijo, no sabíamos cómo llegar exactamente a Rotterdam, pero debíamos continuar. Fuese como fuese. Anduvimos tan solo un kilómetro cuando me di cuenta del error enorme que habíamos cometido.

—Scott, tenemos un problema.

—¿Qué? ¿Estás bien? ¿Te sientes muy mal?—preguntó parando el avance de nuestros pasos, me miró preocupado.

—Estoy bien, no te preocupes. Nos hemos dejado la medicina y todas nuestras cosas.

—¡¿Qué!? Mierda, Alissa...

—La comida, el agua...

—Joder, maldita sea —murmuró exasperado sin dejar de sujetarme. Volvió a hacerlo con más fuerza y asintió volviendo a andar—. No te preocupes, encontraremos la forma de conseguir comida y agua.

—¿Cómo lo vamos a hacer? Estamos en un bosque en medio de la nada, Scott. Y queda mucho camino.

—Lo haremos, no te preocupes.

Sabía que estaba mintiendo, su rostro me lo indicó perfectamente. Continuamos andando, pero mis esperanzas se habían quedado en esa casa, estábamos perdidos sin alimentos o la posibilidad de hidratarnos. No sabíamos cuanto nos quedaba para llegar a la ciudad y probablemente sería mucho más del que nuestro cuerpo podría soportar sin comer o beber. Pero no dije nada, me aferré a Scott como si fuera mi último aliento y continuamos el trayecto a través del bosque. Esta vez no estaba oscuro, lo veíamos todo perfectamente. El día se había hecho presente y no sabía si eso era positivo o no. Con la oscuridad no podíamos ver la longitud de ese enclave de la naturaleza, sin embargo, con la claridad del día veíamos que parecía no tener fin. Era enorme y, sobre todo, con un camino que parecía no acabar nunca. Todo lo contrario a nosotros, el fin estaba cerca y cada vez lo tenía más claro.

Ese bosque fue testigo de como la actividad física que realizábamos y el no tener nada en nuestros estómagos, iba provocando que nuestros pasos se ralentizaran. De hecho, notaba como si los pies tuviesen espinas en las plantas y no pudiera ni siquiera apoyarlos sobre las piedras y la tierra que pisábamos. Scott seguía sujetándome, pero lo hacía con menos fuerza y de una forma mucho más lánguida. Estábamos sedientos y hambrientos. Ese bosque tan apartado era complicado de que tuviera frutos o algún lago donde poder beber algo de agua. Mis pensamientos viajaron hasta el día en el que mi padre había sido asesinado por Nathan, no hacía ni dos días desde ese hecho. Y eso provocó que mis pasos fuesen aún más lentos.

*—Alissa, cariño. ¿Puedes traerme algo de comer?*

*—Sí, claro papá. Un momento. No tenemos mucha cosa, pero bastará para que te de algo de energía —ase-guré. Me incorporé del colchón que habíamos colocado sobre el suelo junto a la entrada de la casa y arrastrándome a gatas sobre la madera del suelo, alcancé uno de los cajones viejos de la cocina. Lo abrí y comprobé que seguía quedando algo de pan de queso en el interior de una bolsa de tela. De nuevo hice el recorrido hacia donde estaba mi padre apoyado sobre la pared y me acerqué hasta su lado—. Aquí tienes, papá.*

*—Gracias cariño, ¿no quieres comer? Negué con la cabeza.*

*—No, come tú. No tengo hambre.*

*—Deberías comer, Alissa. Tienes que estar fuerte.*

*—¿Fuerte? ¿Para qué?*

*Lo observé confundida mientras veía como comía como un pajarito de ese pan. Estaba segura de que estaba demasiado duro para sus dientes descuidados, pero prosiguió disfrutando de esa pequeña comida o lujo que teníamos en ese momento.*

*—Alissa, cariño…son tiempos complicados. Y tienes que estar fuerte si llega la hora de luchar o huir de aquí. Recuerda que Scott vendrá y cuando esté mejor, nos podremos ir.*

*—¿Ir a dónde papá? Esta es nuestra casa.*

*—Ya no lo es, nos la han arrebatado —aseguró mientras comía con cierta debilidad. Lo*

*dijo con seguridad y en realidad, sabía que era cierto.*

*—No entiendo el porqué, papá. ¿Por qué nos quitan lo que hemos ganado con nuestro sudor y trabajo?*

*—Porque están ciegos, cariño. La rabia y las ilusiones de un mundo ideal para ellos les han cegado. No quieren a nadie superior a ellos o inferiores, prefieren estar solos en el mundo y seguros—dijo con pesar dejando el pan sobre mis manos. Ya no quería más. Me moví rápidamente de la misma forma que antes y coloqué el trozo enorme que había dejado mi padre sobre el cajón. Rápidamente volví a su lado y me apoyé como él sobre la pared. Dejé caer levemente mi cabeza sobre su hombro y agarré su enorme y a-rrugada mano.*

*—¿Creen que el mundo será mejor así? No lo creo, papá. El mundo, este país, es rico en culturas, en personas de todo tipo. Las diferentes formas de pensar, de sentir, de querer es lo que lo hace único. Y no entiendo como no pueden ver eso. ¿Sabes quién es Helga Deen? —pregunté agarrando, jugando con la mano de quien me había dado la vida.*

*—Sí, claro. Se juntaba contigo de pequeña, ¿verdad? Llevo tiempo sin verla por el barrio.*

*—Sí, yo también llevo mucho sin verla. Pues, ¿sabes qué? Es una chica inteligente y le encanta escribir, tocar el piano... Y ha recibido cantidad de críticas delante de mí, pero que haya gente así con ilusiones y sueños; es lo que hace que el mundo sea mejor.*

*—Tienes razón, cariño. Me alegra haberte educado tan bien, ¿sabes? ¿Y dices que no sabes dónde puede estar?*

*Su mano se posó sobre la mía y me miró con cierto rostro de preocupación.*

*—No lo sé, llevo mucho sin verla. Tampoco he visto a su familia, ojalá que esté bien papá.*

*—Ojalá, cariño.*

*Mi padre movió su brazo y con delicadeza y cariño, posó sus labios sobre mi mano. Un beso de amor fraternal y puro. Sonreí suavemente mirándole y me acomodé sobre su costado, sin dejar mucho peso sobre su cuerpo. Y así nos volvimos a descansar. La poca energía que teníamos y el estrés de lo que estaba ocurriendo en el barrio junto con el destrozo de la tienda; provocó que nos quedáramos completamente dormidos. Agarrados de la mano y sabiendo que nos teníamos uno al otro.*

—¿Alissa? ¿Qué ocurre?

Miré mis pies y después a Scott, quien me observaba confuso y preocupado. No podía dar ni un paso más, si lo hacía caería sobre la dura tierra de ese camino silvestre. Alcé mi rostro para mirarle y no hizo falta decir mucho más. Mi rostro era ojeroso, sentía el cuerpo completamente helado por la humedad del bosque y las costillas dolían cada vez más. Y si a eso le sumabas el horrible dolor que sentía en los pies, hacía imposible que prosiguiera.

—No puedo más. De verdad. No puedo dar ni un paso más…

Se movió rápidamente para agarrarme con ambas manos por los costados. Su mano subió hacia mi rostro para que le mirara y noté como suspiró al ver mi rostro lleno de cansancio y agotamiento.

—Alissa, preciosa... Tenemos que seguir, sé que es complicado y estás agotada, pero necesitamos encontrar agua o comida—aseguró juntando su frente con la mía. Mi cabeza apenas se quedaba erguida, no sentía ninguna fuerza para poder continuar. Llevábamos horas andando y cada vez sentía que estaba más cerca de mi padre que de él. Si no comíamos o

bebíamos pronto, ambos nos reuniríamos con él antes de lo esperado.

—No puedo, es que no puedo más...

Besó mi frente con suavidad y miró hacia los lados.

—Está bien. Vamos a buscar un lugar donde poder sentarnos un poco, ¿de acuerdo? —dijo sin dejar de sostenerme. Giró su rostro hacia todas las direcciones hasta que finalmente encontró el lugar adecuado—. Vale, vamos hasta aquel árbol. ¿De acuerdo? ¿Puedes andar hasta allí?

—Sí, eso creo.

No lo dije muy convencida, pero saqué las pocas fuerzas que quedaban en mi cuerpo. Scott no dejó en ningún momento que diera los pasos hasta el lugar sola, me agarró como estaba haciendo desde el primer momento. A cada movimiento de mis pies sentía que los dedos me ardían y estaba segura de que los tenía empapados de sangre. Andar en el bosque con unos zapatos de piel y de paseo, no era precisamente la mejor forma para protegerlos. Con varios quejidos y toda la ayuda de mi acompañante, finalmente me senté en el suelo apoyándome sobre el tronco de ese enorme árbol. Él se sentó a mi lado, sin dejar ni un centímetro entre ambos. Llevó sus manos a las mías y sentí como besaba la unión de ambas. Sonreí levemente, mi padre apareció de nuevo a mi mente y no pude evitar alegrarme al saber que se parecían mucho más de lo que creía. Ambos eran nobles de corazón y se preocupaban por mi bienestar, ante todo.

—Saldremos de esta, Alissa.

—Sí, saldremos...

Cerré los ojos y apoyé mi cabeza sobre su alto y gran hombro. No dejé de sentir en ningún momento el tacto de sus manos sobre las mías y eso fue como un somnífero para mí. Me quedé dormida sin poderlo evitar. Las energías las tenía al mínimo y el cansancio había provocado que no pudiera aguantar despierta ni un segundo más. Me sentía segura a su lado, había luchado por mí y estaba a mi lado. Y no era fácil. Estábamos pasando demasiadas calamidades para poder salir del país y aun así no desistía en estar junto a mí. Un leve beso sobre mi frente me despertó. No sabía si había estado minutos u horas durmiendo, pero abrí los ojos con dificultad. Los párpados me pesaban varias toneladas.

—Alissa, voy a buscar agua y algo de comer. Lo necesitamos.

Eso me asustó y rápidamente apreté mis manos en las suyas. Negué con la cabeza asustada.

—No, no te vayas. Por favor.

—Tengo que irme, no podemos seguir así. Sus ojos reflejaban preocupación y tristeza.

—Pero Scott...

Intenté quejarme, pero lo hice en vano. Se incorporó con dificultad, tampoco tenía fuerzas para poder seguir mucho más. Me miró con tristeza, miedo y preocupación. Temía no volver, lo supe al ver su rostro. Suspiré alzando levemente la cabeza y antes de que se marchara, agarré su mano con fuerza.

—Vuelve, por favor. No me dejes sola. Tenemos que empezar una nueva vida juntos, ¿recuerdas? —dije con debilidad.

No dijo nada, de su boca no salió ningún sonido o palabra. Sin embargo, cuando pensaba que se iba a marchar dejándome allí sola, sin una leve despedida por si no volvíamos a vernos; se agachó ante mí. Con una delicadeza que antes no había visto, besó mi frente con lentitud y suavidad. Y eso fue lo último que supe de él durante horas.

Repasé el lugar donde estaba sentada con la mirada. No había ni un atisbo de que allí pudiera haber agua o comida. Estábamos demasiados apartados de la zona urbana y mucho menos, parecía haber agua cerca. Eso sí, la humedad era incesante y provocaba que las contusiones fueran más evidentes. A cada leve movimiento que hacía, sentía como si cientos de agujas se clavaran en mis costillas. Era complicado el simple hecho de respirar. Con el paso de los minutos y las horas supe que iba a estar mucho tiempo sola, de hecho, en mi mente estaba segura de que Scott no iba a volver. Puede que fuese por el hecho de la tardanza o la forma en la que se despidió, pero sentía que no iba a volver a verlo. Me había dejado allí sola. Quizás se había arrepentido de continuar con el viaje o probablemente había pensado que era un lastre en su camino. En realidad, lo era. Estaba demasiado débil como para poder continuar y llegar a Rotterdam. Cerré los ojos rindiéndome y sabiendo que Scott se había marchado para no volver. Tenía que asimilarlo y si ese era el final para mí, lo aceptaba. No tenía otro remedio.

*Estando allí, apoyada sobre ese árbol, me había convertido en un alma que vagaba entre varios mundos. Por un lado, recuerdo que sentí las ganas inmensas de reunirme con mi padre en el Gran Edén, el lugar donde según nuestra religión, nuestras almas llegan después de fallecer. Y sabía que, si era así, lo aceptaría sin ningún problema. En realidad, no tenía ánimos para otra cosa. Estaba demasiado herida física y emocionalmente. Pero, por otro lado, pensé en Scott. A pesar de sentir que no iba a volver, seguía teniendo esperanzas en mi interior. Recuerdo cerrar los ojos y abrirlos varias veces, enfocando mi nublada mirada para intentar*

*verle venir hacia mí como ya había pasado en otra ocasión en ese bosque. Pero no verlo durante horas, fue lo que me confirmó que estaba sola de nuevo ante ese horrible viaje que debía tomar. A pesar de querer, tenía claro que mis posibilidades no le ganaban a la voluntad. No podía, aunque quisiera huir y empezar una nueva vida esta vez conmigo misma; no podía. Mi cuerpo no respondía ante mis órdenes mentales y las emociones las tenía apagadas. Sentirse abandonada era una sensación horrible, mucho más que sentir como habían hecho añicos mis costillas esos militares nazis.*

# Capítulo 12
# Traición

Ruidos extraños me despertaron. Creía que ya no iba a recobrar la consciencia, de hecho, apenas tenía fuerzas para abrir los párpados. De repente, un breve sonido que venía del camino me alertó a la vez que ilusionó. Conforme pasaban los segundos, el ruido era más evidente y fuerte. Y supe que no era Scott. No lo era porque había una conjunción demasiado amplia de sonidos. Respiré hondo para calmarme y agudizar el oído, entonces lo supe. Varias personas y no pocas, andaban por el camino de tierra que estaba a unos metros de mí.

—Maldita sea...

Tenía que esconderme detrás del árbol o algún arbusto, no podía mantenerme ahí. Si lo hacía, podrían verme con facilidad. Conforme los sonidos se acercaban, intenté incorporarme levemente para ir a gatas hacia la parte trasera de ese tronco. Pero no pude. Si no lo hacía, podría ser detenida de nuevo y seguramente esta vez no sería capaz de contarlo.

Cerré los ojos y apoyé las palmas de mis manos en la tierra húmeda y dura. Y con todo el dolor que sentía y las pocas fuerzas que persistían en mi cuerpo, arrastré mi pelvis y mis piernas sobre el terreno. Parecía una serpiente reptando por el lugar y escondiéndose de su depredador. Y en realidad, era así. Era una persona indefensa al lado de unos monstruos que se creían los dueños del mundo por llevar armas de fuego y ser superior en número. Sentí como a cada movimiento mis piernas eran arañadas por las piedras y las hierbas silvestres, además de tener varias de ellas clavadas en las palmas de mi mano. Los gemidos de dolor los ahogué mordiéndome los labios y cuando creía que no podía lograrlo, finalmente llegué a la parte trasera del árbol. En ese mismo momento, escuché claramente los pasos de esos desconocidos y a alguien de allí hablar de forma ruda.

No se movieron, se quedaron frente a la misma altura donde yo había estado colocada. Y respiré aliviada de saber que no podrían encontrarme si me mantenía escondida. Los gritos volvieron a helar mi cuerpo y sin poderlo evitar, asomé la cabeza levemente para comprobar si lograba ver algo o no. En realidad, no sabía porque quería hacerlo, pero allí estaba, observando hacia el lugar donde todos esos desconocidos estaban plantados. Mi mirada estaba borrosa por la falta de hidratación y alimentos, y apenas podía identificar o reconocer a alguien. Simplemente veía cuerpos moverse, unos más que otros. Parpadeé varias veces hasta que pude enfocar la imagen en mi cerebro y cuando comprobé quienes eran, mi cuerpo se paralizó.

Uno de los que más se movía y aparentaba seguridad plena, era el mismo que me había provocado esos dolores internos en las costillas. Tragué saliva al saberlo y respiré hondo. No podía entrar en pánico. Todos los demás presentes eran personas normales, llenos de ropajes sucios y con gran debilidad en sus rostros. Había varios militares más, pero la figura de quien parecía llevar el control me dejó helada. Era el protagonista de mis pesadillas, el hombre que le

había arrebatado la vida a mi padre. Y por desgracia, lo conocía demasiado bien.

No podía creerlo.

Nathan estaba allí y parecía mirar en todas direcciones buscando algo. Hizo un gesto con la cabeza a sus compañeros del frente y acto seguido el sonido de los fusiles retumbó en aquel frondoso bosque. Los cuerpos de los desconocidos cayeron inertes contra la tierra y las piedras del suelo que tan bien conocía. Mis ojos se a-brieron de golpe y ahogué un grito contra mi mano. ¿Por qué hacían eso? ¿Acaso tenían un motivo justificado para cometer esa atrocidad? Volví a esconder la cabeza no sin antes percatarme de que el amigo de Scott seguía buscando algo por ese lugar, como si supiera que no estaba solo. Agudicé mis oídos.

—¿Por dónde has dicho que estaba esa zorra?

Fruncí el ceño, asustada.

—Estaba por aquí, la vi tirada y pensé que nos vendría bien en el campo de trabajo.

Mi cuerpo se heló completamente. Esa frase, esa voz, ese tono... No podía ser verdad.

Era Scott y acababa de descubrir mi escondite a mi peor enemigo, al asesino de mi padre. Apreté mi cuerpo contra el tronco intentando fundirme con su corteza. Ojalá hubiese sido un camaleón para poder desaparecer ante la vista, pero no. Ahí estaba, más consciente que nunca de lo que acababa de escuchar. Unos pasos se acercaron por la zona trasera del tronco y lo supe. En ese mismo instante me di cuenta de que ahí se había acabado mi soledad para pasar al verdadero infierno. Cerré los ojos con fuerza, no quería enfrentarme a lo que sabía iba a llegar.

—Aquí está.

Abrí los ojos de golpe y vi a Scott frente a mí.

Su rostro estaba serio, frío; como si el hombre que se había marchado hacía horas hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Sus ojos me miraban fijamente y de forma intensa y negué con la cabeza. Las lágrimas caían sobre mis mejillas.

—No, Scott...No lo hagas, no me hagas esto.

No pude decir nada más, mi peor enemigo se encontraba a su lado. Nathan estaba ante mí, impoluto y con un traje del frente nazi completamente cuidado y sin un rasguño.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí?

Apreté la mandíbula y alcé la barbilla, como si eso fuese a ayudarme. No dije nada, no podía. Me sentía mal, traicionada, dolorida, herida de muerte y, además, humillada. Scott me había vendido. Sabía que Nathan me odiaba y lo había llevado justo donde yo me encontraba en vez de protegerme. Miré a su amigo con dureza, con una valentía que pensé que aún no existía en mi cuerpo.

—¿No piensas decir nada, Alissa? —preguntó de nuevo el amigo de Scott agachado frente a mí. Me sentía como si fuese un corderito a punto de entrar al matadero. No moví ni un solo músculo de mi rostro o cuerpo. Notaba la mirada de Scott sobre mí, pero en esos momentos no me importaba lo más mínimo.

—Así que esas tenemos eh —murmuró con odio. Tiró de mi pelo hasta acercar mi cuerpo al suyo. Grité del dolor, no podía moverme—. ¿Sigues creyéndote que aún tienes algún derecho? ¿Aún crees que puedes vacilarme? ¿Tú? ¿Alguien como tú? No preciosa, has dado con nosotros y vamos a hacerte saber lo que realmente vales. Y es nada. Levántate.

Lo último lo dijo lanzándome de nuevo contra el árbol y sentí que me quedaba sin respiración. Scott seguía allí, sin inmutarse. Lo notaba recto, serio y como si fuera una máquina sin sentimientos. Mi mirada se clavó en sus ojos y este desvió su mirada hacia su amigo.

—¿Acaso estás sorda? ¡Levántate!

Nathan gritó y lo miré apretando la mandíbula.

—No puedo imbécil, ¿crees que voy a seguir tus órdenes? Prefiero estar muerta —alcé la barbilla al decirlo.

Una carcajada sonora salió de su boca y volvió a tirar de mi pelo hasta incorporarme. Noté mis pies arder, me retorcí del dolor y grité sin poderlo evitar una vez estaba de pie. Escuché su voz cerca de mi oído con asco.

—Estás muerta ya, Alissa. ¿Acaso no te has visto? Vámonos, te vienes con nosotros. Nos vas a servir de gran ayuda —dijo tirando de mi brazo para que comenzara a andar. No podía, ni si quiera sé de dónde saqué las fuerzas, pero di varios pasos hasta que no pude más. No lograba comprender donde estaba el hombre que yo había conocido horas antes y que ahora simplemente observaba como su amigo y mi peor enemigo, me aga-rraba como si fuera un trasto viejo. Giré mi cuerpo, ni siquiera sé cómo fui capaz de hacerlo y encaré al que era el amor de mi vida. O al menos eso creía.

—¡No! No me voy a ningún lado. ¡Scott! ¿Qué te pasa? —le di con la mano en el pecho, pero su mirada estaba petrificada, helada. Apenas se inmutó y yo, sin embargo, perdí el equilibrio. Nathan nos miraba entre divertido y molesto. Para mi sorpresa esta vez no fue él quien me agarró sino Scott. Tiró de mi brazo con fuerza.

—Vamos Alissa, no vuelvas a tocarme ¿entendido? Te vienes con nosotros.

El dolor se instauró en mi cuerpo y con cada paso que daba a su lado más dolían mis costillas y más lágrimas caían en mis mejillas. Me sentía hundida, físicamente lo estaba, pero emocionalmente... estaba muerta. Continué andando junto a Scott que tiraba de mí con firmeza y llegamos a donde los desconocidos yacían sobre el suelo; inertes. No quise mirar, si lo hacía probablemente no lo podría soportar. Anduvimos un buen rato por el camino del bosque, juraría que íbamos en dirección contraria de Rotterdam. Mi mirada estaba turbia, apenas podía ver y mis sentidos estaban apagados. La mano de quien me había amado durante esa noche tiraba de mí sin ayudarme un ápice y a cada paso que daba, un gemido salía de mi boca. No sé cuánto tiempo pasó, pero en ese instante creía estar viendo una alucinación. Justo en el comienzo de ese camino de piedras y arena, había una especie de carro militar verde. ¿Era eso un coche?

—Mira Alissa, probablemente sea el último vehículo que verás en tu vida. Te vas a venir con nosotros hasta Rotterdam y desde allí te llevaremos a tu nueva casa.

Quería llegar a Rotterdam, pero no así. Sola y de-vastada. No me dio tiempo a pensar mucho más en ello, Nathan agarraba ambas mejillas de mi rostro con fuerza mientras Scott me sujetaba. Aparté la cara como pude con repugnancia ante su tacto. Observé al que había sido mi compañero de viaje durante todo ese tiempo en silen- cio y después miré a su amigo.

—¿Nueva casa? No, no pienso ir a ningún lado.

Scott permanecía en silencio y su amigo soltó una carcajada. Una sacudida fuerte impactó en mi cara y su mano giró mi rostro.

—¿Has visto Scott? Esta zorra judía se cree con de-rechos.

Apreté la mandíbula e intenté soltarme del amarre de Scott, pero él volvió a agarrarme y me empujó de mala gana hacia el vehículo.

—¿Derechos? No tiene ninguno. ¡Vamos! —alzó la voz Scott tras de mí una vez estábamos frente a la puerta del vehículo—. Vas a subir y te vienes con nosotros, ¿entendido? Nathan y yo estamos teniendo consideración contigo, más vale que te calles y no seas un estorbo, Alissa.

Su rostro me observó con firmeza y entrecerré los ojos. Estaba siendo rudo conmigo, pero no lograba ver ese asco y odio que Nathan tenía sobre mí. No contesté, ¿para qué iba a

hacerlo? Iban a hacer conmigo lo que quisieran, no tenía opción. Nathan subió por el otro lado del coche y rápidamente noté como su amigo me subía a la otra parte del vehículo. Este tenía un capó de tela verde que nos cubría. Cuando mi ex compañero de viaje hizo que subiera, sentí todo mi cuerpo retorcerse de dolor. El movimiento había hecho que notara cada herida con intensidad. Me senté como pude junto a Na- than que me miraba con exasperación y noté que ese lugar era muy pequeño para los tres. Él pareció saber lo que pensaba.

—No te preocupes, vas a ir encima de Scott. Igual se desquita contigo, lleva mucho tiempo sin disfrutar de una mujer de verdad.

Apreté la mandíbula y contesté con odio.

—Cállate imbécil.

La mano de Nathan impactó en mi rostro de nuevo y gemí de dolor. Juraría que me había hecho hasta sangre.

—Eres una desconsiderada —dijo alzando de nuevo la mano para volver a golpearme. Cerré los ojos unos segundos. La bofetada no llego, vi como la mano de Scott agarraba su muñeca para su sorpresa. Él se había subido y de un movimiento me puso encima suyo.

—Deja que yo me encargue de ella, Nathan. Va a ser un viaje muy divertido —contestó con sorna. Noté sus manos sobre mis caderas, afianzándome a su cuerpo y el demonio en persona soltó una carcajada.

—Eso Scott, disfruta todo lo que quieras. No la uses demasiado, en su nueva casa la necesitan con energía.

Observé como el que era el amor de mi vida sonreía y el vehículo emprendió su marcha por la carretera de piedras. A cada movimiento notaba mis costillas clavarse y el dolor aumentaba. Scott me apretaba contra él y yo quería escapar de allí. Sentía repugnancia por él. ¿Cómo me había dejado engañar? Hacía unas horas había hecho el amor con él o, mejor dicho, con el Scott que yo creía conocer. Ese hombre que apretaba mis caderas y hacía que me tumbara hacia atrás para tenerme más accesible, no era el hombre que me había hecho el amor en la caseta del bosque. Había desaparecido. Y yo estaba sola, completamente destruida física y emocionalmente. ¿Qué me depararía en Rotterdam? ¿A qué se referían con mi nueva casa? Quizás había hecho mal en emprender ese viaje, quizás mi padre estaba equivocado y era igual de inocente que yo. Quizás quedarme con él hubiese sido la mejor idea porque prefería morir rápido a tener esa agonía lenta. Estaba herida física y emocionalmente, y siendo usada por el que creía era el amor de mi vida. ¿Qué había peor que eso? Nada, de eso estaba segura.

# Capítulo 13
# Camino a Rotterdam

El viaje estaba siendo más largo de lo que creía, incluso llegué a pensar que nuestro destino finalmente no sería Rotterdam. El vehículo recorría los caminos rurales de esa zona. Había visto lagos, prados verdes preciosos ligeramente bañados por la nieve que había caído en las últimas horas; bosques frondosos que me recordaban el mayor error de mi vida... Scott seguía bajo de mí y sus manos pasaban de mis muslos a mis caderas. Y yo tenía ganas de vomitar con cada movimiento de sus manos, no quería que Nathan volviera a pegarme. Tenía suficiente dolor en el cuerpo y creía que no podría soportar ni un golpe o atisbo de dolor más.

El frío empezó a instaurarse en mis huesos y aunque Scott estaba debajo de mí, no generaba ni un ápice de calidez en mi cuerpo. Estaba helada física y emocio-nalmente encima de él. Nadie hablaba, aunque sí había oído a Nathan farfullar de la gran labor que estaban ha-ciendo por ese país. Y me pareció tan asqueroso, tan increíble que estuviera diciendo todas esas barbaridades; que preferí callar.

El vehículo se paró y miré de reojo como Nathan sacaba la llave del contacto. Me mantuve en silencio y miré al frente, deseando que ese viaje acabara pronto. Habíamos llegado a una zona de almacenes. Frente a nosotros se encontraban una especie de fábricas o al menos eso me pareció. Parecía que estábamos en las afueras de la ciudad como si fuera un pequeño núcleo industrial que precede a la urbe en sí.

—Vengo en unos minutos, recojo un paquete que tengo que llevar a la base y vuelvo. Scott, ya sabes —sonrió su amigo con diversión—. Sé que eres reservado, te dejo unos minutos con ella por si quieres desahogarte. Te vendrá bien.

—Gracias Nathan, no te preocupes. Alissa y yo vamos a pasarlo bien un rato, ¿verdad? —murmuró él contra mi oído. Y en ese instante me odié. Porque por mucho que lo odiara, por mucha repugnancia que me causara; su respiración en mi oreja provocó en mí algo que no quería ni deseaba que ocurriera. Nathan soltó una carcajada y cerró la puerta del coche antes de salir.

—Ni me toques —dije rápidamente intentando moverme.

—Quédate quieta, Alissa. Será mejor para los dos —susurró en el mismo tono. Su voz parecía haber cambiado de forma radical y fruncí el ceño sin entender nada. Negué con la cabeza intentando moverme de encima suyo, pero el dolor me lo impedía.

—Déjame en paz, Scott. Me das asco.

—Es mejor así, creéme.

Respiré profundamente y mi respiración se congeló cuando noté como subía sus manos

por mis muslos hacia arriba con lentitud, pero con decisión. Intenté apartarme completamente paralizada sobre él.

—Ni se te ocurra, Scott. No te atrevas a tocarme.

—Quédate quieta, Alissa —dijo de nuevo contra mi oído y sus manos apretaron en la zona de mis muslos, subiendo hacia mis caderas con lentitud. Me removí con insistencia y él apretó las manos en mis caderas.

—No sé cómo he sido tan estúpida en creerte. Eres incluso peor que Nathan, ¿Qué buscabas conseguir con mentirme así? ¿Dónde me lleváis, Scott? ¡Déjame en paz! —me removí de nuevo, pero las costillas se clavaron y solté un gemido de dolor. Sus manos llegaron a mi abdomen por debajo del vestido y las noté en mis costados, estaban congeladas.

—¿Notas mis manos? Están frías, ¿verdad? Pues déjame esparcir esto...

—¿Qué? ¿Qué dices...?

Y en el mismo instante que intentaba comprender lo que decía, sentí como si bloquearan el dolor de mis costillas al ser embadurnadas sobre la piel con un ungüento que estaba realmente frío. Fruncí el ceño y sin poderlo evitar, solté un gemido de gusto y alivio. No sé cómo, pero lo vi sonreír a pesar de que no podía mirarle a la cara. Sus manos continuaron el masaje sobre mis costillas con delicadeza. No comprendía absolutamente nada.

—Escúchame bien, Alissa. Sé que vas a odiarme, lo sé. Y lo entiendo. Estamos a cinco kilómetros del centro de Rotterdam, ¿recuerdas mi promesa?

Hice memoria, aunque no me costó mucho. Sus palabras las tenía clavadas en mi cabeza y en mi corazón para siempre.

*«Te prometo que tendremos una nueva vida, llegaremos a Rotterdam como sea»*.

¿Cómo sea? ¿Qué estaba intentando decir? ¿Estaba Scott fingiendo ser aliado de Nathan? Mi mente estaba agotada, pero mi cuerpo empezaba a sentirse mejor gracias a sus manos. Noté sus manos sobre mi tripa, la aca-rició y solté un leve suspiro de gusto y relajación.

—¿Alissa? —preguntó rozando la nariz por mi oído. Suspiré a pesar de no querer reaccionar ante él.

—¿Qué? —contesté sin apenas energía, pero más tranquila.

—¿La recuerdas o no?

—Claro que la recuerdo.

Dio varios besos bajo mi oreja y noté como mi cuerpo se estremecía. Sus manos bajaron por mi abdomen con lentitud y volvió a subirlas hacia la espalda y la zona de las costillas.

—Bien, sigue en pie. Nathan se ha marchado unos minutos, ¿ves ese pequeño cajón que hay delante? Ahí hay medicinas y comida y detrás en el maletero hay más —susurró rozando sus dedos por cada una de mis costillas. Respiré hondo y negué de nuevo con la cabeza sin aún creerle—. Nathan es un estúpido, cree que estoy de su lado. He cogido este ungüento cuando se ha despistado, necesitábamos una solución desesperada Alissa. Voy a hacer cosas que hará que me odies seguramente, pero es la única forma de poder llegar a ese barco en Rotterdam.

—Pero Nathan...

Sentía un pánico atroz solo de pensar que el asesino de mi padre podría tan solo tocarme o sobrepasarse conmigo.

—Nathan no te tocará, lo haré yo. Prefiero hacerlo yo antes que él lo haga, ¿entiendes? —susurró contra mi oreja.

Noté un leve escalofrío sobre mi cuerpo y suspiré. Moví mi cuerpo sobre él, no

terminaba de estar cómoda. No después de haberme tratado tan mal minutos antes. Sí, sabía que en esos instantes cualquier medio era justificado para poder huir, pero... ¿por qué no nos marchábamos en ese mismo momento y dejábamos a Nathan ahí? Era fácil, probablemente una forma ingenua e inverosímil de marcharnos; pero era una opción. Por eso y porque estaba agotada, desconfiada y seguía sintiéndome en parte humillada; me removí de nuevo cuando sentí sus besos en el costado de mi cuello.

—No me toques, Scott.

Él suspiró, su calidez se marchó levemente y sentí que se ponía rígido. Como si se sorprendiera de mis palabras.

—Alissa, tienes que confiar en mí. No pienso dejar que te toque.

—¿Y tú sí? ¿Por qué tienes que hacerlo? ¿Por qué no nos vamos ahora mismo y dejamos a Nathan aquí? —giré mi rostro para mirarle con tristeza y desconfianza.

Scott miró a todos lados y volvió a ponerme recta hacia adelante.

—Escúchame bien, Alissa. ¿Recuerdas como mató Nathan a tu padre? ¿Quieres eso para ti? —preguntó cerca de mi oído. Su voz había cambiado, ahí estaba su faceta militar. Su tono cariñoso y suave se había marchado lejos. Tragué saliva recordando el momento de nuestro apartamento en Berlín. La mirada de odio y sa-tisfacción que tenía su amigo tras haber acabado con la vida de mi padre. Apreté los ojos y asentí. Eso hizo que Scott continuara hablando—. Bien, no quiero que lo olvides. Sé que no lo harás. Pero te lo recuerdo porque Nathan es un maldito descerebrado. Joder Alissa... sé que no va a ser fácil. Tendré que hablarte o tratarte mal, pero lo haré con control. Nathan podría torturarte du-rante días por mera satisfacción, ¿quieres eso?

Mi cuerpo se heló al escucharle y negué con la cabeza.

—No, por Dios... Claro que no quiero eso.

—Lo sé, preciosa. Por eso déjame a mí, confía en mí. Sé que esto es horrible, es una pesadilla que parece no terminar. Pero mi promesa sigue en pie. ¿Podrás confiar en mí? —preguntó rozando su nariz por mi cuello hacia mi oído.

Cerré los ojos sintiendo esa caricia, quería atesorarla. Confiaba en él, aunque no ciegamente después de todo lo ocurrido ese día, pero me aferré a esa pequeña esperanza y a esa promesa que él me había hecho. Era eso o dejarme hundir definitivamente.

—Voy a cuidarte, Alissa. Prometo hacerlo a cada momento... —susurró contra mi piel de nuevo, dando esta vez varios besos mientras sus manos me apretaban contra él. Suspiré por lo bien que se sentía esa acción en mi cuerpo. Necesitaba un poco de amor en esos tiempos tan llenos de odio por todas partes.

—Tengo miedo, mucho... Nathan me desprecia.

—Lo sé, preciosa. Confía en mí, nuestra nueva vida está más cerca. Nos iremos de aquí y cuando lleguemos a...

Su voz se calló y se hizo el silencio, noté como se tensaba bajo de mi cuerpo.

—¿A qué? —pregunté.

Acto seguido escuché la puerta abrirse y Nathan se adentró en el vehículo con el rostro mucho más serio que minutos antes. Nos miró unos segundos y soltó una carcajada seca. Mi cuerpo se paralizó y tragué saliva con dificultad, no quise mirarle. Centré mi mirada en el cielo blanco que se veía tras la ventana delantera del vehículo.

—¿Qué, Scott? ¿Has podido desfogarte un poco?

Solté un leve bufido al escucharle y Nathan apretó la mirada hacia mí, lo noté como si lo estuviera mirando. Scott apretó la mano en mi costado y yo lo interpreté como una advertencia de que llevara cuidado.

—Por suerte es muy maleable y he podido disfrutar un poco de ella, ¿verdad Alissa?

Apreté la mandíbula y ni siquiera pestañeé, solo deseaba que emprendiéramos la marcha de nuevo.

—Con razón está como las gatitas desesperadas eh. Siempre has sido tan remulgona, Alissa —dijo con sorna mientras escuchaba como arrancaba el vehículo—. Pero eres igual de ligerita que todas las demás. Las de tu estirpe sois así.

Convertí mis manos en dos puños y pensé que ojalá en otra ocasión hubiese podido pegarle una bofetada por lo que acababa de decir. Scott ni siquiera se inmutó ante eso, pero si noté como acercaba los dedos de su mano hacia el puño que quedaba lejos de la vista de Nathan y con delicadeza lo abrió para luego entrelazar sus dedos con los míos. El enfado y la rabia por las palabras de Nathan seguían ahí, pero al menos tenía un pequeño consuelo y una pequeña ancla a la que aferrarme. Scott seguía ahí conmigo, o al menos era lo que mi esperanza me decía.

* * *

El sueño me invadió y no sé por cuantas horas lo hizo. Un leve movimiento de Scott bajo mi cuerpo hizo que me despertara y fuera consciente sobre el lugar donde estaba. Su mano recorría mi pierna de arriba abajo para calmarme, como si quisiera darme los buenos días o tardes. Había perdido la noción del tiempo. Sin embargo, cuando mis ojos se abrieron y comprobé dónde estábamos; no me importó estar al lado de Nathan o en ese vehículo militar. Mis ojos se embelesaron de aquella ciudad llena de vida y con una arquitectura tan bonita. Si eso era Rotterdam, estaba segura de que era una de las ciudades más bonitas que existían. Probablemente el agotamiento y el hastío que sentía provocaba que lo fuera aún más.

Nuestro vehículo recorría el costado de un canal que parecía dividir esa zona de la ciudad, a los lados se alzaban edificios bajos con un estilo de arquitectura que nunca había visto y acabados en tonos marrones en sus fachadas. Parecían sacados de un cuento infantil, eran preciosos.

Calma y sosiego eran los protagonistas de ese lugar. Los con flictos que se vivían en Berlín u otras ciudades de mi querida Alemania, parecían no haber influido para nada en la vida normal de esa ciudad holandesa. Observé en silencio cada edificio, los pequeños pájaros que volaban sobre el agua y los afortunados patos que paseaban por ese canal. Scott buscó con sus dedos mi mano y volvió a entrelazar sus dedos con los míos en la mano que no podía ver Nathan. Porque sí, ahí seguía ese malnacido. Sus comentarios llenos de odio habían sido protagonistas durante todo el viaje y por desgracia, no pensaba parar.

—Disfruta de estas vistas, Alissa. Pronto no verás la luz del sol —murmuró con disfrute el amigo de Scott. Este, sin embargo, apretó su mano contra la mía dándome ánimos.

No quise contestar, no tenía ni ganas ni energía para hacerlo. Vislumbré que nos acercábamos hasta una especie de puesto militar en una pequeña plaza frente al canal. El puesto contrastaba enormemente con la tranquilidad de esa ciudad. Era un intruso entre tanta belleza.

Los viandantes que veían pasar el automóvil se sorprendían, era lógico. No íbamos en un coche de paseo, era evidente que pertenecía al ejército nazi. Sus símbolos lo confirmaban y quienes observaban el vehículo, no podían dejar de sorprenderse y otros incluso chismo-rreaban entre ellos. Nathan estacionó el coche en el lado de esa modesta plaza y ante la cual se alzaba un

edificio blanco con una arquitectura bellísima. El canal seguía a nuestro costado izquierdo y tenía unas ganas inmensas de zambullirme en él y huir de allí incluso a nado. Si hubiese sido posible hacerlo físicamente, lo hubiera hecho. Sin embargo, mi condición física y de acompañamiento, lo impedían.

Nathan se movió con rapidez en el interior y sin avisar ni si quiera a su compañero, sentí como agarraba parte de mi pelo de la nuca.

—Escúchame bien, Alissa.

No quise mirarle, centré mi mirada al frente y aguanté un quejido de dolor. Estaba apretando las uñas en la carne de esa zona de nuevo, al igual que cuando lo encontré tras asesinar a mi padre. Scott apretó sus manos en mis muslos, quizás para darme valor y fortaleza.

—No hagas ni el intento de huir, no te pienses que porque estemos en otro país; aquí no tenemos poder. Si huyes, si intentas escapar… cualquiera de los que ves ahí fuera —indicó y movió mi cabeza para que mirara por la ventana—. Cualquiera de ellos nos avisará o te matará con sus propias manos ¿Sabes por qué?

No contesté, el silencio fue mi ancla. Eso no impidió que le prestara atención. Mi enemigo resopló al ver que no le contestaba y apretó más fuerte las uñas en mi nuca. Provocó con ese gesto que gritara de dolor.

—No contestas, bien. ¿Por dónde iba Scott?

Respiré profundamente, mis costillas me dolían ho-rrores al estar inclinada hacia el costado de Nathan y noté como Scott se movía bajo mis piernas levemente.

—A qué si huye y la ven —dijo con un breve inciso, al hacerlo apretó su mano en la mía. Aquella que Nathan no podía ver—. Si la ven nos avisarán y la matarán, todos están pasando calamidades y nosotros somos los únicos que les proporcionamos comida, medicinas y dinero. Así que más vale que no huya, ¿verdad? O ellos mismos la entregarán o la matarán. ¿Lo has entendido, Alissa?

No reaccioné, analicé todo lo que Scott había dicho. Y eso provocó que Nathan volviera a resoplar y apretara de nuevo los dedos en mi nuca. Sentí como su uña se clavaba de nuevo y volvió a herir mi piel.

—Para, malnacido.

La sonrisa de mi enemigo inundó ese congelado y oscuro coche militar. Me acercó más hacia él y estampó su boca en mi oído, no susurró. Solo quería que sintiera su aliento hasta en la punta de mis pies. Quizás para instaurar el miedo incluso en mi propia alma.

—Ese sufrimiento tuyo… es exquisito, Alissa. Has escuchado a Scott, ¿verdad?

No contesté.

—¿¡Verdad!? —volvió a tirar de mi cuerpo hacia él. Aguanté un gemido de dolor por mis costillas.

Asentí rápidamente para que dejara de insistir y me soltara de una vez por todas. Y lo hizo al segundo de ver mi gesto, estampándome casi contra la ventana de donde Scott y yo estábamos aún sentados.

Nathan abrió la puerta del vehículo y bajó de este de un salto. Sin duda, estaba ágil, tenía fuerza y energía suficiente para acabar con mi vida en segundos. Algo había en él, en todos los militares que había visto esos días. Y era maldad. Era necesidad de hacer daño o el ímpetu de querer herir a alguien que ellos consideraban inferior. No eran militares únicamente, muchos de ellos tenían algo oscuro. Y Nathan siempre había sido así, incluso muchos años atrás. Siempre había sentido rabia u odio incontrolable hacía mí, lo podía sentir en cada poro de

mi piel cada vez que me observaba con esos ojos ne-gros teñidos de agresividad y oscuridad. Scott se movió bajo de mí sacándome de esos pensamientos y abrió la puerta.

—Alissa, tenemos que bajar con Nathan. ¿Podrás andar?

Asentí moviéndome con algo de rapidez, no tanta como ese malnacido, pero la suficiente para que no fuese sospechoso. Me agarré al borde de la puerta y con lentitud posé los pies en el suelo de esa bonita y tranquila ciudad.

—Sígueme en todo momento —murmuró justo antes de darme un empujón por el hombro.

Gruñí, no solo por la rabia si no porque no me esperaba ese gesto por su parte. Era algo tan irreal, tan confuso. Habíamos hecho el amor esa misma noche y ahora me llevaba como si fuese una reclusa.

En apenas segundos noté que no pasaba desapercibida entre los viandantes del lugar. Mujeres se agarraban de los brazos para cuchichear mientras me miraban, varios hombres me observaban de arriba abajo y algún niño se escondía entre los faldones de su madre para observar con curiosidad. Y bien es cierto que llevar ese vestido rojo, no era la forma ideal de no llamar la atención.

Scott volvió a empujarme, esta vez no con tanto ímpetu. Nathan abría paso en la plaza hasta llegar a la entrada de esa base militar. Ambos realizaron el saludo tan peculiar del ejército nazi y ni siquiera dieron explicaciones de mi presencia allí.

Lo que sí fue sorprendente es que, tras esa entrada de la base militar, me topé con la puerta de un edificio precioso. Esa instalación portátil exterior era simplemente una especie de guardia o carpa que tapaba parte de la entrada del edificio. En realidad, la base militar estaba en el interior. Y lo agradecí levemente, allí no hacía ni pizca de frío. De hecho, noté que era todo lo contrario; hacía incluso calor. Una temperatura que sentí al instante como me abrasaba. El interior olía a una mezcla de hollín, sudor y cierta acidez, como si alguien hubiese estado exprimiendo limones durante horas frente al fuego. ¿Tenía algún sentido? Ninguno.

Me percaté y no supe cómo, de un breve y extraño gesto que Nathan le hizo a su compañero y mi acompañante de viaje. Fruncí el ceño con confusión, quizás era el cansancio y la debilidad que sentía en mi cuerpo.

Scott seguía a mis espaldas y a Nathan lo perdí de vista rápidamente, aunque lo escuché vocear en una habitación colindante. Una entrada con moqueta marrón realmente sucia, paredes color crema y unas vigas enormes en el techo fueron lo primero que vislumbré de ese espacio. A la derecha había una sala desde donde podías escuchar los horribles sonidos de la voz de Nathan y otros militares. Llevaba varios segundos observando el lugar, realmente comedida y, sobre todo, confundida por mi presencia allí. ¿Qué objetivo tenía esa visita a ese cuartel improvisado?

El tacto firme y seguro de una mano agarrando la mía, me sobresaltó y centré la mirada al dueño de ella. Scott me miraba fijamente, lo vi dudar y tenía el rostro ensombrecido o quizás en tensión. No lo supe descifrar.

—Vamos, Alissa. Tienes que venir conmigo —indicó.

Quería que siguiera sus pasos. Giré mi rostro para buscar la presencia de alguien más en ese pasillo, pero no había nadie. Lo cual me alivió enormemente y no supe por qué, pero el amarre de Scott era lo único que me importaba.

No dije nada, no respondí. Ni dudé, ni negué.

Simplemente asentí con la cabeza y me dejé llevar por ese hombre que hacía que perdiera la razón y el sentido. Y que, a la vez, generaba una gran desconfianza en mí. Anduvimos varios pasos, yo siguiéndole los pasos que cada vez eran más rápidos.

—¿Dónde vamos? —pregunté sin alzar demasiado la voz.

—No hables, Alissa. Aquí las paredes tienen oídos, hazme caso por una vez en tu vida.

Quise reprochar porque llevaba todo ese viaje haciéndole caso y me causó enfado que pretendiera que pareciese lo contrario. Sin embargo, supe que ese momento no era el ideal para revelarme o mostrar mi carácter. Apreté mi mano como respuesta en la suya mientras avanzábamos por el largo pasillo de esa entrada. Parecía no acabar nunca.

Scott estaba nervioso, había una ansiedad en su comportamiento fuera de lo normal. Y era de las primeras veces que lo veía así. Estábamos casi al final del pasillo, este terminaba en un amplio arco que dividía esa zona y tras el cual podía ver claramente unas escaleras que bajaban hasta posiblemente un sótano o salida trasera. Intenté fijarme en algún detalle, pero mi vista se nubló al escuchar una voz grave, dura y horrorosa detrás de nosotros.

—¡Scott!

Nathan estaba a nuestra espalda, justo al comienzo del pasillo. No tuve que girarme para comprobar que se trataba de él, mi cuerpo lo había reconocido de inmediato. Y supe que los siguientes acontecimientos no serían nada agradables, lo sentí en cada poro de mi piel y en como Scott había casi estrangulado los dedos de mi mano al escucharle. Mi acompañante cambió su postura de inmediato, tiró de mi mano con fuerza y se giró con una sonrisa amplia en el rostro.

—Todo controlado, Nathan.

Nathan me observó de nuevo con odio y una sonrisa amplia de satisfacción. Tragué saliva, esos ojos causaban que mi cuerpo dejara de respirar y me recordaban siempre a papá en el interior de nuestro armario.

—A la derecha, la primera puerta Scott. Se lo va a pasar en grande.

Miré a Scott confundida, no entendía nada.

—¿Qué?

Él agarró mi brazo con más fuerza de la normal, incluso sentí que me hacía daño e intenté soltarme.

—Vamos, Alissa. Mueve el culo —dijo con acidez.

Lo fulminé con la mirada y escuché como Nathan soltaba una carcajada. No iba a marcharse hasta que mi compañero terminara lo que le había encomendado.

—¡Scott! ¡¿Dónde me llevas?! ¡Suéltame!

Intenté soltarme de su amarre mientras me arrastraba por los pocos metros que quedaban para pasar por debajo de ese arco. Pero sabía que no habría forma de soltarme. Era imposible que físicamente pudiera competir con Scott, ni ahora ni en mil años.

—¡Eso es, Scott! ¡Haz que grite! Será música para nuestros oídos.

Giré mi rostro hacia Nathan mientras él tiraba de mí y lo miré con asco.

—¡Cállate, malnacido!

Él me observó con furia y cambió su gesto, lo vi cambiar de pose para comenzar a moverse hacia mí. Y mi cuerpo se heló ante la idea de que volviera a hacerme daño. Su compañero se adelantó e intervino.

—¡Nathan! Déjame a mí hacerla callar de una maldita vez — dijo esto último con cierto reproche. Quería que me callara, quizás por mi bien o eso quise pensar.

Este se quedó quieto finalmente y Scott volvió a tirar de mí una vez ya estábamos en el pasillo. La luz de la entrada desapareció y ante mí había un corredor oscuro y con un olor a

ácido cada vez más fuerte. Scott volvió a apretar su mano en mi brazo.

—Lo siento mucho, Alissa. No sabes cuánto.

—¿Qué? ¿Qué dices?

Su mano tiró de mí hasta colocarme delante de su cuerpo frente a una puerta. Observé la madera y pude ver como en el borde del marco había varias manchas de sangre. Mi cuerpo se heló al instante e intente girarme hacía él.

—¿Scott? No…

—Aguanta todo lo que puedas, Alissa. Por favor, prometo sacarte de aquí, juro que lo haré por lo que más quiero en mi vida—murmuró detrás de mi nuca.

En ese mismo instante, su mano abrió la puerta marrón que tenía frente a mí y un olor insoportable se adentró en mis fosas nasales. Me estómago se revolvió al instante de sentir ese hedor a putrefacción y acidez. Por eso había tenido esa sensación al entrar, ahora lo comprendía. Tras ella apenas podía ver nada, estaba realmente oscuro, pero hubo un detalle que me aclaró rápidamente lo que pretendía Nathan con ese acto de Scott. Ese lugar estaba lleno de cadáveres, no uno, ni dos. Probablemente más de cinco. Una pierna inerte se veía donde la luz se posaba levemente.

—No, no. Scott, no puedes hacerme esto.

Intenté empujar mi cuerpo hacia atrás.

—Alissa…

—¡No! ¡Alissa, no! Por favor, Scott —me giré como pude a pesar de que él intentó que no lo hiciera. Observé su rostro mientras mis lágrimas caían por mis mejillas— No, no puedes meterme ahí. No lo podré soportar.

Los ojos azabaches más bonitos del mundo ahora estaban oscurecidos de dolor y lágrimas. Y no me conmovió en absoluto, no en esa situación.

—No puedo hacer nada, Alissa. Ojalá pudiera evitarlo, pero no puedo. Te sacaré, te lo prometo —susurró en tensión.

Había dejado de empujarme, sus brazos estaban lánguidos sobre los costados de su cuerpo y supe que estaba derrotado. Pero no me importó. No podía hacerme esto, si pretendía que después de ese acto, mi corazón y mi alma siguieran con él; estaba muy equivocado.

—No lo hagas, Scott. Por favor, te lo ruego.

Agarré su camisa por la zona del pecho con fuerza.

—Si no entras, nos matarán a los dos y no podré ponerte a salvo —murmuró agarrando mis puños para soltar mi amarre. Miró hacia atrás para comprobar si había alguien y se tensó de nuevo—. Vamos, entra.

Intenté soltar el agarre de sus manos, negué con la cabeza llorando desconsoladamente. No podría sopor-tarlo.

—¡No! No pienso entrar, no voy a entrar Scott.

—No me hagas hacerlo a mí, Alissa.

—No serás capaz…

Mis ojos se encontraron con los suyos, derrotados y sin vida. Apenas podía ver su rostro tras las lágrimas. No sería capaz de soportar estar ahí en la oscuridad.

—Perdóname, Alissa. Perdóname de verdad.

Sus manos hicieron fuerza en las mías y tiró de ellas para mover mi cuerpo bajo el marco de esa puerta. Intenté forcejear con la poca fuerza que sentía.

—¡No! ¡No lo hagas, por favor!

Lloraba desconsolada, por la rabia, por el miedo, por la injusticia de tener que vivir eso. Y por saber que la persona que más quería era la que me traicionaba.

De nuevo…

—Perdóname —indicó tras volver a empujar mi cuerpo. Esta vez lo hizo con rapidez, no me dio tiempo a reaccionar ni a darme cuenta de que ya no tenía escapatoria de ese oscuro infierno. La puerta se cerró delante de mis narices y solté un alarido de dolor.

—¡Scott! ¡Abre!! ¡Ábreme! ¡Te lo ruego! —grité con todas mis fuerzas.

Aporreé la puerta seguidas veces mientras mis fosas nasales se impregnaban del olor más desagradable que había sentido jamás y mientras mis lágrimas caían por mis mejillas desbordadas. No quería moverme, no podía. Sentía que si lo hacía encontraría y tocaría cuerpos sin vida, no podría soportarlo. No podría sobrevivir a eso. Y en realidad, no sabía que en ese momento había dejado de vivir para siempre. Mi corazón, mi alma y mi espíritu estaban marchitos porque él había provocado eso en mí. Jamás podría volver a mirarle a la cara sin sentir esa oscuridad de ese cuarto en mi interior.

Scott me había dado luz, me había hecho creer en el amor y en una vida juntos. Y ahora mismo, incluso si tenía que elegir entre irme con papá o con él, elegiría lo primero. Aunque eso significara dejar de respirar y, por consiguiente, de existir.

# Capítulo 14
# Oscuridad

Había perdido la noción del tiempo. Ni siquiera me importaba si eran minutos, horas, quizás incluso días. No sentía ni un ápice de emociones en ese instante.

Los momentos de lloros desconsolados en ese oscuro cuarto pasaron por diversas fases. Cuando Scott cerró la puerta delante de mí, estuve aporreándola y gritando hasta que mi voz se quebró y mis lágrimas se secaron. No me giré, no quería moverme ni un centímetro de donde estaba. La siguiente fase fue apoyar la frente en la puerta, aún plantada frente a ella y no abrir los ojos en ningún momento. Cómo si pudiera ver algo en realidad.

Cuando recordaba que en el mundo podía haber humanidad, aunque realmente tenía dudas de esa afirmación, aporreaba la puerta varias veces. Era un acto de desesperación o esperanza. Puede que, si algún alma bondadosa vivía o pasaba por esa puerta, me dejaría salir. Pero en el fondo de mi corazón, sabía que eso no iba a suceder.

Y en ese instante me encontraba ya derrotada. Mis piernas y mi cuerpo temblaban de agotamiento físico, tanto por el dolor de mis heridas como de mi espíritu. Eso provocó que no pudiera soportar estar más así y con la mayor lentitud posible y un miedo atroz, bajé mis rodillas hasta el suelo y volví a apoyar la frente en la puerta. Respirando, sobreviviendo. Como si estuviese castigada contra ese trozo de madera. Era la única forma de no acabar en un ataque de pánico, el cual me sorprendía no haber sufrido en el mismo instante que esa puerta se había cerrado.

Mi estado de ánimo era tan apático que no me había parado a pensar que podía acabar como las personas que compartían esa oscuridad conmigo. Quizás entraron con vida y los dejaron morir. Quizás los mataron antes y los encerraron quién sabe porque razón. Y lo más sorpren-dente es que me daba igual. No me importaba si me mataban, si me dejaban ahí por el resto de mis días. Ya no había nada a lo que aferrarme.

Mi corazón estaba helado, destrozado. Pero mi mente seguía muy viva, tanto que viajó al pasado inexplicablemente.

*Una noche de noviembre tiempo atrás, mamá estaba terminado de limpiar toda la pila de cubiertos y platos utilizados después de que hubiésemos comido estofado en nuestra pequeña mesa de madera del salón. Estaba asustada, nerviosa. Según nos había dicho, la madre de Scott y ella habían tenido un pequeño enfrentamiento en la plaza del mercado. Helga Bader era todo lo contrario a mamá. Elegancia sofisticada, adinerada, siempre vestida con ropajes caros y zapatos bonitos y de muy buena calidad. Mi madre, sin embargo, era sencilla, honesta como la que más y no necesitaba vestir bien para ser elegante. Tenía la esencia pura de la elegancia sin necesidad de llevar un vestido costoso.*

*Y en realidad, se llevaban genial. Nunca habían tenido problemas hasta esa mañana*

*cuando ambas se encontraron en el mercado. Según mamá, había sido una conversación «tonta» sobre política y no debíamos preocuparnos en demasía. Pero la notaba nerviosa, mucho. Intenté tranquili-zarla, lo máximo que pude.*

*—Mamá, no te preocupes. Nosotros vamos a la zapatería, terminamos los pocos zapatos que quedan por a-rreglar y volvemos. Estamos aquí en un periquete, como tú dices —sonreí para tranquilizarla.*

*Ella se secaba sus manos en el trapo de la cocina mientras me miraba con pena y preocupación. Estaba ojerosa y algo pálida. No comprendía que una simple discusión fuese el motivo de su desencajado rostro.*

*—No sé, Alissa. No creo que sea buena idea que os vayáis, tampoco creo que pase nada si no abrís hoy, ¿no?*

*Me sorprendió escuchar esas palabras. Nunca habíamos cerrado la tienda antes, no entendía de donde provenía esa preocupación y miedo tan intensos.*

*—¿Acabo de escuchar bien, cariño?*

*Papá pasó por mi lado tras revolverme levemente el pelo y sonrió a mamá. La abrazó con fuerza y besó su frente con suavidad hasta que hizo que la mirara.*

*—Mijael, no me siento bien.*

*—Ah no, no. No me chantajees, sabes que por ti lo que sea cariño. Pero no puedo no abrir, Marta. Hay varios pedidos pendientes y necesitamos que nos paguen, ¿recuerdas?*

*La pesada y apenada mirada de mi madre le dio la razón. Papá besó sus labios con suavidad y acarició sus mejillas mientras yo los miraba embelesada en medio del salón.*

*—¿Nos podemos ir ya papá? Mamá ya tiene suficientes besos, ¿no crees?*

*Mijael se giró con cierta diversión para observarme y sonreí con las mejillas algo sonrojadas. Me gustaba verlos así, pero sí era cierto que tenía una debilidad enorme por papá y a veces cuando los veía tan acaramelados, yo también quería recibir cariño por su parte. Era algo innato, desde bien pequeña.*

*—¡Papá! —grité sorprendida cuando me vi envuelta entre sus brazos y noté varios besos con pedorreta en mi mejilla, a la vez que me hacía cosquillas—. ¡Para, papá!*

*Me soltó cuando vio que no podía soportar más las cosquillas y me giré para despedirme de mamá antes de irnos. Nos miraba sonriendo, mucho más tranquila y con un amor incondicional en los ojos. Sin duda, ese pequeño momento había hecho que se sintiera mejor.*

*—Anda iros ya, por favor llevad mucho cuidado.*

*—Sí, mamá —asentí sonriendo antes de darle un beso en la mejilla y agarrar el pomo de la puerta.*

*Segundos antes de salir, papá volvió a besar sus labios de nuevo con algo más de intensidad y la dejamos en esa pequeña y modesta cocina. Ambos bajamos las viejas esca-leras del edificio hasta la salida de la calle y Mijael pasó su brazo por mis delgados y pequeños hombros. Era un gesto que solía hacer de vez en cuando y que a mí me fascinaba, me sentía segura y feliz a su lado. Como si nada malo pu-diera ocurrir.*

*—Papá, mamá está demasiado nerviosa, ¿no?*

*Él me miró con una pesadumbre distinta, como si él tampoco comprendiera lo que ocurría del todo. Pero sonrió rápidamente, no quería preocuparme.*

*—No te preocupes, Alissa. Ya sabes que tu madre se preocupa demasiado por todo y le da más importancia a las cosas que otras personas.*

*Sí, mamá era así. Yo también, era una herencia poco aconsejable.*

*—Tienes razón, ojalá esté más tranquila cuando volvamos.*

*«No sabes cuánto», pensó mi cerebro mientras recordaba esos momentos.*

*—Seguro que sí, pequeña. Vamos que tengo mucho trabajo y una pequeña ayudante que me va a estorbar mucho hoy —contestó divertido apretándome contra su cuerpo cuando ya habíamos llegado a la puerta de la zapatería.*

*—¿Lo dices por mí?*

*Lo miré ofendida, pero sonriendo. Me encantaban las bromas que papá siempre hacía conmigo, era mi mejor amigo sin duda.*

*—¿Ves a alguien más por aquí?*

*Soltó una carcajada cuando le pellizqué en el costado levemente y abrió la puerta de nuestra amada zapatería. Nuestro refugio, nuestro sustento. El lugar en el que trabajábamos, pero también donde habíamos hablado de la vida, escuchado música e incluso contado chismes sobre los vecinos del barrio. Sin duda, el lugar más especial de todo Berlín. Nuestra zapatería, era nuestro hogar.*

Esa fue la última vez que vi o vimos a mamá. Y los últimos instantes que vi su rostro frente a mí estaba en la misma posición en la que me encontraba en ese cuarto. De rodillas, frente a ella. Su cuerpo yacía inerte en el salón esa noche de noviembre cuando volvimos de la zapatería. Mamá había muerto sola, sin un último abrazo o compañía. Y siempre había sentido que su fallecimiento no estaba claro. No solo fue inesperado, sino que además no se realizaron los análisis o estudios necesarios que nos justificaran su temprana muerte.

Irónicamente, también fue una noche fría de noviembre. Mamá se fue en uno de los meses más fríos y tristes del año, al igual que papá. Quizás era un motivo para creer que ahora estaban juntos. Y la verdad que sentía que muy pronto yo también estaría con ellos. Incluso pensé, ¿Qué vida me esperaba junto a esos malnacidos? A veces morir luchando es mejor que vivir y morir cada día un poco más.

Me sorprendí al sentir húmedas de nuevo mis mejillas. Había llorado mientras recordaba el último día de mamá en mi vida y ni siquiera lo había notado sobre mi piel. Me encontraba tan apática y tan en shock que no había sentido ese leve toque de la lágrima deslizándose por mis mejillas.

Unos golpes a lo lejos me sorprendieron, pero rápidamente cesaron. Y no tuve tiempo ni siquiera de ilusionarme o tener esperanza de que alguien abriera esa puerta y me ayudara a huir de ahí. Inspiré profundamente, asimilando de una vez por todas que nadie iba a ayudarme. Volví a apoyar la frente contra la puerta y di pequeños golpes seguidos en la vieja madera.

—Esto es insoportable, que acabe esto ya —susurré.

Volví a mover la cabeza para apartarla hacia atrás y cuando fui a apoyarla en la puerta de nuevo, mi cuerpo cayó levemente hacia adelante. La puerta había desaparecido, alguien la había abierto.

Ante mí tenía unas botas negras, unos pantalones militares arrugados y llenos de barro. Y estaba plantado frente a mí. No tenía energías para analizar quien podía ser o no ser. Apoyé las manos en el suelo para intentar levantarme, pero mi cuerpo estaba lánguido y no tenía energía ni siquiera para hacer ese pequeño movimiento. Los pies que tenía ante mí se movieron y mi respiración se cortó por unos segundos cuando vi que ese hombre se acuclillaba frente a mí. Alcé levemente la vista y vi unos muslos y rodillas que automáticamente reconocí. Y sentí rabia, dolor y angustia de ver al dueño de esas piernas.

—Alissa…

Su mano agarró mi brazo para ayudarme, pero rápidamente me solté. Scott Bader estaba ante mí, una vez más. Sus ojos negros estaban llenos de preocupación y alivio al verme.

—No me toques —dije con acidez y seguridad.

Como pude, yo misma me puse en pie alejándome levemente de su cuerpo y lo miré una vez estábamos a la misma altura. Él dio un paso hacía mí y yo volví a adentrarme levemente en la oscuridad de ese cuarto.

—He dicho que no me toques, no te acerques a mí Scott.

Fijé mi mirada llena de resentimiento y dolor en la suya. Sus ojos negros mostraban preocupación y angustia. Al menos en eso estábamos en sintonía.

—Tienes que venir conmigo, tenemos unos minutos para poder salir de aquí. Pero si estás así tan esquiva, solo conseguirás que vuelvan a encerrarte —aseguró con seriedad. Sus ojos estaban clavados en los míos. Entrecerré mi mirada y solté una suave risa irónica. ¿De verdad tenía fuerzas para incluso reír? Incluso yo mis- ma me sorprendí de ese acto involuntario.

—Dirás, volverás a encerrarme.

Suspiró y volvió a dar un paso hacia mí.

—Alissa…

—¡No! No vuelvas ni a nombrarme, Scott. No puedo confiar en ti, ¿Quién dice que si me marcho contigo no volverás a encerrarme en un sitio incluso peor que este?

—De verdad, ¿crees que es el momento idóneo para ponerte orgullosa?

Abrí levemente la boca sorprendida por esa respuesta y apreté la mandíbula. Scott siempre conseguía descolocarme con sus acciones y palabras.

—¿Me estás hablando en serio o estás bromeando, Scott?

Volvió a dar un paso hacia mí, pero yo me quedé quieta. Quería huir de él, pero tampoco era tonta para volver a meterme en esa oscuridad atroz que tenía tras mi espalda.

—Estoy hablando totalmente en serio. Te dije que vendría a por ti y estoy aquí. He venido para sacarte de aquí, Alissa —aseguró con firmeza y exasperación—. Maldita sea, ¿puedes dejar de ser tan cabezota por un segundo y hacerme caso por una vez?

Esta vez fui yo la que dio un paso hacia su cuerpo, en tensión y con cierto temblor en las piernas al andar.

—¿Hacerte caso? —murmuré justo cuando la punta de mis pies rozaba la de los suyos y nuestros cuerpos estaban cerca. Intenté apartar la mirada de sus labios, pero fue en vano—. Llevo desde la noche del Astoria haciéndote caso. ¿Y qué he conseguido?

—Has conseguido salir del país y llegar a Rotterdam, eso has conseguido —murmuró casi en un susurro. Alzó su mano y retiró varias greñas de mi rostro—. ¿Acaso no era eso lo que te prometí?

Tenía toda la razón del mundo. ¿las formas habían sido idóneas? No, para nada. Pero ¿Qué podía esperar en una situación como esa? ¿Acaso en la guerra hay justicia o felicidad? No, no la hay. Nunca.

Agaché la cabeza, derrotada y sin palabras.

Sentí como Scott agarraba mi rostro y deslizó sus dedos por mis mejillas. Lo observé en tensión, tragando saliva al verlo tan cerca e intenté apartar la mirada de sus labios. Incluso odiándolo o queriendo hacerlo, no podía dejar de provocarme un cosquilleo incesante por todo el cuerpo.

—Alissa, sé que todo esto es un desastre. Sé que lo has pasado mal, no…—suspiró con

fuerza y apretó sus manos en mi rostro—. Mal no, muy mal. Horriblemente mal. Pero eres la mujer más fuerte que he conocido jamás.

—Scott, no….

Sentí que su cuerpo me engullía y se pegaba más a mí. Su espacio personal invadió el mío hasta sentir que respirábamos el mismo aire. Apretó sus dedos en mis mejillas y con lentitud, rozó su nariz con la mía lentamente sin dejar de mirar mis ojos. Respiraba con dificultad, ambos lo hacíamos. Tanto por el esfuerzo de esos días, como por estar tan cerca de él.

No me dejó impedirlo o que hablara, sabía que siempre tendría una palabra ante cualquier acto suyo. Siempre había sido así y, sin embargo, cuando sus ojos me miraban de esa forma, mi mundo se tambaleaba y dejaba de razonar por unos segundos.

Estando así, respirando el mismo aire y notando como rozaba sus labios con los míos con una lentitud pasmosa; solo así, todo desaparecía. No existía la guerra, ni la violencia, ni el dolor físico y emocional que sentía. No había militares violentos como Nathan que te hacían creer que el amor no podía existir. Nada de eso impor- taba cuando el chico del que había estado enamorada desde mi infancia estaba ante mí, absorbiendo el mismo aire que yo respiraba. Sus dedos apretaron con más fuerza mis mejillas, mi respiración se aceleró tanto que creía que inundaría el silencio de ese edificio. Mi pecho bajaba y subía, solo podía ver esos ojos negros que me traspasaban hasta el alma.

—No sabes como echo de menos besarte, Alissa —susurró instantes antes de apretar sus labios contra los míos con una suavidad y lentitud desesperante.

Ahogué un leve gruñido en su boca ante el gesto. Mi cuerpo se estremeció desde los pies hasta el recoveco más escondido de mi cuerpo. Quería no sentir eso, no deshacerme entre sus brazos o al sentirle tan cerca, pero Scott era mi flaqueza. Sin duda, me hacía más fuerte, pero también más débil. Revolvía todo en mi interior como un auténtico huracán.

Pareció darse cuenta de mi dualidad mental e intensificó levemente el beso hasta que su aliento se entrelazó con el mío. Sentí la humedad de su lengua y abrí mi boca para que nuestros labios jugaran a un juego más adulto, más atrevido. Gemí contra ella levemente y yo misma me sorprendí de ese gesto involuntario que solo él me provocaba.

Él respondió a mi gemido apretando los dedos en mis mejillas, como si quisiera que aun le dejara entrar más aún en mi boca. Más profundo, pero algo en mí cambió al notar mi reacción. ¿Qué estábamos haciendo? ¿Qué hacía besándome en ese edificio lleno de oscuridad?

Apreté las manos en su pecho para separarme, lo hice, pero no completamente. Scott agarró mis manos mientras respiraba agitadamente y me mantenía pegada a él. Inspiré profundamente varias veces para calmarme y justo cuando iba a apartarme o rechistar, su voz se coló en mi corazón y sus manos agarraron mis mejillas.

Lo miré fijamente con la respiración acelerada.

—Alissa, ha llegado el momento que te prometí. Prometí luchar hasta el último instante hasta ponerte a salvo, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —susurré casi sin voz observándole. Seguía mirando sus labios como si en el exterior de ese edificio y a muchos kilómetros de donde estábamos, no estuvieran asesinado a personas a sangre fría.

—Mírame, Alissa. Escúchame y hazlo hasta el final.

Alcé las cejas, confundida ante sus palabras y lo observé con cautela. Volvió a acariciar mis mejillas y su nariz se pegó a la mía, como si quisiera aspirar mi aliento.

—Te escucho…

—Bien, óyeme bien, preciosa. Cuando te suelte, cuando me separe de ti vas a seguir este pasillo mientras yo vigilo que nadie viene, ¿de acuerdo? Y cuando lo hagas, saldrás por la puerta que encontrarás al final del todo.

Mi mente empezó a trabajar a doscientos por cien, no comprendía nada.

—Scott, espera…

Intenté hacer que parara de hablar apretando mis manos en su pecho, pero él prosiguió serio, sin apartar sus manos de mi rostro.

—Justo cuando salgas, te encontrarás en una plaza pequeña frente a uno de los canales. Sigue el canal hacia tu izquierda, al final de todo ese camino, verás un enorme barco que zarpará dentro de veinte minutos. Cuando te acerques, debes preguntar por Diana Jansen.

Apretó más fuerte sus manos en mis mejillas, seguía sin entender toda esa información. Agarré sus manos con fuerza, toda la que pude y me aparté hacia atrás.

—Scott, ¿Qué estás diciendo? No puedo irme sola, no sé de qué hablas —suspiré cansada.

—Alissa, no hay tiempo para esto.

Volvió a agarrar mi rostro incluso después de que intentara apartarle y le diera un manotazo en una de sus manos.

—No. Déjame, Scott. No puedo irme sola, ese no era el plan.

El plan era irnos juntos, comenzar los dos una nueva vida.

Mis lágrimas se agolparon de nuevo en mis ojos y sentí que me faltaba el aire. Negué con la cabeza varias veces, no podía estar hablando en serio. El plan de tener una nueva vida nos incluía a los dos, no quería irme sola. Incluso después de todo lo que él había hecho y el daño provocado, seguía ansiando ese futuro juntos. Por muy loco que pareciese.

Scott apretó su ancha mandíbula y pude comprobar como sus ojos también estaban empañados en lágrimas.

Dio un paso hacia mí, angustiado.

—Alissa, no puedo ir contigo. Si me marcho ahora, sospecharán y nos matarán a los dos, ¿entiendes? Si me quedo, ellos pensarán que sigues encerrada en ese cuarto y podrás escapar sin problemas.

Retrocedí sintiendo que me faltaba el aire, llorando de nuevo por esa decisión que él había tomado.

—No, no entiendo. No es posible, Scott —negué mirando al suelo. Alcé la vista llena de lágrimas y enfoqué mi mirada en su apenado rostro— Me prometiste que nos iríamos juntos.

Esta vez dio un paso más firme al escucharme y me apresó junto a la pared, volviendo a agarrar mi rostro. Con firmeza y decisión. Observé como una lágrima caía de su rostro.

—Y sigo prometiéndotelo. Te buscaré y tendremos una vida juntos fuera de Alemania, Alissa. Aunque sea lo último que haga en esta vida, ¿me oyes? —aseguró rozando su nariz de nuevo con la mía.

Lo miraba, lo escuchaba, pero sentía en lo más profundo de mi corazón que ese sería nuestro último aliento juntos. Era una despedida. Él también lo sentía así, sus lágrimas me lo confirmaban y sus ojos ensombrecidos lo reafirmaban. No podía hacer otra cosa que darle esa confianza que sabía que él necesitaba en esos momentos, aunque sintiera en lo más profundo de mi corazón, que nunca más volvería a ver los ojos negros más bonitos de todo Berlín.

—Encuéntrame, por favor. Llevo toda la vida buscándote sin encontrarte, sin que fuese

nuestro momento. Y ahora que lo he hecho, no quiero perderte, Scott. Por nada del mundo —aseguré mientras le miraba a los ojos.

El tiempo corría, Nathan podía llegar en cualquier momento y sentí un pánico atroz porque nos encontrara a los dos. Sin embargo, Scott no parecía tener en cuenta esto último. Mis palabras hicieron que su mirada se iluminara brevemente, como si entre ese negro tan profundo, aparecieran pequeñas motitas verdes llenándolo de ilusión y esperanza.

—Te prometo que te encontraré. Aunque me cueste el aliento, aunque pierda la fuerza y la esperanza en el proceso… juro que te encontraré, Alissa. Y cuando lo haga, no te dejaré escapar ni un día más —aseguró con firmeza mientras mis ojos volvían a derramar incontables lágrimas. Incluso sentía que la parte superior de mi vestido estaba empapado de ellas—. Y me pasaré el resto de mis días resarciéndome de mis errores y luchando por ver tu sonrisa en cada despertar. Te lo juro, Alissa. ¿Confías en mí?

Mis ojos ya no eran lágrimas, eran un mar. Un mar porque sabía que esas palabras de Scott las iba a tener clavadas en lo más profundo de mi alma. Lo observé llorando, sollozando incluso. Sentía que mi pecho bajaba y subía con una rapidez insoportable.

Y supe que, si ese era el último instante en el que lo veía, solo quería hacer una cosa.

—Confío en ti, Scott. Incluso después de todo lo ocurrido confío más en ti que en mi misma, maldita sea —aseguré llorando y acercé mis labios a los suyos, alzándome sobre mis pies.

Sentí el salado de mis lágrimas en ese beso, saboreé hasta el último detalle de sus labios y noté como Scott me alzaba levemente por las caderas para que no me costara tanto besarle. Sollocé, lloré, gemí, sonreí, sentí.

Quería atesorar lo que Scott me hacía sentir porque sabía que nadie jamás sería capaz de igualar lo que él provocaba en mi cuerpo, en mi corazón.

Alcé los ojos, apenas los veía bien tras las lágrimas. Lo observé en silencio, sin mediar palabra.

Su oscuridad me observó.

Mi inocencia le miró atenta.

Di un paso hacia atrás y giré mi rostro hacia el fondo de ese pasillo. Nunca antes una puerta vieja de madera había provocado tanto pavor y esperanza en mí.

No quise mirarle, no podía hacerlo. Di un paso girándome hacia esa salida del edificio.

Un paso.

Dos pasos. Lágrimas. Tres pasos, más lágrimas.

Cuatro pasos, más y más lágrimas.

Agarré el pomo de la puerta, cerré los ojos preparándome ante lo que me iba a encontrar.

Tiré de ella y escuché un breve crujido en la otra punta del pasillo. Scott vigilaba que mi huida fuese satisfactoria.

Sabor salado, ojos cerrados y una puerta abierta.

Ante mí se antepuso un horizonte nuevo, aterrador y solitario. Esta vez Scott no iba conmigo, pero en mi corazón, siempre lo estaría.

# Capítulo 15
# Kindertransport

Había escuchado historias de navegantes que se hundían en el mar y no llegaban a tierra. Marineros que perdían la vida por llegar a un nuevo país que les diera mejores oportunidades que en el suyo. Y por desgracia, la mayoría de esas historias, casi siempre, venían de ese canal que separaba los países del norte con Reino Unido. Cuando leía o escuchaba en la radio esas historias, siempre ha-blaban de barcos que zarpaban esas aguas, pero jamás me hubiese imaginado la inmensidad de esas inertes cria-turas que transportaban a decenas o centenares de personas a la vez.

Una señora pasó por mi lado y se quedó mirándome. No la juzgaba, en realidad estaba hecha un verdadero desastre. Ya no hablaba de mi vestido que estaba destrozado, manchado y olía asquerosamente mal. Hablaba de mi rostro, de mis ojos, mis labios, mi cuello. Todos empapados por lágrimas que seguían cayendo y cayendo sin fin.

Los primeros pasos que di al salir de ese edificio fueron muy confusos. La luz fue cegadora, tanto que incluso me dolió físicamente y los rayos de sol se incrus-taron en mi cabeza provocándome una jaqueca inme-diata. Me encontré ante una plaza pequeña con un suelo lleno de piedras y que necesitaba un arreglo inminente. Varios transeúntes pasaron y me vieron allí, plantada y completamente desecha en lágrimas. Parecía una auténtica damisela en apuros de esas que aparecían en las novelas que leía meses atrás. Pero eso no era ficción, no era un cuento inventado con final feliz. Eso lo tenía más que claro.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

Una mujer regordeta hizo que saliera de mis pensamientos y retrospección. Centré mi empapada mirada en ella.

—Sí, sí. Estoy bien.

No supe que más decir.

—No tiene buen aspecto, señorita —insistió.

Mi mirada fue más dura esta vez al observarla, no quería ser descubierta, y llamar la atención de esa mujer podía hacer que no pudiera ni siquiera salir de esa plaza. Esa era la señal que me había hecho acelerar mis do-lorosos pasos hacia el canal y avanzar junto a él hacia el barco que me había indicado Scott. Si esa señora insistía o algún militar la escuchaba por casualidad, nunca podría llegar a esa embarcación. Era mi única y solitaria oportunidad para salir de allí y alejarme lo máximo posible de esos malnacidos. Y así me encontraba ahora, avanzando por ese canal a paso rápido, pero con un dolor demasiado agudo en los pies y, sobre todo, en mi costado gracias a la contusión enorme que tenía en la zona de mis costillas.

Al avanzar, cada vez veía con más claridad ese barco que antes mencionaba. Y no me

parecía un barco, en realidad. Sentía que era una ciudad andante. Quizás era mi ignorancia o mi falta de conocimiento sobre embarcaciones, pero juraría que ese barco era más grande que toda la calle donde vivíamos en el Mitte.

Suspiré al recordar ese pequeño detalle y apreté mis manos en el vestido rojo. No podía derrumbarme, no sabía de donde sacaba ya las fuerzas, pero sin duda, no iba a ser ese momento en el que me rendiría. Justo cuando tenía una esperanza ante mis anhelos. El dolor y el duelo deberían esperar. A cada paso que daba, la embarcación parecía aun más enorme. Me sorprendió algo y no lo hizo brevemente, sino que incluso me quedé paralizada observando esa escena.

Ante mí tenía un barco enorme sobre el canal. Era un día soleado, mucho diría yo. Y solo podía oír una cosa.

Risas.

Eran risas de niños, de decenas o, mejor dicho, centenares de niños.

Mis pies se quedaron pegados con cola al empedrado suelo. Frunciendo el ceño o estupefacta ante esa estampa tan surrealista. Junto al embarcadero había perfectamente….

Cincuenta, cincuenta y uno, setenta, setenta y ocho. Más de cien niños de todas las edades.

Allí, ante mí. Sonriendo, riendo y otros llorando, aunque eran los que menos.

¿Estaba teniendo una ensoñación? ¿Era ese un barco infantil? Creería a ciencia cierta que ese concepto no existía. ¿Qué adulto en su sano juicio dejaría que sus niños viajaran solos en un barco sin supervisión?

Respiré hondo. Analicé la estampa que tenía ante mí y comencé a ver números en las chaquetas de esos pequeños. 21, 63, 92, 97, 106….

Y entonces lo comprendí.

Lo entendí y mi corazón volvió a hacerse añicos.

Todos esos niños estaban siendo llevados a otro país porque probablemente sus padres habían fallecido en los enfrentamientos que se estaban dando en esa zona del continente. O quizás habían decidido que era el momento idóneo para que se pusieran a salvo. Como Scott había querido hacer conmigo.

Sentí alivio, tristeza, amargura, esperanza. Fueron tantas las emociones que no me percaté de que los niños empezaban a subir al barco guiados por dos mujeres rubias, delgadas y con los rostros llenos de lágrimas contenidas. Era imposible disimular el dolor en sus ojos. Mientras los observaba a apenas cien metros, una duda y un desasosiego se instauró en mi cuerpo. ¿Qué hacía yo en ese lugar? Quizás Scott se había equivocado de embarcación porque yo, precisamente, una niña no era. Y allí no había niños que pasaran de los dieciséis años, como muy entrados en edad.

Los niños continuaban subiendo la madera que se-paraba el muelle de la embarcación. Los más de cien niños que antes estaban en el embarcadero, ahora se habían reducido a menos de veinte. No podía dudar más. Scott había creído en mí, en que era capaz de hacer esa locura y huir en ese barco lleno de esas inocentes criaturas. Pensé en su rostro ensombrecido, en sus ojos llenos de lágrimas y en como agarraba mis mejillas como si quisiera atesorar hasta el último hueco de mi piel.

Asentí, sabiendo que debía intentarlo. Por él.

—Vamos allá, Alissa. No te queda otra —murmuré.

Avancé mis pasos con firmeza. Apenas quedaban ya cinco niños en tierra firme y solo

quedaba una de las chicas supervisoras junto a la pasarela de madera. Tragué saliva y me acerqué, apretando mis manos con fuerza en el vestido mientras escuchaba como animaba con cariño a un niño de apenas cinco años para subir al barco.

—Perdone…

La chica se quedó algo descolocada y giró su rostro hacia mi voz. Estaba muy concentrada en su labor y no se había percatado de mi presencia.

—¿Señorita? ¿Está bien?

Carraspeé y estrujé la tela del vestido entre mis dedos.

—Sí, sí. Estoy bien, quería preguntarle algo.

Una niña pasó junto a nosotras y subió con torpeza por la pasarela con ayuda de esa mujer.

—Disculpe señorita, ahora no puedo hablar con Usted. Zarpamos en dos minutos.

Mi cuerpo se aceleró, dos minutos para el abismo o para seguir teniendo algo de esperanza.

—Entiendo, es un momento. De verdad —suspiré temblorosa y débil. ¿Dónde había quedado mi fortaleza anterior? Inspiré y finalmente dije lo que Scott me había encomendado— Pregunto por Diana Jansen.

El rostro de la joven se quedó paralizado por unos segundos y miró hacia los lados, como si lo que hubiese dicho fuese un agravio enorme. Acercó su cuerpo al mío levemente, seria y con cierto temor en el rostro.

—¿Diana Jansen? Señorita —suspiró levemente y volvió a retroceder para ayudar al penúltimo niño a subir al barco—. Creo que se ha equivocado, aquí no hay nadie con ese nombre.

La sorpresa y la derrota fueron evidentes en mi rostro. Y supe que en cuanto esa mujer se marchara por la pasarela y el barco zarpara, me derrumbaría ahí mismo frente al canal. Sabía que esa era mi última oportunidad y ya no servía de nada.

—Oh, disculpe entonces. No quería molestarla, de verdad — dije tragando saliva y arrugando la nariz, un gesto que me aseguraba que el llanto posterior de dolor iba a ser desgarrador. Di varios pasos hacia atrás—. Que tengan buen viaje.

—Gracias, señorita.

Escuché detrás de mí.

En ese barco se marchaba mi única esperanza de poder escapar de todo el dolor sufrido y ahora, simplemente, no era ni siquiera una opción para mí. ¿Por qué Scott me había dicho que preguntara por ese nombre? ¿Volvía a ser una artimaña dolorosa para volver a ponerme a salvo más tarde? Comenzaba a estar exhausta de ese juego de antihéroe.

Mis pasos fueron muy lentos, casi a cámara lenta. Prefería no ver como ese barco zarpaba, aunque sabía que el ruido de esa inmensa embarcación sería impo-sible de evitar. Los ciudadanos o visitantes de la ciudad se quedaron parados frente a mí observando quizás como el barco comenzaba su recorrido hacia un nuevo país. Lleno de vidas inocentes y solitarias que sí me-recían una nueva oportunidad de ser felices o al menos, no sufrir las malditas injusticias que se estaban cometiendo en los alrededores.

—¡Señorita!

Sacudí la cabeza con confusión al oír de nuevo la voz de esa joven. Quizás me habían descubierto y los militares venían a por mí. Maldita sea, tenía que huir de allí. Comencé a mover mis pies, pero una mano femenina agarró mi brazo.

Me giré sorprendida y asustada a la vez.

—¿Qué quiere?

La chica tenía la respiración agitada, había corrido apenas unos metros para alcanzarme y tenía prisa.

—¿Quién le ha pedido que pregunte por Diana Jansen?

—¿Cómo? No comprendo.

La mujer soltó una exasperación.

—Necesito saberlo, el barco se va en un minuto.

Quizás no era buena idea nombrar a Scott, quizás si lo hacía las consecuencias para él serían nefastas. O puede que, si lo mencionaba, la que acabara peor sería yo. Pero ¿Qué podía hacer? ¿Acaso tenía otra opción? No tenía más cartas en la baraja.

Centré mi mirada en la chica que aún seguía aga-rrada a mi brazo y lo dije, con firmeza y observando sus marrones ojos al hacerlo.

—Scott Bader, él fue quien me indicó que preguntara por Diana Jansen.

Los ojos de esa mujer se llenaron de luz al escucharme. Fue instantáneo.

—¿Scott? ¿Scott está vivo?

La miré confundida, no entendía nada.

—Sí, claro que lo está. No entiendo….

—¡Ahora no, señorita! Venga, suba al barco o lo perderemos—afirmó mientras tiraba de mi mano con fuerza.

Mis pies reaccionaron con rapidez y torpeza, seguí como si me llevara la vida (en realidad era así) a esa joven y avanzamos con rapidez entre varios transeúntes hasta que, en los últimos segundos, alcanzamos la pasarela de madera. Di un salto, uno de los más enormes de mi vida. Y toqué con mis pies doloridos el suelo de ese barco. Tras nosotras, la pasarela de madera se levantó y ya no había una conexión directa con tierra firme.

El barco zarpaba.

Mi corazón se esperanzaba dolorido.

Una nueva etapa, una nueva vida.

Sabía que jamás sería completa, que incluso tras mi muerte buscaría a Scott en mis extintos sueños hasta encontrarlo.

# Capítulo 16
# Infierno navegante

Había perdido la cuenta de las veces que había vomitado. Quizás siete, o diez. No lo sabía. Por suerte, el vómito no era el motivo de que continuara haciéndolo. Mis líquidos internos caían por la borda de ese barco cada vez que los expulsaba. Y creía que justamente el mirar hacia abajo y ver el agua del mar en movimiento, era lo que hacía que siguiera vomitando sin parar.

Ni siquiera llevaba allí más de diez minutos, pero en el instante en el que el barco comenzó a moverse, mi cuerpo no pudo soportarlo y provocó en mí un malestar y mareo insoportable. Era como si mi eje no estuviera fijo y sintiera que el mundo se tambaleaba de forma constante.

Respiré profundamente tras volver a vomitar y con un trozo de tela que quedaba sobre el posa brazos del barco, limpié mi boca. Parecieron disiparse levemente las ganas de volver a hacerlo y me senté en el suelo de la cubierta. Apoyé la espalda en el costado del barco y cerré levemente los ojos.

—Tome señorita, quizás le asiente el estómago.

Abrí los ojos ante esa voz, era la mujer que me había permitido subir a ese barco. Sostenía una botella de color ocre que supuse sería agua.

Negué con la cabeza, si bebía o comía algo, sabía que acabaría de nuevo tirándolo por la borda. Sabía que lo necesitaba, llevaba muchas horas sin alimento y sin hidratación, pero estaba segura de que en ese momento no serviría de nada.

—No, gracias. Creo que mi estómago no lo toleraría.

Ella sonrió suavemente y asintió.

Acto seguido bebió de la botella e hizo un gesto extraño. No era agua, esa bebida llevaba alcohol o algo similar. Por suerte, no la había probado o hubiese sido peor el remedio que la enfermedad. Así me sentía, enferma completamente.

—Disculpe por beberlo, lo necesito para soportar el viaje—indicó con una suave sonrisa plantada frente a mí.

Y no la culpaba. La observé unos segundos en silencio, llevaba un vestido con tonos marrón que le llegaba hasta los gemelos. Estaba roto, manchado y sus pies estaban cubiertos de unos zapatos planos, marrones. Eran de piel, pero estaban realmente destrozados. Sin duda, esa mujer no lo había pasado nada bien.

Deslicé la mirada por la cubierta del barco. Los niños estaban agrupados por edades en distintas partes del barco. En la proa, estaban los que tenían más edad. Y en la parte de atrás, estaban los pequeños custodiados por la otra mujer que había visto en el muelle. Deduje, por tanto, que quien tenía frente a mí, se encargaba de los mayores y por eso se encontraba a mi

lado. Eran más independientes y podían cuidarse mejor entre ellos.

Me centré de nuevo en ella y en sus acciones. Y res-pondí ante su comentario con calma.

—No se preocupe, no tiene que ser nada fácil viajar en estos momentos y acompañando a todos esos niños.

Sus ojos se posaron en los míos y asintió con la cabeza.

Volvió a beber de forma breve de esa botella y su reacción facial fue la misma.

—No es nada fácil, señorita…

—Hershlag, Alissa Hershlag.

—Alissa, entonces —sonrió un poco más.

Sonreí breve e inexplicablemente, mi cuerpo pareció agradecer ese gesto porque me sentí un poco mejor.

—Yo soy Diana, aunque… —miró hacia los lados y volvió a girarse hacia mí—. Poca gente sabe que ese es mi nombre. Aquí me conocen como Greta, así que le rogaría que, por favor, me llame así. No quiero problemas y creo firmemente que sabe a qué tipo de problemas me refiero.

Asentí varias veces.

—Sí, claro. Por supuesto, no tendrá problemas conmigo Greta.

Ella sonrió cuando escuchó ese nombre en mi boca. Yo hice lo mismo brevemente. Pero seguía teniendo una duda. ¿De qué conocía Scott a esa mujer y por qué se había cambiado el nombre?

Su mente pareció pensar lo mismo.

—¿De qué conoce a Scott? —preguntó.

Tragué saliva levemente, no supe por qué, pero mis nervios se arremolinaron en mi estómago de nuevo.

—Es… mi vecino. Ha vivido siempre cerca de mi barrio.

¿Era eso en realidad?

No, sabía que no era solo eso. Scott Bader era mucho más. Era la sonrisa más bonita de Berlín y a la vez la oscuridad más tenebrosa a la que podías enfrentarte. Pero estando ahí, frente a esa mujer y sabiendo que ponía rumbo a otro país para ponerme a salvo, estuve segura de algo que mi padre ya me había dicho antes de morir. Tenía un corazón enorme y sí, había cometido actos horribles. Pero también habían sido necesarios para que mi cuerpo estuviera descansando en la cubierta de ese barco y de forma «privilegiada» pudiera huir con todos esos niños y esas dos mujeres que compartían la embarcación junto a mí.

—Espera…Eres Alissa, has dicho.

Fruncí el ceño centrándome en esa mujer. Se giró unos segundos para comprobar que los niños estaban bien y se sentó a mi lado. Su rostro parecía mostrar algún tipo de ilusión o emoción.

—Alissa Hershlag, vecina de Scott.

Volví a hacer el mismo gesto con la cabeza. ¿Qué le pasaba?

¿Por qué insistía con eso? La observé como si le hubiesen salido dos cabezas.

—Ya se lo he dicho antes…

—No me lo puedo creer —murmuró con cierta emoción. Su mano rozó suavemente mi brazo al posarse sobre él, pero mi miedo y tensión hizo que retirara esa parte de mi cuerpo de

ella.

—No la entiendo, Dia… Greta.

—Eres tú. Scott es amigo mío. Su familia y la mía… —su rostro cambió de color incluso al mencionar ese detalle—. Son, eran… no lo sé. Eran amigos o confidentes, no lo sé. Vivíamos en la misma calle y ambos odiábamos todo lo que estaba ocurriendo. También conoces a Emma y Nathan, ¿verdad?

Su tono bajó levemente al decir el último nombre. Palidecí al escucharlo en su boca o en la de cualquier otra persona. Era mi pesadilla, el miedo más atroz que podía sentir se instauró en mi cuerpo y ella lo comprendió al instante.

—Ese malnacido…Scott y yo siempre hemos acabado peleando con él por cuestiones políticas. Nos habló muchas veces de ti a Emma y a mí, ¿sabes? Cuando comenzaron a realizar los planes y conocimos lo que querían hacer, Scott me informó de todo y a través de varias asociaciones supe de la existencia de este plan para salvar a los niños.

Apoyó la cabeza en el costado del barco, la observé en silencio mientras ella miraba hacia todos los allí presentes. Y continué escuchándola.

—No quería que ellos sufrieran, ¿entiendes? Detrás de la organización principal, Scott y varios más estábamos planeando ayudar a quienes pudieran huir del país con ayuda de otros políticos que se negaban a lo que querían hacer los Nazis. No todos piensan como ellos. Él aseguró que haría lo posible para ayudar a familias o personas jóvenes que pudieran tener su futuro fuera de Alemania y yo, ayudé en los planes para salvar a los más pequeños.

—¿Vosotros dos solos?

—No, que va. Alissa, hay decenas o centenares de personas ayudando a otras para salvarse, creéme. No todos los ricos de Berlín o de familias pudientes somos nazis o compartimos los ideales del partido. Hay muchos que no pueden hacer nada o simplemente, están aterrorizados. Y los entiendo, de verdad —asintió con pesar y me miró—. Pero nosotros no somos así. Scott siempre ha sido justo y luchador, desde que era un niño.

Asentí con la cabeza, lo que Diana estaba diciendo era una verdad como un templo.

—¿Y cómo sabes sobre mí? —la observé aún con curiosidad.

Greta o, mejor dicho, Diana, sonrió de forma más amplia. Y mis mejillas se sonrojaron, sin motivo apa-rente.

—No había día que no te nombrara, Alissa.

—¿Cómo? —la miré con confusión—. No entiendo.

—Conoces la rabia de Nathan por ti, ¿verdad?

Tragué saliva y me tensé al escuchar esa afirmación.

—Sí, por desgracia la conozco, sí.

—Y por tus ojos, tu rostro y tu estado físico; creo que lo sabes muy bien. Pues Scott se ha pasado la vida defendiéndote a cada palabra malsonante que él pronunciaba sobre ti o tu familia. Cada día mencionaba algo sobre ti, alguna crítica, algún defecto de ti o sobre quienes vivíais en el Mitte; y él siempre, siempre… te ha defendido, os ha defendido con una pasión increíble, Alissa.

—Siempre nos ha tenido afecto a mi familia y a mí.

Sonrió al escucharme y se acomodó para observarme mejor. Tenía las piernas cruzadas como una niña mientras me observaba.

—Y no me dirás que antes de venir aquí y preguntar por mí, no te ha demostrado el gran afecto que tiene sobre ti, ¿no? —sonrió de forma más descarada e insinuante.

Me atraganté levemente con mi propia saliva y abrí los ojos sorprendida, sentí como mis mejillas se incendiaban.

—Pero…

—Pero ¿Qué Alissa? Scott ha estado y está enamorado de ti desde hace años.

La observé al decir aquello. Tragué saliva con dificultad, sabía lo que habíamos vivido, pero escucharlo en voz alta en la boca de otra persona era distinto.

—Me tiene afecto.

—¿Afecto? No, Alissa. No te tiene afecto. Te quiere con locura, ¿acaso crees que estarías aquí si solo te tuviera afecto o cariño?

Miré a mi alrededor y sopesé lo que decía por unos segundos.

También había ayudado a otras personas, que nos hubiésemos besado en varias ocasiones no significaba que él me amara tal y como yo lo hacía desde años atrás. Centré mi mirada en Diana y sonreí suavemente.

—Ha ayudado a otras personas, tú misma lo has dicho antes.

Ella sonrió con suavidad y señaló la cubierta del barco donde estaban todos los niños y su compañera.

—Ha ayudado a otras personas, sí Alissa. ¿Las ves aquí? ¿Ves a alguna de esas personas zarpando a otro país en este barco?

No me hizo falta mirar hacia ningún lado, sabía la respuesta.

Y mi corazón también.

Mis ojos se empañaron en el mismo instante que lo comprendí. Creía que Scott sentía algo por mí, afecto, cariño, atracción…. Pero escuchar a su amiga, a alguien que le conocía y que era conocedora de todo lo que había hecho para salvar a otras personas; eso me confirmó que Scott había sentido lo mismo que yo sentía desde que percibí su mirada y su protección desde hacía años.

Mis sueños tenían un protagonista, los personajes masculinos de las novelas que leía tenían su rostro. En mis planes de futuro solo estaba ese hombre con ojos negros y una sonrisa inmensa. Cuando soñaba con llevar a casa y presentar a papá a alguien, solo él me venía a la mente. No había nadie en la faz de la tierra que pudiera sustituir su presencia en mi corazón. Lo había conquistado todo a su alrededor, mi mundo, mis pasiones, mis miedos, mis esperanzas. Lo quería todo con él o con nadie.

Y saber eso ahí, en ese barco, zarpando por tierras profundas y desconocidas para mí y estando segura de que jamás volvería a verle, solo provocó una cosa en mí.

Una lágrima cayó por mi rostro seguida de otra. Diana cambió su rostro, creía que iba a alegrarme al saber eso, pero había conseguido todo lo contrario. Y no la culpaba a ella, me culpaba a mí, a nosotros por no habernos dado cuenta antes de eso. Por no haber sido capaces de decirnos lo que sentíamos, por perdernos incluso antes de encontrarnos.

Mi respiración comenzó a estar entrecortada, mis lágrimas se intensificaron y solté un gemido de dolor interno que no era comparable al dolor físico que sentía. Era un dolor sobrenatural, era una tortura a mi corazón ya muerto en vida. Torturado, fallecido, huérfano para siempre. Porque sabía en lo más hondo de mi alma que habíamos perdido la oportunidad de amarnos para el resto de la eternidad.

* * *

Diana sostuvo mi cuerpo durante minutos, horas… Y sorprendentemente yo me dejé hacer. No había podido soportar el dolor y me había derrumbado ahí, delante de una desconocida para mí. Y me había abrazado. Un abrazo, un acto de amor que llevaba tanto tiempo sin sentir. Incluso sentí o me percaté de que también había llorado. Quizás porque su corazón también echaba de menos a alguien o simplemente porque había empatizado conmigo. Fuese como fuese, ese abrazo supo a esperanza, a fraternidad, a seguridad.

Al cabo de unos minutos u horas, se incorporó dejándome lánguida sobre la cubierta del barco. Varios niños comenzaron a encontrarse mal y vomitaron como yo había hecho anteriormente. El mar parecía enfadado y se hacía notar en el movimiento que generaba en el barco. Los más pequeños también empezaron a sentirse mal, algunos ni se movían. Probablemente dormían o estaban agotados, otros se agarraban al costado del barco y vomitaban como podían. Lo observaba todo en silencio, sentada ahí. Ambas mujeres estaban exhaustas y no daban abasto, incluso vi como Diana se apoyaba en el posa brazos y vomitaba también. Era lógico, tanta gente haciendo lo mismo, era contagioso; por desgracia. Mi cuerpo se revolvió y sentí las ganas también de volver a tirar por mi boca los líquidos que retenía mi cuerpo, sin embargo, ya no había nada más que expulsar. Y esa fue la señal para que con una debilidad en los huesos y en el cuerpo incluso dolorosa, me levantara para ayu- dar a esas dos mujeres que no podían con tanto niño necesitado de ayuda y consuelo.

* * *

Sabía o creía saber que el recorrido en barco no iba a ser muy largo, pero para nosotras y los pequeños comenzaba a ser eterno. En varias ocasiones vi como desde el interior de la cabina del barco, salía uno de los oficiales y hablaba con Elena, así se llamaba la otra mujer encargada de cuidar de los niños.

Se miraban con cierto cariño, como si se conocieran. Mientras Diana ayudaba a uno de los niños a sentarse de nuevo en la cubierta tras haber vomitado, yo me quedé observando a esa pareja. Elena era morena, bajita y tenía una sonrisa amplia. Sin embargo, su rostro estaba lleno de sombras y una tristeza que no conocía. ¿Quién en su sano juicio no iba a estar triste en esa situación?

La mano del chico moreno que estaba ante ella y que supuse era parte de la tripulación, rozó la suya y ella la apartó. No lo sentí como si fuese un rechazo, fue más como si no quisiera que nadie se percatara de ese gesto. Sonreí suavemente y un suspiro escapó de mi boca al recordar de nuevo a Scott. ¿Sería así siempre? ¿Estaría toda la vida encontrándolo al mirar a otras parejas u otros hombres?

—Les he dicho que no se hablaran y míralos, no pueden evitarlo —murmuró Diana para mi sorpresa.

Giré mi rostro para mirarla y sonreí suavemente.

—Es afortunada, si pudiera…

—Si Scott estuviese aquí o te encontrara, no habría hueco que dejaría entre tú y él. Siempre ha sido un…

—Acaparador —afirmamos las dos a la vez.

Ambas soltamos una suave risa y uno de los niños que estaba sentado nos observó con extrañeza.

Mis mejillas se incendiaron levemente y centré mi mirada en la niña que estaba junto a mí y a la que le estaba ayudando a beber agua poco a poco. Los vómitos ya no eran constantes,

pero sí los lloros y la falta de comida y agua. Observé preocupada a Diana.

—Necesitan comer y descansar urgentemente —indiqué. Ella asintió y se sentó al lado de uno de los pequeños, sosteniendo su cabeza en sus piernas.

—Queda poco para llegar, pero llevan tanto tiempo escapando y huyendo que si no lo hacen pronto; tendremos que buscar ayuda cuando embarquemos en Harwich.

Alcé la mirada hacia Diana.

—¿Es ahí donde vamos?

—Sí, el gobierno británico ha asignado esa ciudad como destino para poder ponerles a salvo.

—¿Y qué ocurrirá con ellos? Son… —los observé con tristeza. Estaban solos y eran seres inocentes, muchos de ellos ni siquiera sabían leer o hablar incluso. Niños de dos, tres años que se encontraban en ese barco y se encontrarían con un futuro incierto y desconocido.

—No tienen a nadie, Alissa. El plan es que cuando lleguemos, el gobierno del país los llevará hasta Londres y se instalarán en casas de acogida, granjas u otros orfanatos. Nosotras nos quedaremos en Harwich para ayudar a los barcos que lleguen con otros niños.

Tragué saliva y miré los ojos azules del niño que tenía a mi lado. Un recuerdo rápido pasó por mi mente y vi a Ivann. Incluso se parecía a él, ese niño que había muerto en la estación Grunewald de Berlín. Ese pequeño no era Ivann, pero sus ojos de miedo y pánico se clavaron en mi corazón haciendo que sintiera lo mismo que en aquella horrible estación.

Miré a Diana con preocupación.

—Pero… ¿quién os asegura que estarán bien?

—Nadie puede asegurar nada, Alissa. Pero es mejor eso que estar en Berlín mientras destrozan sus casas, ¿no crees?

Miré a todos los niños que tenía alrededor y centré mi mirada en ella.

—Quiero ayudar.

—¿Cómo? —me observó sin entender.

—Cuando lleguemos a Inglaterra, quiero ayudaros.

Ella negó con la cabeza y se movió hasta quedar a mi lado.

—No puedes, Alissa. Tienes que marcharte lejos e incluso intentar huir del continente, es lo mejor para ti. Y para ellos, aunque no tienen esa opción, por desgracia.

Los observé y volví a centrar mi mirada en ella.

—No voy a ir a ninguna parte, quiero…

—¿Esperarle? —preguntó ella con una suave sonrisa.

Su mente había leído la mía de manera sorpresiva. No sabía que podía congeniar con alguien tan rápido, pero saber que Scott era amigo suyo y compartían los valores de justicia y ética, lo hacía todo más fácil.

Asentí con la cabeza observándole.

—Me quedaré con vosotras en Harwich, ayudándoos.

—Alissa… —su mano se posó en la mía y esta vez sus ojos se clavaron en los míos. Sabía a ciencia cierta lo que pretendía con esa mirada y ese gesto. Y esta vez no aparté el brazo ante su tacto—. Sabes que no va a volver, ¿verdad? Si Nathan ha descubierto que te ha ayudado o si ha huido y otro militar lo encuentra, no habrá tenido opción.

—Es fuerte y tozudo, lo conoces.

Intenté mentirme a mí misma, de nada servía.

—Es fuerte y le mueve la justicia. Tú estás a salvo, Alissa. Era lo único que le importaba y sabiendo eso, él estará satisfecho de haberlo conseguido.

Mi corazón se hizo trizas al escucharle. No. Scott tenía que luchar por encontrarme, esa era su promesa, esas habían sido las últimas palabras que había dicho antes de despedirnos.

—Pero….

—¿Qué, Alissa? —preguntó Diana comprensiva.

—Me lo prometió, Di... Greta —carraspeé para no romperme a llorar ahí mismo—. Prometió que me buscaría y tendríamos una nueva vida juntos.

Me observó con una suave sonrisa. Y no era una sonrisa de cariño, era un gesto de lástima. Volvió a posar su mano en mi brazo y esta vez sí separé este de su tacto. No me sentía bien, no quería que nadie sintiera lástima por mí.

—Alissa, sé que es duro. Pero mira a tu alrededor, mira a estos niños. ¿Crees que sus padres no les prometieron que los volverían a ver? —murmuró más bajo para que ninguno de ellos la escuchara. Tragué saliva centrando mi mirada en la suya y mis ojos se empaparon de lágrimas sin derramar—. Las promesas en situaciones así son un ancla a la que aferrarse. Pero si te aferras a ellas demasiado tiempo, acaban hundiéndote. Ten presente su promesa, pero no permitas que sus palabras te hundan, ¿vale?

Apreté la mandíbula para no llorar ahí mismo. Aguanté como pude las ganas de gritar y de derrumbarme delante de Diana que sorprendentemente había dicho una verdad como un templo. Miré a mi alrededor, todos estaban como yo, como nosotras. No conocía la situación de Diana y Elena, pero estaba segura de que también estaban solas como todos los pasajeros de ese barco.

No tenía derecho a enrabietarme o derrumbarme cuando a mi lado tenía decenas de personas inocentes que ni siquiera habían comenzado a vivir.

El miedo que tenía en Berlín cuando huía era enfrentarme a lo desconocido, a no saber qué sería de mí. Ahora tenía un objetivo, una labor encomiable que podía llevar a cabo para hacer algo de justicia por esos niños e intentar que su vida comenzara de nuevo. No pensaba hundirme, no lo hice cuando mi barrio se destruyó, cuando mi padre fue asesinado, cuando Ivann cayó desplomado ante mí, cuando me separaron de Scott y me dieron una paliza que creía haber muerto, cuando sentí la traición de él al unirse con el demonio de mis pesadillas en ese coche camino a Rotterdam o cuando sentí como me empujaba contra el cuarto más oscuro y tenebroso que jamás habría podido imaginar.

Si no me derrumbé entonces, no pensaba hacerlo ahora. No sabía si esa situación duraría mucho, pero si podía hacer que esos niños sonrieran, aunque fuese una vez más, para mí era suficiente.

A veces sonreírle a la muerte y a la destrucción, es la mejor arma posible.

# Capítulo 17

# Nueva vida

Harwich era bonito. Era un pueblo acogedor, con calles que parecían acabar siempre en el mar. Sus edificios bajos y de colores marrones le daban un toque rústico. Parecía como si el sol hubiese tostado las fachadas de las casas que lo veían esconderse tras el horizonte en cada atardecer. Me generaba una sensación de tranquilidad.

Desconocía si era por el hecho de llevar semanas sin ver un militar o un atisbo de violencia, pero me sentía bien en ese pequeño pueblecito. Además, la compañía de Elena y Diana había sido una grata sorpresa durante esas semanas. Y ayudar a los más de casi mil niños que habían llegado en barco junto a los que llegamos nosotras, era sin duda, sanador. Muchos de ellos nos abrazaban, otros lloraban cuando se separaban de nosotras y varios hombres del gobierno los trasladaban en tren hasta la capital del país. Pero sin duda, saber que al menos habían podido huir de las atrocidades que seguían cometiéndose en Alemania, era esperanzador.

Las tres vivíamos en una pequeña casa del puerto marítimo. Pequeña, con una sola habitación y un colchón para dormir que compartíamos entre Diana, Elena y yo. Si te asomabas a la pequeña ventana de madera, podías ver el mar y las embarcaciones constan- tes que llegaban al puerto de esa ciudad. Y la verdad, podía decir, que me sentía incluso como en casa realmente. No solo porque las dimensiones de la vivienda fueran pequeñas, que también. Pero habíamos construido en apenas dos semanas unos vínculos realmente fuertes. Así los sentía yo.

Diana era pura energía y alegría, siempre lograba que nuestros ánimos mejoraran con cualquier frase ingeniosa o rima malsonante. Parecía una niña pequeña, pero sabía que escondía una historia triste que por ahora no había querido compartir. Elena, sin embargo, era mucho más reservada y seria. Incluso al principio creía que sentía aprensión o rechazo hacia mí, pero con los días, su coraza había ido cayendo y comenzamos a sentirnos más cómodas. Ayudaba también que cada cierto día aparecía Daniel para visitarla. Había descubierto que era marinero y que ayudaba en el puerto con las embarcaciones que llegaban a ese pueblo al sur de Inglaterra.

Y nuestra rutina era incluso satisfactoria en comparación con todo lo que había vivido en mi querida Alemania. Nos despertábamos, desayunábamos lo poco que teníamos en la despensa y marchábamos hacia el puerto para realizar el seguimiento de los barcos que estaban por llegar. Si ese día llegaba algún barco, hacíamos de intermediarias y ayudábamos en ofrecer asistencia a los niños antes de que los trasladaran. Les dábamos de comer, agua, curábamos sus heridas o le dábamos ropa para que se sintieran un poco mejor al llegar a ese destino, desconocido para ellos. Cuando acabábamos de hacer el procedimiento, nos sentábamos en uno de los muros de piedra que separaban el paseo de la zona del puerto. Y cuando acababa el día,

ellas se marchaban y yo, de forma instintiva o quizás esperanzadora, andaba por el largo paseo empedrado hasta llegar al puerto marítimo y recorrer el muelle que se adentraba hacia el inmenso mar. Mis ojos se clavaban en el horizonte y esperaba durante horas hasta que el frío de la noche se imponía y me obligaba a marcharme.

Sabía por qué lo hacía. Ellas también.

Esa tarde repetí mi rutina y me incorporé del muro mientras las chicas me observaban más serias de lo normal.

—Alissa, no es bueno que sigas haciéndolo —indicó Diana.

—Vas a enfermar —afirmó Elena más seria.

Las observé alisando mi viejo vestido y cruzándome de brazos para protegerme de las ráfagas heladas de viento que solían hacer en esa zona. Las vecinas que vivían allí nos habían dejado ropa para cambiarnos y abrigarnos para poder estar más preparadas en el invierno. Todo el mundo era muy solidario en ese pequeño pueblo y era de agradecer.

Así mismo, también agradecí con una suave sonrisa la preocupación de mis compañeras e incluso ya amigas.

—Necesito hacerlo —murmuré observándolas. Ambas se miraron y volvieron a clavar sus ojos en mí.

—No va a volver, Alissa. Tienes que hacerte a la idea.

Los ojos de Elena se clavaron en los míos, no hablaba, pero tenía una mirada oscura como la noche, como él. Como Scott. Tragué saliva pensando en él y suspiré con seriedad.

—No sé cuánto tiempo estaremos aquí, no sé si volverá o no, pero pienso esperarle cada día. Él me salvó, estoy aquí por él sin realmente tener derecho a estarlo…

—Alissa… —intentó cortarme Diana.

—No, es la verdad. Soy una privilegiada, él me dio un futuro mejor. Ahora probablemente estaría muerta o en algún campo de trabajo, de esos que mencionan en la radio. Si no fuese por Scott, no podría tener la vida que tengo ahora. ¿Crees que es justo que me vaya a casa y me siente en el sofá mientras él puede que esté luchando por llegar hasta aquí?

Mis palabras eran dolorosas, no por el sentimiento o por la verdad, si no porque yo misma sabía que eso último que había dicho, era prácticamente imposible que pudiese ocurrir. Ambas me miraron y Diana, de nuevo, abrió la boca esta vez avanzando hacia mí. Esperé su negativa o su crítica a mis palabras.

Sorprendentemente, posó su mano en mi brazo.

—Ves, intenta que no se te haga demasiado tarde. Te prepararemos un chocolate caliente para cuando vuelvas —afirmó mirándome a los ojos con una suave sonrisa.

Se resignaba ante mis palabras. Y no la culpaba, era muy tozuda. Y sabían que iba a ser imposible di-suadirme. Murmuré un «gracias» con una suave sonrisa y marché a paso lento hacia el muelle que quedaba justo al final de ese paseo. Esa tarde, el cielo estaba distinto. Parecía que el sol quisiera quemarlo todo a su paso y las nubes tenían un tinte rojo que convertían esa estampa en una auténtica obra de arte. Mis pasos eran lentos, cansados después de todo el día. Pero por suerte, mi herida del pie ya estaba curándose y las costillas ya no dolían tanto cuando hacía cualquier movimiento. Si Scott me viese, estaba segura de que sonreiría como un auténtico caballero y estaría feliz de verme tan bien.

¿Estaría él también bien? ¿Habría escapado sano y salvo de Nathan? Recordar su nombre me revolvió el estómago. Sabía que si Scott no había llegado en ninguno de los barcos que habían atracado en Harwich esos días era porque algo malo había ocurrido. Lo sabía en el

fondo de mi corazón, aunque quisiera evitar esos pen- samientos. Sin embargo, no podía perder la esperanza de que algún día pisara ese muelle y su voz volviera a incrustarse en mi corazón para llenarlo de alegría y fortaleza.

Observé el final de ese muelle de madera en el que estaba plantada. Ante mí no había nada, solo la inmensidad de ese mar que había sido mi salvación. Los rayos de sol empezaban a desaparecer entre las olas y apenas quedaba luz. Y me sentí pequeña, diminuta ante esa inmensidad que se abría paso ante mí.

Un leve crujido sonó detrás de mí.

Me giré extrañada y también esperanzada. Creía en los finales felices, en los actos milagrosos. Pero cuando me giré, no vi nada.

Sería tan bonito que al girarme él estuviese ahí, plantado ante mí con esa sonrisa tan inmensa. Pero la vida no era así, no era una historia romántica escrita por una autora que creía en los sueños. Estaba viviendo la cruda realidad y en esa sabía que Scott ya no estaba entre nosotros. Algo en mi pecho lo confirmaba, presentía que algo así había ocurrido y aunque me pasara el resto de mi vida intentando averiguarlo, siempre tendría la esperanza de que su sonrisa apareciese en ese muelle en un pueblo al sur de Inglaterra.

* * *

Desde ese día en el que había escuchado ese crujido en el puerto, mis sentidos estaban en alerta y aún desconocía el motivo. Era como si mi cuerpo presin-tiera que algo malo iba a ocurrir.

Habían sido unos días agotadores. En apenas una semana, habían llegado más de seis barcos con probablemente más de dos mil niños. Bebés, niños pequeños, adolescentes. Todos ellos con sus necesidades. Las chicas y yo habíamos cambiado pañales, ropas sucias de vómito, orín y excrementos. Habíamos pre-parado centenares de comidas y no dábamos abasto para hacerlo a un buen ritmo. La tripulación y los marineros nos habían ayudado durante ese día, si no hubiese sido así, no habríamos podido con todo.

Me dolía hasta la simple acción de parpadear. Sentía agujas en los pies y los brazos me pesaban como si hubiese aguantado kilos y kilos durante horas. Y en realidad, era así. Cargar a más de veinte bebés, cuidar de niños de dos o tres años que apenas querían tocar el suelo con los pies o agarrar las garrafas de agua para dar de beber a todos ellos; era realmente agotador.

Cuando abrimos la puerta de casa, las tres hicimos lo mismo. Nos dejamos caer sobre el sofá al mismo tiempo y soltamos un suspiro de cansancio.

—Hoy ha sido horroroso —afirmó Diana.

—Necesito un baño, huelo a todo tipo de sustancias asquerosas. No lo soporto más —suspiró Elena antes de levantarse.

La observamos en silencio y se giró para mirarnos.

—Sí, lo siento. Sé que no tienen culpa de nada, pero estoy agotada. Hoy no puedo más, no me soporto ni a mí misma —afirmó disculpándose.

Sin decir nada más, se adentró en el baño para poder asearse y limpiar la suciedad que, como nosotras, llevaba en el cuerpo. Observé a Diana y sonreí suavemente.

—Dime que no vas a ir hoy —solicitó mirándome mientras se peinaba el pelo con las manos.

Giré el rostro para observar por la ventana. En realidad, era demasiado tarde y ya no había ni siquiera luz en la calle. Si iba al muelle a esas horas sería incluso tenebroso o

peligroso.

Suspiré apenada y triste por no ir.

—No, no voy a ir. Hoy descansaré y mañana volveré.

—Alissa…

—No voy a ir hoy, ¿no es suficiente? —intenté sonreír para que dejara de insistir en que no volviera al muelle como hacía todos los días.

—Vale, vale. Te vendrá bien descansar y estar tranquila.

Acto seguido se levantó y cuando Elena salió limpia del baño, fue su turno. En realidad, ni siquiera lo habíamos decidido que fuese así, pero ya era algo que hacíamos por rutina.

—Voy a preparar algo de cenar, casi no tenemos nada en la despensa, pero necesitamos reponer energías. Mañana creo que llegan otros dos barcos —suspiró Elena mientras se colocaba un delantal frente a los fogones de la cocina.

La observé aún en el sofá y me incorporé.

—Sea lo que sea, tenemos que comer o mañana no podremos aguantar entonces. Voy al dormitorio a por la ropa, me doy un baño cuando Diana salga —alcé la voz al decir esto último —. Y cenamos algo, lo que sea.

—¡Ya salgo! ¡No llevo ni cinco minutos! —gritó la acusada.

Ambas reímos ante el comentario de nuestra amiga y me adentré en el dormitorio para coger un vestido limpio. Aún no podía creer que tuviera más de cuatro vestidos. Sí, todos eran viejos y estaban cosidos por todos lados, pero al menos eran de una tela calentita y nos servían mucho para poder cambiarnos de ropa cada día. Había sido un gesto enorme por parte de los vecinos. Y no solo nos habían ayudado en eso. Al principio nos habían dado comida, incluso ahora seguían haciéndolo de vez en cuando. Nos dejaron estar en esa casa y también nos regalaron ropa de abrigo, zapatos y otros enseres que eran de gran utilidad para la situación en la que nos encontrábamos.

Coloqué la ropa encima de nuestra cama en común y me agaché para coger los zapatos limpios. Justo en ese instante escuché como alguien tocaba la puerta de la casa y sonreí. Daniel había llegado para ver a Elena antes de marcharse a dormir, lo hacía casi todas las noches.

Miré los zapatos y pensé en salir a saludar, pero preferí esperar a que se despidieran como realmente necesitaban.

—¡Alissa! ¡Te buscan!

Observé la habitación, miré a todos lados con cierta confusión, ¿me decía a mí? No entendía nada. ¿Quién podía buscarme a mí? No me moví, los zapatos cayeron al suelo de forma instantánea generando un sonido hueco y duro en el aire. Mi esperanza se avivó levemente en mi corazón.

—¿¡Alissa!? —la voz de Elena se coló por el lado de la puerta y asomó la cabeza sonriendo ampliamente—. Creo que es el militar que tanto esperabas. Es Scott.

—¿Có…Cómo? ¿Qué has dicho? —tartamudeé palideciendo al instante.

La miré como si detrás de ella hubiera ocho cabezas de extraterrestres o saliera un arcoíris de su rostro. No podía procesar lo que acababa de decir. ¿Scott? ¿Era Scott realmente? Mi pecho pasó de estar reteniendo el aire de los pulmones a hincharse y respirar con cierta dificultad, sonreí con ilusión y los ojos llenos de lágrimas. No podía ser cierto. Abrí la puerta con rapidez y fuerza. El mango de esta se estampó contra la pared.

No procesé bien lo que ocurría en el salón de nuestra humilde casa. A la izquierda la puerta del baño se abrió de golpe y salió Diana muy nerviosa con el pelo empapado por

el agua del baño.

La observé para después centrar mi mirada en las botas negras impolutas que teníamos ante nosotras. Subí mis ojos por sus piernas, su torso y respiré profundamente. Un grito de Diana rompió ese silencio y esa tensión que parecía haber inundado el salón. Y una risa sorda, vacía y llena de maldad se clavó en lo más hondo de mi ser.

—¡Elena! ¡No es Scott! ¡Cierra….la…! —gritó mi amiga con desesperación. No le dio tiempo a acabar la frase, yo seguía paralizada. Y el demonio de mis pesadillas siguió riéndose tras haber cerrado la puerta de nuestra casa.

—Sorpresa, señoritas.

Creí haber soltado un gemido de dolor físico al escuchar su voz en el interior de ese salón. No tuve tiempo de hacer otra cosa. Simplemente agarré la mano de Elena y la coloqué detrás de mí, estaba sorprendida y asustada a la vez. Era la única que no conocía a Nathan. El maldito hombre que había entrado en nuestra humilde y tranquila casa. Y que nada más con su presencia la había contaminado al instante de odio y repulsión.

Soltó una carcajada al ver lo que había hecho al intentar proteger a mi amiga.

—Nathan…—comenzó Diana.

—Cállate, maldita traidora —espetó girando su rostro que estaba fijo en mí hasta fulminarla con la mirada. Volvió a mirarme y sonrió con amplitud—. Alissa, Alissa. Volvemos a encontrarnos.

Volví a tragar saliva, intentaba procesar la imagen de verlo de nuevo ante mí. Estaba casi segura de que nunca volvería a ver su rostro y tenerlo ahí, confirmaba dos cosas. Que el odio siempre gana al amor y que Scott no volvería jamás a verme. Lo primero dolió, lo segundo, me destrozó el alma. Un alma a la que ya no le importaba nada y que ese individuo lo tenía igual de claro que yo.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes suficiente con matar a los inocentes en Alemania? ¿Tan valiosa soy para ti? —pregunté con acidez.

Mis amigas me miraron sorprendidas e intentaron moverse. Un movimiento rápido de Nathan y una nueva carcajada llena de odio las hizo frenarse en seco.

El malnacido había elevado su brazo y sujetaba una pistola no muy grande, pero suficiente para causar que mi cuerpo temblara. Me apuntó con firmeza y Diana gritó levemente ante el acto.

—¡No le hagas nada, Nathan!

—¡Qué te calles, traidora! No te mato porque prefiero gastar las balas que me quedan en el cuerpo de esta judía rastrera —dijo con amargura hasta clavar sus ojos en mí. Las señaló con la pistola— Moved el culo y sentaros en el sofá. No quiero ni que os mováis, al mínimo gesto, os meto una bala en la cabeza y mato a Alissa con mis propias manos. Ya sabéis.

Ambas se sentaron mientras yo seguía observando a Nathan, esta vez no tan tranquila y con mi cuerpo temblando por el cansancio del día, el miedo y el dolor de esa situación. Observé a Diana unos segundos y con un gesto en la cabeza, intenté que se relajaran levemente.

—¿Sabes qué, Alissa? Sí, fíjate si eres valiosa para mí, que he decidido venir hasta Harwich para matarte —dijo dando un paso hacía mí con la mirada llena de odio. No me moví ni un ápice, no quise ni siquiera pestañear—. Pensé… ¿qué más da si hago un paseo en barco relajado y vuelvo después de matar a la sucia y ras- trera judía que hizo que Scott nos traicionara?

Al escuchar esas palabras, vislumbré por el rabillo del ojo como Diana se posaba la mano en la boca y aho-gaba un leve llanto. Y mi cuerpo asimiló lo que eso significaba, escucharlo era

distinto que imaginarlo. Nathan había descubierto a Scott. Mis ojos se llenaron de lágrimas y retrocedí al comprobar como él avanzaba hacía mí.

—Scott es….

—Cállate, ni le nombres —dijo acercándose a mí de golpe, agarrando mi brazo con fuerza. Tanta que sentí que me clavaba los dedos casi en los mismos huesos—. Por tu culpa, Scott está muerto y he tenido que perder el tiempo en venir aquí para acabar lo que él realmente tenía que haber hecho.

—No está muerto, suéltame imbécil —intenté separarme de su amarre y negar lo que había dicho.

Su risa se clavó en mi cabeza como si fueran agujas.

—¿De verdad crees que no comprobaría que estaría muerto antes de venir a matarte? A los traidores hay que enseñarles el camino correcto, igual que haré con Diana y con otros como ellos. Pero ¿sabes qué? —agarró más fuerte mi brazo y me pegó a su cuerpo con fuerza para juntar su rostro con el mío—. A los culpables de que otros nos traicionen, no solos hay que matarlos físicamente, sino que tienen que aprender la lección antes de irse de este mundo.

No comprendí a qué se refería hasta que noté como impactaba su puño en mi estómago y me quedaba sin respiración al instante. Escuché como las chicas se movían y Nathan volvió a gritarles mientras yo me dejaba caer en el suelo de ese viejo salón.

—¡Quietas! Os meto una maldita bala en la cabeza y no solo eso, entro una por una en las casas del puerto y mato a cada una de las personas que están ayudando a salvar a esos malnacidos que llegan en los barcos, ¡¿entendido?! —alzó la voz con odio.

Centré mi mirada llorosa en las botas negras de Nathan que estaban ante mí mientras intentaba coger aire.

—¡¿Entendido?! —gritó de nuevo.

Mis amigas asintieron y no se movieron del sofá.

—Déjalos en paz a todos — murmuré casi sin voz.

La sonrisa de Nathan apareció ante mí al agacharse de cuclillas.

—¿Me das órdenes? ¿Tú a mí? Que ilusa eres, Alissa. Siempre lo has sido y te voy a demostrar de una vez por todas quien da las órdenes en este mundo, malnacida. ¡Andando!

Agarró mi pelo con fuerza e hizo que me incorporara gimiendo de dolor. Ese mismo gesto me recordó a los instantes en el que mi padre había muerto y lo encontré en mi apartamento regodeándose de haberlo asesinado. Intenté soltarme de su amarre, pero antes de que vol-viera a hacerlo, puso su arma en mi sien mientras con las manos me agarraba de los brazos y me llevaba hacia la puerta.

—Te vienes conmigo —aclaró con crudeza. Se giró levemente para mirar a mis amigas que observaban la escena, nerviosas. Elena lloraba y Diana me miraba a los ojos como si estuviese sorprendida por mi actitud—. Vosotras, si os movéis, si avisáis a alguien o impedís de alguna forma que mate a esta malnacida y la eche al mar para que se pudra en él; volveré tan solo para mataros a vosotras y a todos los vecinos de este maldito lugar. ¿Entendido?

Ambas asintieron, no querían arriesgarse. Y las entendí muy bien, ni siquiera se lo recriminé con la mi-rada. Simplemente intenté esbozar una suave sonrisa mientras las observaba y clavé los ojos en Diana, la persona con la que había compartido mis sentimientos en varias ocasiones y que estaba segura, sabía de mi dolor no solo físico, si no emocional en ese instante. Me despedí de ella con la mirada llena de gratitud, de espe-ranza y con el único anhelo de que no les sucediera nada cuando Nathan acabara conmigo.

—¡Andando!

La puerta se cerró tras de mí, más rápido de lo que me hubiese gustado. Nathan seguía sujetándome con fuerza del brazo y llevaba la pistola en mi sien en todo momento. Eran más de las diez de la noche, en el mes de diciembre a esa hora eran como entradas la madrugada y sabía que no iba a encontrarme con nadie en todo el vecindario.

Ese maldito no hacía otra cosa que empujarme e intentar que me cayese a cada paso que daba. Y entendí las palabras que les había dicho a mis amigas cuando comprobé hacia donde quería ir. Me frené en seco cuando vi sus intenciones, no. No quería ir allí. No podía ir al muelle donde tantas veces había esperado a Scott. No podía morir allí, en el lugar que para mí significaba la esperanza. No podía manchar ese espacio que se había convertido en algo especial para mí, en muerte y en soledad.

Nathan me empujó con fuerza lo que provocó que casi cayera al suelo. Como pude impedí que ocurriera y me señaló con más rabia con esa maldita arma.

—Mueve el culo, Alissa. ¿Acaso crees que no sé que aquí has esperado todas las noches a Scott?

Mis ojos se abrieron de golpe y me giré hacia él, a apenas unos cien metros del final de ese muelle. El silencio a nuestro alrededor era sepulcral, solo unos pocos barcos silenciosos acompañaban nuestra presencia y el sonido del mar engullía mis gemidos de dolor y sorpresa.

—¿Qué? ¿Cómo sabes…?

Volvió a empujarme para que anduviera hacia el final de la pasarela de madera, lo hice de espaldas a él y observando el oscuro mar en el horizonte.

—Scott es un buen rehén. Cuando lo torturé hasta la muerte, solo hizo falta apretar un poco para que supiera que aquí es donde ibas a esperarle. Él mismo, sin saberlo, me indicó el lugar ideal para acabar con tu maldita e insignificante vida.

Me giré hacia él con un asco profundo en el corazón. No solo porque había elegido ese lugar para matarme, sino porque había admitido que había torturado a Scott. El amigo que siempre había estado a su lado, incluso cuando era la persona más rastrera y odiosa del planeta.

—Eres…. Eres asqueroso, Nathan. Scott era la única persona en la faz de este planeta que siempre estaba a tu lado. Incluso cuando eras y cuando has sido el ser más despreciable que puede haber en este mundo —afirmé con el rostro lleno de lágrimas y el ceño fruncido. No podía mirarlo con otro gesto, me causaba asco y repugnancia como ser humano.

—¿A mi lado? —dio un paso hacía mí. Sus ojos mostraron incluso más odio.

—Siempre, pero tu odio y tu maldad nunca te han dejado verlo.

—¡Si hubiese estado a mi lado, él mismo te habría matado! — gritó con rabia y desesperación. Alzó la mano hacia mí con firmeza, apuntándome con la pistola en la frente. Estaba cerca, demasiado. Y era imposible que fa-llara si apretaba el gatillo.

—¿No puedes entender que en el mundo hay buenas personas, Nathan?

—Es un maldito traidor, siempre lo ha sido. Desde el momento en que se enamoró de ti, desde el instante en el que te tuvo protegida. Ni siquiera podía hablar mal de ti —soltó una carcajada amarga. Tragué saliva al escucharle—. No podía ni mirarte porque sabía que tenía tantas ganas de hacerte daño que él, en vez de unirse, solo quería protegerte. A ti, a una judía. A alguien que no vale ni un suspiro de él, ni de nadie.

Una lágrima cayó por mi mejilla y rápidamente la limpié, mientras lo observaba con firmeza. Me daba igual morir, ya no me importaba. No si lo hacía luchando y no de rodillas.

—No somos inferiores por ser judíos, no somos inferiores por ser quienes somos o por nacer en las familias que nacemos, Nathan. Los únicos inferiores sois vosotros, os creéis los

dueños del mundo y no sabéis ni siquiera luchar contra vuestra rabia interna, vuestro odio por lo desconocido. Os perdéis la bondad, las sonrisas, la belleza de una cultura desconocida porque no veis más allá de vuestro puñetero horizonte—inspiré al comprobar como sus ojos se volvían más rojos de rabia y apretaba la mandíbula—. Hasta que dejen de existir personas que luchemos y creamos en la bondad de las personas, los únicos perdedores siempre seréis vosotros.

Mis lágrimas cubrían el rostro y apenas podía vi-sualizar bien la cara de mi enemigo. Nathan respiraba con dificultad, como si mis palabras hubiesen provocado en él una rabia inmensa incapaz de controlar. No creía que esas palabras provocaran el arrepentimiento de mi enemigo, de ese demonio con piernas. Los individuos como él no tienen la empatía suficiente o la sensibilidad para admitir los errores que comenten. Y estaba segura de que él no creía que estuviese cometiendo ninguno, todo lo contrario. Sin embargo, mis palabras fueron como un respiro, un alivio que llevaba mucho tiempo buscando y que si mi vida acababa allí, al menos podía llevarme eso a la tumba.

—¡Gírate, zorra! —agarró mi brazo con fuerza para que me pusiera de espaldas a él. Escuché como preparaba el arma detrás de mí. Mi pecho subía y bajaba con dificultad, sabía que había llegado mi fin—. Quiero que mires el mar en el que te vas a pudrir y donde los peces comerán tu sucio y asqueroso cuerpo. Quiero que sientas que eres un ser diminuto, sin valía y que los sueños que tenías con Scott no solo fueron imposibles siempre, si no que ahora lo serán aún más. Aunque él te quisiera incluso para traicionarnos, aunque incluso peleara contra su propia familia por amarte; ahora soy yo quien te recuerda que yo acabé con tus sueños. El de Scott acabó hace unos días, el tuyo acaba hoy. Como los de miles de personas que no merecen ver más la luz del sol.

Lloraba, lloraba mares. No solo porque las palabras de Nathan habían dado en la diana, en mi corazón hecho pedazos. Lloraba porque sabía que tenía razón. Porque siempre, aunque no quisiera que ocurriera, siempre iba a haber personas que nos arrebataran los sueños por ser quienes éramos. Por creerse superiores moralmente o porque ser de un estrato social o una religión específica, te impide o te da beneficios. Simplemente porque ellos lo deciden así. El mundo tenía sus reglas, nos gustara o no. Y quienes las rompíamos, siempre éramos los perdedores.

Y sí, Nathan tenía razón. Yo había perdido. Incluso había perdido la vida en ello.

—Hasta nunca, zorra. Saluda a tus padres y a Scott de mi parte cuando los veas.

Ahogué un gemido de dolor al escuchar esas palabras. Un disparo, dos disparos.

Un cuerpo cayó en la madera de ese muelle inerte. Mi aliento se paró al instante.

# Capítulo 18
# El final del principio

Palpé mi pecho con fuerza. Busqué con desesperación y confusión la sangre que se suponía debía brotar de un agujero o dos agujeros de mi piel. No había nada.

—¿Qué? ¿Qué narices…?

Me giré para comprobar lo que había ocurrido. ¿Nathan? Ese malnacido estaba en el suelo, sin vida. Muerto, realmente muerto. Y tenía dos agujeros de bala, uno en la cabeza y otro en el pecho. La sangre se esparcía alrededor de su cráneo y sobre su torso. No podía focalizar bien la mirada, di un paso hacia atrás asustada ante esa situación. Un movimiento delante de mí hizo que mis ojos se movieran levemente hacia un costado y observé unas botas militares.

No estaban limpias, esas no lo estaban. Estaban llenas de barro.

Un barro que conocía, un barro seco. Un barro fangoso por las pisadas que había dado en un bosque oscuro. Abrí los ojos, estupefacta, llorando a mares. Me faltaba el aliento y sentía todo el cuerpo temblar. Alcé la mirada con lentitud, no podía ser cierto. No era verdad, estaba soñando o quizás muerta. Volví a dar un paso hacia atrás cuando mis ojos se clavaron en la mirada negra y penetrante que era protagonista de mis sueños y de mis esperanzas.

Busqué su sonrisa, sus labios carnosos.

—No es posible…—murmuré confundida. Scott y su sonrisa. Scott y sus ojos negros.

Sonrió suavemente, no era una sonrisa amplia. Era su sonrisa y mostraba no solo miedo, confusión, si no dolor y esperanza.

—Alissa, soy…

Focalicé mi mirada para observarle mejor. Volví a bajar mis ojos hacia el cuerpo de Nathan y lo volví a mirar.

—Estabas muerto, él. Él me lo dijo —dije casi tartamudeando. Tenía claro que eso era una alucinación. ¿Cómo iba a estar Scott ahí conmigo si su propio amigo había dicho que lo había asesinado? No, negué con la cabeza—. No eres tú, no esta vez. Esta vez no eres real, lo sé.

Escuché crujir la madera, solté un suspiro ante ese ruido. Como si fuese la confirmación de que ese hombre que tenía ante mí y que poseía el rostro de Scott, no fuese un fantasma que quería asustarme. O quizás el fantasma era yo y lo había encontrado tras haber muerto. Pero ¿y por qué Nathan yacía en el suelo tumbado y sin vida?

—Soy yo, preciosa. Soy Scott, mírame. Respira hondo—dijo con más tranquilidad y cansancio.

Moví mis ojos lo justo para comprobar lo que decía. Y no solo me sorprendí, si no que

me horroricé al comprobar que ese hombre, sí, era Scott. Pero estaba completamente destrozado. Su rostro estaba lleno de golpes, sangre y contusiones por todos lados. Tenía una barba considerable y el pelo estaba más largo. Su traje de militar estaba rasgado y manchado de sangre. Una mancha enorme de ese líquido llenaba todo su abdomen y su pierna. Esa parte del cuerpo la habían dejado inútil por la forma en que él se apoyaba en ese muelle. Solo apoyaba un pie y la otra pierna la tenía paralizada, muerta. Quizás le habían roto algún hueso o quien sabe qué.

Negué con la cabeza de nuevo. Vi como se movía al lado de Nathan y pasaba junto al que había sido su amigo desde la infancia, observé su pisada torpe de un solo pie. Y su mano apareció ante mí, ofreciéndomela para que la agarrara.

—Te hice una promesa, Alissa. Incluso aunque mu-riera en vida, te encontraría. Te lo prometí, preciosa. Te he encontrado…—dijo con seguridad.

Alcé mi mirada para observar sus ojos, estaba a apenas un metro de mí. Si agarraba esa mano y no sentía nada, confirmaría que era un fantasma o una aluci-nación. Necesitaba que fuese real, necesitaba que fuese Scott el que estaba ante mí. Porque si no lo era, si era una alucinación, yo misma me tiraría al mar para que los peces me comieran viva. No podía vivir ni un día más creyendo en fantasmas con esa cara tan bonita.

—Por favor…—alargué la mano rogando a quien decidiera que sí, que era él. A un Dios, a un ángel de la guarda, al escritor que decidía el final de una historia, a la persona que soñaba con ese tipo de finales. La alargué con esperanza y agarré esos cinco dedos enormes. Y cuando sentí que su piel rozaba y apretaba la mía, solté un gemido de dolor contenido.

—Eres tú…

Lloré, me rompí en pedazos y solo pude hacer una cosa. Me acerqué hasta él, lo miré a los ojos mientras lloraba como una auténtica niña pequeña y lo abracé con todas las fuerzas que él siempre me había dado. Con la esperanza y la ilusión de que, por fin, nuestra historia empezara de verdad.

—Siempre cumplo las promesas, Alissa —dijo sonriendo. Besó mi frente una y otra vez, mientras yo atesoraba ese momento en mi alma y mi corazón. Apreté mis manos en su pecho con fuerza, arrugando la tela de su traje y respiré por primera vez desde que habíamos salido esa noche del Astoria.

—¿Cómo…? ¿Cómo has conseguido…?

Lo observé aún con lágrimas en los ojos, sin apartarme de él. Sus dedos retiraron el pelo que caía sobre mi rostro mientras me miraba fijamente.

—Me torturó y me disparó, en dos ocasiones. Pero lo hizo para que mi muerte fuese dolorosa, pero no ha podido conmigo — sonrió levemente mientras me miraba.

—Espera… ¿qué? ¿Te disparó?

Me aparté para observarle mejor y entonces comprendí de donde venía tanta sangre en la zona de su abdomen y el estado de su pierna. Ahogué un gemido de dolor y miré sus ojos llenos de pánico.

—Estoy bien, preciosa. Sobreviviré.

—Scott, estás… te estás desangrando. Necesitamos ir a casa ya mismo, necesitas un médico —aseguré ho-rrorizada. No podía perderle, no de nuevo. No después de habernos encontrado al fin, no pensaba permitirlo.

Scott sonrió ante mi respuesta y suspiré, estaba muerta de miedo. Ya no por lo ocurrido, sino porque ese instante fuera tan corto que no pudiéramos ni siquiera mirarnos unos segundos más.

—Estoy bien, Alissa. De verdad… Soy militar, ¿recuerdas?—sonrió de lado mientras observaba mis labios durante unos segundos.

—Sí, perfectamente —contesté sarcástica agarrando su mano con fuerza—. Nos vamos a casa, por favor. Necesitas que te curen inmediatamente.

—Lo que usted diga, coronel —dijo divertido.

Lo petrifiqué con la mirada y soltó una suave carcajada. Al hacerlo vi como su rostro cambiaba y sentía dolor ante ese gesto.

—Ni se te ocurra llamarme así, no quiero saber nada más de militares para el resto de mi vida —aseguré tirando levemente de su mano.

Scott volvió a sonreír, esta vez con más fuerza y soltó un leve gemido de dolor al hacerlo. Pero no le importó. Tiró de mi mano y me acercó hasta su cuerpo.

—Pues para no querer saber nada más de militares, vas a tener que aguantar la presencia de uno de ellos durante el resto de tu vida. ¿Crees que podrás soportarlo? —preguntó mirándome con intensidad y una sonrisa en su rostro.

Tragué saliva y sonreí sin poderlo evitar. Llevaba demasiado sin hacerlo. Observé su sonrisa, sus labios. Echaba tanto de menos eso. Ser dos personas que simplemente se atraían, se querían, se veían de una vez por todas y, además, se veían en el momento exacto y adecuado. Me alcé de puntillas y sonreí observando sus ojos con diversión. Supe que ese gesto iba a sorprenderle, pero no me importó. Acerqué mi dedo a su labio inferior y lo miré a los ojos mientras lo hacía.

—A tu lado, soportaría cualquier cosa. Creo que te lo he dejado bastante claro ¿no? —sonreí viendo como su mirada se oscurecía y su sonrisa se ensanchaba sobre sus labios.

No hizo falta nada más. No nos importó nada de nuestro alrededor. Sus labios engulleron, besaron y se desli-zaron por los míos como si quisieran quitarme el aliento, la vida y el sentido. Hice lo mismo, confirmándole que ya nada me daba miedo. Que ya nada me importaba, no ahora que al fin estábamos juntos.

Apreté mi mano en su nuca para intensificar más el beso. Agarró mi cintura para pegarme más a su cuerpo mientras nos besábamos bajo la luz de la luna y las olas del mar como banda sonora. Soltó un gemido en mis labios, no fue de dolor precisamente. Y solté una suave carcajada en su boca, para después besarle esta vez con algo más de suavidad. Sin apartarme, rozó su nariz con la mía mientras lo miraba con un amor infinito. De esos que traspasan mares.

—No deberíamos tardar mucho, hay alguien que te está esperando —susurré contra sus labios mientras sentía como su respiración estaba igual de acelerada que la mía.

—¿Quién podría esperarme que no seas tú? —preguntó sonriendo con curiosidad, echó mi pelo hacia atrás para mirarme mejor.

Sonreí para mis adentros, sonreí al agarrar su mano y alejarnos de ese cuerpo sin vida en el muelle que tanto había visitado esas semanas. Sonreí porque no había nada más bonito que una verdadera amistad que volvía a reencontrarse.

* * *

—¡Alissa!

El grito de Elena se clavó en mi cabeza, sus brazos me engulleron y me sorprendieron a la vez. Era la más fría o reservada de las tres y ahí estaba, apretujándome contra su cuerpo con lágrimas en los ojos.

—¡Alissa….! ¿¡Scott!?

El grito de Diana fue incluso más estridente al verme en compañía de la persona a la que tanto había esperado y la que ella misma, creía no volvería a ver. Elena me observó, no entendía nada, pero ambas nos giramos cuando vimos como Scott desencajaba el rostro y se abrazaba a su amiga con una intensidad que arañaba el alma.

—Maldita sea, estás viva —murmuró con sorpresa. La miró apartándose para observarla, Diana lloraba como una niña pequeña y se abalanzó de nuevo para abrazarle con fuerza.

—Tú, tú estás vivo. Ese maldito de Nathan nos dijo que te había matado —suspiró abrazada a él, luego me observó y sonrió mirándome con una alegría infinita. Tenía los ojos llorosos e hipaba como una niña.

Elena seguía agarrándome del brazo, como si no quisiera soltarme para asegurarse de que no me iría a ningún lado.

—Me mató o eso creía él. Me disparó dos veces para que me desangrara. Pero la sangre de un militar traidor parece ser que es más lenta y tarda más en derramarse —bromeó con sarcasmo mientras besaba la frente de su amiga. Ambas comprendieron la gravedad del asunto cuando escucharon lo que Scott había dicho y abrieron los ojos de golpe.

—¿¡Qué!? No puede ser, Scott. Hay que parar ese sangrado ya, llamaré a Carl. Es el doctor —aclaró separándose con nerviosismo. La mano de Scott agarró la mía y me separó del costado de Elena con rapidez, me aplastó contra su pecho y noté como besaba mi frente.

—Aguantaré al doctor siempre y cuando ella sea mi enfermera—dijo con una suave risa que volvió a hacer que gimiera de dolor. Acercó su boca a mi oído para que solo yo escuchara lo que iba a decir—. Llevo tanto tiempo queriendo encontrarte que no pienso dejar que te alejes de mí, ni siquiera para esto, Alissa. ¿Soportarás ver la sangre de este militar derramarse?

Sonreí sin poderlo evitar y lo miré a los ojos ante la divertida y atenta mirada de Elena.

—No pensaba alejarme de ti. Por desgracia no es la primera herida de bala que veo, Scott —suspiré clavando mi mirada en sus ojos negros. Suspiró y noté como su rostro mostraba dolor, tanto por los disparos como por lo que le había dicho. Retiró de nuevo una greña de mi pelo mientras le observaba abrazada a su cuerpo.

—Tienes que contármelo todo, Alissa. Al fin tenemos toda una vida por delante para que lo hagas.

Sonreí con suavidad y observé a lo lejos de la calle como Carl, un hombre regordete y con apenas pelo, llegaba con un maletín negro e iba acompañado de Diana. Miré a Scott.

—Tú procura curarte y no habrá día en el que mi voz y mi presencia sean protagonistas —afirmé.

Soltó una suave risa y besó con suavidad y rapidez mi mejilla, junto antes de que nuestra amiga y el doctor llegaron a la puerta donde les esperábamos.

—No te preocupes, preciosa. Ni siquiera la muerte ha podido conmigo. Tu voz y tu presencia es una tortura que incluso solicitaré y te rogaré, tenlo por seguro —susurró sonriendo justo cuando llegó el doctor.

Volvimos a separarnos, volví a echarle de menos. Y no fue por voluntad propia, sino porque el doctor indicó que debía revisar a Scott y no podía tener a nadie alrededor. Además, no estaba ni siquiera limpia. Diana y Elena sí se habían dado un baño, yo, sin embargo, seguía oliendo horriblemente mal y mi ropa estaba sucia de distintos tipos de líquidos. El doctor no me lo había dicho de forma clara, pero sí lo había insinuado. Necesitaba un baño urgente.

Y nunca pensé que un simple baño y la visita de un doctor fuese tan eterna. Llevaba mucho tiempo se-parada de Scott, lo había esperado tanto que ahora, no podía esperar hasta

volver a sentirle junto a mí. Más vale que Carl se marchara pronto y con buenas noticias, necesitaba que la alegría por la vuelta de Scott no se esfu- mara tan rápido.

Ojalá ese día fuese el día de mi casi muerte y el día en el que mi vida realmente comenzara de nuevo.

Todo estaba por verse.

# Capítulo 19
## Lucha

Scott

*6 semanas antes*

Verla salir por esa maldita puerta mientras sus ojos verdes lloraban había sido lo más difícil que había hecho jamás. No solo porque había muchas probabilidades de que jamás volviese a ver su bonito rostro, sino porque se enfrentaba a la realidad ella sola. Solo esperaba que Diana fuese tan lista como yo la consideraba y se diera cuenta de la bondad que destilaba Alissa nada más verla. Confiaba en ella.

Si algo diferenciaba a esa mujer que tan loco me volvía era su bondad y fortaleza. Aún recordaba día tras día el instante en el que Alissa se clavó en mi corazón para no salir jamás de él. Y por desgracia, en ese momento también estaba él, Nathan. Emma y ella siempre compartían momentos, jugaban, charlaban y se sentaban durante horas en las escalinatas del mercado principal de Berlín. Y Nathan y yo a veces nos uníamos. Apenas habíamos interaccionado entre ambos, pero algo que me volvía loco de ella era que no se callaba nunca ante los insultos y ataques de mi amigo hacia su persona y otras que por allí paseaban.

Nathan era insoportable, por aquel entonces lo consideraba amigo. Quizás porque era el único chico que compartía momentos conmigo. Con el paso del tiempo mis ideales fueron cambiando y supe que lo que mi familia y la de Nathan, e incluso otros vecinos, pretendían hacer estaba mal. Demasiado mal. Él continuó moles- tando cada día un poco más a los vecinos o conocidos del barrio o de los alrededores, lo hacía por pura diversión y maldad. Y la única persona que le impedía que lo hiciese en su presencia o lo criticaba sin temor, era ella. Alissa Hershlag.

Sus ojos verdes echaban chispas y la rabia que contenía su delgado cuerpo parecía crecer cuando defendía algún acto o palabra injusta que realizaba mi amigo. Y cada día lo hacía con más coraje. Pero cuando lo hizo con fortaleza aquel día de abril frente al mercado para defender a su vecina Leila, mi cuerpo se tensionó de tal forma que aceleré los pasos para estar más cerca de mi amigo y de ella. Sabía que Nathan se estaba convirtiendo en un ser peligroso y Alissa era más astuta y justa, si eso era posible. Solo me bastó verla defender a su vecina con tal ahínco que mi corazón enloqueció.

Lo hizo de amor por ella, porque fue ahí donde me di cuenta de que no podría sacármela jamás de mi mente y mi cuestionable corazón. Y fue ahí donde quise arrancar los ojos al que consideraba mi amigo de la infancia. Me hice una promesa interna y silenciosa, acabaría con la vida de Nathan y de quien fuese capaz de hacer daño a Alissa. Lo tenía tan claro que además de querer ayudar en las injusticias que se estaban cometiendo por aquel entonces, también tuve

claro que, si ella estaba en peligro, sería mi prioridad, ante todo.

Observé la plaza vacía de Rotterdam que tenía ante mí, deseando en mi fuero interno que volviese a ver los preciosos ojos verdes de Alissa. Pensé en Nathan, en los malnacidos que estaban en ese putrefacto y silencioso edificio. Mi «amigo» había preguntado por ella, nuestra supuesta rehén y de una forma vaga había esquivado su pregunta minutos atrás. Aún no sabía porque le llamaba así, amigo. Cuando lo único que quería era cargármelo con mis propias manos por haberle hecho daño a Alissa y a tanta gente inocente. A él y a todos.

¿Por dónde iba? Sí. Nathan estuvo a punto de pi-llarme cuando me quedé observando la puerta por donde había salido Alissa. Y por suerte, o eso creía, le había convencido de que simplemente le había llevado comida y por eso me encontraba en esos momentos en ese pasillo. Me recriminó que lo hiciera, diciendo:

—No se merece ni beber agua, Scott. Déjala pudrirse.

Durante ese día, tuve varias ocasiones en las que podía haberme marchado. Pero sabía que, si Nathan preguntaba por mí, una decena de militares me pillarían a pocos metros de ese lugar y no tendría escapatoria. Tenía que ser más listo. Sabía dónde iban esos barcos y conocía a la perfección el plan en el que Diana iba a tra- bajar durante esos meses. La paciencia no era mi fuerte, pero tenía que aferrarme a ella y realmente salir de allí cuando pudiera hacerlo con seguridad de no ser descubierto.

Los días pasaron y solo pensaba en los ojos más bonitos de todo el país o continente. En su rostro, en volver a abrazarla y hacerla sentir segura. Odiaba que hubiese tenido que soportar tanto para poder escapar de las atrocidades que seguían cometiendo los que creían que eran mis compañeros. Sabía que, si todo había ido bien, estaría en Harwich. Esperándome y, sobre todo, ayudando a Diana. La conocía demasiado para saber que sí, se estaría desviviendo por ayudar a todos esos pequeños que lográbamos sacar del país para que tuvieran un futuro mejor.

Fueron semanas asquerosamente irritantes. Nathan preguntaba por Alissa constantemente y en varias ocasiones quiso ir a increparla al cuarto donde la había encerrado. El maldito imbécil quería que se pudriera ahí dentro y no saliera con vida. Así lo dijo en una conversación que mantuvimos en el despacho de la entrada mientras estábamos sentados en los sillones delante de la chimenea. Nathan se tomó una copa de whisky inglés (que ironía) mientras me miraba.

—Tengo ganas de escucharla gritar, ¿tú no Scott?

Respiré profundamente y giré mi rostro, sonriendo falsamente. «Yo tengo ganas de matarte», pensé.

—No te preocupes, cada vez que voy, lo hace. Solo que le tapo la boca para que se enrabiete más —aseguré con acidez.

Soltó una carcajada e intenté no vomitar allí mismo de la rabia. No solo por su maldad, sino porque odiaba que esas frases salieran de mi boca. Tenía el papel demasiado bien aprendido y me odiaba por eso.

El tiempo fue pasando, el frío de Rotterdam era cada vez más crudo y mi paciencia se agotaba. Y supe que ese iba a ser mi fallo. Estaba tan ansioso por reunirme con Alissa, pensaba tanto con el corazón que no me di cuenta del error que había cometido. Ese día no había ido a la puerta del cuarto y lo llevaba haciendo durante todas esas semanas. De hecho, estaba seguro de que había olvidado ir en alguna otra ocasión. Pero ese día mis ánimos y mis ganas de marchar de allí eran demasiado intensas. Tanto que en la ronda que solía hacer alrededor del edificio como rutina de seguridad impuesta por los altos mandos, mi cuerpo se paró frente a la puerta por la que Alissa se había marchado.

La vi ahí, frente a mí con ese rostro lleno de dualidad, de dulzura y dureza a la vez. Era inocente, pero no tonta. Y eso me volvía loco de ella. Porque la gente la solía subestimar y, sin embargo, cuando menos te lo esperabas, su lengua rápida y voraz, te dejaba sin réplica posible. Sonreí al pensar en ella e imaginé como andaría junto al canal hacia el barco en el que zarparía con Diana.

El silencio se tornó denso, algo en mi interior avisó de que ocurría algo. Como si mis instintos primarios anunciaran de un mal presagio. Escuché un clic al lado de mi sien y asentí con la cabeza. Sabía que me habían pillado. Nathan era demasiado listo, tenía la misma cantidad de inteligencia que de imbecilidad. Giré levemente el rostro sabiendo que era él.

Antes que yo hablara, lo hizo él.

—Creí que eras más inteligente, ¿sabes? Llevas toda la puta vida defendiéndola y eso va a acabar contigo.

—Me importa una mierda, Nathan.

Una risa sórdida se clavó en mi cabeza.

—Ya lo sé, lo supe hace tiempo. Solo creía que igual podías cambiar de opinión, pero créeme, me va a encantar acabar con alguien como tú. Un maldito traidor.

No me disparó, no lo hizo. Estampó el mango de la pistola contra mi sien y eso fue lo que provocó que cayera inconsciente contra el suelo. Cuando recobré el sentido estaba en un cuarto oscuro, por suerte sin cadáveres y estaba atado a una silla con una cuerda que me enrollaba completamente desde los pies hasta casi la boca. Tenía la boca seca y sentía un dolor intenso en la cabeza. Busqué con la mirada y lo vi ahí, sentado ante mí. Estaba en un sillón ancho, cómodo y de piel.

¿De verdad habían movido ese sillón a ese maldito cuarto de mala muerte? La superioridad y la idiotez de Nathan me sorprendía cada vez más.

—Nunca pensé que te vería así ante mí, es una pena —dijo bebiendo de la botella de whisky que tenía en su mano.

—¿Acaso tú sabes qué es eso?

Soltó una risa, asquerosa de nuevo.

—No, sabes que no. Y tú solo tienes pena, compasión y pena por esa malnacida y muchos otros.

Apreté la mandíbula al escucharle sin poderlo evitar. Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué? ¿Acaso creías que no iba a descubrir todo lo que has estado haciendo? Eres…— se acercó hasta a mí y me miró con odio. Sentí como su saliva caía en mi rostro, me había escupido — Eres asqueroso, un puto asqueroso traidor.

—Me importa una mierda lo que pienses, Nathan. Alguien tenía que pensar en el bien de los demás porque a vosotros no os importa nada, solo sentís odio.

Soltó un gruñido al escucharme y se acercó de nuevo. Tenía el rostro desencajado de la rabia que sentía.

—No, Scott. No te equivoques. ¡Solo quienes no se merecen ni respirar son a quienes les hacemos daño! Esa escoria no merece vivir —gruñó con odio mirándome y luego sonrió ampliamente—. Exactamente como tu querida Alissa, tu adorada privilegiada. La intocable.

Me removí en el asiento al escucharle.

—¡Ni la toques! ¡¿Me has oído?!

—¿Tocarla? —soltó una carcajada al escucharme. Negó con la cabeza haciendo un sonido asqueroso con la lengua—. No, Scott, no. Voy a encontrarla y a matarla, pero antes de eso, me

aseguraré de que sepa que estás muerto y que no vale absolutamente nada. Ni siquiera mi pena por haberte perdido como amigo por su culpa.

Ahogué un grito de rabia mirándolo. Sabía que mi vida estaba acabada, Nathan no perdonaba una traición. Todos sabían como era a la perfección y era conocido por ser un maldito asesino de quienes se desviaban de los ideales del partido. Sin embargo, conocer que quería perseguir a Alissa para que simplemente supiera que yo había muerto con sus propias manos, era realmente asqueroso y me generaba un miedo atroz de que pudiese ser cierto.

—No la vas a encontrar, no la vas a tocar y mucho menos la vas a matar. Antes te juro que te mataré yo a ti, Nathan —aseguré con fiereza y odio.

Lo observé y vi de nuevo como reía con fuerza. No me importó, simplemente atesoré ese pensamiento en mi interior. Y me maldije por haber llegado a ser amigo de ese desgraciado. Por permitir que siguiera haciendo daño a Alissa cuando vivíamos en el barrio, por dejar que insultara, vejara y maltratara tanto física como emocionalmente a todos aquellos que él creía que eran infe- riores. No solo lo odié a él, sino a todos los que lo hacían de forma diaria.

Tenían unos ideales que jamás hubiese sido capaz de soportar. Ni mi padre, ni Nathan, ni absolutamente nadie iba a ser capaz de cambiar mi pensamiento y mis valores. De mi padre ya no sabía nada, él seguía creyendo que ayudaba a Nathan y mi tapadera por ahora seguía activa. Mi antiguo amigo o realmente, enemigo, ya lo sabía todo. Conocía mi traición, mis valores reales, mis pensamientos y la unión que tenía con Alissa. Y eso le dio una fuerza terrible, tanta que pretendía quitármela a mí para después, hundirla a ella justo antes de matarla.

No pensaba permitirlo.

Nathan no solo aseguró que iba a matarla doscientas veinte mil veces en ese cuarto, también se aseguró que mi cuerpo lo sintiera. La botella de whisky que bebía la utilizó como arma contra mí. Una vez que la había terminado y que provocó en el un estado de embriaguez, la estampó contra la pared, lo justo para que se rompiera y quedara el tapón y varios trozos afilados de vidrio.

Y mientras recitaba en alto como iba a matarla, una y otra vez, fue clavando lentamente esos vidrios en la piel de mis brazos y mis piernas. La tela del traje no sirvió de nada, ni siquiera palió un poco el dolor. Y su obje-tivo era conseguir la información del paradero de Alissa. No pensaba decirlo incluso si me torturaba durante se- manas. Y eso ocurrió. Nathan se dedicó a vivir allí en ese pequeño cuarto de mala muerte. Solo me dejaba cuando terminaba meándome encima o se iba a por otra botella, para de nuevo romperla tras bebérsela y utilizarla como arma contra mi cuerpo.

—Vuelvo a repetírtelo, Scott. Llevamos un puto mes aquí, encerrados. Hueles a podrido y tienes heridas infectadas por todo el cuerpo, dime donde está y esto habrá acabado —aseguró con acidez, levantando de nuevo la botella, preparado para clavarla de nuevo en mi pierna. Alcé mi cansada mirada. Nathan me daba pan y agua, la suficiente para no morir deshidratado y desnutrido en ese cuarto. Y la suficiente para poder seguir torturándome.

—No pienso decírtelo, ni siquiera muerto lo haría. Imbécil — afirmé con asco, observándole.

—¡Scott! Me tienes harto, joder —gritó con fuerza volviendo a clavar la botella con fuerza sobre la pierna.

Ahogué un grito de dolor y apreté la mandíbula. Pero no gemí, no grité, no hice nada. Y eso le provocó aún más rabia.

Supe que iba a perder la paciencia, era una de las debilidades de Nathan. Su impulsividad

y su arrogancia lo convertían en un ser poco paciente y se desesperaba cuando no conseguía lo que quería.

Y por eso mismo, se cansó de la maldita botellita. Alcanzó con su mano la pistola que había dejado en una mesa (colocada para sus malditas botellas de whisky) y me apuntó con ella, sonriendo como un campeón.

«Campeón, ni en sueños», pensé.

—Dímelo, Scott. Dime donde está esa maldita zorra.

Sonreí, sonreí porque sabía que había ganado. Nathan estaba desesperado.

—Ya te lo he dicho, eres un puto pesado. ¡No pienso decírtelo ni muerto!

—¡Dios! Tú lo has querido, Scott —murmuró con furia.

Supe que había disparado cuando escuché como apretaba el gatillo. Segundos después sentí un dolor atroz en mi pierna izquierda. Esta vez no pude contener el gemido de dolor que salió de mi boca y por desgracia, ni siquiera podía doblarme de dolor por estar en esa maldita posición, atado a esa vieja silla.

—¡Tú lo has querido! Dime donde está y te suelto, Scott.

—No vas a soltarme, no vas a soltar a un traidor. Te conozco, Nathan. Y aunque lo hicieras, no pienso decirte donde va a esperarme —aseguré con firmeza entre los gemidos que salían de mi boca por el maldito dolor de la pierna.

Abrí los ojos de golpe ante mi error.

La sonrisa de Nathan también confirmó mi fallo.

No le dije «no pienso decirte donde está». Mi boca pronunció lo que no quería decir, quizás por agotamiento, quizás porque el dolor me había nublado y no había podido pensar antes de decir esa frase.

—Oh, vaya, vaya. Así que va a estar esperándote eh —sonrió satisfecho. Lo había conseguido, sabía que había ganado y me maldije por ese error. El peor que podía cometer.

—No he dicho….

—Oh, claro que sí lo has dicho —sonrió moviendo la pistola delante de mí, triunfante. Se agachó de cu-clillas para mirarme y me observó sonriente. Lo ful-miné y apreté la mandíbula con fuerza—. ¿Y sabes qué? Sé dónde estará esperándote.

Lo observé en silencio, no quería que ningún gesto de mi rostro volviera a delatarme. Solo esperaba que no fuese cierto lo que decía.

—¿No dices nada? Bien, Scott. Tengo a todos los hombres investigando desde hace semanas y no ha sido nada difícil saber que una señorita, con el pelo castaño y un vestido rojo fue vista mientras subía a un barco con destino a Reino Unido.

Apreté la mandíbula, roto por saber que conocía lo que Alissa había hecho. No era imposible, por eso mismo yo no había querido ir con ella durante ese tiempo. Porque sabía que nos encontrarían, mientras Nathan siguiera vivo, darían con nosotros y nos matarían.

—Como veo que sigues estando mudo, te sigo contando nuestra querida labor de investigación —sonrió de nuevo moviéndose delante de mí—. No solo sé que se fue en ese barco, si no que uno de mis hombres ha averiguado que cada cierto tiempo salen embarcaciones hacia un pequeño pueblo en el sur de Inglaterra. Y adi-vina, van llenitos de pequeños judíos asquerosos para salvarse de lo que les queremos hacer.

Tragué saliva y lo maldije internamente.

—Sé que Alissa subió a ese barco, sé que tú la ayudaste para que la infiltraran y estoy seguro de que estará en ese querido pueblo inglés esperándote llegar en otro barco.

«Que no conozca el destino, por favor», rogué mentalmente.

—Y adivina, Scott —volvió a agacharse para mirarme con una sonrisa triunfante— Sé que ese pequeño pueblo es Harwich, tan pequeño y tan poco habitado que será pan comido encontrar a Alissa en el muelle esperándote.

Rompió a reír al ver mi rostro, era inevitable negar nada. Y solo supe que la única forma de que Alissa sobreviviera es que ese malnacido me dejara libre y pudiera salvarla de acabar en sus manos.

—Eres un malnacido, Nathan. Y juro que voy a matarte con mis propias manos —aseguré con firmeza.

Cuando vi su rostro iluminarse y conocedor de que había ganado esa tortura, tuve muy claro que iba a ser complicado salir de esa. Pero había una esperanza, algo a lo que aferrarme. Nathan era imprudente, perdía la paciencia y además de eso, le gustaba el sadismo por encima de todo. Sabía lo que venía a continuación, co-nocía su forma de matar a todos esos inocentes.

No lo hacía inmediatamente, le gustaba hacer sufrir.

Observé como sus ojos me miraban, quizás recor-dando viejos tiempos, quizás valorando todos los años que habíamos pasado juntos. Esbozó una sonrisa y supe que iba a querer que muriera lentamente. E irónicamente esa iba a ser mi posibilidad de salvación.

Elevó la mano con la pistola sostenida y aguanté una leve sonrisa cuando vi que no apuntaba a mi cabeza, si no al abdomen. No lo pensó, disparó una única vez y a mí se me escapó el aliento a la vez que mi cuerpo caía des-plomado hacia un lado y me estampé contra el suelo. La silla había caído hacia un lado por mi peso. El dolor fue tan intenso que no estaba preparado para sentirlo.

Observé los trozos de vidrio esparcidos por el suelo, gimiendo de dolor y retorciéndome entre esas malditas cuerdas. Sabía que la sangre estaría saliendo a borbotones de mi abdomen, era como si tuviera toda esa zona del cuerpo abierta en carne viva. Y en realidad, era así. Miré las botas impolutas de Nathan situadas ante mi rostro y las vi moverse. Se agachó para observarme al rostro, sonriendo y con la mandíbula apretada.

—Es una pena haber tenido que acabar contigo así, Scott. Hubiésemos hecho cosas muy grandes. Ahora, si me disculpas, hay un barco que me espera —aseguró sonriéndome con altivez.

—Púdrete en el infierno, Nathan.

Pensé que esas serían mis últimas palabras. Nathan volvió a reír con fuerza al escucharme y se marchó de ese cuarto en el que había malvivido durante esas semanas. Y ahora debía luchar contra la muerte en el mismo lugar.

El fin de mi vida para Nathan era una oportunidad para Alissa. Así lo veía yo. Por suerte, no era una persona que no estuviera

preparada para ese tipo de situaciones. Y contaba con las destrezas y las ayudas necesarias para poder salir de esa como fuese. No tenía tiempo que perder. Me moví gimiendo de dolor entre esas cuerdas, intenté mover mi cabeza o mis manos que seguían atadas, pero era difícil. Ese malnacido me había atado muy bien, demasiado.

Grité de dolor cuando sentí que al moverme el abdomen se abría en canal. El disparo en la pierna tampoco ayudaba. Sin embargo, sonreí cuando con la poca fuerza que tenía, pude agarrar con mis dientes un vidrio de una de las botellas de Nathan que estaba en el suelo.

Que ironía de la vida. Ese mismo vidrio se había clavado en mi piel para acabar lentamente con mi vida y ahora era la posibilidad de que pudiera escapar y llegar hasta esa pequeña bruja de ojos verdes.

Vivir una nueva vida con ella, encontrarnos al fin y comenzar nuestra historia de una vez por todas, valía todo el dolor y el sufrimiento del mundo.

La muerte tendría que esperar.

# Capítulo 20

# Al fin nos vemos

—¿Por qué tarda tanto? No lo entiendo, de verdad.

Volví a maldecir por lo bajo a Carl, el doctor, por estar tardando tanto en curar a Scott. Sí, sabía que un disparo era muy delicado y debían tener cuidado, pero la espera me estaba desesperando. Y yo también estaba impacientando a Elena que estaba sentada en el sofá, moviendo las piernas, nerviosa y observándome con un rostro que reflejaba las inmensas ganas de matarme que tenía. Me había dado un baño rápido, cambiado de ropa y aseado al fin. Y, aun así, no había sido tiempo suficiente para que tuviéramos noticias. De hecho, juraría que llevaban más de dos horas en la habitación. Solo oía de vez en cuando un gemido de Scott que me ponía histérica.

—Alissa… Por favor —suspiró mi amiga poniendo los ojos en blanco—. Lo has dicho ya veinte veces. Espera al menos a que vuelva Diana y te explayas con ella, por dios. Me va a explotar la cabeza y estoy mareándome de verte de un lado para otro. ¡Estate quieta!

No paraba, ni siquiera cuando ella me lo había indicado. Su grito hizo que me quedara estática unos segundos, pero volví a moverme de forma instintiva. Era un gesto incontrolable. La puerta de casa se abrió y Diana apareció con la señora Rose, una de las mujeres que nos había ayudado en otras ocasiones ofreciéndonos co-mida y ropa de abrigo. Tenía el rostro con unas ojeras evidentes, el pelo rubio enrollado en un pequeño moño y una bata azul marino que la protegía del frío de esa noche en Harwich.

—Al fin, mis plegarias se han escuchado —murmuró Elena aliviada al ver a más gente en ese salón.

La fulminé levemente con la mirada y sonreí a Rose.

—Querida Alissa, me ha contado Diana lo ocurrido. Lo siento tanto, de verdad… —suspiró agarrando mis manos con cariño.

—No se preocupe, ya ha pasado todo. Fue un golpe de suerte en realidad, gracias por su preocupación Rose —afirmé.

—Ni se te ocurra dar las gracias. Diana y yo hemos conversado y creemos que el señor Bader debería descansar sobre la cama. Y por supuesto, sin tres señoritas que no deberíais de compartir ese espacio con él —sonrió algo sonrojada al decirlo. Las tres la miramos con cierto gesto de diversión, pero yo no quería irme. No podía marcharme y dejar a Scott ahí solo—. Además, es físicamente imposible que quepan en un colchón cuatro personas, ¿no creen?

Aguanté una suave risa al ver la lógica justificación que daba Rose. Todas asentimos sin replicar.

—La señora Rose nos ha ofrecido cobijo en su casa y quiere que durmamos allí —informó Diana observándonos.

Elena y yo nos miramos, miré a Diana y aguanté un leve suspiro. Ellas sabían que yo querría quedarme allí, no dormiría con Scott, no era buena idea hacerlo en su estado, tenía que descansar. Pero sí quería estar bajo el mismo techo.

—Verá, Rose —interrumpió Elena con una sonrisa y se acercó con un tono cariñoso a la mujer. Algo que nos sorprendió a todas las presentes—. Le agradecemos enormemente su gesto, por supuesto aceptamos. Es importante que el señor Bader descanse. Sin embargo, me gustaría preguntarle algo. ¿No le ha informado Diana de la situación de la señorita Hershlag y el señor Bader?

Observé a mi amiga que estaba junto a Rose, luego miré a Elena algo confundida y con cierto miedo ante lo que pudiera decir. La mujer nos miraba sin entender, estaba cansada por ser las horas que eran y encontrarse con una situación tan confusa.

—No sé a qué se refiere, señorita.

—¿No le ha dicho Diana que el señor Bader y Alissa están casados?

Me atraganté levemente con mi propia saliva al escuchar a Elena, sorprendida porque fuera ella quien decía esa información. Y entonces recordé que ellas sabían todos los detalles de lo que había ocurrido con Scott y les había informado del instante en el que tuve que hacerme pasar por su mujer. Pretendía que hiciese lo mismo en ese instante, sin embargo, el contexto de ahora era mil veces mejor que lo fue por aquel entonces.

—¿Es eso cierto, señorita Alissa?

Mis amigas se colocaron una al lado de la otra, sonriendo con cierta travesura mientras esperaban mi respuesta. Tragué saliva e intenté centrar mis ojos sonrientes y amables sobre la señora Rose.

—Sí, Rose. Llevamos casados…

—¿Sí, señorita Alissa?

—Llevamos casados unos tres meses, pero ya sabe todo lo que ha pasado —indiqué bajando la voz con eso último.

—Ay querida, no sabía nada —suspiró apenada Rose que volvió a agarrar mis manos mientras yo escuchaba las risas contenidas de mis amigas—. Tiene que haberlo pasado tan mal, estar separada de su esposo en una situación así. No sabe cómo lo siento.

—No se preocupe, de verdad. Todo ha acabado o eso espero—aseguré con sinceridad ante esas palabras que salían de mi boca. Mis amigas se movieron y entonces, escuché un ruido detrás de mí. La puerta de la habitación se había abierto y Rose apretó de nuevo sus manos en las mías.

—Entonces, será mejor que se quede con su esposo y las chicas vengan a casa a descansar. ¿No cree?

La miré con una suave sonrisa y asentí con la cabeza. Rose quería que me quedara con Scott y esa era una gran noticia. Aunque mis nervios se agolparon en mi estómago y escuché un leve crujido detrás de mí.

—¿Su esposo? —escuché.

La voz de Scott estaba grave y me giré, abriendo los ojos como platos. Hice un gesto extraño con el rostro, necesitaba que me siguiera ese juego que las chicas habían empezado con nuestra solidaria y entrañable vecina.

—¿Señor Bader? ¿Se encuentra bien? —preguntó Rose, confundida tanto por su estado de salud como por su respuesta. Ahora dudaba de que fuésemos un matrimonio realmente. Observé el rostro de Scott que me miraba con cierta seriedad y sus ojos negros me traspasaban. ¿Creía que hablábamos de otro hombre? Sin duda, siempre me sorprendía con sus reacciones.

Inspiré profundamente y agarré su mano, ni siquiera pude fijarme en su estado de salud o tuve tiempo de preguntarle.

—Sí, cariño. Le estaba informando a Rose que nos casamos hace unos meses y no tuvimos tiempo de disfrutar de la vida de recién casados. Nos ha ofrecido ayuda y quiere que durmamos en su casa, bueno, quiere que las chicas duerman en su casa y que yo me quede con mi «esposo» —informé mientras apretaba sus manos más fuertes de lo debido.

Si no entraba en el juego, tendría que pasar la noche en la casa de Rose y Scott se quedaría solo. Me negaba rotundamente. Lo observé durante unos segundos y vi como su rostro cambiaba de un estado serio a una diversión inminente. Por el rabillo del ojo observé a las chicas reírse y al doctor que estaba entretenido con los papeles de su maletín, acabando su trabajo.

—¿Señor Bader? —insistió nuestra vecina queriendo asegurarse de si mis palabras eran ciertas. Estaba confundida, no la culpaba. Era lógico.

Sorprendentemente él agarró mi cintura, lo cual hizo que mi respiración se entrecortara y me giró para observar a la señora Rose. Besó con suavidad mi sien mientras miraba a la amable vecina.

—Sí, señora Rose. Llevo meses queriendo disfrutar de la compañía de mi esposa y la maldita guerra inminente no me ha dejado. Ha sido horrible, usted ya me entiende.

El rostro de Rose pasó por la timidez, la alegría y la pena por nuestra situación en apenas minutos.

—Oh, claro señor Bader. No sabe cómo lo lamento. Por suerte tiene el resto de su vida para disfrutar de su esposa —aseguró con cariño la mujer. Miró a mis amigas que sonreían y se movieron por el salón con rapidez agarrando algunas prendas y enseres necesarios para pasar esa noche en la casa de Rose.

—Nosotras nos vamos, señorita Bader —dijo con diversión Diana mientras pasaba por nuestro lado. Volví a toser levemente al escucharla, sorprendida y vi como Elena se contenía la risa apretando su boca con la mano. Nuestra vecina las miró sin comprender y las tres salieron hacia el exterior que estaba realmente oscuro.

—Descansen y cuide muy bien del señor Bader, Alissa. La vida es muy corta y por suerte, ahora se tienen el uno al otro —afirmó con dulzura.

Las tres mujeres se marcharon. Mis amigas con el rostro lleno de diversión y sonrisas cómplices, y Rose con un cariño enorme en el rostro. Cerré la puerta con Scott prácticamente pegado a mi cuerpo y me giré para observar al doctor. No me importó la mirada intensa de mi compañero de casa de esa noche, necesitaba conocer su estado de salud urgentemente.

—¿Y bien, doctor? ¿Cómo está…mi esposo? —pregunté sin atragantarme al decirlo.

El aludido sonrió ampliamente colocándose a mi lado, parecía divertido. El señor me observó y luego miró a Scott.

—¿Su esposo? Está perfectamente, señorita.

—¿Cómo? —pregunté sin entender.

—Sí, las heridas las tiene muy bien. Están curando poco a poco, simplemente se le había

abierto un poco la herida del abdomen, pero está evolucionando muy bien. Ha tenido suerte de que le curen tan bien, señor Bader —dijo dirigiéndose esta vez a él.

—Sí, doctor. Ahora seguro que me recupero más rápido con el cuidado de mi esposa —afirmó divertido. Agarró mi mano con cierta fuerza y me pegó a su cuerpo, no me había esperado ese gesto.

—Seguro que sí, tómese la medicina que le indiqué y cualquier cosa pueden llamarme. Vivo a dos casas de aquí, la señorita Alissa lo sabe —afirmó con más prisa el doctor. Parecía querer dejarnos solos y con celeridad, abrió la puerta para girarse y despe- dirse—. Pasen buena noche.

—Buenas noches, doctor y gracias —dije al aire.

El hombre se había marchado rápidamente como el viento y observé a Scott a mi lado. Invadía ese salón con su presencia y su sonrisa amplia se mostró ante mí mientras jugaba con su dedo en el dorso de mi mano.

—Al fin solos, señora Bader.

Respiré profundamente y aparté la mano.

—Scott, no quiero juegos ahora. ¿Cómo es posible que el médico diga que estás bien?

Exhaló el aire y me miró algo más serio. Sus pies se movieron y se apoyó en la parte de atrás del sofá, mirándome.

—Es una larga historia, Alissa. Y estoy cansado y te echo de menos —suspiró alzando los ojos hacia los míos. Tragué saliva ante lo que había dicho y respiré hondo para calmarme. Necesitaba que me contara todo, primero quería asegurarme de que era cierto que estaba bien y no era una mentira para esconder su verdadero estado de salud.

—Scott, tenemos todo el tiempo del mundo. Toda la noche para que me cuentes qué te ha ocurrido exactamente y porque estás tan bien, según el doctor. Por desgracia, todas estas semanas me han enseñado que los milagros no existen —suspiré con cansancio en medio de ese salón.

Agachó la cabeza levemente y asintió.

—No quiero que nuestro reencuentro sea hablando de todo lo que hemos pasado, ¿no podemos postponerlo?

—No, Scott. Necesito saber que estás bien…

Mis ojos llenos de lágrimas le confirmaron que no era un simple capricho. Estaba aterrada por la posibilidad de que estuviera encubriendo una mala salud, una enfermedad o una herida infectada que acabara con su vida. Necesitaba saber si estaría conmigo para el resto de la eternidad o si comenzaba a curarme las heridas antes de tiempo. Ya no era tan ilusa como antes. Sus ojos negros traspasaron los míos y asintió, convencido y más tranquilo. Alzó la mano hacia mí.

—Ven aquí, entonces. Sentémonos en el sofá, necesito reponer fuerzas contigo a mi lado. Y te lo contaré todo, Alissa —aseguró.

Observé su mano y esbocé una suave sonrisa.

Estaba aterrada, pero di un paso hacia él y otro hasta estar a su lado. No podía pasar ni un minuto más sin saber si se encontraba bien o no. Nos sentamos en el sofá y mi corazón se rompió a trozos con todo lo que me contaba. Era el instante de revivir todo el sufrimiento que habíamos pasado. Scott era muy inteligente, dema- siado. Mientras me contaba todo lo ocurrido durante esas semanas separados, no dejaba de acariciar mi rostro con la yema de sus dedos o bajar con esta por mi cuello hacia el hombro. Intentaba hacer que todo lo que me contase fuese

más llevadero, pero en realidad, no lo estaba consiguiendo.

No solo conocí como Nathan había querido acabar con él o como lo había torturado hasta saber dónde iba a estar esperándole. También me informó de que su plan desde el inicio era dejarme marchar sola, lo cual, me enfureció levemente. Y consiguió dejarme asombrada de nuevo cuando escuché decirme que había escapado y tenía ayuda para hacerlo. No solo estaba él, Diana y Elena. Supe que además de él, varios amigos de Berlín y otros militares que no creían en los ideales del partido estaban trabajando juntos para salvar a los niños o jóvenes que pudieran tener una nueva vida fuera de Alemania.

Muchas familias se habían separado, pero también salvado gracias a la labor que habían hecho. En el puerto frente al que había salido, se encontraba un pequeño equipo que trabajaba juntamente con él y otros militares. Y ellos fueron quienes le ayudaron a curar rá- pidamente las heridas, asearse y desinfectarlas para posteriormente, meterlo en el mismo barco en el que habían visto embarcar a Nathan.

—¿Cómo es posible que eso no lo supiera? Según tú, me has dicho que había investigado hasta saber todo lo que hacíais, ¿no?—pregunté asombrada.

Ambos estábamos sentados en el sofá, girados el uno hacia el otro. Mi mano jugaba con los botones de su camisa, entretenida y atenta a lo que decía. Y él jugaba con un mechón de mi pelo mientras me hablaba con tranquilidad.

Scott sonrió ante mi pregunta.

—Nathan era listo, pero no era tan inteligente como creía. En Rotterdam éramos más de quince personas trabajando, no estaba solo. Y ese fue un detalle que a él se le escapó. De hecho, en el mismo barco en el que zarpamos, había dos compañeros que nos ayudaban con la labor y que estaban atentos a los movimientos de Nathan —suspiró al mirarme. Quizás por los recuerdos y observó mis ojos con intensidad—. ¿Sabes? Incluso increpó a los niños durante el viaje. No se limitó a estar sentado e ir a por ti, no. Quería increpar a esos pequeños maldiciéndolos y amenazándolos. Estuvo todo el maldito viaje así, nosotros lo vigilábamos por si utilizaba el arma o la violencia. Yo estaba escondido en un lugar estratégico, pero lo tenía localizado en todo momento por si quería herir o maltratar a alguno de esos pequeños.

Asentí asimilando todo lo que me decía, pero una duda pasó por mi mente. Si lo tenía vigilado, ¿cómo era posible que Nathan hubiese llegado a mi casa y nos increpara de esa forma? De hecho, había faltado muy poco para que acabara con mi vida. Me hice un poco hacia atrás y lo observé algo más seria, suspirando.

—Y si lo tenías controlado, ¿por qué llegó a casa antes que tú o por qué casi pierdo la vida? Fueron segundos, faltaron míseros segundos para que… —suspiré con fuerza, poniéndome algo recta en ese sofá. Me sentí mal por hacer esa pregunta, pero necesitaba conocer lo ocurrido.

Sabía la respuesta. La conocía a la perfección y el cambio en el rostro de Scott me lo confirmó de forma cruda y total. Apreté la mandíbula.

—Alissa…

—Dejaste que lo hiciera, ¿verdad? Lo miré fijamente, seria y en tensión.

Agarró mis manos para que volviera a girarme hacía él y apretó sus manos en las mías con pasión y fuerza.

—Si no llego a dejar que lo hiciera, no habría podido matarle. Necesitaba que estuviera en el momento exacto, confiado y sintiéndose superior para poder matarle. Alissa, mírame —suspiró al ver que apartaba la mirada. Agarró mis mejillas y lo miré a los ojos, los míos estaban llenos de lágrimas—. Nathan era un psicópata, pero cuando la rabia le consumía y se creía

superior a los demás, era cuando había que atacarle. Estaba ahí, detrás de él. Escondido, joder. ¿Crees que no me mató verte llorar mientras te decía todo eso?

Solté un leve gemido de dolor al recordar ese instante y las lágrimas cayeron por mis mejillas, otra vez. Estaba harta de llorar por ese malnacido y por el dolor que nos habían causado de forma injusta todos esos militares.

—No podía más, Scott. Cuando creí que habías muerto, no me importó nada más. Prefería estar flotando en el mar y reunirme con mis padres…—intenté no llorar al decir todo aquello, pero era imposible. Scott limpiaba mis lágrimas con la yema de sus dedos observándome—. Aún no entiendo como supo de ese muelle, era un puñetero demonio. Siempre un paso por delante, maldita sea.

Las manos de Scott se separaron de mi cara automáticamente al decir eso último. Observé su rostro entre las lágrimas, sorprendida y confundida. Negaba con la cabeza y tenía la mandíbula apretada.

—Fui un estúpido.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —fruncí el ceño posando la mano en su brazo—. ¿Por qué dices eso?

—Fui yo, Alissa. Joder, no pude callarme. No sé porque, pero cuando me disparó, mi boca se lo confirmó. Fui yo quien le dije que estarías esperándome y él lo dedujo, maldita sea.

Asumí lo que acababa de decir, pero por una vez, no sentí rabia o enfado por algo que había hecho Scott para salvarme. Y no eran pocas cosas, algunas eran atroces. Pero esa, esa no me importaba. Porque maldita sea, le habían disparado y él había provocado que lo hiciese de esa forma para poder llegar hasta mí. Y no solo eso, había conseguido salvarme y encontrarme.

¿Cómo podía permitir que Scott pensara que todo eso era su culpa? Llevaba meses intentando ponerme a salvo, luchando por salvar a otras personas y ayudando en todo lo que podía. Sí, no era un guerrero que luchaba sin haber cometido atrocidades, era sin duda, un antihéroe. Sus tácticas eran igual de duras que todo aquello de lo que quería salvarme. Y él era así, luchaba a su manera para poner a salvo a los que quería. Y aunque confirmarle a Nathan que yo iba a esperarle en Harwich había sido un error, era un acto que confirmaba una vez más que había luchado por mí hasta en el último aliento de su vida.

Lo observé. Se había colocado las manos en la cabeza y estaba sentado hacia adelante en el sofá. No quería mirarme y sabía que estaba conteniendo las lágrimas. Sonreí suavemente con los ojos empañados y me incorporé del sofá. Tragué saliva ante lo que iba a hacer. Necesitaba que entendiera que ya nada me importaba, que no era culpable de absolutamente nada. Bueno sí, de que yo perdiera la cabeza por él y de que estuviera viva delante de él, maldita sea.

—Scott…

Agarré sus manos con firmeza para apartarlas de su cabeza y me coloqué delante de él. Respiré hondo, ner-viosa. Alzó su rostro para mirarme y vi como una lágrima caía sobre su mejilla. Alargé la mano para esta vez, limpiarla yo con la yema de mis dedos.

—Sé que lo fastidié todo al confirmarle….

Moví mi pierna y la rocé con su rodilla, con un leve gesto hice que sus piernas se abrieran.

—Scott, no me importa eso, ¿entiendes?

Tragué saliva de nuevo, sentía mi respiración algo agitada ante lo que quería hacer. Scott observó el gesto y se le oscureció levemente la mirada al verme plantada entre sus piernas.

—¿Cómo no va a importarte? Por mi culpa ese malnacido de Nathan te encontró —suspiró clavando sus ojos en los míos. Me adentré más entre sus piernas hasta que mi cuerpo se pegaba al suyo, alargué mis manos y acaricié su cabeza. Su pelo estaba más largo y pude hundir levemente mis dedos en él.

—Por tu culpa estoy viva. Más viva que nunca, ¿entiendes? — murmuré con un tono más bajo. Valoró lo que estaba haciendo y vi como su mandíbula se contraía al acariciar su nuca con mis dedos.

—Preciosa, no sé qué pretendes, pero si sigues así el reposo que ha indicado el doctor no creo que se cumpla esta noche —aseguró. Solté una suave risa, esa faceta suya me volvía loca. Todo él lo hacía. Al decir esas palabras noté como sus manos subían por mis piernas, lentamente. Rozó mis muslos con las manos y poco le im- portó que mi vestido fuera largo. Había introducido las manos por debajo y era mi piel la que tocaba, lentamente y con firmeza. Me mordí el labio, escondiendo una suave sonrisa y me tensé al escuchar esas palabras. Hice un gesto para separarme hacia atrás.

—Entonces será mejor que reposes, tienes que curarte.

Scott soló una suave carcajada y disimuló el gesto de dolor en su rostro. Era un listillo, sin duda.

—Si crees que ahora te voy a soltar es que no eres tan lista como yo creía —aseguró. Subió más las manos por mis muslos y justo en ese instante, noté como las apretaba con leve fuerza sobre mis glúteos.

Gemí de gusto ante ese gesto.

Mi respiración comenzó a ser más errática y sus ojos negros se volvieron un infierno tentador. Sonrió de forma insolente al escucharme. Y eso hizo que yo sonriera también.

—No me sueltes entonces, tengo toda la vida para curarte esas heridas —afirmé sonriendo.

No me refería solo a sus heridas físicas, él lo supo al instante. Y sonrió como un lobo, un lobo que tenía hambre y ganas de demostrar de una vez por todas que él y yo nos pertenecíamos desde hacía demasiado tiempo.

No hizo falta decir mucho más, nuestras miradas se encontraron de forma intensa. Me relamí sonriendo ante lo que iba a suceder, ya no era esa chica del bosque. La timidez se había esfumado, no del todo, pero ya no estaba ahí. Scott me agarró de las caderas y me colocó sobre sus piernas. Rápidamente sentí como su excita- ción se clavaba entre mis piernas y ahogué un leve grito al notarle.

—¿Qué? Llevo muchos días soñando con volver a estar dentro de ti, ¿pretendes que mi cuerpo no reaccione ante tu presencia, preciosa? —susurró contra mi boca. Mi respiración estaba completamente desbocada. Sonreí y rocé mis labios con los suyos.

—Creo que siempre me sorprenderá que yo provoque esa reacción en ti. Es inevitable —afirmé. Scott llevó su mano hacia mi nuca y tiró levemente de mi pelo para acercarme a su boca, sonriendo.

—Entonces déjame convencerte cada día y a cada hora de mi vida. Estaré encantado de hacerlo.

Al decir eso, sus labios engulleron los míos con lentitud y de forma instintiva me rocé contra él, sintiendo como todo mi cuerpo se despertaba ante ese gesto. Invadió mi boca, lentamente para después hacerlo de forma más desesperada y bajó sus manos hacia mis glúteos de nuevo. Volvió a apretar sus manos en esa zona y volví a sentir su excitación contra mí. Era una sensación demasiado placentera, tanto que incluso me causaba irritación y dolor. Gruñí

contra su boca al sentir que necesitaba quitarme esa rabia física de alguna forma y él lo comprendió, soltando una carcajada contra mi boca.

—Creo que es el momento de ir a la cama, ¿no crees? Respiraba de forma agitada como yo.

Lo miré con cierta confusión. Me faltaba mucho por aprender aún en ese tipo de situaciones.

—¿A la cama? ¿Quieres dormir?

Scott sonrió mirándome de una forma distinta y me movió por el salón, agarrando mi mano. Estaba confundida y acalorada, no solo por lo que provocaba en mí físicamente, si no por ser tan inocente a su lado. No tuve tiempo de reaccionar o replicar ante su gesto de diversión. Su mano me trasladó hacia el dormitorio y observé la cama durante unos segundos. Las manos de Scott me agarraron la cintura y lo sentí contra mi espalda. Su voz rozó mi oído.

—No quiero dormir, Alissa. Quiero mostrarte de mil formas las ganas de verte, de abrazarte y de amarte que tenía cuando estaba lejos de ti —susurró contra mi oído. Tragué saliva y cuando fui a responder, no pude hacerlo. Sus manos agarraron mis pechos con firmeza y me perdí en el placer que me causó cuando entre sus dedos, apretó los pezones. Gemí sin poderlo evitar y sentí un calor ho-rrible por todo el cuerpo.

—Scott…

—Shh, preciosa. Ya sé que todo esto es nuevo para ti, pero recuerda que tenemos toda una vida para que lo disfrutes —volvió a susurrar contra mi oído.

Intenté girarme, por sus palabras y por las sensaciones que sentía. Y no me dejó. Una suave caricia comenzó en mis piernas, sorprendiéndome. La mano de Scott subía por mi muslo, lentamente y sentí que se acercaba hacia el comienzo de mi entrepierna. Eso me puso nerviosa y él soltó una suave risa contra mi oído.

—Relájate, soy yo. Solo yo…

Cuando dijo esas palabras, al instante sentí como su mano jugaba con el costado de mi ropa interior. Nada atractiva o elegida para ese tipo de ocasiones (si es que eso se solía hacer), pero no le importó. Sus dedos avanzaron, jugando por el encaje que tenían esas braguitas y cuando creí que mi respiración no podía acele-rarse más, sus dedos apretaron firmemente el centro de mi entrepierna. Gemí con fuerza sin esperarme esa sensación desconocida. Scott rozó su boca por mi oído.

—Estás lista para mí —susurró con la respiración agitada. Al menos él también estaba histérico como yo.

Fruncí el ceño ante lo que había dicho y volví a sentir ese gesto contra la ropa interior, sin aún tocar mi piel directamente. Y volví a gemir de placer y excitación.

—¿A qué te… refieres? —pregunté curiosa.

Scott sonrió, lo supe por el roce de sus labios en mi oído. Besó lentamente el lóbulo de mi oreja. Y noté como sus dedos movían la tela de mis braguitas. «No podía ser…» La yema de sus dos dedos rozó de forma firme y lenta el interior de mi sexo y creí morirme allí mismo. No de forma dolorosa, todo lo contrario.

—Me refiero a esto, preciosa. Estás empapada y lista para mí. Para que te pueda amar durante horas —dijo volviendo a mover los dedos contra mi sexo que parecía arder. Gemí de nuevo esta vez con más fuerza.

La voz de Scott, las caricias que estaba haciéndome en esa zona tan íntima y sus besos bajo mi oído, estaban haciendo insoportable esa situación. Sentía placer y desesperación a la

vez. Volvió a acariciarme de nuevo, esta vez no fue un gemido. Fue un grito de gusto el que solté en ese dormitorio.

—Scott, por favor…

Apartó su mano de esa zona que ya tenía demasiado sensible y me giró para observarme. Sentí morirme de vergüenza al observarle, pero su sonrisa y su rostro lleno de luz, hizo que no tuviera ni un ápice de reparo ante lo que acababa de hacerme.

—Dios, ven aquí. Maldita sea —gruñó sonriendo.

Agarró mis caderas y me apretó contra su cuerpo. Sus labios engulleron los míos con mucha más rapidez que antes y noté como hacía que me recostara en la cama. No tuve tiempo ni siquiera de comprobar que estuviera bien o no se hubiese hecho daño con ese gesto porque cuando quise hacerlo, ya estaba sobre mí y me miraba con intensidad.

Apoyó ambas manos a los costados de mi cabeza y sonrió, observándome en silencio. Sin embargo, su excitación seguía sintiéndola contra mi entrepierna y mucho más que antes. Presionaba sobre esa zona y eso hacía que yo misma, de forma instintiva, me rozara contra él levemente.

—Sé que es desesperante, sé que cuando sientes tantas ganas de explotar, es incluso doloroso. No voy a hacerte sufrir, Alissa —dijo mientras sentía como su mano subía mi vestido para dejar mis piernas libres de la tela. Respiré hondo mientras lo observaba con deseo y rabia por lo que me provocaba—. No quiero hacerte sufrir, pero quiero que sepas que llevo años sufriendo por amarte así. Sintiéndote sin barreras emocionales, sin barreras físicas… —dijo de nuevo y al instante sentí que su dedo volvía a acariciar mi sexo por bajo de mi ropa interior. Gruñí contra su boca y lo besé con desespe-ración. Se apartó sonriendo para volver a mirarme y esta vez noté como ese dedo se introducía en mi interior. Grité contra su boca y él sonrió—. Y sé que el dolor de no poder controlar lo que sientes te deja sin aliento —movió el dedo en mi interior, de dentro a fuera y cerré los ojos, gimiendo de placer—. Pero quiero que me sientas, quiero que este cuerpo y este corazón sepan que al fin te he encontrado, que te tengo junto a mí y que nada, ni nadie va a separarme de ti jamás. Ni el horror más ho-rroroso podrá con nosotros, Alissa —susurró contra mi boca justo cuando noté que su dedo salía de mi interior y bajaba mis braguitas para dejarme sin ellas. Ahogué una exclamación al verme así de nuevo ante él.

—Nada ha podido con nosotros, Scott. Nada podrá. Pero…¿puedo pedirte una cosa? —gemí al sentir como su excitación volvía a apretar mi sexo, esta vez piel con piel. Y sentí como se rozaba contra mí para provocarme aún más desesperación.

Scott sonrió observándome, sabedor de las intenciones que tenía esa pregunta.

—Lo que tú quieras, preciosa. Soy todo tuyo.

—Ámame de una maldita vez —rogué alzando la vista hacia sus ojos—. Como si nada existiera, por favor.

Se mordió el labio sonriendo, sabía lo que quería. Me conocía demasiado bien y aunque apenas tenía expe-riencia en ese tipo de relaciones, su cuerpo y su alma me conocían a la perfección.

—Será un placer, preciosa. Acostúmbrate…—dijo mientras rozaba su nariz con la mía. Hizo un breve movimiento y sentí una leve presión en mi entrepierna, ahogué un gemido al sentirle así—. Tengo una vida entera para amarte cada día.

Se clavó en mi interior llevándose con ese gesto mi aliento, mi voz y un dolor físico y emocional que llevaba demasiado tiempo soportando. Durante unos segundos se quedó quieto y

yo luché para que se moviera, cuando escuchó como mis gruñidos eran más elevados entonces comenzó un movimiento tortuoso. Lo hizo con desespe-ración, con mimo al principio, pero ninguno pudimos controlar lo que sentíamos y la fricción fue cada vez más rápida y con más intensidad. No hubo nada que impidiera que nos amáramos como siempre lo habíamos hecho. Sin barreras, sin miedos, sin prejuicios, sin horror.

Éramos Scott y Alissa. Dos personas que se habían encontrado años atrás, dos almas que se veían, pero no se reconocían. Dos corazones que se pertenecían y que la vida se había encargado de separarlos. Dos corazones que gritaban de placer y no de dolor, mientras que el mundo comenzaba a resquebrajarse y la vida cobraba otro sentido.

Y es que el amor a veces no es suficiente. A veces co-noces a esa persona, a tu alma gemela y la vida te lo niega. De una forma u otra. A veces tienes tan cerca a tu alma gemela, que ni siquiera la ves. O incluso crees haberla encontrado en el corazón de la persona equivocada. Pero yo tenía algo claro. Cuando observé a Scott mientras lo sentía fundirse con mi espíritu, con mi corazón, supe que él era el amor de mi vida. Un amor que había tenido que traspasar fronteras, trenes, mares, balas, bosques oscuros y tenebrosos. Y que, a pesar de todo, nos habíamos encontrado.

Y le debíamos eso a quienes no se encontraban jamás. Al menos nosotros podíamos decir que nos habíamos amado hasta en la adversidad.

*Sí, lo sé. Llevo mucho sin escribir unas líneas. Probablemente eso haya provocado algo de decepción en ti, puede ser. Pero te aseguro que no era mi intención. ¿Sabes lo que ocurre cuando sientes que la vida puede contigo? Te golpea, te engulle, te destroza, pero a la vez, te muestra la bondad, la honestidad y el amor que sigue existiendo en sus más profundas entrañas.*

*Puede que no lo veas como yo lo veía entonces. Para mí esa noche fue la más especial de toda mi vida, las siguientes fueron más duras. Y la vida volvió a mostrar su dureza de nuevo cuando escuchaba las atrocidades que seguían cometiendo los militares en todo el continente. Ayudamos, seguimos ayudando en lo que podíamos. Scott fue mi ancla, mi salvación y mi dolor. Te escribo esto sentada a su lado en la cama mientras lo veo removerse de nuevo entre tantas pesadillas. La guerra no acaba, nunca. Aunque la radio, los medios o las cartas que recibes no hablen de ella, siempre está ahí.*

*Y debes tener algo claro. No hay vida sin lucha, no hay amor sin dolor. Cuando pasan los años y ves tu vida pasar, sabes que habrá momentos insoportables y otros más llevaderos. Y esa es la belleza que perdura en la vida. Despiertas, vives, mueres. Así es. Y en el amor sucede lo mismo. Cuando el dolor de la persona a la que amas, sea tu pareja, tu familiar, tu amigo... Cuando sus pesadillas invaden tus propios sueños, eso es amor. Conviertes sus pesadillas en propias. Porque no concibo un amor sin empatía, sin ser compañero de sus miedos y esperanzas. El amor es agarrar la mano de tu ser querido cuando sufre, como hago ahora mientras escribo estas líneas y veo a Scott sufrir sus ma-yores miedos en lo más profundo de su mente.*

*Por eso te encomiendo esta lección, estas palabras.*

*No vivas con miedo, sin luchar. Batalla contra el miedo, contra las injusticias, contra el dolor...*

*Solo en las peores batallas se encuentra el amor másgrande.*

*Alissa Hershlag,*

# Epílogo

## Tiempo después

—Mamá, deberíamos irnos.

Me giré para observar a Marta, sonriendo con suavidad. Agarré mi pequeño garrote de madera maciza y temblorosa, me giré hacia mi hija. Era fiel reflejo de mamá, la mía. No yo.

—Marta, cariño. Si quieres ir adelantándote tú, quiero estar un rato más con tu padre —afirmé. Mis lágrimas empañaban mis ojos y con mi mano izquierda las limpié al rozar mis dedos por los viejos y arrugados párpados. La mano de Marta se posó en mi hombro y noté como besaba mi mejilla con suavidad.

—No tardes mucho, noviembre en Berlín es horrible y está a punto de ponerse a nevar.

—Ya lo sé, hija. Ya lo sé —asentí. No solo por lo de nevar, sino porque sabía que noviembre en Berlín era horrible. Era el mes que más odiaba de todo el año y estoy segura de que conoces los motivos. Bajé la mirada hacia esa placa de mármol que tenía ante mí y sentí una opresión en el pecho horrible cuando me encontré sola ante él. Ante el amor de mi vida.

—Tu hija es tan lista, Scott. No entiendo aún como ha permitido que venga de nuevo —suspiré acongojada—. La última vez me aseguró que no dejaría que volviera y aquí estoy, viendo otra vez esos ojos negros tuyos.

Fijé mi mirada en la foto. Una de las fotos que siempre había guardado conmigo. Y no era de militar, por suerte. Nos la habíamos hecho muchos años atrás, justo el mismo día en el que nos habíamos casado oficialmente en una pequeña sinagoga de Harwich antes de que fuese quemada durante la guerra.

—¿Sabes? La ciudad sigue siendo un caos. Se empeñan en que Berlín sea destruida de una forma u otra y sabes que siempre he creído que es la ciudad más bonita que existe, junto a nuestra querida Harwich claro —sonreí levemente ante el comentario— Ese maldito muro que divide la ciudad sigue ahí, dividiendo de nuevo a los vecinos. No entiendo nada.

Solté una leve carcajada mirando hacia la foto.

—¿Qué te voy a decir que no sepas Scott? Eres... Eras la única persona en el mundo que amaba mi inocencia. Marta se desespera muchas veces y no la culpo.

Sonreí al pensar en nuestra hija.

—Si vieras lo bonita que está. Bueno, ya no es bonita, diría que tiene una belleza preciosa más adulta. Ya tiene alguna arruguita en la cara y dice que va a comprarse cremas que vienen de Estados Unidos para tener la piel lisa. ¿Te lo puedes creer? Yo siempre le digo que es bonito ver el paso de la vida por nosotros. Que la vida no perdona a nadie y pasa por todos, de una forma u otra.

Pensé en esos momentos en esa afirmación. La vida es una maldita traidora, lo tenía

clarísimo. Y con los años, esa afirmación era mucho más contundente en mi olvidadiza cabeza. A Scott le ocurrió lo mismo. La vida pasó por encima suyo y me arrebató de la forma más sorprendente a la persona que más amaba. Durmiendo. Así se marchó para siempre. A mi lado, en nuestra cama de la pequeña casa que habíamos comprado en Harwich. No podía creer que un ser humano tan fuerte, luchador y enérgico; acabara su vida de esa forma. Y, sin embargo, otras veces, como en ese momento delante de su lápida en el Mitte de Berlín, creí firmemente que era la mejor forma de irse de nuestro lado. Del lado de Marta, nuestra preciosa hija de casi treinta y dos años, y de mi lado.

Su muerte fue repentina, pero no por eso dejó de doler en ningún momento. De hecho, lo hacía incluso más insoportable. Y no sólo porque sabía que ya no lo encontraría ahí, a mi lado, sonriendo con cariño y mirándome con la intensidad que siempre solía tener en su mirada. Además de ese dolor, tuvimos que soportar como su familia que aún vivía en Alemania y seguía teniendo poder (incluso después de todo lo ocurrido en la guerra que seguro conoces), quisieron trasladar su cuerpo hasta allí. En el centro de Berlín, en el Mitte.

Y la rabia fue inmensa porque no podían enterrar su cuerpo en el cementerio donde el resto de los familiares yacían, el cual había sido derruido por los bombardeos al final de la guerra. Querían que fuese enterrado en el Mitte, en el barrio que tanto había amado y que ellos mismos destruyeron.

Por eso Marta no quería que fuese a verle, porque me causaba un dolor tan intenso que luego estaba meses sin comer, sin apenas energía y con la mirada perdida.

¿Cómo no iba a afectarme así?

Ahí es cuando Diana y Elena tenían que ayudarme. La primera lo hacía a través del teléfono, su vida estaba en Londres y de vez en cuando iba a Harwich. Pero cuando me afectaba de ese modo, Marta la llamaba y se comunicaba conmigo para animarme. Y Elena lo hacía cada día con su ceño fruncido y sus tazas de chocolate caliente. Sorprendentemente se había convertido en mi mayor apoyo, ella junto a Daniel, el marinero que le había robado el corazón y con el que había formado una familia de tres niños preciosa. Ni una niña, pero eran encantadores y siempre me visitaban en mi ya vieja casa. Observé a Scott y miré alrededor de la lápida, rodeado de cientos de personas fallecidas y que seguro tendrían ideales contrarios a él. Maldije de nuevo y centré mi mi-rada en los ojos negros de la foto. En ese instante, una ráfaga de viento se movió y heló mis huesos. Sonreí levemente. Sabía que no era él, ni papá, ni mi madre. No creía en esas cosas, pero sí que hizo que recordara ese último detalle.

Fuese como fuese, no sabía cómo, en ese mismo instante era conocedora de que en ese cementerio estaba mi padre enterrado. Y mamá también lo estaba porque fue donde tiempo atrás le dimos sepultura. Y entonces sonreí para sorpresa mía.

Era la primera vez que sonreía ante la tumba de él, de Scott. Y sonreí porque me acordé de sus abrazos eternos, de su sonrisa, de nuestras discusiones, de nuestras noches bajo la manta en nuestro sofá o en nuestra cama. Sonreí porque acababa de darme cuenta.

Las tres personas que más quería en ese planeta, fuese de la forma que fuese, estaban juntos. No físicamente, claro está. Y quizás tampoco espiritualmente, pero ese cementerio, en ese espacio yacían los cuerpos de las tres personas que más había amado en mi vida. Una lágrima cayó por mi mejilla y ahogué un leve gemido de dolor al percatarme de ese detalle.

Y tonta de mí, nunca lo había visto de esa forma. Su familia había querido ejercer un daño y un poder que creían tener, pero en ese instante me percaté de que era todo lo contrario. Habían querido herirnos, de nuevo. Seguían considerándonos inferiores, pero con ese acto, habían

conseguido lo contrario. Estaba en el lugar al que su corazón pertenecía desde siempre, al barrio en el que nos amamos en silencio y en el que nuestras miradas se encontraban entre los improperios de Nathan o las tardes con Emma. Por desgracia, esta última también había fallecido en la misma guerra y estaba enterrada en el mismo lugar que él.

En realidad, era su hogar. A pesar de que ese cementerio estuviera lleno de fallecidos que habían compartido ideales contrarios a él, las almas de quienes le habían amado y querido incluso sin conocerle estaban allí. Junto a él. Emma, mis padres…

—Estáis juntos, Scott. Estás junto a ellos y ¿sabes qué? Estás con la primera persona que creyó en ti. La misma que me aseguró que me querías, que tenías un corazón hermoso y que me cuidarías siempre. Y no sabes lo feliz que me hace saber eso —murmuré llorando de nuevo ante su lápida. Escuché pasos detrás de mí y supe que Marta había vuelto, pero yo necesitaba decir algo más—. Incluso aunque tu familia quiso separarme de ti después de tu muerte, incluso queriendo demostrar que aún tenían poder. No han ganado. No esta vez, Scott.

Solté un sollozo y me di cuenta de que estaba casi hiperventilando de tanto que lloraba frente a la lápida del amor de mi vida.

—Ha vuelto a ganar el amor, mi vida. Como tú siempre decías, ni siquiera el horror más horroroso podrá con nosotros. Ni siquiera después de toda una vida.

Nuestra hija estaba detrás de mí, escuchando lo que acababa de decir. Y sentí que ella también lloraba observándome.

—Volveré al año que viene, Scott. Tú mientras, cuida de papá y mamá tanto como cuidaste de mí.

Me agaché apoyándome en el garrote de madera, llevé mis dedos a los labios y posé la mano en la foto de Scott. Era una despedida física y temporal.

Noviembre ya no era tan malo.

Siempre veía a las tres personas que más había querido, al menos algo positivo debía tener ese mes.

Noviembre en Berlín nunca me gustaría, pero al menos, ya no lo odiaba tanto.

Alissa no volvió.

Y la vida sonó triste.

*«Es difícil en tiempos como estos pensar en ideales, sueños y esperanzas, sólo para ser aplastados por la cruda realidad. Es un milagro que no abandonase todos mis ideales. Sin embargo, me aferro a ellos porque sigo creyendo, a pesar de todo, que la gente es buena de verdad en el fondo de su corazón».*

Annelies Marie Frank, 1947